

El olvidado

ELIE WIESEL



El olvidado

Elie Wiesel

Traducción de Francisco García Lorenzana



Título original: *L'oublié*

Primera edición en esta colección:
octubre de 2015

© Elirion Associates Inc., 1992

© de la traducción del francés, Francisco García Lorenzana, 2015

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2015

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 23167-2015

ISBN: 978-84-16256-62-4

Realización de cubierta y composición:
Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Para Marion, siempre

Respetad al anciano que ha olvidado su saber. Porque las tablas rotas tienen su lugar, en el Arca, al lado de las Tablas de la Ley.

El Talmud

Índice

1.
 1. [La oración de Elhanan](#)
 2. [Palabras de Malkiel](#)
 3. [Extracto del diario de Elhanan Rosenbaum](#)
 4. [Palabras de Elhanan Rosenbaum](#)
 5. [Carta de Talia a su marido](#)
 6. [Palabras de adiós](#)

La oración de Elhanan

Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, no olvides a su hijo, que apela a ellos.

Tú sabes muy bien, tú, fuente de toda memoria, que olvidar es abandonar, olvidar es repudiar; no me abandones, Dios de mis padres, porque yo no te he repudiado jamás.

Dios de Israel, no rechaces a un hijo de Israel que, con todo su corazón, con toda su alma, quiere unirse a la historia de Israel.

Dios y Rey del universo, no me exilies de ese universo.

De niño aprendí a venerarte, a amarte, a obedecerte; ayúdame a no olvidar al niño que fui.

De adolescente repetí la letanía de los mártires de Maguncia y York; no los borres de mi memoria, tú, que no borras nada de la tuya.

De adulto aprendí a respetar la voluntad de nuestros muertos; evita que olvide lo que aprendí.

Dios de mis ancestros, haz que el lazo que me une a ellos siga siendo sólido y total.

Tú que has decidido morar en Jerusalén, haz que no olvide Jerusalén. Tú que acompañas a tu pueblo en su diáspora, haz que lo recuerde.

Dios de Auschwitz, comprende que debo acordarme de Auschwitz. Y que te lo debo recordar. Dios de Treblinka, haz que la evocación de este nombre siga haciéndome temblar. Dios de Belzec, deja que lllore sobre las víctimas de Belzec.

Tú que compartes nuestro sufrimiento. Tú que participas en nuestra espera, no me alejes de los que te han albergado en su corazón y en su morada.

Tú que prevés el porvenir del hombre, ayúdame a no separarme de mi pasado.

Dios de justicia, sé justo conmigo. Dios de caridad, sé bueno conmigo. Dios de misericordia, no me arrojes al *kaf-hakéla*, ese abismo en el que toda vida, toda esperanza y toda luz quedan cubiertas de olvido. Dios de verdad, acuérdate de que sin memoria la verdad se convierte en mentira porque solo adopta la máscara de la verdad. Acuérdate de que es a través de la memoria que el hombre es capaz de volver a las fuentes de su nostalgia por tu presencia.

Acuérdate, Dios de la historia, de que tú has creado al hombre para que se acuerde. Tú me has puesto en el mundo, tú me has guardado en las épocas de peligros y de la muerte para que preste testimonio; ¿qué testimonio seré sin mi memoria?

Debes saber, Dios, que yo no te quiero olvidar. No quiero olvidar nada. Ni a los muertos ni a los vivos. Ni las voces ni los silencios. No quiero olvidar los momentos de plenitud que han enriquecido mi existencia, ni las horas de angustia que me han desesperado.

Aunque tú me olvides, Dios, yo me niego a olvidarte.

Palabras de Malkiel

Me llamo Malkiel. Malkiel Rosenbaum, para ser más exactos. Creo que debo recalcarlo. ¿Por superstición? ¿Para conjurar el destino? Es posible que lo único que pretenda es demostrarme a mí mismo que aún no he olvidado mi nombre. ¿Es posible que eso también llegue a ocurrirme? ¿Por qué no? Una mañana tomaré la pluma y ella no me obedecerá; se negará a ejecutar mis órdenes por la sencilla razón de que ya no estaré en disposición de dictárselas. Malkiel Rosenbaum seguirá existiendo, pero su identidad ya no le pertenecerá.

Tengo cuarenta años. Malkiel Rosenbaum tiene cuarenta años. Esto también es importante que me lo repita. Nací en 1948 en Jerusalén. Tengo la edad del Estado de Israel. Fácil de recordar. Soy tan viejo, soy tan joven como Israel. Cuarenta años. Más tres mil.

Qué importa. Solo cuenta la memoria. La mía se desborda a veces. Pesa más que mis recuerdos. Envuelve y protege también los de mi padre. La memoria de mi padre es un colador. No, un colador no. Una hoja de otoño. Marchita. Agujereada. No, más bien un fantasma. No la veo más que a medianoche. Ya sé: no se puede ver una memoria. Yo puedo. La veo como la sombra que se retira sin descanso, que se repliega sobre sí misma. Apenas la percibo, se pierde en su abismo. Después la oigo gritar, la oigo gemir con suavidad. Ya no está allí, pero yo la veo como me veo a mí mismo. Ella llama: Malkiel, Malkiel. Yo respondo: No tengas miedo, no te abandonaré.

Un día, ya no me llamará.

La emoción fue tan fulminante que perdió el equilibrio y cayó sobre la tierra húmeda y sucia: delante de él, el nombre sobre la lápida ligeramente inclinada, como si soportara el peso de la fatiga, era el suyo. Malkiel ben Elhanan Rosenbaum.

Una idea loca le cruzó por la mente: ¿estaría ya muerto? No se acuerda de haber vivido su muerte. ¿Y después? Eso no significa nada. ¿Quién ha dicho que los muertos se llevan su memoria al otro mundo? A su pesar, se inclinó para descifrar la fecha: el mes de Iyyar de 5704. Mayo de 1944. Soy idiota: aún no había nacido. ¿Cómo se puede morir antes de nacer? No me digas que te has olvidado. El olvido no es —aún— tu problema, sino el de tu padre, ¿de acuerdo? Yo estoy aquí para acordarme de lo que ha olvidado mi padre. Pero ¿estoy vivo solo para recordar? ¿Y si la vida no fuera más que la imaginación de los ancestros o el sueño de los muertos?

Al apoyarse en la tumba de ese abuelo que llevaba su nombre, sintió una angustia oscura, casi animal, que lo inundaba, un río negro y amenazante que anunciaba una desgracia. Por encima de los árboles vislumbró los tejados gris rojizo del ayuntamiento y del instituto. Por encima de las tumbas contempló la sangre del día que declinaba y oyó sorprendido la queja del crepúsculo. Vivir, pensó con un escalofrío. A esto se llama vivir.

Esto es como el amor. Se dice: si dejo de amarte, moriré. Pero un día el amor cesa. Y se sigue viviendo. A eso se llama amar. A esas elecciones se las llama vida. Dios lo ordena. Como ordena la fe. Así gana siempre: lo contrario de Dios sigue siendo Dios. Huir de Dios es como acercarse a él. No se puede escapar de él. ¿No es verdad que no se puede escapar de él, abuelo Malkiel?

Contéstame. Ayúdame. Ven a socorrernos. Tu hijo te necesita; y yo también. Mi padre ya no comprende a nadie ni nadie lo entiende. Como si se hubiera vuelto loco. Pero no es así. Se dice que, como el animal destinado al sacrificio, el loco posee una inteligencia diferente de la nuestra, o al menos una forma primitiva de inteligencia. Pero en su caso es la propia inteligencia la que se está apagando. Está enfermo, abuelo, y yo me desvivo para ayudarlo.

Su enfermedad tiene un nombre, pero él se niega a conocerlo. Se niega a que se pronuncie en su presencia. Se diría que le da miedo. Como si trajese consigo un cortejo de fantasmas sin alma y sin rostro. Su reticencia resulta extraña. ¿Es posible que se deba a que en vuestra patria, en su patria, en la pequeña ciudad de su infancia, se evitaba nombrar ciertas enfermedades, ciertas catástrofes, por temor a que estas pudieran fijarse en uno? ¿Y ahora cree que podría evitarse el mal si no se lo nombra? Sea cual sea su motivo, debo respetarlo hasta el final.

La presión de sus manos sobre la piedra fría se hace más fuerte. Se podría decir que intentaba incrustarse en ella o, al menos, dejar una huella visible y duradera.

Una voz gangosa a lo lejos le llama la atención:

—¡Eh, señor extranjero! ¿Por dónde has pasado?

Se trata de Hershel, el vigilante-enterrador, un gigante macizo con cabeza de granito y el rostro como corteza agrietada, resquebrajada y ennegrecida; parecía que se había quedado sin aliento.

—Te he perdido de vista, señor extranjero; tienes que perdonarme porque ya no soy joven, ¿sabes? Mis piernas, ah, mis piernas, si estuviera casado diría que ya no corren detrás de mi esposa... Ya no me llevan como antes, mis piernas... No es culpa suya... Por aquí se dice que los años también nos hacen envejecer... Ah, si tuviera tu edad...

—Yo tampoco soy demasiado joven —replica Malkiel.

—¡No me digas! Te burlas de mí... Yo podría ser tu bisabuelo.

Mira por dónde, piensa Malkiel. La tumba de mi bisabuelo también está aquí; debería buscarla.

—Pero parloteo, parloteo, tienes que irte... Vamos a cerrar... Y ten cuidado. Un cementerio judío, aunque esté abandonado, es un lugar peligroso, ¿no lo sabías?

—¿Peligroso para quién? ¿Para los muertos? —pregunta Malkiel ligeramente irritado.

—Para todo el mundo. Excepto para mí. El enterrador no tiene nada que temer. Pero los demás... La gente no se da cuenta. Un cementerio, un cementerio viejo para ser más exactos, es un lugar muy especial. Mira este mismo, mira cómo todo está en calma... ¿Y si te dijese que todo eso no es más que apariencias? ¿Y que resulta engañosa? Ah, sí, los muertos son como tú y como yo: los farsantes se cuelan entre los héroes, y todos juntos nos vuelven locos. Son capaces de jugarte malas pasadas, de agarrarte del abrigo y desgarrarlo, también de capturar tu mirada y destrozarla de igual modo... Ah, señor extranjero, tienes suerte de no saber nada de todo eso...

El enterrador se dejó caer sobre una piedra baja, de cara a Malkiel. Limpiándose la frente con un pañuelo inmenso y remendado que se sacó de un bolsillo interior, continuó:

—Escucha, señor extranjero. Un día llegó un visitante de un pueblo vecino, de eso hace mucho tiempo, antes de la guerra, y me pidió que le mostrase la tumba de un pariente; yo se la enseñé. De repente, se vuelve hacia mí y me pregunta: ¿Y esa tumba abierta para quién es? Pero yo, el enterrador, no recordaba que hubiera abierto una tumba, por la sencilla razón de que no se había producido ningún fallecimiento aquella semana. Es posible que conozcas la costumbre de no cavar una tumba antes de la muerte de una persona, para no despertar la ira de la Muerte. Entonces, ¿quién ha podido cavar esa tumba abierta? Escucha, amigo mío, le respondo al visitante, si fuese tú, me iría rápido, muy rápido, lejos, lo más lejos posible. Él se niega. Yo no creo en esas supersticiones, replica con actitud de disgusto. Se va, regresa al hostal y le cae encima una viga. Lo enterramos ese mismo día. En la tumba que estaba esperándolo...

El enterrador se mueve al hablar. Se divierte. Le daré una buena propina, piensa Malkiel. Se la merece. Cualquiera que pase su existencia entre los muertos se merece una buena propina. ¿Los muertos aprecian las historias?

—Bueno —comenta Hershel el enterrador al levantarse—. Aquí la tarde cae con rapidez a causa de las montañas.

Malkiel lo sigue al exterior del cementerio. Ante el portón tiene a su disposición un cubo de agua. Se lava las manos según la costumbre y le tiende a Hershel dos paquetes de cigarrillos americanos. El enterrador se dobla por la mitad.

—Esto bien vale cuatro botellas de *tzuika* —comenta mientras se da golpecitos en la barriga—. Verás, un día te explicaré la Gran Reunión, te lo debo. ¿Hasta mañana?

—Hasta mañana —saluda Malkiel.

Con las manos en los bolsillos y la garganta seca, Malkiel se va por la orilla del río. La noche ya se dispone a invadir la ciudad.

Al llegar a la pequeña ciudad dos semanas antes, durante una hermosa mañana de agosto —o del mes de Ellul, según el calendario judío—, Malkiel solo tenía prevista una estancia de unos pocos días: inspeccionar el cementerio, callejear por todas partes, visitar la casa ancestral, impregnarse del clima, del ambiente de los lugares, reencontrar el

rastró de cierta mujer de la que no conocía el nombre ni la dirección. Después pensaba regresar. Volver a ver a su padre, retomar su relación con Tamar. No podía prever que su estancia se mediría en semanas.

Aquel jueves hacía buen tiempo. La jornada se anunciaba suave, casi cálida. El cielo despejado, la brisa revigorizante. A lo lejos, los pinos se inclinaban como para escuchar un cuento. Los campos, segregando el rocío, exhalaban sus aromas, sus riquezas renovadas. Imágenes y ruidos familiares de una ciudad que se despierta: el cubo que se tira al pozo, los animales que se conducen al abrevadero. En apariencia, uno de esos pueblos que el peregrino atraviesa entre el Dniéper y los Cárpatos. Canto del gallo por la mañana, flauta de los pastores por la tarde. Caballeros altivos con los cabellos al viento; labradores encorvados y preocupados. Viudas de rostro duro, viejos con la mirada vacía o suspicaz.

Malkiel busca a alguien para preguntarle por el nuevo nombre del pueblo. Elige a un campesino jorobado y desdentado. Desgraciadamente, no entiende la pregunta. Malkiel lo intenta en alemán: nada. ¿Una palabra en rumano? El hombre se encoge de hombros, pronuncia una frase ininteligible y se va. Malkiel prosigue su camino. Pasa delante de la estación y descubre, emocionado, el letrero: «Bozhkoi». Se trata del pueblo de su bisabuelo.

A un lado, el valle con sus chozas de barro; por el otro, la montaña tenebrosa, a la vez protectora y aplastante. Se duerme cuando ella descansa, se vela acurrucado cuando eleva sus fauces aullando en la tormenta. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, creyentes y descreídos muestran en ese momento la misma expresión acorralada, resignada; esperan a que se calme para cerrar los ojos y soñar hasta la mañana siguiente, con sus penas y sus consuelos, bajo el signo de la fe en la bondad de la naturaleza.

Antes de salir del pueblo, Malkiel se cruza con una campesina que le habla a su vaca. Que le responde. Más lejos, un escolar medio dormido sale de su cabaña y se aleja rozando los muros. Al vislumbrar a Malkiel con su hermoso coche de alquiler, sale huyendo sin mirar atrás. Mira qué bien, piensa Malkiel, resulta que les doy miedo a los niños.

Al final ve la ciudad. De lejos, parece adormecida. De cerca, sorprende por su actividad.

Malkiel llega al hotel y rellena la ficha. Profesión: periodista. Motivo del viaje: estudiar las inscripciones de las lápidas antiguas.

Abuelo Malkiel, si eres capaz de oírme, recibe mis palabras. Se consideran una ofrenda, son una plegaria. Vienen de lejos, mensaje de fidelidad de tu hijo, que necesita tu intercesión allá arriba.

Haz que recupere la salud, haz que no se disipe su pasado. Haz que pueda romper su soledad, haz que yo pueda compartirla.

Tu hijo te es devoto, me lo ha dicho para que lo sepa, para que lo recuerde.

Si puedes ver, mírame: los recuerdos de mi padre se mezclan con los míos, sus ojos están en mis ojos. Sus silencios provocan un fragor, de frustración y de desesperación, que atraviesa mis palabras. Mi pasado se ha abierto al suyo, y por ello también al tuyo.

Tu hijo sigue vivo, pero ¿eso se puede llamar vida? Está encerrado en el instante, aislado del antes y del después. Su mirada ya no se dirige hacia las alturas, su alma está prisionera.

Sería indecente que yo sintiera piedad por mi padre; pero tú, abuelo Malkiel, ten piedad de tu hijo.

Eso es lo que he venido a decirte. Esa es la razón de que haya venido desde tan lejos.

Si tuviera a mano un minyan, recitaría de buena gana una plegaria por tu alma; pero no tengo ninguno. Así que solo puedo implorarte que acudas en ayuda de la suya.

—Lo he esperado —comenta Lidia—. Pero ya estoy harta. Aquí, en este país, nos pasamos la vida esperando.

—¿Cómo sabía dónde estaba?

—Ese es mi secreto —responde con tono provocativo—. Yo también tengo derecho a tener secretos, ¿o no?

Malkiel se entristece. Lidia intenta hacerse la interesante... ¿Trabaja para el servicio secreto? Lástima. Ese es un juego que no le concierne.

Un viento suave arrastra los olores picantes del río. Malkiel atrapa algunos de ellos y los ofrece, con el pensamiento, a su amiga lejana. A Tamar le gusta decir que percibe el mundo a través de la nariz. Al llegar a un lugar desconocido olisquea el viento incluso antes de mirar.

—Bueno, voy a explicárselo —prosigue Lidia tomándolo del brazo con un gesto de familiaridad—. Se ve que usted es demasiado complicado. Se le escapan las cosas sencillas. Pero todo es realmente simple. Sabía que, como todos los días, iría al

cementerio. Me dije: un día se cansará de hablar con los muertos o de escucharlos. Para despejarse, irá a tomar el aire a la orilla del río. Aquí todo el mundo hace lo mismo.

—Podría haber ido a pasear por el parque.

—Demasiada gente a esta hora.

—¿Al jardín detrás del teatro municipal?

—Demasiado cerca de la policía.

—¿A un pueblo vecino?

—Demasiado lejos. Lógico, ¿no?

—Perfectamente. Lógico.

Dan algunos pasos en silencio.

Detrás de ellos, en la pequeña ciudad de calles y callejones sombríos, las personas comen, beben, ríen, se detienen a contemplar una puerta de contornos desvaídos, para admirar a una mujer, para orientarse en sus deseos. Muy cerca, una pareja de enamorados. ¿Posiblemente agentes del servicio secreto? El muchacho señala el cielo de colores violentos, la muchacha gira la cabeza hacia el río impasible. Lidia parece tranquila, Malkiel no lo está. Diez veces al día siente una angustia que le corta la respiración: no sabe si invocar la memoria es una debilidad o un acto de valentía. ¿Resulta fácil separarse de ella? Por su padre, no lo es: ha visto cómo se alejaba con un deslizamiento insonoro, sin fricción, que lo abandonaba a su pérdida, a su dolor. Pobre padre que se empecina en delimitar el tiempo, en encerrarlo, en domarlo.

—¿Me lo dirá cuando se sienta cansado? —pregunta Lidia.

—Se lo diré.

Qué joven más rara, piensa Malkiel. Qué intérprete más extraña. ¿Ángel guardián inocente o astuta policía? ¿Por qué me sigue? ¿Qué represento para ella? ¿Qué espera de mí? ¿Una insinuación? ¿Una confesión? ¿Una posibilidad de vivir en otro sitio, de morir lejos? Soy idiota, no se trata de eso. Pero, entonces, ¿de qué se trata? Sueño.

Se mira el reloj. Las ocho pasadas. Los árboles se envuelven de espesura, el silencio también.

—¿En qué piensa?

¿En flirtear? ¿Es eso lo que quiere ella? Yo no tengo la cabeza para eso. Sueño demasiado. Ya se me ha pasado la edad. Y además, no he venido tan lejos para flirtear o para soñar, sino para identificar los sueños de mi padre. Ha llegado el momento de que

los diferencie de los míos, si no voy a liarlo todo. No es demasiado serio tener la cabeza en las nubes, cuando no las hay.

Pero Malkiel no puede evitarlo. Él es así. Cosa de la naturaleza, del temperamento. También de la costumbre. Hubo un tiempo en que se enamoraba con rapidez; le gustaba amar. Quien ama, pensaba, pronuncia «nosotros» como los reyes. Quien ama, habla de su infancia como los viejos. Pero él habla poco. No tiene demasiados recuerdos de su infancia; no tenía más que sueños. Vibrantes, intensos, pero que no se reflejaban en ningún sitio. Ahora debe transformar sus sueños en recuerdos. No es fácil. En la montaña, sueña en la montaña. A la orilla del río, sueña en el río. Y en esta ciudad escondida en los Cárpatos, se ve en otra ciudad oculta en el corazón de esta. Se precipita hacia alguien que lo llama, corre, mientras avanza lentamente, tanteando, corre hasta perder el aliento, y los transeúntes lo animan y los muertos lo jalean: más rápido, vamos, te esperan allí abajo. Y en efecto, al final, sobre una colina más alta que la montaña, lo espera una joven hermosa y confiada, y desgraciada, torturada, no la que le agarra el brazo con fuerza más para recordarle quienes son que dónde están.

—Lidia, ¿quién es usted?

—¡Ah, no! ¿Aún no lo sabe? Soy su profesora de rumano. Su intérprete. Su guía. La mujer de su vida.

Desde luego. La intérprete rumana de Malkiel Rosenbaum, periodista del *New York Times*, en misión especial en Transilvania. Al día siguiente de su llegada recibió la visita de un funcionario de la Oficina de Turismo. Este le dio la bienvenida y lo sometió a un interrogatorio educado pero implacable. ¿Hablabas rumano? ¿Y húngaro? ¿Nada? Pero, entonces, ¿cómo iba a moverse? «Ah, no se preocupe. Tengo a alguien para usted. Recomendada por los servicios de información del Ministerio de Asuntos Exteriores. Y por un rabino de la capital. Ya verá como no podrá prescindir de ella.» Lidia fue a verlo al hotel ese mismo día. Con un libro de gramática. «Muchas gracias, pero no lo necesito —le dijo Malkiel—. Me llevaría demasiado tiempo.» ¿Se sintió decepcionada? No lo demostró. «De acuerdo —aceptó, muy educada—. Estudiaremos sin libro.» Él le explicó que no buscaba una profesora; necesitaba un guía y un intérprete. «Yo soy profesora de rumano —replicó Lidia—, pero eso no me impide trabajar como guía. Y como intérprete.» Prueba adicional de que ella dependía de unos servicios muy especiales...

—Lidia —puntualiza Malkiel—, no le he preguntado qué hace, sino quién es.

Ella no responde enseguida. Reflexiona. Y cuando piensa se pasa la mano derecha por el cabello y adopta un aire atormentado. ¿Por qué esas dudas? ¿Qué intenta disimular?

—No creo que le interese mi vida privada —acaba respondiendo con un tono falsamente oficial.

Malkiel detecta un rastro de despecho en la voz. ¿Está casada? ¿Es desgraciada en su matrimonio? ¿A qué está jugando? Él se prepara para interrogarla, pero cambia de idea.

—¿Quiere que hablemos de otra cosa?

Descontenta, le suelta el brazo. La calle se abre delante de ellos. Vacía. Inhóspita. Las casas bajas se alzan una al lado de la otra como montículos de arena atravesados por relámpagos.

—¿Por qué y en qué mi vida...?

Él la interrumpe:

—Deformación profesional. Al fin y al cabo, soy periodista.

—¿No me ha dicho que está a cargo de la sección necrológica?

Malkiel se muerde la lengua.

—Ahí me ha pillado. Es cierto que me intereso por los muertos.

—¿No es demasiado tarde?

—¿Demasiado tarde para quién?

—Para los muertos —responde ella.

—Es posible. Pero se vuelve mucho más grave cuando es demasiado tarde para los vivos.

Ella vuelve a cogerlo del brazo, lo agarra, pero guarda silencio.

Hace dos semanas que se encuentran todos los días. Por la mañana, antes de que acuda al cementerio, y por las tardes, a su vuelta. A veces cenan juntos. También pasean a última hora de la tarde. Charlan en inglés, o en alemán, cuando Lidia no encuentra las palabras.

Al principio, ella intentó hacerlo hablar. De él, de su familia, de su trabajo, de sus colegas, de sus estudios. Introduciendo al final las preguntas de verdad: ¿cuál es la razón real de su estancia en este pueblucho insignificante, hundido en la leyenda más que en la historia, y en el que pocos turistas intentan descubrir su encanto exótico? ¿Por qué visita todos los días el cementerio? ¿Qué busca entre las tumbas, si la más reciente es de hace diez o quince años? Malkiel sabe cómo librarse; por algo es periodista.

En cualquier caso, qué joven más rara. Cuando sonrío, está radiante. Cuando se cierra, asusta. ¿Intenta seducirlo? ¿Para crear entre ellos una intimidad más tangible? Pero al día siguiente se irá y no volverán a verse nunca más. Mucho mejor. Padre está enfermo, ¿tengo derecho a divertirme con una desconocida? Lo traiciono, como traiciono a Tamar. Ah, sí, Tamar. ¿Me querrás si me acuesto con ella? ¿Romperás conmigo? Pregunta que no resulta menos importante: ¿soy capaz de hacer el amor con una extranjera? Ella tiene unos ojos hermosos: el primer día, al verla, percibí una profundidad que me dio vértigo. Es verdad que no duró más que un segundo. Tamar, ¿me echarás en cara que haya experimentado ese vértigo? Pero sabes muy bien lo que me aferro al presente. El instante me fascina. Cuando alargo un brazo para atrapar el cuerpo de una mujer, en ese momento es posible que ella se crea dichosa, y yo me creo capaz de ser feliz, de amar: el veneno actuará más tarde, lo sé, pero no me arrepiento de haber extendido la mano. Sonrío a un niño que juega en la playa, él me devuelve la sonrisa, ignorando aún que está condenado a crecer en un mundo alienado, pero no me arrepiento de haberle sonreído. Le digo a un mendigo: Ven, te ofrezco una comida, o no hago nada más que acentuar su soledad y su exilio, pero no me arrepiento de haberle hablado. ¿Sería necesario sacrificar el presente con el pretexto de que es fugaz? ¿Qué dices tú, Tamar? No, no es necesario que piense en ti. Aquí no tienes nada que hacer.

—¿Tiene hambre? —pregunta Lidia.

—No. ¿Y usted?

—Yo tampoco.

Todas sus conversaciones se desarrollan de la misma manera: ¿Tiene sueño? ¿No? Ella tampoco. ¿Tiene sed? ¿Sí? Ella también. En el centro de la ciudad aún están abiertos dos o tres cafés.

—¿Vamos?

—Vamos —acepta Malkiel—. Pero allí me dirá quién es, ¿prometido?

—Cuando era pequeña le prometí a mi madre que nunca prometería nada.

Cuando ella era pequeña, cuando yo era pequeño... ¿Qué aspecto tengo? ¿Cómo soy? Una oleada de nostalgia lo hunde un poco más en su aislamiento. A veces tímido y a veces agresivo, desde que era niño busca la felicidad donde jamás se encuentra. Entonces, a veces, se la inventaba. Para jugar con ella, para destruirla y para recrearla.

Aun así, su infancia en Nueva York fue casi normal. Su padre, deseoso de no estar demasiado encima de él, intentó desvanecerse, quizá sin éxito. Malkiel podía invitar a

casa a sus camaradas. La valiente Loretta nunca protestaba cuando debía alimentar a cinco invitados inesperados. Elhanan respetaba la independencia de su hijo, excepto cuando lo veía cometer alguna imprudencia. Un día le dijo: «Hijo mío, debes saber que nadie puede sufrir en lugar de otro. Lo único que puedo prometerte es que cuando sufras, yo estaré presente en tu sufrimiento». Qué ironía, piensa Malkiel. Se han invertido los papeles. Él es quien sufre y yo no puedo sufrir en su lugar. Puedo recordar en su lugar, eso es todo.

—Le hablaré de mí si me habla de usted —propuso Lidia.

—¿Y entonces?

—Entonces sabré.

—¿Qué sabrá?

—Lo que quiera que sepa.

—Precisamente. Yo no quiero que sepa.

Ella se detiene, lo mira de arriba abajo y emite una risita.

—¡Usted es muy complicado!

Desembocan en una plaza que aún hierve de gente. Mal iluminada —es necesario ahorrar electricidad—, otorga a los transeúntes un aire lúgubre. Arrastran los pies; se podría decir que se deslizan sobre el pavimento. Se juntan durante un instante antes de dispersarse como si huyeran de un enemigo, en un patio, en una tabernucha bulliciosa. Los hombres beben cantando. Las camareras les reprenden.

—¿Aquí? —pregunta Malkiel.

—No. Vamos a otro sitio.

—¿No le gusta el dueño?

—Se me ha insinuado.

—¿Teme que nos vea juntos?

—Está demasiado borracho para ver nada más que la botella. Pero preferiría un lugar más tranquilo.

—¿Conoce alguno?

—Sí.

—¿Y allí no la molestará el dueño?

—No. Se lo prometo.

Y después de pensar:

—¿Ve? He traicionado mis principios; acabo de hacerle una promesa. ¿Vamos, entonces?

Ella lo conduce hacia un calleja estrecha bordeada de árboles. Allí, acelera el paso. Una intérprete desconcertante, piensa Malkiel. Ella lo intriga. Normal. Todas las mujeres lo intrigan. ¿Porque no ha conocido a su madre y la busca en todas ellas? Aquí, en los países comunistas, haría bien en desconfiar, sobre todo de mujeres como esa. Ha leído bastantes artículos sobre el tema. Turistas inocentes que viajan solos, quedan atrapados por el servicio secreto, que cuela a una criatura hermosa en su cama. Después, en medio del estruendo de una puerta destrozada, en medio de los *flashes*, aparece un marido ultrajado, gritando por el escándalo, exigiendo su detención: todo una pantomima... Sus amigos periodistas habían advertido a Malkiel al desearle un buen viaje: «Si tienes la oportunidad, acepta el placer donde se te ofrezca. No estás casado, no arriesgas nada. No podrán hacerte cantar».

—En serio, ¿adónde vamos? —pregunta Malkiel.

—A un sitio serio.

—De verdad...

—Confíe en mí.

—Cuando era pequeño...

—Me pregunto si alguna vez ha sido usted pequeño...

Al final se detienen delante de una casa modesta de dos pisos.

—¿No me diga que ahí dentro hay una taberna? ¿Quizá para turistas privilegiados?

Ella le toma las dos manos.

—Es usted idiota, señor Rosenbaum.

¿Cuántas veces ha oído esas palabras a lo largo de su vida? Eres idiota por quedarte en casa en un día tan hermoso, eres idiota por no salir esta noche con nosotros, por no venir a la playa, eres idiota por pasar tantas horas con tu anciano padre, eres idiota por querer amarme tanto o tan poco... Deberías, podrías ser feliz, aprovecharte de la existencia, broncearte bajo el sol, ceder a la tentación... Eres idiota, realmente idiota por buscar cuando no hace falta, por no buscar cuando es necesario...

—Es mi casa —afirma Lidia levantando la cabeza—. Vivo aquí.

—Ah, muy bien, vive en una taberna...

—Puedo ofrecerle un café malo, pero siempre será mejor que el del hotel.

¿Sí, no? Malkiel habría querido decir: De acuerdo, me gusta, vayamos a su casa. Pero la imagen de su padre enfermo apareció en su cabeza. ¿Expulsarlo? Seguramente no. ¿Hacer el amor en su presencia?

—Esta noche no, Lidia. No se enfade conmigo. Otra vez será. Se lo prometo.

Después de un momento de duda, ella se decide:

—No me dirá que le prometió a su madre...

—No, no le prometí nada.

Bueno. ¿Ahora adónde pueden ir? ¿Al hotel? ¿Al café detrás de la plaza Mayor? ¿Hacia la casa de su padre? Malkiel deja de respirar. Conoce esa casa desde el suelo hasta el tejado, aunque nunca ha franqueado la puerta. Conoce el emplazamiento de cada habitación, de cada mueble. Encima de la estufa, en el comedor, el techo parece bajo y ennegrecido; dos ventanas dan a la calle del Cuartel: se ve el teatro y el cine, la muchedumbre que se agolpa delante de las taquillas. A la izquierda se vislumbra la entrada de un jardín donde, el sábado por la tarde, los jóvenes intercambian guiños y charlas, una manera de conocerse. De repente, Malkiel se siente invadido por un ansia dolorosa de correr, de llamar a la puerta, de despertar a las personas que duermen allí y de vivir su sueño hasta el final: invitará a su pobre madre muerta y a su padre enfermo para que se unan a él. Venid, lo he arreglado todo, lo he reparado todo; he expulsado a los intrusos, la casa os espera, la pesadilla ha terminado; como si no hubiera habido una guerra, como si no hubiera existido la deportación. Los vivos siguen vivos, la Muerte no gana siempre. Mira, padre: estás en tu casa. ¿Yo? En ti, por ti no soy más que un deseo reprimido, una voz sofocada.

—Será mejor que entre —dice Lidia—. ¿No le parece?

—Sí, Lidia. Esta noche...

—Comprendo.

Un apretón de manos rápido. Lidia se aleja sin mirar atrás. Malkiel, en su imaginación, se ve ya corriendo hacia la casa de su padre. Rápido, más rápido. No puede esperar. Es necesario parar el juego y gritarle al mundo entero su verdad: «¿La verdadera razón de mi estancia aquí? Le he mentado, lo que busco no se encuentra en las lápidas, sino...». Su pensamiento se detiene: «¿Qué estoy diciendo? ¿Dónde voy a encontrar lo que busco? Y más aún, ¿qué estoy buscando?».

Aun así, los funcionarios se habían creído su historia; se mantenía en pie. Redactor de la página necrológica del *Times*, interesado en los epitafios antiguos. En el ministerio, un

responsable había negado con la cabeza educadamente: «Pero, por supuesto, Domnul Rosenbaum, lo comprendemos, ha tenido razón al venir a visitar nuestros cementerios; se quedará algún tiempo con nosotros, ¿no es así? Al menos eso es lo que esperamos».

Tal vez se quedase, en efecto. ¿Mucho tiempo? ¿Cómo saberlo? Solo Dios lo sabe todo, siempre. Solo Dios atraviesa el misterio de la duración. Ayer, mañana, jamás. Esas palabras no tienen el mismo sentido en Nueva York que en Bombay. El mendigo y el príncipe avanzan hacia la muerte, pero su ruta no es la misma. ¿Qué es lo que separa a un ser de su prójimo? ¿Qué es lo que impide que el pasado corroa el futuro? Todos los hombres necesitan la lluvia, la oración y el silencio; todos olvidan, todos serán olvidados. ¿Yo también? Yo también. ¿Y mi padre también? ¿Y Dios? ¿Él también?

Reencontrar la fe, piensa Malkiel. Y la inocencia de antes. Vivir el instante, acumular el deseo y el cumplimiento; coincidir con el otro, con uno mismo; ser el infinito. Desgraciadamente, para su padre, el infinito se confunde en el olvido. El pasado, como el futuro, no es más que un gran agujero negro. ¿Nada más? Nada más.

Malkiel siente un principio de mareo. No ha comido nada en todo el día. El cuerpo se venga; no se le puede desdeñar, castigar sin razón. ¿Y si comiera algo en la taberna? ¿Un trozo de su mal queso? Mejor, podría desandar el camino, llamar a casa de Lidia, confesarle su malestar, su debilidad: Soy idiota, Lidia; tengo hambre y tenía vergüenza de confesarlo; la deseo y no he osado decírselo... ¿Entonces qué, Malkiel? ¿Regresas?

Sentado en un banco de la plaza Mayor, Malkiel llama la atención de los pocos transeúntes que pasan a su lado y lo observan de reojo. Un hombre robusto que apesta a alcohol pasa rozándolo. Una mujer le susurra algo que no comprende. Malkiel se pone en pie y regresa al río, que se abre al cielo para mecerlo con melancolía. Una voz desconocida le dice: entrar en el agua, alejarse, dejarse llevar hasta el mar y mucho más allá, subir al cielo y aún más arriba; irse, no ver nada más, no escuchar nada más, no sentir nada más, no poseer nada, no sacrificar nada. ¿Deseos de morir? ¿De olvidar la muerte? ¿De unirse a su padre en un olvido común?

Una voz fuerte y rugosa lo salva:

—Ven a tomar un trago, eso nos hará bien.

Es Hershel, el sepulturero. ¿De dónde ha salido?

—¿Es un sí? —pregunta Hershel riendo—. Dios te recompensará.

—Creía que los enterradores tenían que ver con la muerte y no con Dios.

—Pero, querido señor extranjero, trabajan juntos, ¿acaso lo ignorabas? Vaya, cuántas cosas debo enseñarte. Venga, págame una copa. Bebamos por Dios, que ha creado al hombre en la borrachera.

Malkiel no responde. Entre una mujer bella y un enterrador, he acabado eligiendo al enterrador. Qué vida, desde luego, qué vida.

—Pareces deprimido, mi querido señor. ¿Entonces, qué? ¿Los astros te son contrarios? ¿La tierra bajo tus pies se ha dado la vuelta? ¿Te sentirás mejor si te cuento la Gran Reunión?

—Vamos a beber —acepta Malkiel.

Mientras caminan, el sepulturero sigue con su charla complaciente:

—La gente no nos aprecia demasiado, te lo aseguro. Pero ¿qué harían sin nosotros? Solo nosotros sabemos ocuparnos de la muerte. Y de la tierra. Si a algunos se les mete en la cabeza quitarnos nuestro trabajo, la tierra se los tragará de golpe, créeme. Con nosotros, la tierra es amable. No dice nada; se deja hacer. Recibe lo que le damos. No se queja, no protesta. Acoge la arrogancia del asesino y las lágrimas de su víctima. Abierta a todos los cuerpos, a todos los golpes, la tierra es la gran conquistadora porque se ocupa de los muertos y se las arregla para alimentar a los vivos...

¿El sepulturero ya está borracho? ¿Qué lo empuja a expresarse tan bien?

—¿La taberna está aún muy lejos?

—Para nosotros, nada está lejos —responde el enterrador riendo.

Esa voz, piensa Malkiel, ¿de dónde ha sacado su fuerza? ¿De la muerte? ¿Es la voz de la maldición?

—¿Me escucharás?

—Desde luego, padre. Te escucharé.

—¿No perderás la paciencia?

—Te escucharé con atención.

—¿Intentarás recordarlo todo?

—Lo intentaré.

—¿Y anotarlo todo?

—Lo anotaré todo.

—¿Incluso los detalles más insignificantes?

—Los detalles raramente lo son.

—¿Dejarás de quererme si, por casualidad, te enteras de cosas desagradables y tristes?

—No dejaré de quererte, padre.

—¿Más tarde no te sentirás decepcionado si me expreso mal?

—Nunca me has decepcionado, padre.

—Pero ¡tengo tantas cosas que decirte, tantas cosas!

—Lo sé.

—Estoy angustiado: ¿tendré tiempo para decírtelas todas?

—Esperémoslo.

—Precisamente, hijo. Siento que me abandona la esperanza, se escurre de mí.

—Lucharás para retenerla.

—¿Me ayudarás?

—Naturalmente, padre. Te ayudaré. Siempre.

—El tiempo apremia.

—Sí, padre, el tiempo apremia. Habla. Yo te escucharé.

—De acuerdo. Te lo contaré. El principio. Las consecuencias. Todo, te lo diré todo, si Dios me lo permite. ¿Escuchas? Esfuérzate en recordar lo que te explique, porque muy pronto perderé la capacidad de contar.

La ciudad de su infancia, es necesario que Elhanan la evoque para su hijo. Es necesario que Malkiel la lleve como la ha llevado su padre: como un punto de referencia y de admiración.

Pintoresca, de colores vivos, reunía culturas y etnias, costumbres y tradiciones diversas. Los rusos, los turcos, los mongoles, los alemanes, los húngaros y los rumanos habían dejado su huella. Babel moderno, sus ciudadanos hablaban muchas lenguas. Se habría podido decir que, de todos los rincones de la historia, los hombres y las mujeres se habían precipitado hacia ese lugar embrujado para levantar sus templos demasiado visibles y poco tranquilizadores.

Se podían encontrar mercaderes foráneos y buhoneros, saltimbanquis y criminales, hechiceros y curanderos. Justos que aspiraban a elevarse hasta el cielo y patanes que se apareaban en pleno día, de pie, en la plaza. Hombres que solo vivían para los demás y malhechores que se aprovechaban de todos. Soplonos de corazón duro y trovadores de rostro sonriente. Sabios que soñaban con Dios y advenedizos que se creían dioses.

—Mi abuelo vivía lejos, muy lejos —explica Elhanan a su hijo—. Si puedes, visita la pequeña aldea en la que tenía una granja, al otro lado de un río, cerca de un arroyo... En verano iba a visitarlo...

Elhanan iba en compañía de su madre, ya fuera en tren —unos veinte minutos—, ya fuera en simón: dos horas o más. Elhanan prefería el simón. Cuando el cochero estaba de buen humor, le permitía llevar las riendas, y en ese momento, disfrutando de una libertad y una autoridad desconocidas, se sentía contento con la vida.

La ruta tortuosa atravesaba un bosque. Elhanan contemplaba los árboles, que le parecían inmensos, todos ellos negros, con las raíces retorcidas, las ramas mutiladas y enredadas: veía las súplicas de criaturas deformes y maléficas obligadas al arrepentimiento. Cerraba los ojos, pero seguía viéndolas.

—Mi abuelo —le dijo Elhanan a su hijo— me parecía más fuerte que un león, más sabio que un sabio. Él me hablaba y yo lo escuchaba; yo le hablaba y él me escuchaba. Lo escuchaba incluso cuando meditaba en silencio: yo meditaba con él. Él me hizo amar los campos y los valles...

Elhanan amaba el campo. La flauta de los pastores llamando a sus rebaños al final de la tarde, las campanillas de las ovejas, el viento en el follaje justo antes de la tormenta. Toda brizna de hierba posee su propio canto, dice el rabino Najman. A Elhanan le gustaba escuchar cómo el canto de la tierra se unía al del cielo.

La madre de Elhanan le habla a menudo de su madre, la primera esposa de su abuelo. Y el niño la amaba sin haberla visto jamás. Estaba seguro de que era bella y dulce como su mamá. Por el contrario, desconfiaba de la mujer sombría que su abuelo había desposado en segundas nupcias. Le parecía malcarada, amarga; no le gustaba, sin saber por qué.

Dos veces al año, el abuelo bajaba a la ciudad —sin su esposa— para pasar las fiestas con el rabino Sender de Wohlnie, que vivía delante de la casa de Elhanan. El abuelo le profesaba una admiración ingenua y sincera. Le atribuía virtudes y poderes que lo elevaban al rango de los Justos. Entre sus adeptos se encontraba un hombre que, en un momento de cólera, había maldecido a su esposa, gritando: «¡Que el fuego te lleve!». ¿Efecto del azar? Su esposa murió poco después en un incendio. «Hablas demasiado», lo reprendió el rabino. Después de eso, el *hassid* no volvió a pronunciar palabra. Algunos años más tarde, el rabino le dijo: «El silencio también tiene sus límites». De golpe, el penitente recobró el habla. Pero a partir de ese momento las palabras se empujaban en su boca; era incoherente y la gente pensó que había perdido la cabeza. «¿Estoy loco, rabino?», preguntó el penitente. Y el rabino le respondió: «Existen los locos del silencio y los locos del lenguaje; a veces resulta difícil escoger entre uno y otro». Así, el *hassid* dividió en dos su existencia: hablaba por la mañana y se callaba por la tarde.

Elhanan debía de tener cinco o seis años cuando su abuelo lo acompañó a casa del rabino Sender: «Bendígalo, rabino». El rabino, rostro majestuoso, ojos brillantes de bondad e inteligencia, sentó al muchacho en sus rodillas y le sonrió: «¿Qué bendición te gustaría recibir de un viejo como yo?». Elhanan respondió: «Haga que todos los viejos que me encuentre sean como usted». El rabino rio de buena gana: «Adivino el deseo de tu abuelo. Desea que le prometa que te verá crecer como un buen judío temeroso de Dios y amante de su Torá. Pero tú eres más original, pequeño. Puedes seguir siéndolo». Esta conversación llenó de orgullo al abuelo.

En la ciudad había un Tentador, uno de verdad. Hacía estragos. Seducía a las jóvenes y las empujaba al pecado, al suicidio. Elhanan creía que lo había vislumbrado, cerca del pozo, en la plaza. Había oído cómo reía, sobre todo por la noche. Una risa voluptuosa, una risa tentadora, una risa que ponía la carne de gallina. «¿Tienes miedo, Elhanan?», le preguntó su abuelo. Elhanan admitió que sí, tenía miedo, sobre todo los sábados por la noche, cuando los demonios abandonaban su prisión para ir a perturbar a los vivos. «El rabino Sender te ayudará», afirmó el abuelo. El rabino Sender no se burló del muchacho:

«Nunca debemos burlarnos de quien tiene miedo, sobre todo si es un niño. Esto es lo que te propongo: el sábado por la noche iremos juntos, tú y yo, a escuchar al Tentador, ¿quieres?». Elhanan aceptó. A medianoche, el rabino y el niño se acercaron al pozo. El rabino Sender recitó una oración breve y dijo: «Tentador, si sigues dando miedo a Elhanan, nunca te liberarás del castigo que te tengo reservado». Al instante, Elhanan oyó un gemido que surgió del fondo del pozo. «Si quieres —explicó el rabino a Elhanan—, tenemos el poder de encadenarlo por todos los siglos. ¿Quieres que lo haga?» Elhanan nunca se había sentido tan importante. «Me gustaría pedirle consejo a mi abuelo», respondió. Y el abuelo le aconsejó clemencia. Elhanan lo adoraba. Entre el anciano y el niño existía un lazo emotivo y reconfortante que ninguna persona podía romper. Cuando el abuelo iba a casa de Elhanan, nunca se separaban. Dormían en la misma cama. Hablaban hasta el alba.

Una noche de Rosh Hashaná, el abuelo le enseñó a Elhanan un canto grave y conmovedor. A Elhanan le gustaba su voz: evocaba universos secretos. Un fuego sagrado ardía alrededor de su persona: toda la casa se llenaba de alegría, de calor, de luz. De madrugada, el abuelo murió cantando. Pero, para Elhanan, su canto era más fuerte que la muerte. Estaba convencido de que el abuelo nunca dejaría de cantar.

«Quería a mi abuelo —le dijo Elhanan a Malkiel—. Lo admiraba, habría dado la vida por él, pero yo soñaba con parecerme a mi madre, porque ella se parecía a mi abuelo. Mi madre está tan presente como lo estás tú. Si ella pudiese verme como me ves tú, si mi abuelo pudiese comprenderme como yo te comprendo, todo sería completamente diferente... Sí, Malkiel, completamente diferente.»

Elhanan habla con su hijo, pero está solo. O, mejor dicho, se siente a la vez solo y no solo. La habitación está soleada y no soleada. Se estremece al volver a verse con su madre en la pequeña ciudad nevada. Todos sus fantasmas tan cercanos, todos esos demonios desencadenados que se mezclan como conjurados, le dan miedo. ¿Tú me ayudarás a no tener miedo, no me abandonarás, madre? Todos estáis ahí, lo siento, y mi corazón late con más fuerza: ¿por qué tengo tanto miedo? Oh, no es nada. Es que tengo frío.

Y porque hablo, hijo mío, y tú no estás aquí.

¿Me escuchas?

De niño, Elhanan se preguntaba dónde desaparecían las palabras pronunciadas, las luces encendidas, los silencios compartidos. ¿Quién recogía las oraciones no recibidas del fiel? El arrepentimiento del moribundo, ¿a quién pertenecía después de su muerte?

Elhanan no dejaba de plantearse preguntas. Estas versaban sobre el misterio de la vida y sobre el de las tinieblas. ¿Por qué vivir, si es para dejar de vivir? ¿Por qué luchar, si es para despertarse sobre las ruinas? Su padre intentaba explicarle que ciertas cosas permanecen inexplicables. Sus maestros se esforzaban para hacerle comprender que, a veces, era mejor no intentar comprender.

En esa época la vida era bella. Bien acompañada, con ritmo, integrada en la memoria de Dios, permitía que los pobres se pusieran en camino cantando, que los prisioneros se durmieran y que los niños se aventurasen sin miedo por senderos desconocidos.

Los judíos llevaban una vida judía, los cristianos, una vida cristiana, y los demás —los emancipados— manifestaban el mismo desprecio por los unos y por los otros.

Ocurre que las crisis engendran, de manera natural, desconfianzas y rencores entre las comunidades. Elhanan y todos los escolares judíos se quedaban entonces en sus casas, trabajaban solos o con sus padres, esperando que se restableciera la calma.

Un recuerdo: los fascistas habían tomado el poder en Bucarest. Las bandas de la Guardia de Hierro antisemita preparaban un golpe contra las sinagogas y los barrios judíos. Neutral, la policía se mantenía a distancia. Era necesario tomar medidas de protección, pero ¿cuáles? Se celebró una reunión en casa de Malkiel, padre de Elhanan. Allí estaban todos los notables. Ambiente de preocupación, la gente hablaba, hablaba; y el padre de Elhanan aconsejaba, aconsejaba. Elhanan no hizo nada. Observaba, escuchaba. No comprendía nada: ¿por qué estaban tan preocupados? Se diría que esperaban el fin del mundo. Entonces, en un momento dado, su padre levantó la cabeza: «Si todos esos rumores son ciertos, esto puede ser el fin del mundo».

Finalmente, el pogromo no tuvo lugar gracias a Berl Brezinsky. ¿No conoces a Berl? Raro, en la ciudad todo el mundo lo conocía. De hecho, todo el mundo conocía a todo el mundo. En resumen, Berl, que era rico y tenía una fuerza notable, fue a buscar al cabecilla y le dijo: «Escucha, amigo, una de dos. O evitas que esos cabrones se desmanden y te doy diez mil lei, o te niegas y, en ese caso, te aplasto».

Elhanan se acordaba de Berl, como se acordaba de todos los hombres más o menos conocidos de la comunidad. Se sentía cercano a Shammai, que le decía: «Es para desesperarse, para retorcerse de risa», sin explicar jamás qué lo desesperaba. Y de

Yohanan, que le confiaba: «Me siento culpable y no sé de qué, ¿sabes tú qué puede ser?». Y de un loco que hablaba tarareando: «La gente, la gente, que es exasperante. Al cubo de la basura, sus palabras, sus recriminaciones, sus declaraciones grandilocuentes. Se terminó el tiempo de las palabras; solo cuenta el siguiente hecho: el mundo, tal como es, no merece subsistir». Y de un mendigo que, la tarde del sabbat, en la sinagoga inundada de penumbra, le contó su pena: «Soy feo, me doy cuenta de ello; es la miseria la que me vuelve feo. Dime, tú que aceptas escucharme, ¿qué ocurre con mi sonrisa cuando yo ya no sonrío?». Y de un poeta que le decía no importa qué a no importa quién: «Ah, cuánto echo de menos a la mujer que aún no he encontrado, que jamás encontraré».

Al pensar en su infancia, Elhanan se volvía niño, redescubriendo un lenguaje inocente, chapurreado, desnudo, a veces profético, siempre nostálgico.

Había un personaje aún más raro. Había algo en él que daba miedo. A pesar del calor que reinaba en la casa de estudios, la *bet midrash* donde Elhanan lo había vislumbrado la víspera, permanecía arrebujaado cerca del hogar y parecía helado; sus labios se movían pero no emitían ningún sonido. Ahogados por la fiebre, de una fijeza enfermiza, sus ojos miraban sin ver.

—¿Está usted enfermo, padrecito? —le preguntó Elhanan—. ¿Tiene hambre? ¿Sed?

El extranjero no contestó.

—¿Quiere que llamemos a un médico?

Elhanan no consiguió atraer su mirada; parecía que se movía en un mundo irreal, hechizado, fuera de su alcance.

—¿Quién es, padrecito? ¿De dónde viene? ¿De qué infierno se ha escapado?

Nada.

—¿Quién lo persigue? ¿Quién quiere hacerle daño?

Siempre nada.

En la ciudad, al principio, había pasado desapercibido. Estaban acostumbrados a esos nómadas, mensajeros portadores de secretos, que surgían y desaparecían sin dar una explicación. Los alojaban en la antesala de la *bet midrash*. Para alimentarlos, el bedel los enviaba con las familias acomodadas para que tomaran una comida al día. Algunos se quedaban una noche en la ciudad, otros, siete años; se los aceptaba respetando su libertad.

A Elhanan le gustaba hablarles, hacerlos hablar; a través de ellos, se le ofrecía un mundo lejano, turbulento, cambiante; gracias a ellos había conseguido recorrer la tierra de un extremo al otro sin abandonar jamás su pequeña ciudad perdida en las montañas.

Pero aquel vagabundo no se parecía a los demás. Más bien tenía el aspecto de un aparecido. Barba y cejas tupidas, brazos cubiertos de quemaduras, parecía que se había escapado de un incendio.

Por la noche, a la mesa, Elhanan le habló a su padre, que le aconsejó que dejase tranquilo al extranjero.

—Es posible que necesite silencio, soledad; no le impongas tu curiosidad.

Elhanan volvió a verlo a la mañana siguiente. Sentado en el mismo banco, en la misma postura encorvada, con la misma fijeza en la mirada.

Lo observó durante el oficio matinal; el extranjero no participó en ningún momento. Ni siquiera se puso en pie para la *Kedushá*. Después del oficio, Elhanan lo abordó de nuevo y le ofreció su ayuda.

—Deja de molestarme, crío. Tu lugar está en la escuela, no a mi lado. Eres demasiado joven para perder el tiempo, demasiado bueno para cargarte con mis fantasmas. Vete. Lo mejor para ti es que te vayas. Si me pongo a hablar estarás perdido.

—No tengo miedo, padrecito.

—¿Y te enorgulleces? Aprende a tener miedo. Como yo. Como todo el mundo.

—Aprenderé.

Y con un arranque de audacia:

—Enséñeme.

Bruscamente, el rostro del extranjero se descompuso. Su mirada penetró en Elhanan con una fuerza que lo hirió.

—No, crío. Busca a otro.

—Por favor —pidió Elhanan—. Todos los visitantes me enseñan algo. No sea el primero en dejarme con las manos vacías.

El extranjero lo examinó largamente, después sonrió. Elhanan pensó: Cuando sea mayor, sonreiré como él.

—De acuerdo —aceptó el extranjero—. No te irás con las manos vacías. Te acordarás de nuestro encuentro. Recordarás que en tu camino se cruzó un viejo judío, tan viejo como el mundo, tan persistente como la memoria del mundo. No te pido que me prometas que no vas a olvidarlo; es él quien te lo promete.

El extranjero siguió sonriéndole y Elhanan pensó: No, no me voy con las manos vacías; cuando sea mayor, seré generoso como él.

Elhanan quiso seguir con la conversación, pero el extranjero se escondió. Volvió a encerrarse, se encorvó y fingió que no se daba cuenta de su presencia.

Elhanan quiso llorar, como si adivinase que el extranjero sería incapaz de mantener su promesa.

El primer encuentro. En el *New York Times*. Finales de los años setenta. Tamar es reportera política, una estrella. Malkiel da el toque final a los artículos. Ella entrega su escrito al jefe de sección, que lo lee con rapidez y lo pone sobre el escritorio de Malkiel: «Abrevia un poco, pero no mucho; presta atención. A Tamar no le gusta que se toquen sus textos». Se trata de un artículo sobre una campaña electoral en los Estados Unidos. Acusaciones y contraacusaciones. Malkiel sabe. Alargar, apretar, condensar, eso le gusta. Eliminar lo superfluo. Suprimir el maquillaje, las florituras. La regla clásica del buen periodismo: privilegiar al verbo, sacrificar los adjetivos. Y después, el ritmo. Atención al ritmo. Trabajo fácil, técnica, terminado con rapidez. El artículo recibe los honores de la primera página. El director, con el apodo del Sabio, está visiblemente orgulloso. Tamar no. Ella no es célebre por nada: sus éxitos —si no su orgullo— le dan derecho a tener temperamento. Llega al día siguiente, furiosa, y se planta delante de su cirujano: «Has masacrado mi artículo, lo has demolido, has hecho una caricatura simplista y estúpida. Cualquier lector inteligente se habrá burlado de él —sisea entre dientes—. ¿Qué derecho tienes a eliminar lo esencial? ¿Quién te ha permitido tocar mi estilo? ¿Y de ridiculizarme a los ojos de todo el mundo?». De pie, domina a Malkiel, que desearía que se lo tragase la tierra. Si la querida colega pudiera despedirlo en el acto, lo haría, y con gran alegría. Más aún: si estuviera en su poder cortarle los dedos, e incluso la cabeza... Protector de los oprimidos, es el Sabio quien salva a Malkiel de la condenación eterna. «Tamar —la llama al cogerla por los hombros—, cálmate. ¿No te das cuenta de que lo empujas a la desesperación? Entre nosotros, no es culpa suya. ¿Quieres saber la verdad? Discutió para que no se tocara tu artículo... que, de lejos, es uno de los mejores que has escrito. Nunca lo he visto defender unas palabras como ha defendido las tuyas...» De golpe, la tigresa se calma. «¿Es verdad este halago de baja estofa?» El Sabio, visiblemente sincero, enarbola su sonrisa de las grandes ocasiones:

«Te lo juro por la cabeza más bella aquí presente: la tuya». Ella se vuelve entonces hacia Malkiel, confusa, infeliz: «Mi pobre muchacho, ¡soy un monstruo! ¿Por qué me has dejado que lo hiciera? Tendrías que haberme insultado, colocado en mi lugar, mandarme al diablo... ¡Eres idiota, ven, te invito a un café! A propósito, ¿cómo te llamas?».

Así se convirtieron en compañeros. Cómplices. En la redacción se sabía: solo Malkiel está autorizado a ocuparse de los artículos de Tamar. Coto privado de caza. Equipo elegido, bendecido desde lo alto. Indisoluble. El estilo de Tamar, las correcciones de Malkiel: una verdadera lección para los periodistas novatos. Aunque el Sabio, siempre creativo, les propone un reportaje conjunto. Toman el puente aéreo hacia Washington, se alojan en el Madison Hotel y empiezan a trabajar. Tamar conoce a todo el mundo en el Senado (el *whip* de la mayoría es uno de sus antiguos profesores de Ciencias Políticas) y en la Cámara de Representantes. Dispone de contactos en la Casa Blanca. La llaman por su nombre de pila, bromean con ella, la cortejan, la invitan a almorzar, a cenar, a la «recepción del año»: «Lo lamento —responde, encogiéndose de hombros—, no estoy sola». Malkiel se sonroja hasta la raíz del cabello: ¿resulta para ella una carga tan pesada? «La investigación la llevamos juntos, ¿sí o no? —pregunta Tamar—. Vamos a ganar el Pulitzer juntos, ¿sí o no?» Malkiel no puede hacer nada más que asentir: «Desde luego, desde luego». Ella ríe, irónica: «Mira que eres idiota; analiza un poco la cabeza de esa gente; les corroen los celos. Eso me encanta».

En realidad, Malkiel está contento por acompañarla. Le gusta todo de ella: su manera de vestirse (blusa gris entreabierta), de peinarse (la larga melena morena cayendo sobre los hombros), de dar órdenes: sabe hacerse obedecer. Naturalmente, se ha enamorado de ella; naturalmente, espera que ella no se dé cuenta: se equivoca, naturalmente. Tamar es demasiado inteligente. También perspicaz. Y, detrás de su actitud flemática, es más bien romántica. ¿Por qué manifiesta un interés tan particular por su colega? ¿Porque no es su competencia? ¿O porque no intenta impresionarla? ¿Porque se comporta con ella como un niño perdido? Los otros, en la redacción, son más desenvueltos; saben qué hacer, qué decir y cuándo, para abrir no importa qué puerta. Pero Malkiel no. Reservado, tímido, escucha prudentemente en silencio, observa en silencio, se refugia en el silencio. Tamar se convierte en un secreto en él. Tamar adora los secretos. Sabe que ha crecido sin madre. El pobre. Tamar adora el sufrimiento de los demás. Ella procede de una familia en la que el humor ha conseguido expulsar las desgracias. Ahora se da cuenta de que nunca ha visto reír a Malkiel. Eso no puede seguir así: ella le enseñará.

La primera velada en Washington. Después de una larga cena con un periodista local que dice estar al corriente de todos los rumores, vuelven a sus habitaciones, pero se detienen delante de la puerta de la joven. «¿Tienes sueño?», pregunta Tamar. «En realidad, no», responde Malkiel, que siente que su mirada se vela. «¿Y si trabajamos un poco? ¿Quieres?» Ella abre la puerta; entran. Sentados en el sofá, uno junto al otro, estudian sus libretas de notas, elaboran diferentes planes de ataque para la investigación, comparan impresiones, incertidumbres, posibilidades; es medianoche, pero aún no han terminado. Son las dos de la madrugada y están abrazados.

¿Cómo han llegado a eso? ¿Quién se ha atrevido a dar el primer paso? Malkiel. Superando sus inhibiciones, ha tomado la iniciativa. En toda su vida, nunca se ha sentido tan entero y tan real. Con sencillez, sin pedirle permiso, la ha tomado en sus brazos; y ella se ha sometido. No han dicho nada, ni el uno ni la otra. Pero él ha sentido una necesidad imperiosa de hablar, de romper el silencio y las dudas. Ha tenido que hacer un gran esfuerzo para no decir lo que dicen los hombres en situaciones parecidas: «Estoy enamorado de ti, Tamar. Desde siempre. Eres la mujer de mi vida. Te espero desde que nací; es ahora cuando empiezo a vivir». Las otras veces, al borde del abandono, en el propio corazón del éxtasis, encontró el sabor amargo de la ruptura, del vacío. En plena tormenta, pensó en la muerte que espera a todas las cosas: desde el momento en que se abandona la superficie, ella surge con los brazos abiertos. La tristeza la anuncia, la alegría la disimula y la engaña.

—¿En qué piensas? —pregunta Tamar.

¿Decírselo? ¿Decirle el qué? ¿Que su padre nunca se recuperó de la muerte de su esposa? ¿Que todo en él está impregnado de melancolía? ¿Que ha conseguido vencer la de los demás al escucharlos, simplemente escuchándolos?

—Pienso en mi padre —responde Malkiel.

Su padre aún no está enfermo. Pasa por fases de depresión, eso es todo. Su mal, ¿ya está en él? Si es así, nada ha revelado los primeros indicios.

—Me gustaría conocerlo.

—Lo conocerás.

—¿Crees que le gustaré?

—Le gustarás.

¿Qué hacer para reconciliarnos con el destino?, se pregunta Malkiel. Dos seres unen sus impulsos, sus movimientos, se convierten en una encrucijada en la que convergen

pulsiones y sueños, pero no es esta victoria lo que ocupa mi espíritu, sino la muerte: la de mi madre, también la mía. Un día desaparecerá el último estallido de la inteligencia, del deseo, de la luz.

—¿En qué piensas? —pregunta Malkiel.

—En tu padre.

De repente, tiene miedo. Ignora la razón. El miedo llega en oleadas. Crecen, ganan volumen antes de desvanecerse.

—Durmamos —sugiere Tamar.

—Tienes razón.

Ella lo abraza.

—Pensaba que querías dormir —comenta Malkiel.

—Piensas demasiado.

Para Malkiel y Tamar, la vida se convierte en una fuente inagotable de reconocimiento. Sus cuerpos se compenetran tan bien en la llamada como en la alegría: ninguno necesitaba proteger su soledad en el silencio.

Días gloriosos, noches de fiesta. Se amaban, se estimulaban el uno al otro. La presencia de uno no pesaba sobre las expectativas del otro. En el mismo seno de su unión, habían encontrado una libertad creativa que se inventaba, que se enriquecía todas las noches. Pero a Malkiel le bastaba con acordarse de su padre para que el tiempo y el espacio vacilaran.

—Tengo miedo —confesó Tamar una vez, mientras estaban unidos como nunca antes.

—¿Tú? ¿Tú tienes miedo? Pero ¿de qué?

—De la felicidad. La felicidad transforma a los seres. Los hace mejores o peores. Puros o mezquinos. Hay personas que no están hechas para la felicidad. ¿Tú estás hecho para la felicidad?

Malkiel no responde. Su padre no lo estaba; eso lo sabía. Su elemento natural era el sufrimiento y el recuerdo del sufrimiento.

—Habrá que hacer todo lo necesario para ser felices, Malki. Será difícil. La felicidad es una diosa celosa. Te posee pero no se deja poseer. Será necesario luchar. ¿Lucharás?

—No sé cómo hacerlo —confiesa Malkiel.

—Yo te enseñaré.

¿Tiene la misma idea del combate? ¿De sus posibilidades de éxito? Malkiel siente el corazón pesado. Vivir por otra persona es posiblemente más fácil que vivir con ella. Lo

que es una bendición para uno podría convertirse en una maldición para el otro.

—¿Cuándo conoceré a tu padre? —pregunta Tamar.

—Pronto.

—Y a mí me gustaría presentarte a mis padres.

Viven en Chicago.

—¿Y si vamos por Acción de Gracias?

—De acuerdo —acepta Malkiel.

—Pero... ¿tu padre?

—Lo entenderá.

—¿Estás seguro?

—Lo entenderá.

—¿No estará muy solo?

—Tiene a los pacientes.

Familia numerosa en un suburbio de Chicago. Este grita, este incordia, este se cae, este se queja, este refunfuña, este quiere beber. Tamar es la heroína, la princesa. Los niños se cuelgan de su falda, no tienen más que su nombre en la boca. En esta cena festiva, todos quieren sentarse a su lado. Malkiel ocupa el lugar de honor, a la derecha de la dueña de la casa. Ella ha preparado el pavo tradicional. Desgraciadamente, Malkiel detesta el pavo. «Coma, coma, el placer vendrá después», repite la madre de Tamar como una verdadera madre judía. «Soy vegetariano», responde Malkiel para excusarse. «¡Tamar! —se escandaliza la madre—. No me habías dicho que te casabas con un vegetariano... ¿Qué es un vegetariano? ¿Qué religión es?» Malkiel se sonroja a causa de la confusión; se avergüenza por Tamar, y por él mismo. «No te preocupes, mamá —la tranquiliza Tamar—. Se puede ser judío y vegetariano.» Aliviada, su madre precisa: «Pero ¡si el pavo es *kosher*, se lo juro!». «Déjalo en paz —interviene Tamar—. Malkiel no es muy comilón.» Gracias, Tamar. «Ay, ay —se queja la madre—, te compadezco. Los hombres que comen poco no son buenos maridos.» «¡Mamá!», protesta Tamar. Gracias, Tamar.

A la semana siguiente, es Tamar quien acompaña a Malkiel a casa de su padre. La primera nevada cae sobre la ciudad en ese domingo de diciembre. Las aguas del Hudson, sombrías y silenciosas, fluyen más lentamente. Tamar está menos locuaz que de costumbre.

En cuanto Elhanan la ve, se queda inmóvil. Se queda sin aliento, murmura: «¡No es posible, no es posible!».

Tamar lo encuentra atractivo desde el principio; se dirige hacia él y lo besa en las mejillas. Apenas llega, se siente como en su casa. «No es posible, no es posible», repite Elhanan. «¿Qué es lo que no es posible?», pregunta Tamar. «El parecido, el parecido — murmura Elhanan—. La calidad de su belleza.» «No me diga que va a pedirme en matrimonio», replica Tamar con una sonrisa. Elhanan, ausente, no la ha oído. «Entonces, ¿no le gusto?» Malkiel se apresura a intervenir: «Esta... esta es Tamar. Mi colega. La que escribe los reportajes que lees...». Parece que Elhanan se despierta: «Ah, sí, desde luego, lo recuerdo... Ah, estoy muy contento de que haya venido a mi casa...».

Elhanan se ha puesto el traje azul. Quería quedar bien; ha quedado bien. Tamar sabe hacer hablar a la gente; lo hace hablar. De sus alumnos, de sus pacientes. Ella admira su erudición, su capacidad de análisis y de introspección. Radiante, Loretta sirve el café. Tamar le dedica unos elogios sinceros: «Es mejor que el que sirven en la Casa Blanca». «Puede decirle al presidente —responde Loretta— que si tiene unos invitados de categoría puedo ir a echarle una mano.» Malkiel va a telefonar al periódico. Elhanan aprovecha su ausencia para repetir: «No es posible, realmente, no es posible... Es usted bella... Muy bella... Como lo fue una mujer en su momento...». Malkiel está de vuelta, y Elhanan se dirige a él: «¿A qué estás esperando, hijo? ¡Cásate con ella! ¡Decídetelo!».

—Lo adoro, ¿sabes? —le dice Tamar a Malkiel cuando están en la calle—. Es alguien muy especial.

Gracias, Tamar.

—¿Lo ves? —añade Tamar tomándolo del brazo mientras se encaminan hacia Broadway en busca de un taxi—. Nuestros padres están de acuerdo. ¿Cuándo nos casamos?

—¿Y tu carrera?

—Me conozco: seré a la vez una buena esposa y una buena periodista.

—No tengo la menor duda.

—Quiero dos niños, muchos niños.

—¿Y tu carrera?

—No seas aguafiestas. Puedo ser una buena madre, esposa fiel y gran periodista.

—Pero... ¿mi padre?

—Nos ocuparemos de él. Puedo ser una nuera excelente, buena esposa...

—Lo sé, lo sé.

—Entonces, ¿es un sí? ¿Estás de acuerdo? ¿Me harás hijos? ¿Cinco? ¿Diez? Si supieras lo que me gustan los niños... Me gusta verlos correr por la arena y ensuciarse la cara, devorar helados mientras hacen muecas, me gustan incluso cuando los encuentro insoportables... Prométeme que me harás muchos...

—Yo no te prometo nada...

Hijos, piensa él. ¿Con qué derecho los traemos al mundo? Y menudo mundo... ¿Estoy seguro de que no nos maldecirán por haberles dado la vida? ¿Y qué vida?...

—Conocí a un hombre —prosiguió Malkiel— que no quería hijos. No porque no le gustasen, sino porque los amaba; le daban lástima. Pensaba en el futuro que les esperaba y se decía: Será mejor que el tiempo se cumpla sin ellos.

Entonces, por primera vez, Tamar se enfada en plena calle.

—Cállate. Eres demasiado idiota.

De regreso a su casa, él intenta abrazarla; ella se libra.

—Escucha —le dice ella—. ¿Crees que no tengo miedo? Tengo miedo de envejecer, de volverme fea, de ponerme enferma, de morir. Pero, mientras sea joven, quiero que mi juventud me haga feliz; mientras sea hermosa, quiero que mi belleza te embriague. Naturalmente, aquí abajo todo es provisional. Pero decir que, porque el porvenir nos amenaza y la muerte existe, no tenemos derecho al amor y a la vida, es como resignarse a la derrota y a la vergüenza, y eso jamás lo admitiré.

—Pero...

—No digas nada. Lo digo yo: piensas en tu padre y eso te desespera. A partir de ahora yo también pensaré en él, pero pensaré en él para no desesperar. ¿Está solo? Pero está vivo. ¿Está triste? Pero reacciona, la luz se refleja en sus ojos. ¿La sombra en la vejez? Recordaremos lo que él ha sido.

Gracias, Tamar.

Malkiel había alquilado un estudio en el centro, a medio camino entre el periódico y su padre. Pasaba el sabbat y las fiestas junto a Elhanan, una costumbre que respondía a una necesidad interior: si las actividades de la semana los separaban, el tiempo consagrado los reunía. Cada viernes por la noche, Elhanan encendía las velas y las bendecía. Padre e hijo cantaban juntos el *Shalom aleikhem malakhei hashalom* en honor de los dos ángeles que acompañan a todo hombre y a toda mujer al palacio de la reina para encontrar la alegría y la serenidad. Después Elhanan recitaba el *Kidush*, bebía un trago de vino y le tendía la copa a su hijo. Malkiel cortaba la *halla*, ofreciendo un trozo a su padre y otro a Loretta, que, cada vez, se extasiaba con su sabor: «¿Lo veis?, mi *halla* es mejor que la del mejor panadero judío, confesadlo».

Durante una comida de sabbat Malkiel descubrió el primer signo premonitorio del mal que iba a destrozar el espíritu de su padre. Un incidente en apariencia anodino vino a perturbar la ceremonia. Tras comenzar el *Kidush*, Elhanan se interrumpió en medio de un versículo. Malkiel notó las venas que se le inflaban en las sienes, el sudor que perlaba su frente y los dedos que se aferraban a la copa de plata. No lo comprendió de inmediato: «¿Te sientes mal, padre?». No, Elhanan no se sentía mal. Simplemente tenía un agujero en la memoria. (No sería hasta más tarde, mucho más tarde, que Malkiel experimentó dolor y piedad al revivir la escena.) ¿Qué podía hacer? ¿Apuntarle la continuación? Afortunadamente, Elhanan encontró la solución: «Sé amable, hijo mío. Alcánzame el libro de plegarias; está en el salón».

A partir de ese momento, Elhanan no volvió a recitar el *Kidush* de memoria.

Cuando le contó el incidente a Tamar, Malkiel no había olvidado el rostro destrozado de su padre.

—No te lo puedes imaginar. Era como si hubieran pillado a un niño en falso, un anciano perdido. No comprendía lo que le pasaba. Para él, olvidar el *Kidush* es como si olvidase la sonrisa de mi madre, o la tuya.

Otro incidente. Tamar está en California, Malkiel lleva a su padre al Carnegie Hall. Se podría decir que el solista toca divinamente. En sus manos, el violín se convierte en canto. Los ojos cerrados, derecho, extremadamente tieso, el artista se ha abstraído de

todo lo que es ajeno a la obra que interpreta. Parece que se mueve en un universo sonoro en el que las melodías fragmentadas se rehúyen, se buscan, se conjugan, se desgarran para expresar lo que el alma, desde sus orígenes, se esfuerza en comunicar al crear su propio lenguaje, su dolor, su nostalgia primera y última.

«¡Bravo! ¡Bis! ¡Otra!», grita un público entusiasmado, al borde del delirio. «Es un triunfo», afirma el crítico del *Post*. «Se ha superado», reconoce, prudente, su colega del *Times*.

El violinista, joven y vigoroso, se hace de rogar pero reaparece para ofrecer una pieza más corta, más ligera, demostrando así que su virtuosismo es variado, si no ilimitado. Por segunda vez, la sala en pie lo ovaciona.

Malkiel piensa que tendrá que mencionar ese concierto en su artículo. A Malkiel le apasiona la música. Pero no asiste al concierto en calidad de crítico musical. ¿Curiosidad innata o conciencia profesional? Insiste en encontrar la personalidad que deberá evocar la memoria «el día que». A veces, al observar a su «sujeto», piensa en su desaparición. Esa noche no. Esa noche se siente arrebatado por la violencia contenida del artista, cuya perfección le da un poco de vértigo.

—¿Te ha gustado? —le pregunta a su padre.

—Mucho.

Tras salir del Carnegie Hall, empujados por la multitud, se dirigen lentamente hacia la Séptima Avenida, donde los atascos habituales ofrecen a los peatones una agradable sensación de venganza. Qué bien que no tengo coche, piensa Malkiel.

—¿Volvemos a pie?

—¿Por qué no? —acepta Elhanan.

No hace frío. Una noche perfecta de abril.

De repente, Elhanan se detiene. Acaban de llamarlo. Se da la vuelta. Un hombre de cierta edad avanza hacia él con la mano extendida. «¿Le ha gustado, profesor Rosenbaum?» Elhanan responde: «Sí, genial». El hombre sigue hablando y Malkiel se da cuenta de que su padre está molesto. De regreso en casa, Elhanan le explica la razón:

—Conozco a ese hombre, pero se me escapa el nombre.

—¿Un colega, quizá?

—Es posible. No lo sé. Lo único que sé es que lo conozco o, mejor dicho, que lo conocía. Mientras me hablaba lo he identificado, pero sin encontrar su nombre. ¿Brauer? ¿Saftig? Tengo la extraña impresión de que es como si se hubiera escapado de mi

cerebro. Una mano criminal y temible ha tomado posesión de mi memoria. Yo sabía ciertas cosas y no puedo recordarlas. ¿Te has dado cuenta de cómo he intentado maniobrar para que dijera su nombre? Una sola pregunta, lacerante, golpeaba mi espíritu: Pero ¿quién es? Mi pensamiento se ha dispersado. Revisaba los rincones de mi vida. Sin encontrar nada. Un dolor agudo traspasó mi cerebro. La expresión «me estalla la cabeza» ha tomado para mí un sentido real, íntimo. En ese momento la cuestión de la identidad de ese hombre me ha parecido importante, más esencial que todos los problemas metafísicos de todas las filosofías del mundo. He sentido uno de esos miedos... Espera... Se llama Rubinstein, Sender Rubinstein. Imparte Matemáticas en el Hunter College. Es de origen belga.

—¿Lo ves? No tenías razón para inquietarte.

—No quieres comprenderlo, Malkiel. Tengo miedo de caer en un pozo sin fondo donde me espera la risa del Tentador...

Por desgracia, eso también debía ocurrir. Allá arriba se había decretado que nada le sería perdonado a Elhanan ben Malkiel Rosenbaum.

En sus momentos de lucidez, que más tarde se hicieron cada vez más raros y penosos, propondrá una explicación de lo que le estaba ocurriendo:

—Soy culpable... Por eso me están castigando... Como el hijo herético de Abuya, he mirado donde no debía, y he apartado la mirada cuando no debía... He visto cómo se ejecutaba un pecado... un crimen... Habría podido, habría debido actuar, gritar, empujar, golpear... Olvidé nuestros preceptos y nuestras leyes, que obligan al individuo a combatir el mal en cuanto aparece... Olvidé que nunca se debe ser un espectador... No tenemos derecho a mantenernos apartados, a guardar silencio, a dejar que la víctima se debata sola contra el agresor... Ese día olvidé tantas cosas... Esa es la razón por la que ahora olvido otras... ¿Hay algo peor que eso?

Sí, había algo peor, hay algo peor: olvidar que se ha olvidado.

Malkiel está excitado, acalorado. No puede estar quieto.

—¿Has recibido el Pulitzer? —le pregunta Elhanan.

Malkiel le entrega un despacho de Associated Press. Están en el salón. Elhanan sentado en su sillón cerca de la ventana, la corbata aflojada. Está agotado, descontento con la sesión de terapia que acaba de terminar. Una pareja de supervivientes. Sin hijos.

Se aman y esa es la razón por la que quieren separarse. Cada uno de ellos sufre a la vez por sí mismo y por el otro, y la carga es demasiado pesada.

—La OSI (Oficina de Investigaciones Especiales) ha encontrado a un antiguo SS que supervisó la liquidación del gueto de Fehérfalu. Su juicio empieza la próxima semana. Tamar va a seguirlo, pero yo quiero asistir. El periódico tiene un gran interés. ¿No te apetece venir conmigo?

Elhanan se estremece. ¿De aprensión? ¿De excitación? Con la mano derecha se frota la frente como para profundizar en la pregunta.

—¿Por qué dudas? —insiste Malkiel—. ¿No quieres saber cómo tu ciudad, también la mía, se preparó para la muerte?

—Eso ya lo sé —responde Elhanan sin levantar la cabeza.

—Pero ¿es posible que el SS diga algo que no sepas!

Elhanan no está convencido.

—Leeré la crónica en el *Times*.

Malkiel está sorprendido: su padre, que está fascinado por la historia judía, que siempre quiere estar informado de todo lo que hace referencia a la vida judía, y también a la muerte judía, ¿por qué se muestra tan reticente?

—No entiendo tus reticencias —reconoce Malkiel.

—Es complicado —responde Elhanan—. Leer los relatos de la catástrofe es una cosa, ver a uno de sus autores es otra. ¿Quieres saber la verdad? Tengo miedo. Tengo miedo de verlo. Miedo de que me vea él.

Más tarde, Malkiel se dará cuenta de que su padre tenía miedo de algo más...

Malkiel, ayudado por Tamar, al final consigue ganar el caso. Elhanan busca un sustituto en el *college* y los acompaña a la sede del Tribunal federal. Esa mañana llueve y nieva. Los escolares van a clase riendo. Sus madres gritan: «¡Tened cuidado! ¡No cojáis frío!». En la calle caminan sin mirar a derecha ni izquierda.

Sala abarrotada. Televisión, radio, prensa escrita: todas ellas representadas por sus estrellas. No obstante, el acusado no se arriesga a la pena capital, sino únicamente a perder la nacionalidad estadounidense. El fiscal intentará demostrar que, al pedir el visado, el antiguo SS mintió. Si el acusado está inquieto, no lo demuestra. Su preocupación inmediata es sustraerse a las cámaras y a los *flashes* cegadores.

Suena una orden. La sala se pone en pie. El juez Hoffberger advierte al público que esté tranquilo, que reprima sus sentimientos. Cualquiera que perturbe la audiencia será

expulsado de inmediato.

De pie, inmóvil, Elhanan escucha con todo su ser. Sus ojos no abandonan al acusado: personaje calvo, enclenque, lamentable. Traje gris demasiado grande, camisa oscura a rayas. Un tic le tuerce los labios. Mirada furtiva. Manos nerviosas.

—No tiene el aspecto —murmura Malkiel.

—¿Aspecto de qué?

—De asesino. Quiero decir de un monstruo.

Intercambio entre el fiscal y el abogado sobre la identidad del acusado, que, al llegar a los Estados Unidos, había cambiado de nombre y falsificado su edad. El abogado pretende que eso es algo habitual. El fiscal no lo niega, pero...

Empieza el desfile de testigos. El acusado los observa de reojo. Labios apretados, párpados medio cerrados, busca un error en sus declaraciones. Frecuentemente tira de la manga de su abogado y le dice algo al oído.

EL FISCAL: Nombres, profesión y domicilio.

EL TESTIGO: Jacob. Jacob Neimann. Carnicero. Carnicero *kosher*, naturalmente. Decimosexta Avenida y calle Cuarenta y siete, Brooklyn.

EL FISCAL: Lugar de nacimiento.

EL TESTIGO: Rumanía.

EL FISCAL: ¿Dónde exactamente?

EL TESTIGO: En una ciudad pequeña que se convirtió en húngara en 1941. Fehérfalu. La ciudad blanca.

EL FISCAL: ¿Hasta cuándo vivió allí?

EL TESTIGO: Hasta el final.

EL FISCAL: ¿Hasta el final de qué?

EL TESTIGO: Hasta la deportación.

EL FISCAL: ¿En qué época?

EL TESTIGO: Mayo de 1944.

EL FISCAL: ¿Recuerda la fecha exacta?

EL TESTIGO: El 17 de mayo.

EL FISCAL: ¿Dónde estaba el 17 de mayo?

EL TESTIGO: En el gueto.

EL FISCAL: ¿Cuánto tiempo llevaba en el gueto?

EL TESTIGO: Desde después de Pascua. «Ellos» establecieron el gueto una semana después de Pascua.

EL FISCAL: ¿Quiénes son «ellos»?

EL TESTIGO: Los alemanes.

EL FISCAL: ¿Cuántos eran?

EL TESTIGO: No lo sé... No demasiados... Al fin y al cabo, tenían a los gendarmes húngaros para ayudarlos...

EL FISCAL: Pero la orden de deportación, ¿quién la emitió? ¿Los gendarmes húngaros o los alemanes?

EL TESTIGO: Los alemanes, desde luego. «Ellos» eran los amos. Los húngaros no hacían más que ejecutar sus órdenes.

EL FISCAL: Mire al acusado.

EL TESTIGO: Lo estoy mirando.

EL FISCAL: ¿Lo reconoce?

EL TESTIGO: Lo reconozco.

EL FISCAL: ¿Quién es?

EL TESTIGO: El capitán SS Hans Hochmeier.

EL FISCAL: ¿Está seguro?

EL TESTIGO: Totalmente seguro.

EL FISCAL: ¿Lo vio en su ciudad?

EL TESTIGO: Lo vi. Más de una vez.

EL FISCAL: ¿En qué circunstancias lo vio?

EL TESTIGO: En vísperas del primer transporte, vino a inspeccionar el gueto.

EL FISCAL: ¿Estaba solo?

EL TESTIGO: Iba acompañado de numerosos oficiales SS y húngaros.

EL FISCAL: ¿Después?

EL TESTIGO: Después volvía todos los días. Llevaba una fusta en la mano. Inspeccionaba el transporte que se reunía en el patio de la sinagoga. Más tarde asistía a su salida, en la estación.

EL FISCAL: Asistía... ¿sin decir nada?

EL TESTIGO: Sí. Participaba. Intervenía. Ordenaba a los gendarmes húngaros que fueran más firmes con nosotros. Más crueles. Nos obligaban a aligerar o vaciar nuestras mochilas. Nos metían a golpes en los vagones.

EL FISCAL: ¿Está seguro de que los gendarmes eran crueles por su culpa?

EL TESTIGO: Era él quien daba las órdenes.

EL FISCAL: Y personalmente, ¿era cruel? Quiero decir, ¿asistió a algún acto de brutalidad por su parte?

EL TESTIGO: Sí. En la estación, un médico judío se acercó a él para transmitirle su preocupación... Había tres enfermos en el vagón... Necesitaba espacio... El capitán lo escuchó y le soltó una bofetada... El médico cayó al suelo... El capitán SS le propinó tantas patadas que el médico no pudo levantarse... Hubo que llevarlo al vagón... El capitán SS golpeó a los que lo llevaban...

EL FISCAL: ¿Asistió personalmente a la escena?

EL TESTIGO: Estuve allí. Formaba parte del último transporte. Lo vi todo.

Los periodistas toman notas, el público contiene el aliento. El juez, un poco distante, pasa la mirada por turnos del fiscal al testigo, pero parece ignorar al auditorio. Elhanan nunca ha estado tan presente, ni tan ausente. Sus rasgos se crispan cuando es el turno del interrogatorio del testigo por parte del abogado. Su expresión refleja a la vez dolor y cólera.

EL ABOGADO: Señor Neimann, me parece que tiene buena memoria, ¿me equivoco?

EL TESTIGO: Creo que siempre he tenido buena memoria.

EL ABOGADO: Lo felicito. Si todos los testigos estuvieran tan bien dotados como usted... A propósito: tiene usted presente en su mente el 17 de mayo, ¿no es así?

EL TESTIGO: Muy presente.

EL ABOGADO: ¿Se levantó temprano?

EL TESTIGO: Al alba. Para recitar mis plegarias. Vestirme. Preparar la partida.

EL ABOGADO: ¿Su familia también? ¿Se levantó temprano?

EL TESTIGO: El gueto entero... o lo que quedaba de él... se levantó al alba.

EL ABOGADO: ¿Qué día de la semana era?

EL TESTIGO: Domingo... Sí, domingo.

EL ABOGADO: ¿Está seguro?

EL TESTIGO: Sí... creo que sí.

EL ABOGADO: Entonces, ¿no está del todo seguro?

EL TESTIGO: Sí. Seguro... Creo.

El abogado se interrumpe para consultar sus documentos y, sin levantar la vista, lanza al testigo una pregunta aparentemente anodina.

EL ABOGADO: ¿Cómo se llamaba el capitán SS en su ciudad?

EL TESTIGO: Ya lo he dicho. Hans Hochmeier.

EL ABOGADO: ¿Está seguro?

EL TESTIGO: Sí.

EL ABOGADO: ¿Totalmente?

EL TESTIGO: Sí... Sí.

EL ABOGADO: ¿No era Rauchmeier?

EL TESTIGO: N... no. Hochmeier.

EL ABOGADO: ¿Cómo se escribe Hochmeier?

EL TESTIGO: Como se pronuncia.

EL ABOGADO: ¿Con una *i* o con una *y*?

EL TESTIGO: Creo que con una *i*.

EL ABOGADO: Pero no está seguro.

EL TESTIGO: Sí... Sí.

EL ABOGADO: Veo que duda... ¿Es posible que se acuerde con mayor claridad del rango del acusado?

EL TESTIGO: Ya lo he dicho. Capitán SS.

EL ABOGADO: Pero los SS tenían unos rangos precisos... ¿*Scharführer*? ¿*Sturmabannführer*? ¿*Hauptsturmführer*?

EL TESTIGO: No lo sé... En el gueto se lo llamaba capitán...

EL ABOGADO: Ah, bien...

Nueva pausa.

EL ABOGADO: Entonces usted vio al acusado en el patio de la sinagoga y después en la estación, ¿no es así?

EL TESTIGO: Sí.

EL ABOGADO: Por favor, señor Neimann, evoque para nosotros el color de su uniforme ese día... ¿Era gris claro? ¿Gris oscuro?

EL TESTIGO: Creo que... gris oscuro.

EL ABOGADO: ¿La pistolera estaba a la izquierda o a la derecha?

EL TESTIGO: A la derecha... creo que...

EL ABOGADO: ¿Llevaba el cinturón muy apretado o suelto?

EL TESTIGO: Apretado... Todos los SS llevaban el cinturón...

El testigo se interrumpe, avergonzado. Se vuelve hacia el juez, después hacia el fiscal, implorando con la mirada que acudan en su auxilio. Se encoge de hombros. Fatigado. Abatido. Lloro.

EL ABOGADO: He terminado. No tengo más preguntas para este testigo.

El acusado le da la mano con una sonrisita.

Durante la suspensión de la sesión, Elhanan le dice a su hijo que quiere volver a casa. Elhanan suda. Se dirige hacia la salida. Malkiel ni siquiera intenta retenerlo. En el exterior, animado por el viento helado, Elhanan se indigna:

—¿Lo has visto? ¿Has visto cómo el cabrón ha humillado a ese superviviente? ¿Has visto su sonrisita? La memoria de ese pobre Neimann es un cementerio, el más grande del mundo, y el abogado quiere que recuerde el color de un uniforme...

—Es normal, padre. Uno no puede acordarse de todos los detalles.

—Los detalles, los detalles... ¿Qué se puede hacer para retenerlo todo? ¿Los grandes acontecimientos y los incidentes cotidianos? De la vida de Moisés o de David, nuestra historia no ha conservado más que algunos momentos o algunos días... ¿Y el resto? ¿Todo lo demás ha desaparecido?

Al día siguiente, Elhanan llama a Tamar al periódico:

—Solo quiero transmitirti mi agradecimiento por tu artículo de esta mañana.

Su artículo lo ha escrito en primera persona. El título: «Las lágrimas de la memoria, una audiencia vista a través de los ojos empañados de Jacob Neimann».

Malkiel ama su trabajo. Pone en él todo su talento, toda su energía. Cada día tiene ganas de dar gracias a Dios porque lo hizo entrar en el *Times*. Ama a sus colegas, a las secretarias, a los chicos de los recados: en cuanto llega a la redacción, se siente pletórico. La crepitación ininterrumpida de los teletipos, los teléfonos que no dejan de sonar, los ordenadores alineados sobre todos los escritorios como un ejército que espera la señal de partida: Malkiel no cambiaría su lugar por el del príncipe más rico y más glorioso de la Tierra.

Nunca ha tenido otro empleo. Cuando estudiaba en la Universidad de Columbia, le ofreció sus servicios al *Times*, que lo tomó como corresponsal en el campus. La suerte le sonrió: fue la época de las manifestaciones estudiantiles. El público estaba interesado. Malkiel transmitía por teléfono sus informaciones tres o cuatro veces por semana,

después todos los días. Sus crónicas le granjearon la amistad del director, el reconocimiento caluroso de sus condiscípulos y la cólera de la administración universitaria. Y lo que tenía que llegar, llegó: consagró más tiempo a sus actividades periodísticas que a sus estudios de letras. Su padre se mostró descontento, pero Malkiel le aseguró: «¿Para qué estudiamos? Para conseguir un buen empleo, ¿no es así? Pues bien, yo ya lo tengo». Sin embargo, prometió acabar sus estudios antes de entrar en el periódico a jornada completa: «¿Así estás contento?». Sí, su padre estaba contento. Pero no del todo. «¿Qué es lo que te sigue inquietando?» El padre de Malkiel parecía preocupado. Malkiel estaba acostumbrado a las preocupaciones de su padre. Sabía acomodarse. Pero, cuando parecía triste, Malkiel se sentía impotente. Y el padre de Malkiel estaba triste. Sin duda, pensaba en la mujer que había amado: «Si estuviera viva, estaría orgullosa de su hijo». Malkiel bajó la voz: «¿Piensas en mamá?». «Siempre pienso en tu madre.» «¿Estás triste por ella?» «También por ti.» «¿Qué he hecho?» «Nada, nada malo. Al contrario, justificas las esperanzas que pusimos en ti. Únicamente... me pregunto si a la larga un buen periodista puede seguir siendo un buen judío.» Para el padre de Malkiel, ser un buen judío era tan importante como obtener un buen empleo. Malkiel era consciente de ello: «No te preocupes —lo tranquilizó—. Antes, los periodistas eran todos unos cínicos; en la actualidad, ya no lo son. Ten confianza en mí. No te avergonzaré.»

Llegó el día en que obtuvo su diploma. Padre e hijo fueron a sentarse en un banco a orillas del Hudson. Hermosa noche de junio. A su alrededor, los estudiantes descorchaban botellas de champán. Viva la vida, gritaban. Chicos y chicas se abrazaban. Viva la fiesta. «¿No te unes a ellos?», preguntó Elhanan. Malkiel le respondió que no tenía ganas. Elhanan echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo estrellado: «Estoy orgulloso de ti, Malkiel». No consiguió contener la emoción. Se pasaron la noche hablando.

Al día siguiente, Malkiel comenzó su trabajo en la redacción. El ambiente lo estimulaba. Un periódico es el centro nervioso de una sociedad; sus problemas, sus convulsiones y sus aspiraciones se reflejan como en una obra dramática. De la misma manera que una obra de teatro de dos horas recrea a veces treinta años de existencia, treinta páginas del periódico contienen miles y miles de acontecimientos que podrían llenar cien obras. Y además, un periódico es también una cofradía. A pesar de las intrigas y los celos, la camaradería no tiene comparación. El éxito de uno se extiende

sobre todos. El triunfo contra la injusticia, obtenido gracias a una revelación o un editorial, justifica el orgullo del equipo al completo. Un periódico es un organismo vivo, vibrante de amistad, decidido a no recibir nada más que la verdad, a no defender nada más que lo que es noble. Es verdad, entre el ideal y la realidad la distancia es grande. Se establecen compromisos, arreglos, se envía el ascensor, eso es normal. Pero la mirada — sobre todo al principio— se dirige hacia las alturas, aunque se encuentren fuera de alcance. Aunque sea necesario volver a iniciar la escalada día tras día.

Esa tarde, las cosas no van bien.

Malkiel trabaja en una crónica del corresponsal en Buenos Aires, pero no consigue fijar la atención. Eso le ocurre muy raras veces. Su capacidad de concentración le ha ganado muchas felicitaciones de su jefe. Malkiel escucha bien, lee rápido y comprende con mayor rapidez. Cuando un redactor está atascado, hay que llamar a Malkiel.

Pero esa tarde Malkiel no es el mismo. Intenta recordar: ¿cuándo ha visto al doctor Pasternak? ¿A las 11 de la mañana? ¿No antes? ¿Solo hace nueve horas que lo sabe? ¿Que lleva el peso de esa maldición?

El doctor Pasternak es el médico que trata a su padre. Vestido con descuido, la corbata oscura con el nudo torcido, gafas de concha. En la sesentena. Voz dura, brusca:

—Gracias por molestarse, señor Rosenbaum.

—Usted me ha llamado. ¿De qué se trata?

Pregunta de rutina. Porque en el fondo Malkiel no duda de que se trata de su padre. Sin confesárselo, teme que el médico le diga: Su padre está enfermo; tiene cáncer.

—Su padre está enfermo —dice el doctor Pasternak, las manos sabiamente unidas sobre la mesa delante de él.

—¿Es grave?

—Mucho.

—¿Un... cáncer?

—No —responde el doctor Pasternak.

Gracias a Dios, piensa Malkiel. Si no es un cáncer, no puede ser muy grave.

—Es una especie de cáncer, pero peor —prosigue el médico.

Imposible, se dice Malkiel. He debido de entenderlo mal. ¿Qué puede ser peor que el cáncer?

—No lo entiendo —replica con una voz cambiada.

—El cáncer no es siempre incurable; el mal que sufre su padre lo es.

—No lo entiendo —repite Malkiel.

El corazón le late desbocado. La maldita migraña lo ataca de nuevo. Y además esas náuseas que le suben por la garganta.

—Se trata de un caso extremo de amnesia —explica el doctor Pasternak—. Elhanan Rosenbaum tiene enferma la memoria: se extingue. No hay nada que pueda salvarlo.

Malkiel siente cómo lo cubre el sudor. Busca un pañuelo en el bolsillo, pero no lo encuentra.

—Doctor... Con su permiso, voy al baño.

—La puerta de la izquierda, detrás de usted.

Se moja la cara, bebe unos sorbos de agua, respira profundamente para alejar las náuseas. En el espejo, un rostro pálido y lúgubre: se está instalando una desgracia próxima.

—Lo siento, doctor.

—No se excuse, señor Rosenbaum. Quizá sea yo quien deba disculparse. Debería haberle dado la noticia con menos brutalidad.

—Continúe, por favor.

El doctor Pasternak explica que se trata de un aniquilamiento del sistema nervioso. Síntomas de senilidad, de demencia. Pérdida de orientación. Pérdida de identidad. Procesos inexorables que pueden durar meses o años: imposible de prever. Y mucho menos de ralentizar.

El doctor se mira las manos, las uñas. Quizás está avergonzado: ¿no acaba de confesar su impotencia? En cuanto a Malkiel, está viviendo una escena irreal. Esto no es verdad, no puede serlo, piensa. ¿Eso puede ocurrirle a cualquiera? Sí, pero mi padre no es cualquiera.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué podemos hacer?

—¿Hacer?

—Quiero decir: ¿engañar a mi padre? ¿Ponerlo al corriente?

—Creo que no es necesario.

Malkiel no lo entiende. ¿Su padre está al corriente? ¿Y no le ha dicho nada? Una vez más, se ha quedado a solas con su secreto.

—Su padre es un hombre remarcablemente inteligente —explica el doctor Pasternak—. Sospecha desde hace semanas lo que lo espera. Como es normal, ha venido a verme. Le he hablado francamente. Lo respeto demasiado para engañarlo.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer por la tarde.

¿Ayer por la tarde? Pero yo no lo vi ayer por la tarde, se reprocha Malkiel.

Tamar está delante de su escritorio, tensa como siempre, inquieta, impaciente:

—¿Qué te ocurre, Malkiel? ¿Estás enfermo? Señor, tienes una cara...

—No es nada.

—Hace un rato que estoy aquí y ni siquiera me has visto.

—Lo siento —se disculpa Malkiel—. Tengo calor.

Saca el pañuelo para secarse la frente y la nuca.

—Casi he terminado... ¿Quieres que lea tu artículo? —pregunta.

—No. Eso no corre prisa. Ven. Me apetece un café muy fuerte.

Titubeante, la sigue a la cafetería. Los compañeros se explican bromas profesionales y chismes políticos.

—Me tienes inquieta. Se diría que se te han hundido todos los barcos. ¿Qué te ocurre? ¿Mentirle?

—Es mi padre. Está enfermo. Muy enfermo.

Ella iba a decir: ¿Cáncer?, pero pregunta: ¿El corazón?

—Peor —responde Malkiel.

Le explica la conversación con el doctor Pasternak. Tamar, con los ojos llenos de pavor, escucha en silencio.

Malkiel hace un esfuerzo para sobreponerse:

—Subamos —sugiere—. Vamos a trabajar.

Se ponen en pie y Tamar lo toma de la mano:

—No es necesario que eso cambie nuestra relación.

Y después de un silencio:

—No es necesario, ¿me entiendes? Tu padre no es el mío, pero su desgracia me afecta y me duele. Es más, ahora te necesitaré más que antes. ¿Me prometes que harás un esfuerzo?

—Te lo prometo —responde Malkiel.

¿Cómo conseguiré concentrarme en su artículo?, piensa Malkiel. Unas palabras pronunciadas por un médico han sido suficiente para cambiarlo todo.

Malkiel consigue corregir la crónica de Buenos Aires, lee el artículo de Tamar y lo remite a la sección política.

—Página veinte —indica el redactor encargado de la sección.

Habitualmente, Malkiel discute con él, intentando obtener una colocación mejor para Tamar. Esta vez no. Demasiadas imágenes y palabras se arremolinan en su cabeza. Ni siquiera sabe si quiere volver enseguida a casa.

—¿Te acompaño? —pregunta Tamar en el ascensor.

Malkiel no responde.

—Me gustaría —insiste.

Malkiel sigue en silencio. Suben por la Octava Avenida, con sus tiendas de frutas exóticas, sus cabarés pornográficos... Llegados al Círculo del Coliseo, se detienen ante un semáforo en rojo.

—Creo que necesito estar un rato a solas con él —dice Malkiel—. Pero... puedes venir más tarde.

Con el semáforo en verde, Malkiel retoma el camino, dejando a Tamar a su espalda. Pasan numerosos taxis, pero prefiere ir a pie. Loretta se lanza a sus brazos.

—Está en el salón —le informa—. Junto a la ventana. Desde ayer no hace más que mirar hacia fuera. Se niega a dormir, a comer, a beber, se niega a hablar.

Malkiel se queda un buen rato contemplándolo de espaldas.

—Buenas tardes, padre —saluda en voz baja.

Parece que Elhanan no lo ha oído.

—Padre, debí venir ayer. ¿Me perdonas?

Elhanan suspira y responde:

—Acércate.

Juntos contemplan la noche en la que brotan las luces de la inmensa ciudad. ¿Cuántos padres e hijos se enfrentan a su destino en ese mismo momento?

—Háblame, Malkiel.

¿Qué decir? ¿Y cómo decírselo sin derrumbarse?

—Háblame. Necesito oírte.

—He visto al...

—Lo sé. No quiero escuchar sus palabras, sino las tuyas.

Con la garganta encogida y los párpados pesados, Malkiel tiene que apoyarse en la mesa que tiene detrás para no perder el equilibrio. Trastornado, cegado por la emoción,

se ve avanzando por una cuerda extendida sobre un precipicio: un paso en falso, una palabra mal dicha y se caerá, arrastrando a su padre en la caída.

—Escúchame, padre. Siempre has sido el centro de mi existencia, y seguirás siéndolo hasta el final de mis días.

Un sollozo sacude a Elhanan.

—Dios de mis padres —recita—, haz que me acuerde de esas palabras, aunque lo haya olvidado todo.

Tiende la mano hacia su hijo, que la toma y la cobija con la suya. Una hora más tarde, Tamar los encuentra en la misma posición.

Se llamaba Blanca, pero, Dios sabe por qué, prefería que la llamasen Bianca. Tamar se la había presentado a Malkiel, al igual que le había presentado a Richard y Rhoda, su compañera altiva, Max y Serge, dos marchantes de cuadros muy cotizados, que creían que nadie conocía su relación; sus ricos clientes, Jean y Angelica Landman, que discutían incluso cuando no se decían nada... Tamar conocía a muchas personas.

Sentado a la mesa con los amigos de Tamar, Malkiel la representa de alguna manera. Ella se encuentra en Washington. Una investigación en el Pentágono. Ese es su género: adora los secretos. Descubrirlos, clasificarlos, digerirlos, revelarlos al gran público, le gusta tanto como le gusta amar. Te echo en falta, Tamar.

—Dime, Malki, ¿estás en la jungla? —pregunta Bianca.

—¿Perdón?

—Joven maleducado, venga. Nosotros estamos aquí, tú estás aquí, pero tienes la cabeza en otro sitio, no lo niegues.

—Te pido perdón —se disculpa Malkiel sonrojándose.

—Explícanos al menos de dónde te he sacado a rastras.

—De ningún sitio, de verdad...

—Mientes muy mal. Nunca he entendido lo que Tamar ha podido ver en ti...

Un recuerdo olvidado le provoca un malestar. Un domingo de verano, en Fire Island. Tamar, de mal humor a causa de una exclusiva fracasada. Malkiel, que no está para nada, le reprocha que no supere la decepción. Él está enfurruñado a su lado. Como de costumbre, Blanca —perdón, Bianca— toma el asunto en sus manos. Mi pequeña Tamar, le dice, cuando todo va mal, conozco un remedio infalible: coges a tu hombrecito

y le das besos hasta asfixiarlo. ¿Te parece bien la receta del médico? Tamar no se digna a responder. Bianca se enfada: Escúchame, pequeña, si no abrazas enseguida a tu imbécil enamorado, lo lamentarás; me encargaré yo misma, ¿lo entiendes? Como Tamar sigue sin reaccionar, Bianca demuestra que cumple su palabra. Se planta delante de Malkiel. Se sienta delante de él en la arena. Le planta un beso lánguido en la boca. ¡Eh, exclama, está bien! Y vuelve a empezar. Tamar, con desprecio, no le dedica ni una mirada. Bueno, dice Bianca, continuemos. Atrapado en el juego —¿se trata de un juego?—, Malkiel se deja hacer. Él baja los párpados, piensa en otra cosa y acepta los besos. Al abrir los ojos, contempla el rostro sonriente y triunfante de Bianca cerca del suyo, siente su aliento, vislumbra su pecho bronceado. Afortunadamente, el sol aprieta fuerte. Malkiel se vuelve. Cerca de ellos, Paul, el marido de Bianca, se ríe como si fuera una buena broma. Tamar no se ríe. ¿Triste? Decepcionada. Por la noche le dirá: «Me has decepcionado, Malkiel. Sé que era un juego, pero el amor no es un juego que se practique con otra».

—No —repite Bianca—. Realmente no veo lo que Tamar ha visto en ti. Besas bien, de eso puedo dar fe, pero...

—Para —ordena Malkiel.

—¿Por qué?

—No oigo lo que dices. Demasiada gente. Demasiado ruido. Difícil de escuchar. Difícil de reflexionar.

—Al final me aburres. Nadie te pide que reflexiones. Que yo sepa, eres periodista. Tu deber es escuchar. Y divertirme.

—Eso no está previsto en el menú —recuerda Pietro, el *maître* del hotel que se ocupa personalmente de esa mesa.

Aparentemente sí lo estaba. Paul está brillante, Bianca encantadora, Susie bebe y Angelica flirtea. Max y Serge explican su última subasta...

Todo el mundo parece feliz. «¿Te van bien los negocios?» Bastante bien. «¿El proyecto de abrir una sucursal en San Francisco?» Casi terminado. «¿Y tú, Malki? ¿Siempre ocupado?» Siempre. «¿De quién hablas mañana en tu columna?» De nadie importante. Artículos de rutina. Un general indonesio de ochenta y ocho años. Un bailarín. El sida. ¿Él también? Como el maniquí de Central Park South. Malkiel está satisfecho: la discusión se mueve ahora alrededor del sida. Cifras impresionantes, revelaciones asombrosas. «Yo no sabía que...» «Ignoraba que...» La plaga del siglo XX.

¿Castigo del cielo? «Pobre cielo», afirma Bianca. Dios debería encontrar otra cosa para ocupar su tiempo.

En el periódico hay un equipo especial destinado a «cubrir» esta enfermedad, o este mal, según se mire: dos reporteros siguen a algunos enfermos, otros tres entrevistan a los especialistas, un periodista con formación médica organiza una mesa redonda con seis investigadores del Sloan Catering y el Instituto Pasteur. Incluso se piensa en invitar a un científico de Moscú. Dos redactores no especializados deben asistir a los debates: James Weinfeld, el teólogo, y Malkiel. «Dios y la muerte están relacionados con el problema», le había dicho el Sabio, cuyo humanismo era célebre en todos los medios periodísticos del mundo. James no podía estar más que de acuerdo: para él, Dios estaba relacionado con todas las cosas, y también con la muerte. «Si tuviera que escoger —comentó un día— entre el Dios de la muerte y la muerte de Dios, me decidiría por el primero». Como de costumbre, Malkiel le pinchó: «En mi tradición se habla de un Ángel de la Muerte. Nuestro Dios lo es de la vida». James replicó: «Nunca se debe discutir de teología con un judío; se toma a Dios demasiado en serio».

—¿Cuándo será vuestro coloquio sobre el sida? —pregunta Serge.

—Dentro de uno o dos meses.

—¿Y cuántos enfermos morirán hasta entonces?

Los comensales alrededor de la mesa lanzan las cifras. Paul cita las estadísticas del profesor Leventhal. Bianca se refiere a un artículo del *Times*. Malkiel no dice nada. Para él, las cifras oscurecen la tragedia en lugar de ilustrarla. Cada fallecimiento se merece que se lo considere como el primero, el único. Cada vez que golpea el mal, se trata de un rostro que se rompe, de una familia de luto. Sería necesario que cada vez se otorgara al muerto todo el espacio, toda la atención, toda la compasión que se merece. «A ti te gustaría llenar el periódico con tus artículos», le decía a menudo uno de los redactores adjuntos. «La actualidad también son otras cosas, ¿o no?» Como un estúpido, Malkiel respondía: «La actualidad general puede esperar; la muerte no espera».

—¿Ninguna noticia de Tamar? —se interesa Paul.

—Ninguna noticia, buenas noticias —comenta Bianca.

—Tendríais que casaros.

—Te has vuelto loco —replica Bianca—. ¿Casarse? ¿Para qué?

—Niños —explica su marido.

—¿Niños? Se pueden hacer sin certificado de matrimonio.

Malkiel los deja discutir sin intervenir. Es su pasatiempo preferido. De pensamiento, se reúne con Tamar. Tamar, su amiga. Su cómplice, su aliada. La sonrisa de Tamar. Las caricias de Tamar. Los gestos amorosos de Tamar. «Cuando se ama —decía ella—, no se tiene derecho a contradecirse. Cuando se ama, se permite a los cuerpos elegir las mil formas de amor.» Ojos brillantes y boca insolente, ella tiene una concepción dominante del amor.

—Aun así, tendríais que casaros —insiste Paul.

—Deberías dejarlo en paz —se enerva Bianca.

Una oleada de nostalgia hace que Malkiel se sonroje. Había conocido algunas mujeres. Relaciones pasajeras que no habían dejado huella. Tamar era diferente. Con ella no podía relajar su atención. Exigente, crítica, lo obligaba a estar siempre alerta. Ella lo quería perfecto hasta en sus imperfecciones: «Para que me interese un hombre, como periodista y como mujer, le exijo que sea justo o un cabrón; si prefiere la prudencia, que se vaya al diablo». ¿Él la amaba? Sí, la amaba. Y su padre también la amaba. Elhanan no podía mirarla sin sonreír. Estaría contento de verla entrar en la familia, aunque solo fuera para asegurar la continuidad del linaje. Pobre padre. Para hacerlo feliz, será necesario que Malkiel y Tamar se casen lo antes posible. Para que aún pueda participar en la ceremonia. ¿Cuánto tiempo le queda aún antes de caer totalmente en la noche y el vacío? Pobre padre. ¿Cómo salvarlo? ¿Cómo ayudarlo? A menudo, en la cama, incluso haciendo el amor, Tamar suspira: «Pobre Malkiel».

Se pone en pie con un movimiento brusco.

—Perdonad; tengo que irme.

—¿Regresas al periódico?

—¿Te burlas? Tiene una cita galante. Pobre Tamar.

Angustiado, como cada vez que piensa en su padre, Malkiel ansía volver a verlo.

Una noche, al principio de su enfermedad, Elhanan le pidió a su hijo que se sentase delante de él.

—Tengo que decirte cosas importantes, hijo mío.

El corazón de Malkiel dio un brinco. Elhanan intentó tranquilizarlo.

—No tengas miedo, Malkiel. Juntos resistiremos. Juntos aprenderemos...

Elhanan Rosenbaum, admiro tu valor. Tu confianza. Tu manera de no resignarte. Pero ¿cuánto tiempo durará todo esto? Los gestos torpes se multiplican, los agujeros en la memoria son más frecuentes... Luchar hasta el final. Aunque no haya esperanza. Esta noche, después de una conversación que ha durado varias horas, ya has conseguido llegar a una especie de conclusión filosófica para ti y para mí:

—Se trata de permanecer en el presente. El instante posee su propia fuerza, su propia eternidad, tal como el amor concibe su propio absoluto. Aspirar a vencer el tiempo es como querer ser otro: no se puede vivir a la vez en el pasado y en el presente. Quien se esfuerza se arriesga a encerrarse en las abstracciones que separan al hombre de sí mismo. Salir del presente puede ser peligroso para el hombre que, de golpe, se encuentra en un universo ambiguo. En nuestro mundo, la fuerza reside en el acto de crear y de recrear su propia verdad, su propia divinidad.

Oh, sí, padre. Has intentado convencerme de que, incluso para ti, no hay nada perdido. Vivir en el instante es mejor que no vivir.

—En el espacio de un instante —me dijiste durante esa velada— puedes declararle a tu prójimo que lo amas; y, al decírselo, ya le has arrebatado una victoria al destino.

Me acuerdo: a pesar de tu cansancio, a pesar de tu miedo, tenías un aspecto extasiado. Hablabas tanto para persuadirte como para tranquilizarme; celebrabas el presente para no abdicar ante él.

—El porvenir —me has dicho—. El porvenir es una ilusión; la vejez, una humillación, y la muerte, una derrota. Es verdad que el hombre puede rebelarse. Pero su revuelta consiste en gritar «no» en el presente contra el porvenir. Mientras sus labios lo obedezcan, le dirá al destino: Me has negado el derecho y la posibilidad de vivir plenamente, pues bien, aun así lo haré; rechazas mi felicidad con el pretexto de que no hay mañana, que no puede ser más que imperfecta porque está arrancada de sus raíces, pues bien, aun así la saborearé.

Tus ojos brillan, padre. Respiras con fuerza. Yo también.

—Tengo la impresión —me has dicho— de que el destino se burla de mí. Como cultivo el recuerdo, ha decidido privarme de él. Pues no. A su carcajada responderé con mi risa. Y seré feliz, aunque sea absurdo en mi situación.

Al alba, has interrumpido nuestra conversación. De golpe te has sentido extenuado. Yo también.

—Tú eres joven —me has dicho—. A tu edad se puede estar desesperado y orgulloso. A la mía, es mucho más difícil. Pero me niego a hundirme.

Yo también, padre. Yo también.

Dime, ¿qué vamos a hacer?

Elhanan lee. A pesar de la hora tardía, espera el regreso de su hijo. Cuestión de costumbre. Aun antes de su enfermedad, le costaba dormirse sin intercambiar algunas palabras con él. Ahora se ha convertido en una necesidad irreprimible.

—¿Ha ido bien el día?

—Bastante bien —responde Malkiel.

Acomodado en un viejo sofá, bajo la luz amarillenta que emite una bombilla usada, revisa los periódicos de los años treinta y cuarenta.

—¿Quién ha muerto?

—Un general indonesio. Un pintor belga. Un modisto aún joven. La presidenta de una universidad en alguna parte del estado de Virginia.

—¿Primera página?

—La veintiocho.

Elhanan Rosenbaum se interesa por el trabajo de su hijo como si comprendiese algo, que no es el caso. Pero sabe que la primera página vale más que la cuarta. También sabe que, para la carrera de su hijo, la colocación de un artículo desempeña un papel considerable.

—Es injusto —suspira Elhanan—. En estos días solo mueren personas poco importantes.

La enfermedad no ha debilitado su sentido del humor.

—¿Y Tamar?

—Te manda un abrazo.

—La quiero mucho.

—Ella también te quiere.

—¿Por qué no...?

—Porque...

—De verdad, hijo. Deberías.

—Lo sé. Debería casarme con ella.

—¿A qué esperáis?

—Quizás a una señal.

—¿Es que os hace falta?

Malkiel baja la cabeza. Su padre tiene razón: quiere ver a su hijo bajo la *hupa* antes... antes...

—Te entiendo, padre —asiente Malkiel—. Pero no es tan sencillo...

Se mira el traje, se sirve un vaso de agua mineral y va a sentarse en un taburete de cara a su padre. Loretta trae una bandeja de fruta. Loretta parece triste.

—Padre —empieza Malkiel—. ¿Por qué no has pensado nunca en volver a casarte?

Elhanan Rosenbaum se queda helado. La frente se le cubre de arrugas.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Por qué ahora?

—La idea me ha venido de repente... Quizá para devolverte la pelota... Tamar... Mamá... Podrías haber encontrado a alguien bien...

Elhanan se recuesta sobre una oreja. Loretta vuelve con dos tazas de té caliente: cree que el té puede curarlo todo. Elhanan espera a que salga para continuar:

—No lo sé, Malkiel. Antaño tuve sin duda una buena razón.

—¿Es porque has amado demasiado a mamá?

—¿Demasiado? Cuando se ama, nunca es demasiado.

—¿Sigues amándola?

Un silencio.

—Sí, sigo amándola.

Se estira de nuevo. Un sueño lejano lo hace feliz y triste. Malkiel también se siente triste. Quiere a su anciano padre con un amor total, envolvente. Nadie le es más cercano. Él lo ha criado; él le cantaba las nanas por la noche; él lo llevaba a la guardería por las mañanas y lo recogía por las tardes; él velaba a su cabecera cuando estaba resfriado, lo cogía en brazos cuando sufría una pesadilla. En realidad, también estaba Loretta, la maravillosa negra buena de Virginia que, siempre presente, se ocupaba de todas las tareas de la casa; y Malkiel se sentía unido a ella. Pero no era lo mismo. A su padre lo amaba. Simplemente viéndolo leer o preparándole una tisana cuando Loretta estaba de vacaciones, se sentía emocionado, casi al borde de las lágrimas. Más tarde, en la escuela, en el instituto, había tenido compañeros y amigos. Pero su amigo más fiel era su padre. Entonces, ¿por qué lo había hecho sufrir?

—Háblame de mamá —pide Malkiel—. Explícame algo que aún no sepa.

—Creo que te lo he contado todo. ¿Lo has olvidado?

Olvidar. La palabra golpea a Malkiel como un látigo, tangible; como un objeto duro, pesado. Malkiel siente un dolor sordo. Entonces es cierto, piensa. Hay palabras que hacen daño; que hieren hasta sangrar.

—No, padre. No he olvidado nada.

Se pone en pie y toca su hombro con ternura.

—Y te prometo que no lo olvidaré.

—Te creo, hijo mío —acepta Elhanan cerrando los ojos.

Antaño, mi padre era otro hombre. Recto, orgulloso, abierto a los ruidos de la vida. Todo le interesaba, la duda lo fascinaba, el mal lo sublevaba. Sus pacientes solo confiaban en él. Sus alumnos lo adoraban. Sabía dar vida a un texto antiguo; lo hacía hablar. Era como si Isaías se dirigiera a cada uno de nosotros en particular. Era como si todos asistieran a la entrada de Tito en el santuario.

En casa, me gustaba observarlo. En su mesa de trabajo, bajo una lámpara polvorienta que la valiente Loretta no conseguía limpiar jamás, parecía que se entrevistaba con interlocutores invisibles. Lo oía murmurar: «Pero no, ¡eso no es posible!». Dejaba a un lado una obra, escogía otra, y yo oía cómo reconocía: «Ahora sí, es usted quien tiene razón». Y ante mi desconcierto infantil, me explicaba: «¿Lo ves, Malkiel? Me dirijo a Abraham ibn Ezra, eso es lo normal; pero él me responde a través de su texto, y eso también me parece normal».

Su verdadero placer: reconciliar textos y autores. Conseguía encontrar un terreno de entendimiento entre la escuela de Shammai y la de Hillel, entre una interpretación de Maimónides y la de su adversario encarnizado, el Raavid; entonces brillaba de felicidad: «¡En vuestro honor, por la vida, por la supervivencia de vuestra enseñanza!», exclamaba con un vaso de vino en la mano. Para él eso era una fiesta.

En el instituto, sus colegas lo consideraban un poco raro. «Por lo menos, tendría que volver a casarse», decían. «Su hijo necesita una madre y él una esposa.» Se equivocaban. Nos necesitábamos el uno al otro, eso era todo.

Cierta Galia Braun, originaria de Ramat-Gan, lo quería mucho. Bueno, yo creo que ella lo quería mucho. En definitiva, que lo amaba. Se sonrojaba cada vez que me miraba

en clase. Impartía Geografía Bíblica. A mí me parecía muy bella, un poco severa, pero conmigo no. Amaba a mi padre a través de mí.

Mi padre me enseñó a leer y a escribir. Recuerdo una historia que me explicó durante su primera lección: «En mi ciudad había un hombre, un pobre mozo de cuerda, que se negaba a aprender el alfabeto. Un día le pregunté: ¿Por qué no te gusta el alfabeto? Me respondió: Las palabras le dicen lo mismo a todo el mundo; pero yo las quiero solo para mí. Pero, y las oraciones, ¿cómo haces para rezar?, le pregunté. Eso es fácil, me respondió, no me gustan las oraciones, prefiero componerlas».

Más tarde, me mantenía en vilo con sus historias de antaño. Con frecuencia me describía su infancia, su adolescencia. Los sabios, los golfos, los locos, los mendigos: se acordaba con una precisión que no dejaba de sorprenderme.

—En aquella época —me explicaba—, toda la ciudad se reducía para mí a algunos seres cercanos. Parientes, amigos, rivales... Los otros, sabía que existían, pero de una manera imprecisa, indiferente. Ahora los quiero a todos. A los pobres, me gustaría enriquecerlos; a los ricos, me gustaría salvarlos.

Yo admiraba a mi padre no solo por su bondad y por su inteligencia, sino también por su memoria. Podía citar pasajes enteros del Talmud así como de Platón, del Zohar como de los Upanishad. Era capaz de reconstruir, hasta en los más mínimos detalles, su visita al gueto de Stanislav, su primer combate como partisano, su llegada a Palestina. Envidiaba al personaje del rabino Najman de Breslov, que se acordaba de lo que hacía en el vientre de su madre e incluso en el deseo de su padre.

Hundido en su pasado y en el del mundo, mi padre vivía su época, no obstante, reaccionando ante todas sus convulsiones. La política lo excitaba, la situación internacional también. El hambre en África, las persecuciones raciales en Indonesia, los conflictos religiosos en Irlanda y la India: lo que los hombres les hacían a otros hombres lo implicaba. Cuando le decían que, como judío, se equivocaba al interesarse por otras cosas que no fueran Israel, respondía con irritación: «Dios no ha creado los otros pueblos para que les demos la espalda». Aun así, amaba Israel con todo su corazón y toda su alma. ¿Por qué no regresó para terminar allí su vida? Lo ignoraba y me lo confesó: «Quizá se trate de cobardía por mi parte. Sé que en Jerusalén, donde cada piedra y cada nube me recordarían a tu madre, sería demasiado desgraciado». Otra vez me dijo: «Oh, sé que amar a Israel de lejos es demasiado cómodo... es como una contradicción, pero yo no tengo miedo de las contradicciones. Al crear al hombre a su imagen, ¿Dios no se

contradijo? Pero Dios está solo y es libre, mientras que el hombre, que siempre está solo, jamás es libre».

Aunque, ya enfermo, se sentía perdido, dejó caer un comentario que, cada vez que pienso en él, me dan ganas de gritar o de morir: «Muy pronto envidiaré al prisionero; su cuerpo está en la cárcel, pero su memoria es libre. Mientras que, en mi caso, mi cuerpo seguirá libre, pero...». No acabó la frase, pero su rostro reflejaba tanta angustia mezclada con tal desamparo que, con un nudo en la garganta, habría querido consolarlo. «Muy pronto —prosiguió— estaré ausente de mí mismo. Reiré, lloraré sin saber por qué.»

Ahora... nada lo excita. Nada le interesa. Todo pasa fuera de él.

Y yo, su hijo, tomo su mano en la mía y no sé qué hacer.

Ella se llamaba Talia y sabía generar felicidad a su alrededor. Bastaba con que sacudiera su espesa melena en señal de descontento para que los compañeros tristes se desembarazaran de su tristeza. «No —les decía, desafiante—, me niego a veros así. Hay que decirle no a la depresión; si no... si no, os dejo plantados, me voy.» Como por un milagro, todos se sentían mejor, aliviados. Se prometía a la joven déspota todos los regalos de todas las revistas, todos los rayos de todos los soles para que se quedase. «De acuerdo —aceptaba—, me quedo; pero será mejor que hagáis algo para que quiera quedarme. Quiero ver caras sonrientes, quiero rodearme de personas felices. ¿Entendido?» Sí, todo el mundo lo había entendido. Nada de caras de funeral cuando ella estaba presente.

Elhanan Rosenbaum también lo había comprendido, pero su depresión era más fuerte que él, más fuerte que la joven. Elhanan siempre estaba deprimido. Los otros cantaban, él se escondía. Los chicos de su edad encontraban la manera de divertirse, él no. Para complacer a Talia, se esforzaba en parecer feliz, pero no lo conseguía.

1946, en un campamento de «personas desplazadas» en Alemania. Huérfano, solo en el mundo, Elhanan esperaba su «certificado» para Palestina. Miles de supervivientes se encontraban en su situación. Los representantes de la Agencia Judía predicaban paciencia. Al final, algunos refugiados solicitaban visado para los Estados Unidos o Canadá. Descontentos, los activistas sionistas organizaban veladas y reuniones políticas. Discursos inflamados, cantos y danzas populares, los jóvenes se excitaban, se dejaban seducir por la llamada de la historia encarnada en el ideal sionista. Naturalmente, había discusiones entre los partidarios de Weizmann y los adeptos de Jabotinsky. Como en todas partes, la izquierda y la derecha libraban batallas interminables. Elhanan no tomaba partido. Solitario por temperamento, tímido por naturaleza, huía de las multitudes y detestaba el ruido: ya había soportado suficiente durante la guerra. Le gustaba leer, estudiar. Libros en hebreo, periódicos en yidis.

Un día, mientras hacía cola para su ración de cigarrillos, recibió la sorpresa de su vida: Talia, la princesa de innumerables cortesanos, lo abordó.

—Me han dicho que usted habla hebreo, ¿es verdad?

—Oh, seguramente exageran.

—Ya lo veremos. Me llamo Talia. ¿Y usted?

—Elhanan.

Una sonrisa apareció en los labios de la joven.

—¿Se burla de mí?

—N... no, en absoluto, ese es mi nombre.

—¿Elhanan?

—¿No le gusta? Es un nombre antiguo; lo han llevado sabios muy importantes, ¿sabe que...?

—Lo sé, lo sé, pero... es demasiado antiguo para usted.

Su expresión se puso seria.

—Le he ofendido, le pido perdón.

Elhanan agachó la cabeza: la perdonaba.

—¿Es practicante? Yo diría que sí.

—Mi padre lo era.

—¿Y usted?

—Lo era.

—¿Y ahora?

—Aún lo soy. Un poco.

—Yo también —le susurró ella al oído—. Un poco.

Llegaron delante del mostrador. Elhanan recibió su ración, abrió un paquete y sacó un cigarrillo que ofreció a Talia.

—No fumo.

Al cabo de un momento fueron juntos en silencio hacia los barracones.

—¿Sabe lo que hago aquí?

—Sí —respondió Elhanan—. Es una emisaria de los sionistas.

—En efecto. Me han enviado aquí para formar a los jóvenes, para inculcarles el ideal sionista. Y organizar la partida hacia Palestina.

—Hace un buen trabajo; la felicito.

—Nunca lo veo en las reuniones.

—No son lo mío.

—¿No le dice nada encontrarse con otros jóvenes? ¿Preparar, o al menos imaginar, su porvenir en el país de Israel?

—Imagino mejor cuando estoy solo.

Ella se detuvo. Él también.

—¿Violaría su soledad si la compartiera de vez en cuando?

—Desde luego que no, en absoluto.

—Muchas gracias —se lo agradeció—. Gracias por su confianza.

Se vieron al día siguiente. Era viernes. Al caer la tarde, después del oficio y antes de la cena, se bailaba delante del refectorio: a la reina del sabbat se la acoge con cantos y con alegría. Como de costumbre, Elhanan observaba de lejos a los bailarines. «¿Vienes?», lo invitó una voz femenina en hebreo. No tuvo tiempo de resistirse. Talia ya lo arrastraba hacia el círculo.

—Te quiero —le confesó Elhanan.

—Me gusta —respondió ella riendo.

—¿Qué es lo que te gusta?

—Me gusta escucharte hablar en hebreo.

Y un poco más bajo:

—Aunque sea para hacerme reproches.

Elhanan se dio cuenta de que acababan de tutearse. Esa es la ley de la lengua hebrea: uno no se trata de usted.

Te detesto, pensó él, porque no se atrevía a confesar que la amaba.

Talia Oren: veinte años de sol, de risas, de alegría libre y salvaje estaban inscritos en un rostro fino y anguloso de mujer oriental. De madre yemenita y padre ruso, reflejaba el misterio de Oriente y el pragmatismo intelectual de Occidente. Sonrisa irónica pero dulce, ojos oscuros y brillantes, parecía que se mantenía constantemente al acecho, escuchando una melodía que, por el momento, solo ella podía captar; siempre dispuesta a despertar a los hombres a la alegría y al amor.

—Tu madre —dijo Elhanan—. La amé tanto... Es posible que presintiera el porvenir. Quizá sabía que también debía amarla por ti.

»¿Ella lo sospechaba desde nuestros primeros encuentros? Nos veíamos a menudo. Ella era un año mayor que yo, pero parecía más joven. Sin duda quería protegerme, educarme, orientar mi existencia. Pero el papel de hermana mayor no le pegaba nada. Y era demasiado perspicaz para ignorar que estaba enamorado de ella.

»Gracias a ella conseguí adaptarme a la vida colectiva del campamento, yo, que, tras mis experiencias en el batallón y con los partisanos, no soñaba nada más que con dormir solo, comer solo, evitar a los grupos que, forzosamente, pululaban por el campamento. Me adapté del todo a la vida. Pensaba con menor frecuencia en los muertos. A los muertos no les hablaba demasiado. Tu madre me habría leído la cartilla. Le encantaba. Demostrar a los hombres que les faltaba madurez. Hacerles comprender que el pasado debe enterrar el pasado. Que el sufrimiento se puede y se debe eliminar de la condición judía. Que la redención no es obra divina, sino esperanza humana... Se la escuchaba, nadie osaba contradecirla. Se temían sus enfados, pero más aún su tristeza. Cuando le llevaban la contraria, tu madre se entristecía. Para mantener su buen humor, se estaba dispuesto a hacer de todo.

»Yo también estaba dispuesto, y más que los demás. ¿A todo? Tu madre insistía en que participara en las fiestas, en las discusiones, en las actividades comunes. Eso no era lo mío. Pero ni siquiera las bestias viven solas, me decía ella. La Biblia, ¿te olvidas? Está en el Génesis, tendrás que releerlo. No es bueno que el hombre viva solo... Me encantaba verla así. Apasionada, febril: su cólera la hacía más bella. Después, cuando se calmaba, le señalé que el versículo bíblico que había citado se refería a Adán antes de la creación de Eva. Dios quería que Adán se casase. ¿Tú también quieres que me case?, le pregunté. Sí, respondió. ¿Con quién?, volví a preguntar, esperando su respuesta. Conmigo, contestó. Ante mi expresión de asombro, ella se puso a reír. Yo también.

»El sabbat siguiente, después de la comida del mediodía, tu madre me propuso que la acompañase a una reunión sionista. Intenté negarme; ella me tomó de la mano y me dijo: Es inútil, Elhanan Rosenbaum; yo quiero estar contigo y tengo que ir.

»El salón de espectáculos estaba abarrotado. El conferenciante hablaba sobre la guerra clandestina que los tres grupos de resistencia libraban contra la ocupación británica.

»Era un hombre impresionante. En la cuarentena, macizo, envergadura atlética, mentón duro, gesto calculado, personificaba la autoridad implacable del guerrero. Se expresaba en yidis. Como Talia no comprendía esa lengua, yo le servía de intérprete. Discurso inflamado, ligeramente demagógico. Frases cortas, contundentes, argumentos simplistas. El pueblo judío ha sido perseguido porque no tenía un estado propio. Indeseable para todos, el judío solo interesaba a sus enemigos. Si hubiéramos tenido un estado en 1939, millones de hombre y mujeres —“vuestros parientes, vuestros hermanos, vuestras hermanas”— se habrían salvado.

»Hacía un calor tórrido en la sala; estábamos cubiertos de sudor. Sin ninguna incomodidad, el auditorio aplaudía a rabiar. El orador —creo que se llamaba Aharon— nos transportaba lejos. Como él, nosotros veníamos de celebrar el sabbat en Jerusalén, donde la luz y el silencio son inigualables; respirábamos el perfume que exhalan los jardines sobre las colinas de Galilea; cantábamos la belleza del valle de Ezreel y nos preparábamos para el combate que reunirá al pueblo judío con el estado judío. Recuerdo ciertas fórmulas y ciertos gestos del orador. Por primera vez en la historia, decía, un pueblo demostrará que es posible poner fin a dos mil años de exilio y de diáspora, y fundar una patria soberana sobre la tierra de sus ancestros...

»¿Era la magia de su verbo, la potencia de nuestra nostalgia? Vibrábamos a un ritmo a la vez extraño y cautivador, nos movíamos en un sueño antiguo y revolucionario, tomábamos parte en operaciones imaginarias al lado de personajes heroicos con los que se alimentan las leyendas de nuestro pueblo. Si al final de su discurso Aharon nos hubiera desafiado a ponernos en camino *de inmediato*, centenares de los presentes le habrían tomado la palabra.

»Además, los otros países no querían saber nada de nosotros. Porque, como debes de saber, hijo mío, la tragedia de los supervivientes no terminó con su liberación. Se les hacía sentir su estado de inferioridad. Se estaba dispuesto al rigor, a tratarlos de inválidos, pero no en pie de igualdad. En Palestina, decía Aharon, no seréis acogidos como inmigrantes, sino como hermanos que regresan tras una ausencia prolongada. Un superviviente era sensible a ese tipo de argumentos.

»Aun así, dudaba. En definitiva, partir hacia Palestina significaba decidirme por la inmigración ilegal y separarme de Talia. Y además había otra cosa. Yo no era maduro, quiero decir que no era mentalmente maduro. No, moralmente maduro sería más exacto. ¿Era digno de la redención? Una tarde me abrí a tu madre. Ella se dejó llevar por uno de sus enfados... “¿Qué son esas idioteces? ¡El lugar de un judío está en su historia y en su país, eso es todo! ¡Allí encontrarás la dignidad judía! ¡O bien será allí donde la forjarás! No me digas que prefieres pudrirte aquí, acomodarte en el recuerdo de tus humillaciones... Escucha: se está organizando un convoy clandestino y tú formarás parte de él, ¿de acuerdo? Si no...” ¿Si no?, pregunté. Bruscamente se echó a reír: “Si no, te beso”. Eso fue lo que hizo. Me besó en la boca. Fue la primera vez. “Te vas —me dijo—. Y verás: en Palestina serás feliz.” Como no estaba convencido, ella se apresuró a añadir: “Yo me encargo”.

»Al día siguiente me inscribía para el convoy clandestino.

El oficial de policía parecía cortés, amable. Se había levantado para saludar a su visitante y a la intérprete. Les estrechó cordialmente la mano y lo invitó a sentarse delante de su escritorio. Incluso llegó a ofrecerle de beber. ¿Una taza de café? ¿Un vaso de *tzuika*?

—Agua —pidió Malkiel.

—Bravo. Vale más ser prudente, sobre todo por la mañana.

Un ordenanza trajo una botella de agua mineral con tres vasos. El oficial, anfitrión perfecto, los llenó. Malkiel se bebió el suyo. Lidia no tenía sed.

—¿Cómo va su estancia entre nosotros, Domnul Rosenbaum?

—Muy bien.

—¿Algún problema?

—Ninguno.

—¿Ha podido ver lo que quería ver?

Astuto, el tipo.

—No del todo —reconoció Malkiel.

—No le entiendo.

—Seguramente se lo han comentado: mi dominio son las inscripciones funerarias. Aquí hay muchas.

—Me lo han señalado. Pero... ¿por qué ha elegido nuestros cementerios? ¿Por qué no los de Cluj o los de Satu-Mare?

—Los de aquí son más antiguos.

El oficial consultó un dossier antes de continuar.

—No me diga que los cementerios son el único lugar que le interesa de nuestra hermosa y pequeña ciudad.

—No me atrevería a decirlo. Mi encantadora intérprete ha intentado que descubriera otros.

El oficial se volvió hacia Lidia y le dijo algunas palabras que la hicieron sonrojarse.

—¿Qué le ha dicho, Lidia?

—Me ha sugerido que lo convenza de que los vivos son una compañía más agradable que los muertos.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Dígale al oficial que tengo la impresión de que no me cree.

El oficial se puso serio.

—¿Me equivoco?

—¿En sospechar de mí? Francamente, sí. En cualquier caso, ¿de qué sospecha?

—Aún no lo sé. Pero, para mí, recorrer los cementerios resulta sospechoso.

—No me diga que teme mis contactos con los muertos.

—Diré lo que me venga en gana.

—¿Lo he ofendido? Bromeaba.

El oficial lo escrutó durante un instante y se animó.

—Yo también. A su salud —dijo al levantar el vaso con agua mineral.

—A la suya —replicó Malkiel.

—¿Cuánto tiempo se quedará con nosotros?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De mi jefe.

El oficial anota algo en el dossier.

—¿Tiene intención de publicar artículos sobre su estancia aquí?

—Desde luego.

—¿Todos sobre el cementerio?

—Todos para la página necrológica.

El resto de la entrevista se consagró al tiempo que hacía en Nueva York y en Bucarest, al placer de recorrer el mundo a costa del periódico, a la amistad entre los pueblos.

—Gracias por venir —se despidió el oficial, tendiendo la mano a Malkiel—. Espero que su estancia entre nosotros siga siendo agradable y apacible. Cuídelo, señorita.

Lidia le respondió, pero no lo tradujo.

Impulsado por una necesidad imperiosa de explicarlo todo, de no omitir nada, Elhanan hablaba con un tono ansioso.

—¿Tú me entiendes, Malkiel, hijo mío? ¿Te acuerdas de mis lecciones talmúdicas? ¿Y del rabino Najman? Antes de exhalar su último suspiro, rogó a su amigo Rava que le dijese al Ángel de la Muerte que le evitase el dolor. Temía al sufrimiento mucho más

que a la muerte... Díselo tú mismo, le respondió Rava. ¿Tu voz no se atiende allá arriba? Yo no sé nada, confesó el rabí Najman. Pero sé que no existe ninguna protección ante el Ángel de la Muerte. Los dos maestros siguieron hablando, después Rava dijo: Debo pedirte un favor; ¿podrás regresar de allá arriba para decirme si has sufrido al abandonar el mundo de aquí abajo? El rabino Najman se lo prometió. Después de su muerte, le apareció en un sueño a Rava. ¿Y bien?, le preguntó este. ¿Cómo es morir? ¿Es doloroso? En absoluto, respondió el rabí Najman. Es como cuando se retira un pelo de un bol de leche; así es como el alma abandona el cuerpo. Aun así, añadió, si Dios, bendito sea, me pidiese que regresase a la tierra, le respondería: No, Señor; no tengo fuerzas; tendría demasiado miedo a la muerte.

Malkiel se acordaba de esta leyenda talmúdica, pero no de su belleza profunda. En su momento, le había parecido anecdótica. Ahora resonaba en su interior.

Eso ocurrió antes de la gran caída... Su padre estaba enfermo. Pero no era nada grave: un enfriamiento, una neumonía. Pero aun así, invadido por la fiebre, Elhanan tenía miedo a morir.

—¿Tú me comprendes, hijo?

—Yo te comprendo, padre —respondió Malkiel.

—En este momento que todo me hace daño, lo que más me exaspera es que te veo mal.

—Estoy aquí, padre.

—¿Y ayer? ¿Dónde estabas ayer? ¿Y antes de ayer? ¿Y la semana pasada? Cerraba los ojos, volvía a abrirlos, te buscaba: estabas lejos.

—No sabía que habías cogido frío.

—Estoy ardiendo, ¿no es verdad? ¿No es verdad que estoy ardiendo?

—Tienes fiebre. Una neumonía, dijo el médico. Eso se cura.

—¿La ciudad no está ardiendo también?

—Fuera nieve.

—¿Y en Berlín?

—No lo sé, padre.

—¿Berlín no arde?

—Es invierno, padre.

—¿Qué hacías en Berlín?

—Un reportaje —mintió Malkiel.

Mentiras, mentiras descaradas. Malkiel había pasado algunas semanas en Berlín porque... porque allí estaba una joven periodista alemana. ¿Un flechazo? Más bien una locura pasajera después de una pelea estúpida con Tamar. «¡Lo nuestro se ha acabado!», había dicho, furiosa. Y él, estúpidamente, se había conformado con bajar la cabeza. Tamar se había ido dando un portazo, y Malkiel no había hecho nada para retenerla. Jornadas deprimentes, noches monótonas y lúgubres. «¿No podrías enviarme a hacer un reportaje a alguna parte? —le pidió a su jefe—. Necesito airearme.» «¿Y si vas a darte una vuelta por Alemania?», respondió el Sabio. ¿Alemania? ¡No, jamás! No importa dónde, pero que no sea Alemania. Prefería no pensar en Alemania. Para él, Alemania era la memoria judía que causa dolor. Y ya tenía suficiente. Suficiente de vivir en la obsesión de las chimeneas silesias. Suficiente de recordar a esos judíos batidos y abatidos, esos niños calcinados, esas mujeres escarnecidas, esos ancianos hambrientos a los que los ojos se les salían de las órbitas para devorar un universo frío y cínico. Suficiente de moverse bajo la mirada de los muertos. Que se vayan, que dejen tranquilos a los muertos... Rebeldía repentina, rápidamente reprimida.

Por una extraña coincidencia, conoció a Inge el noveno día del mes de Av, jornada de duelo y de conmemoración, de ayuno y de aflicción: se recuerda la destrucción del Templo de Jerusalén. Inge y Malkiel se encontraron en el ascensor del periódico. Dieron algunos pasos por Times Square, intercambiaron comentarios insignificantes y se presentaron: «Inge Edelstein, alemana». «Malkiel Rosenbaum, judío.» Ella le lanzó una mirada sorprendida: «¿Eso no le impide pasearse con una alemana?». No, no se lo impide: un periodista no elige a sus interlocutores. «¿Tomamos un café?» Por qué no. Iba a bebérselo cuando se acordó de su padre: ayunaba hasta la caída de la tarde. «¿No se lo toma?» No, no iba a bebérselo. «¿El café no es bueno?» No, no era eso. «Entonces, ¿qué es?» Se lo explicó. «¡No! —exclamó ella—. No lo dirá en serio... Hace dos mil años que destruyeron su Templo ¿y se lamentan hoy?» Sí, como si hubiera pasado ayer. «Decididamente, me habían dicho con frecuencia que los judíos estaban locos; tenían razón.» Sí, estamos locos. «La naturaleza humana quiere que el hombre olvide lo que le hace daño, ¿o no? Para los antiguos, ¿el olvido no era un don de los dioses? Sin él, la vida sería insoportable, ¿o no?» Sí, pero los judíos viven según otras reglas. Para ellos nada es más importante que la memoria. A través de la memoria están unidos a sus orígenes. Por ella el judío se siente ligado a Abraham, a Moisés y al rabino Akiba. Si reniega de ella habrá renegado de su derecho al honor. «Entonces, ¿se dedican

continuamente a mantener sus heridas abiertas?» Como las heridas existen, está prohibido y es malsano maquillarlas. Volvieron a verse el domingo siguiente. Y el lunes. Y el jueves. Se amaron...

—La fiebre, hijo mío. La bruma me invade de nuevo. Agotado, el cuerpo está al borde de sus fuerzas. Domado, el espíritu persigue en vano una música áspera. ¿Qué se puede hacer para reconstruir el mundo? Estas manos que me retienen no son las mías; ¿qué hacer para apartarlas?

Tamar, pensó Malkiel. Tamar habría podido apartarlas. ¿Reconstruir el mundo? Tamar sabría cómo hacerlo. ¿Por qué he seguido a Inge hasta Berlín? ¿No sabía que mi padre se sentiría desgraciado?

Como un imbécil, había ido a llamar a la puerta del jefe: «Acepto. Si quieres, salgo para Berlín». «Excelente idea», reconoció el Sabio, mirándolo de una manera curiosa. «El cementerio judío de Berlín, ¿no es el más grande del mundo? Eso interesará a nuestros lectores.»

No había engañado al Sabio. Sabía muy bien que no iba a visitar Berlín por el cementerio judío. ¿Y mi padre, mientras tanto? Abandonado, enfermo. ¿Nada grave? ¿Nada que no pudieran curar los antibióticos? ¿Nada que estuviera relacionado con la enfermedad que lo afectaría más tarde? Excusas demasiado cómodas. Actué mal.

—La bruma se levanta —repite Elhanan—. Veo Jerusalén. ¿Quieres saber lo que veo?

—Sí, padre. ¿Qué ves?

—En Jerusalén, cerca de nuestra casa, en el barrio de Méa Shéarim, había un jardín adonde los ancianos iban a vivir sus últimos días. Pasaban las horas inmóviles, como estatuas. A veces los abordaba e interrogaba: «Antes de llegar aquí, ¿qué hacían?». Ellos me miraban azorados, alhelados. La palabra «antes» los inquietaba... Pero entre ellos había una mujer de una dulzura incomparable, brillante... Ella me rogó que me sentara a su lado y me dijo: «Para nosotros, como para usted, hay toda una vida por vivir, aunque no dure más que una hora, la última... y no hay flores para recoger...». Al día siguiente volví al jardín con un ramillete de flores que me había prometido regalarle. Pero... ella ya no estaba.

¿Ha atrapado esta estúpida fiebre por mi culpa? Loretta, Loretta, ¿por qué no has tenido más cuidado? ¿No lo has vigilado? Y Tamar, ¿por qué me has rechazado?

No debería haberme ido. Me equivoqué al seguir a Inge, me equivoqué al abandonar a mi padre, me equivoqué al mentirle, me equivoqué al empezar una relación con esa

joven alemana.

A pesar de todo, Malkiel estaba enamorado de ella. Y ella amaba a Malkiel. En Berlín, su amor le pareció más milagroso que en Nueva York. Cada encuentro le aportaba un nuevo descubrimiento de sus cuerpos, una posibilidad de superarse, de superarse el uno al otro, uno dentro del otro. Entre los dos rellenaron el foso que separaba al judío del alemán, la promesa de la amenaza, la alegría del sufrimiento. Juntos desafiaron el destino al otorgarle un rostro inocente, la cara sonriente de la reconciliación, si no del perdón. De la mano, vagaron por las calles iluminadas y animadas de la antigua capital del Tercer Reich, se paraban delante de los escaparates elegantes, visitaban los museos, los jardines públicos, las bibliotecas, admiraban los barrios reconstruidos, aplaudían en los espectáculos y en los conciertos, reían con los escolares con los que se cruzaban durante la mañana o a última hora de la tarde. Era realmente sencillo atraer la felicidad; bastaba con que se abstraieran del pasado, que pasasen la página. Para ser feliz, Malkiel solo debía no pensar en su padre. Pero... pensaba en él. Aún más que antes. El hombre que le cambiaba el dinero en el banco, ¿dónde estaba durante la guerra? Y el funcionario que le explicaba la política urbanística de Berlín, ¿qué edad tenía en 1943? ¿Era lo suficientemente mayor para poder servir en las unidades especiales SS? E Inge... ¿tenía padres? ¿Quiénes eran? Lentamente, por niveles, Malkiel sintió cómo su felicidad se desvanecía. Inge acabó dándose cuenta del cambio. Quiso tener el corazón limpio. Es mi padre, confesó Malkiel. Mi padre impide que olvide. Y, como si fuera una paradoja, ella le dio la razón a Elhanan: Sé que no se puede olvidar nada, le dijo a Malkiel. Precisamente te amo porque no quiero olvidar nada; y precisamente porque tú debes recordarlo todo, no puedes amarme. Inteligente, Inge. Honesta, exigente. Te amo porque pienso en tu padre, le dijo a Malkiel, y en el suyo, y en todos los padres judíos que nuestros padres han asesinado, y te amo con un amor que no puede ser más que estéril y sin futuro. Confuso, debatiéndose entre demasiados llamamientos, Malkiel se hundió en la melancolía.

La víspera del Kipur, Inge lo acompañó a la sinagoga. Los ancianos cantaban el *Kol Nidré*, ese poema estremecedor por el que los marranos de antaño renovaban su fidelidad a la alianza. Sentada con las mujeres, Inge no podía observar a Malkiel. Este lloraba como un niño. Como el niño que había en él y no había llorado la muerte de su madre. Como todos los años, ayunó hasta el final del Kipur y asistió a todos los oficios. Inge también: «¿Sigues amándome?», le preguntó él cuando se encontraron por la tarde. «Más

que antes», respondió ella. «¿Sabes que la palabra que se repite con mayor frecuencia en nuestras plegarias del Kipur no está relacionada con el perdón ni con la expiación, sino con el recuerdo?» Inge no lo sabía. Se pasaron la noche reconociéndose, inventando una manera de amarse bajo el signo de la memoria liberadora y redentora...

Está lejos, fue ayer.

—Mejorarás —dijo Malkiel—. Ahora todo irá mejor.

Un nuevo ataque de fiebre recorrió el cuerpo de su padre, que tuvo que hacer un esfuerzo para expresarse:

—Un día en Kolomey... ¿Te he contado lo que vi en Kolomey?

—No. Pero no hables. Ahora no. Mañana, ¿quieres?

—En Kolomey, vi lo que veo: una mujer deslizándose en las sombras; otra retorciéndose de dolor bajo un sol incandescente. Querría conocerlas, arrancarles los velos, pero tengo miedo de verlas demasiado de cerca; tengo miedo de revelar las garras de la muerte. Pero el propio esfuerzo, ¿no vale la pena? ¿Aunque haga daño? ¿Aunque dé miedo?

—El esfuerzo de vivir vale la pena, padre.

—Eso es lo que me decía continuamente tu madre. ¿Te he hablado de tu madre, Malkiel?

—No lo suficiente, padre.

—No debes olvidarla, hijo. No debo olvidarla.

¿Sentía ya que una enfermedad de otro tipo iba a transformar su conciencia en un desgarramiento infinito?

En el exterior, sobre el Hudson, miles de sombras se arrebujaban bajo la lluvia.

—Entonces, Malkiel, hijo mío, ¿finalmente te has decidido?

—Sí, padre. Me voy.

—¿Cuándo?

—Mañana por la tarde.

—¿Directamente?

—Haré escala en París.

—¿Tendrás cuidado?

—Te lo prometo.

—¿No te olvidarás?

—¿No me olvidaré de qué, padre?

—Abre los ojos y los oídos, mira y escucha: es necesario que me representes. Deseo verlo todo a través de tus ojos, comprenderlo todo a través de tus oídos.

—Haré todo lo posible, padre.

—Y además...

—¿Sí?

—Hay un punto esencial...

—¿Cuál?

—Se encuentra en el centro de mis recuerdos, que se difuminan; es gracias a él que aún forman parte de mi memoria.

—¿De qué hablas?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Allá abajo?

—Sí, allá abajo. O después de tu regreso. Para saberlo, tienes que ir allí.

—¿No puedes decírmelo ahora?

—No es necesario, Malkiel.

—¿Y si vuelvo sin nada?

—No volverás con las manos vacías.

¿Por qué había insistido Elhanan Rosenbaum en que su hijo Malkiel visitase su ciudad natal? ¿Para descubrir qué secreto? ¿Para encontrar qué fantasma? ¿Para cumplir qué gesto de penitencia?

Malkiel había consentido en separarse durante algunas semanas de su padre, ya muy enfermo, únicamente para hacerlo feliz. Se sentía incapaz de negarle ese servicio; posiblemente podía ser el último que le rindiera.

—Es necesario que vayas —repetía Elhanan, cada vez más obsesionado con esa idea fija—. Créeme, es necesario.

—¿Es posible que esperes que te encuentre de niño o de adolescente? Desengáñate, padre. Para mí no estás allá abajo, sino aquí. Enteramente aquí.

¿Enteramente? No del todo. Día a día, Elhanan Rosenbaum disminuía. Cada mañana, los trozos del sueño pasado parecía que se soltaban para desaparecer.

—¿Qué esperas para partir, Malkiel? ¿A que se haya apagado la última chispa? ¿A que se haya cerrado la última puerta?

Malkiel no tenía elección.

Muchos años antes había hecho otro viaje, lejos del bullicio neoyorquino, lejos de su padre, que prosperaba en la enseñanza y con sus consultas de psicoterapia.

En Asia, la tierra —perdón: la historia— temblaba. Se habían descubierto inmensas fosas comunes en Camboya. Un término nuevo empezaba a irrumpir en el lenguaje: *boat people*.

—Quiero ir allí —le dijo Malkiel a su jefe—. Lo deseo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero lo deseo, realmente.

El Sabio, con la mano en el mentón, lo estudió durante un momento.

—¿Es por culpa de Tamar? ¿Para alejarte de ella?

—No.

—¿Es por tu padre?

—Tampoco.

—Allí tenemos a Henri. Hace un buen trabajo. Que yo sepa, no necesita un competidor.

—Está al corriente —le informó Malkiel.

El Sabio adaptó un tono irritado.

—Le has dicho que... ¿Se lo has dicho antes de hablar conmigo?

—Somos amigos.

Siguió una lección sobre la responsabilidad, el protocolo, la ética, para acabar con un apretón de manos.

—Si lo he entendido bien, ¿ya tienes el visado?

Malkiel agachó la cabeza.

Corrió a anunciar la noticia a Tamar. Telefoneó a su padre. Aquella misma tarde, despegó hacia Bangkok. Henri lo esperaba en el aeropuerto.

—*What's a nice Jewish boy doing here?* —le preguntó.

—*Just looking* —respondió Malkiel.

¿Henri, emocionado? ¿Melancólico?

—No te he reservado habitación en ningún hotel. Te alojarás en mi casa.

—Preferiría...

—Ya lo sé: preferirías salir enseguida hacia la frontera. Déjame hacer a mí. Mañana por la mañana iremos juntos. Además, vas a darte una ducha. Y a cambiarte. Te he preparado un traje ligero.

Estupendo, Henri. Amigo perfecto. Gran reportero, premio Pulitzer, en todas partes está como en casa. Lo ha preparado todo, lo ha previsto todo.

Al día siguiente llegan juntos al campamento de Aranyapathet, cerca de la frontera camboyana. Miles de ojos siguen cada uno de sus movimientos. Ojos brillantes de sol, de cansancio, de sufrimiento. Malkiel jamás olvidará esos ojos, esas sonrisas inquietantes de niños hambrientos.

—Los miro —comenta Henri— y tengo ganas de obligar a todo el mundo a mirarlos.

—Yo los miro —responde Malkiel— y ellos me miran. Y pienso en otros niños, lejos, después de la guerra, en Europa.

Se pasean por las avenidas del campamento.

—Te excedes en tus artículos —le comenta Malkiel—. No se pueden leer sin adquirir un agudo sentimiento de culpabilidad.

Día tras día, las crónicas de Henri aparecen en la primera página del *New York Times*, describiendo a los hombres y a las mujeres que los jemerres rojos, en su demencia asesina, han vaciado de alegría y ganas de vivir. Con frecuencia, acaba con las siguientes preguntas: «¿Cómo es posible semejante escándalo? ¿Puede morir todo un pueblo?».

—¿Cómo ha podido convencer el loco de Pol Pot a tantos hombres para que masacren a tanta gente? —pregunta Malkiel.

—Conoces la fórmula —responde Henri—. Pol Pot se pretendía un revolucionario. En nombre de la revolución se puede hacer de todo. Quería poner la historia a cero.

—¿Para empezar de nuevo? ¿Como Dios?

—Todos los grandes asesinos quieren convertirse en dioses.

—¿Y se les deja hacer?

—Aparentemente, sí.

—No lo entiendo.

—¿No lo entiendes? Y tu padre, ¿él tampoco lo entiende?

Malkiel traga saliva.

—Sí, mi padre lo comprende.

Un sol de plomo y cobre pesa como una maldición sobre las tiendas y las barracas. Las mujeres se desmayan por el calor; las enfermeras les dan de beber.

—Ven —dice Henri.

Conduce a Malkiel hacia un barracón especial, escondido. Se alojan doscientos refugiados. Se diría que son soldados con sus suboficiales. Disciplinados, hacen ejercicio, siguen un entrenamiento riguroso —¿con qué fin?— y se niegan a hablar con los extranjeros.

—Obsérvalos bien —le indica Henri—. Son jemerres rojos.

Esos asesinos tienen catorce o quince años. Se dice que han torturado a sus propios padres y ejecutado a sus propios hermanos y hermanas... siempre en nombre de su ideal revolucionario. Ahorcamientos, ahogamientos, fusilamientos: Malkiel busca algún rastro en esas miradas apagadas y neutras.

En las tiendas vecinas, los camboyanos explican sus padecimientos. Henri traduce. El terror, la huida hacia el bosque, la vida y la muerte en los pantanos. ¿Se puede imaginar un país entero transformado en un gueto herméticamente cerrado? Ahora puedo, confirma Henri. ¿Se puede concebir, en 1980, un régimen en el que el hecho de seguir siendo humano sea un crimen castigado con la pena de muerte? Ahora puedo, piensa Malkiel.

De pensamiento, ve a su padre. Discute con él.

—¿Ves? Los judíos no son los únicos que sufren.

—Nunca he dicho que lo sean.

—Si los escuchas, se diría que su sufrimiento es el único que cuenta.

—No los has escuchado bien, Malkiel. Cuando un judío habla de su sufrimiento, habla también del de los demás.

—En ese caso, no hablan lo suficiente.

—Es posible. Son tímidos; se niegan a apiadarse de ellos mismos. Intenta comprenderlos, hijo. Si se entregan demasiado, se les odia. Si se encierran, también se les odia.

Cuando regrese a Nueva York, seguiremos con esta discusión, se promete Malkiel.

Se quedará varias semanas en Aranyapathet. Khao I Dang: cien mil personas amontonadas en un perímetro que debía acoger la cuarta parte. Sa Keo: treinta mil refugiados... Malkiel quiere saberlo todo, asimilarlo todo. Pasa las veladas con los voluntarios franceses, israelíes y estadounidenses; visita las enfermerías, las escuelas, las cocinas. Henri no le escatima su ayuda: él también se acuerda. En 1938, su padre había

huido de la Alemania hitleriana. Cincuenta mil visados habrían podido salvar a todos los judíos alemanes.

Malkiel interrumpe su investigación y se convierte en voluntario, trabajando para un comité de ayuda. Asiste a unos para rellenar los cuestionarios de inmigración, a otros para encontrar a los padres desaparecidos. Juega con los niños, les enseña algunas palabras en inglés, no come, duerme poco. Henri le avisa:

—Quieres ayudarlos, eso es normal. Pero, créeme, los ayudarás mucho mejor con un buen reportaje.

—Lógicamente, tú tienes razón —reconoce Malkiel—. Pero dejé mi lógica en la consigna.

¿Piensa en su abuelo, el benefactor, a quien se parece? Elhanan le habló un día: «Mi padre, de quien llevas el nombre, hizo mucho por el pueblo judío».

Una doctora tailandesa, bastante joven y fina, vela discretamente por su salud. Una tarde, cae derrumbado al suelo; ella está allí para llevarlo a la enfermería. «Agotamiento», afirma. Malkiel recibe un pinchazo; se duerme. Se despertará cuarenta y ocho horas más tarde.

—Y bien, viejo amigo —lo saluda Henri—, tengo un teletipo para ti. El Sabio, que Dios le otorgue una larga vida, exige que vuelvas en el primer avión disponible. Esperan tus artículos.

Y con un guiño:

—Sin hablar de Tamar, que se impacienta...

La doctora tailandesa también lo anima a partir.

—Si se queda con nosotros se matará; ¿los refugiados estarán mejor? Vuelva a su casa, explique lo que ha visto aquí; encuentre las palabras justas y todos le estaremos agradecidos.

Enflaquecido, debilitado, Malkiel abandona Bangkok. En el avión que lo devuelve a Nueva York, escribe su primer artículo.

—Has hecho bien en ir —le dice Elhanan a su hijo—. ¿Quieres saber por qué? Porque nadie se molestó en venir a ayudarnos, a nosotros, cuando lo necesitábamos.

Esa misma tarde, le leerá su artículo a Tamar, que no dirá nada durante un rato largo antes de felicitarlo a su manera.

Un niño arrastrado por la tempestad. Un joven vagabundo sacudido por los acontecimientos trágicos, inexorables. Un adolescente desorientado, desocupado, perdido, marcado por el destino.

En 1939, al inicio de las hostilidades, Elhanan tiene trece años. Hijo único, divide su tiempo entre los estudios en la *yeshivá* y la oficina de su padre, que trabaja para una explotación forestal. Su madre, aún joven y elegante, representa la cultura occidental en el hogar: se interesa por la vida cultural en la capital, aunque su marido solo lee obras religiosas. Familia unida, feliz. Las dos sirvientas respetan la consigna de no despedir nunca a un mendigo sin darle una limosna y una comida, de ofrecerle calidez y comprensión. «¿Aunque no se lo merezca?», pregunta Piroshka, la cocinera. «No conozco a ningún ser humano que no se merezca un trozo de pan y una moneda», responde con rudeza Malkiel, el padre de Elhanan. «Nunca se sabe. El mendigo anónimo podría ser el profeta Elías, un *Lamed-Vovnik* itinerante, un Justo, un rabino en el exilio.» Una vez, Elhanan intervino en este tipo de discusión: «¿Y si el mendigo en cuestión es conocido?». Su padre le sonrió orgulloso: «Buena pregunta, hijo mío. Pero recuerda que en todo mendigo existe una parte desconocida».

Año turbulento, atormentado. Checoslovaquia desgarrada. Polonia asaltada, bombardeada, despedazada. Llega el turno de Rumanía. Muy pronto, la pequeña ciudad de Biserica Alba recuperará su nombre húngaro de Fehérfalu. De un día para otro, fue necesario cambiar los nombres de las calles, de las escuelas, de las tiendas, de los cines. En el instituto, los alumnos son obligados a aprender canciones a la mayor gloria de Horthy Miklos. ¿Y el rey Carlos II, el ídolo de ayer? Prohibido, repudiado.

Para los judíos, la situación sigue siendo más o menos estable. Amenazados hasta entonces por los antisemitas rumanos de la Guardia de Hierro, a partir de ese momento lo serán por los antisemitas del movimiento Nyilas. ¿Y entonces? Uno se acostumbra a todo, especialmente a lo peor.

Tras la derrota de Polonia, los refugiados judíos hacen su aparición en la pequeña ciudad. Normal: se encuentra perfectamente situada para cualquiera que intente atravesar ilegalmente la frontera. En el cruce de cuatro o cinco países, absorbe y asimila a los

extranjeros porque allí todo el mundo habla su propia lengua. Austríacos, eslovacos, checos, polacos: el padre de Elhanan se ocupa de ellos con una entrega que todos los predicadores citan en sus sermones. «Mirad a Malkiel Rosenbaum, él encarna la rara virtud de Ahavat Israel que significa la solidaridad y compasión judías.» Les procura alojamiento, documentos, medios de subsistencia, los ayuda a huir hacia otras ciudades, hacia otras regiones refugio. Gran número de supervivientes de camino hacia Rumanía, Turquía, Palestina pasan por Biserica Alba, convertida en Fehérfalu.

Un recuerdo: ocurre en 1941, durante la fiesta de Sucot (las Cabañas). Malkiel Rosenbaum trae un invitado para la comida de la noche. El extranjero impresiona a Elhanan por su palidez, su delgadez. Un impermeable ligero flota sobre sus hombros encorvados. A través de sus gruesas gafas, sus ojos de miope escrutan el espacio como para captar un signo que anuncie la desgracia. El cuello se estira, se estremece, aunque la velada es suave. El padre de Elhanan lo interroga sobre la situación en Polonia. «Mala, señor, muy mala», responde el visitante frunciendo los labios. ¿Más aún? El visitante se niega a entrar en detalles. «Nos falta tiempo —anuncia—. Si empiezo, no me detendré. Pero tengo que irme muy pronto, usted lo sabe; mi tren sale a las once.» Su yidis está germanizado, su voz temerosa. Después de la cena y los cantos habituales, dice: «Me ha ayudado mucho; ¿cómo puedo agradeceréelo? Sé cómo hacerlo: le daré un consejo; sígalo; no se quede en este país; el enemigo también surgirá aquí; no espere; tome a su familia y váyase; lo más pronto posible y lo más lejos posible. Tenga piedad de su hijo, de su madre; tenga piedad de usted mismo». Estrecha la mano de Malkiel, desea educadamente buenas noches a Elhanan y a su madre, y sale a la ciudad dormida.

Los tres Rosenbaum se quedan un buen rato mudos de estupor. El padre es el primero en recuperarse: «Es el miedo el que habla por su boca; sin duda, acaba de superar una prueba cruel, ve al enemigo por todas partes». La madre está menos segura: «No lo sé... ¿Y si decía la verdad? ¿Y si tenía razón al aconsejarnos que nos vayamos?». El padre alza la voz, señal de que se está enfadando: «¿Irnos? ¿Irnos adónde?». Sentados en la *suka*, reflexionan. Un viento ligero sopla sobre el techo de la cabaña. En la del vecino se canta, celebran la fiesta con alegría. «¿Y tú, Elhanan, qué piensas tú?», pregunta el padre. «Me da miedo.» «A mí también», reconoce el padre. De repente, Elhanan grita de espanto: «¡Padre, mira! ¡El visitante se ha olvidado su cartera!». Para aligerar el ambiente, el padre dice: «Quizá sea un profesor distraído... Venga, hijo mío. Corre hasta la estación y devuélvesela». Elhanan agarra la cartera, que le parece bastante pesada, y se

precipita hacia la estación. El visitante está sentado en un banco de la sala de espera. «¡Señor, señor, tenga, ha olvidado esto!» El visitante levanta la cabeza con un aire impasible, toma la cartera, que coloca a su lado, y murmura un «gracias» indiferente. Bueno, se dice Elhanan, tiene otras cosas en la cabeza. Se despide y se dispone a volver a su casa cuando el visitante lo llama: «Siéntate». Elhanan se sienta. «¿Crees que podrías adivinar el contenido de esta cartera?» No, Elhanan es incapaz. «Entonces, mira.» El visitante abre la cartera, y Elhanan está a punto de desmayarse: está llena de piezas de oro. «Es toda mi fortuna —confiesa el visitante con voz monótona—. Es todo lo que me queda.» Elhanan no comprende nada: «Pero entonces... ¿cómo ha podido olvidarla en la cabaña?». El visitante se encoge de hombros: «Un día lo comprenderás... Comprenderás que la fortuna, en los tiempos que corren, es una noción vaga». Elhanan consulta su reloj: aún es pronto, el tren tardará aún treinta minutos. ¿Regresar? Prefiere tener la compañía de ese refugiado, que, de repente, se pone a sonreír: «Es muy raro —explica—. Cuando me has entregado la cartera he tenido la temeridad de preguntarme sobre mi buena suerte y he podido constatar que el sabor en mi boca no era el de la alegría.» Excepto el empleado de ferrocarril, que dormita detrás de la taquilla, están solos en la sala de espera. «Como mínimo —prosigue el visitante de gruesas gafas—, te debo un regalo. Voy a contarte historias. Unas historias vividas. Explícaselas a tus padres...»

Esa noche el tren llevaba retraso.

El rumor atravesó la ciudad como una manada de perros rabiosos y despertó a los habitantes judíos de su letargo: los desaparecidos, decía el rumor, no seguían con vida.

Era en 1941. El gobierno húngaro había publicado un decreto ordenando la expulsión hacia Galitzia de todos los sujetos «extranjeros», es decir, de todos los judíos que no podían demostrar su ciudadanía húngara.

Masacrados, todos, decía el rumor. Enterrados en fosas comunes, cavadas por las propias víctimas. ¿También los niños? Los niños también. Y sus padres. Y sus abuelos. Los unos y los otros, unos en presencia de los otros.

Imposible, se decía en Fehérfalu. Inverosímil. En el siglo XX no ya no ocurren esas cosas.

En 1941, lo imposible era, a pesar de todo, posible. Algunos lo creyeron. Sobre todo porque el rumor tenía su origen en un oficial húngaro que regresaba de Galitzia. Su

unidad estaba acampada cerca de Kolomey. Los soldados habían asistido de lejos a la masacre y visto, visto con sus propios ojos, a los asesinos que agrupaban a las víctimas al borde de las fosas; habían oído el repiqueteo de las ametralladoras. Escenas similares cerca de Stanislav. ¿Seguro? Seguro, decía el rumor. Se añadían detalles que ponían los pelos de punta: no todas las víctimas lloraban; algunas habían ido a la muerte en silencio, mudas por un sentimiento extraño de dignidad y desafío.

—*Te acordarás de esas masacres —le dijo Elhanan a su hijo—. ¿Me prometes que te acordarás muy especialmente?*

—*¿Por qué quieres que sea especialmente?*

—*Porque... te lo voy a explicar, Malkiel. La historia se muestra con frecuencia injusta con las víctimas. Algunas tienen más oportunidades que otras. Considera las de Kolomey y Stanislav. Nadie ha levantado un monumento en su memoria. Pocos investigadores les han consagrado sus trabajos, aunque por todas partes se desarrolla una amplia literatura de la memoria. Víctimas de segunda categoría, los judíos asesinados en Stanislav y Kolomey se merecen algo más, ¿no lo crees así, hijo mío?*

—*Me acordaré, padre. Te lo prometo.*

—*¿Dirás que se encontraban entre los primeros que el enemigo lanzó hacia la noche?*

—*Lo diré.*

—*¿Lo repetirás siempre que sea posible?*

—*Lo repetiré, padre.*

—*¿No permitirás que el olvido los humille día tras día?*

—*No lo permitiré, padre.*

—*Acuérdate, hijo mío. Es posible que sin saberlo yo haya caminado sobre sus tumbas.*

Una reunión tiene lugar en casa del presidente de la comunidad. Otra en casa del gran rabino. La primera trata de los problemas prácticos: las medidas financieras y políticas a adoptar en caso de que los rumores sean verídicos. La segunda reviste un carácter estrictamente religioso: si los desaparecidos han encontrado la muerte, ¿cómo verificarlo para que los posibles supervivientes, salvados para la deportación, puedan empezar a llevar el luto? Las dos reuniones llegan a una misma resolución: enviar a alguien a investigar en Galitzia.

Un oficial húngaro, el comandante Bártoldy, acepta, a cambio de una suma tentadora, acompañar a un emisario hasta Stanislav y traerlo de vuelta. Eligen a Elhanan, sobre todo porque allí vive su tío; también porque habla perfectamente húngaro. Y también porque aparenta más edad de la que tiene: de uniforme, pasará fácilmente por el ordenanza del *százados*.

Naturalmente, la madre de Elhanan se opone al proyecto. «¡Si se va, no volveré a verlo, que Dios no me castigue por mis palabras!» Su marido la tranquiliza: «Protegido por un comandante del ejército real húngaro, Elhanan no corre ningún riesgo».

La partida se fija para un domingo, entre la Pascua y la fiesta de las Semanas. Antes de ponerse el uniforme, Elhanan debe dejarse cortar los rizos y eso constituye para él una pérdida dolorosa: está orgulloso de esos *péyot* que enreda alrededor de los dedos mientras profundiza en un pasaje difícil del Talmud. «Considéralo como un sacrificio», le dice su padre. «El día del juicio —recalca el gran rabino—, tus *péyot* se colocarán en la balanza con tus buenas acciones.»

A las diez de la mañana, el comandante Bártoldy y su ordenanza ocupan sus asientos en un coche militar descapotable. La madre de Elhanan se seca los ojos, mientras que su padre le repite las últimas consignas: las preguntas a plantear a su tío, los mensajes a transmitir al rabino local, el código a establecer para una eventual correspondencia enviada a través del comandante. «Creo que no he olvidado nada, hijo mío. Que el Dios de nuestros padres te proteja.» Con un movimiento brusco, lo estrecha contra su pecho. Con el corazón lleno de presagios, Elhanan cierra los ojos para no ver cómo se alejan sus padres, para después desaparecer.

El vehículo se cruza con cristianos que van a la iglesia. El cielo sin nubes. Los árboles en flor. Adiós, Biserica Alba, perdón: Fehérfalu. Hasta pronto, padres. Adiós, mi infancia. Ya no soy un niño; debo ser fuerte, no sucumbir a las emociones. Soy el ordenanza de un comandante. Un soldado. Un soldado no se emociona, ni siquiera al decir adiós. Un soldado es alguien que dice adiós continuamente.

Conducido por un chófer taciturno, el coche atraviesa campos y montañas, pueblos y aldeas. Niños endomingados juegan al escondite. Muchachas jóvenes, con flores en el cabello, fingen indiferencia para captar mejor la atención de sus enamorados. Con el sombrero de paja sobre los ojos, los viejos dormitan delante de sus chozas. Acompañado por un violín, un ciego canta una *doina* desgarradora. Aquí y allá, un judío a pie o en carreta observa con curiosidad el coche, que levanta una nube de polvo fino.

¿Saludarlo?, se pregunta Elhanan. Demasiado arriesgado. Un soldado húngaro, ordenanza por añadidura, no saluda a los judíos. Son los judíos los que deben saludarlo. Una idea graciosa le hace sonreír: debo saludarme a mí mismo.

Hacia la una se detienen en la frontera. Un control. El suboficial de servicio, en posición de firmes, presenta novedades al oficial, que lo interroga con condescendencia: «¿Todo va bien?». Sí, todo está en orden. Si el suboficial tiene preguntas sobre el ordenanza, no se atreve a formularlas. Levantan la barrera. El coche reemprende la marcha para penetrar en la campiña inquietante de Galitzia. Al crepúsculo, se detiene delante de un inmueble de dos plantas en la plaza Mayor de Stanislav. El comandante se aloja en la segunda planta. «Dormirás en el pasillo —ordena a Elhanan—. Mañana irás a ver a tu tío. ¿Tienes su dirección?» Elhanan la sabe de memoria. «Estás loco, mi pobre muchacho. Tu tío ya no vive allí. Conozco la ciudad. Como a todos los judíos, lo encontrarás en el gueto. ¿No lo sabías?» No, Elhanan no lo sabía. En Fehérfalu nadie lo sabía. En cualquier caso, nadie hablaba de ello. ¿Tema tabú? Rechazado. De vez en cuando se mencionaba en las conversaciones en la sinagoga la suerte del gueto de Varsovia, eso era todo. ¿Un gueto tan cerca de Fehérfalu? Impensable. «Bueno —concluye el comandante—. Esperaremos a mañana. Encontraremos el medio de hacerte entrar en el gueto.»

Elhanan duerme mal en el suelo; la ropa le molesta. Y además, la palabra «gueto» le da vueltas en la cabeza como el dolor en una herida. ¿Qué es un gueto? Se acuerda de los relatos sobre los guetos medievales. Mañana, volverá a la Edad Media. ¿Y después?

Se levanta muy temprano, se lava la cara en el grifo y, aprovechando que el conductor sigue durmiendo, sube hasta el granero para ponerse el *tefilín* y decir sus plegarias. De hecho, piensa, estoy corriendo riesgos inútiles. Muy pronto estaré en el gueto. Encontraré una sinagoga. El gueto: está impaciente por ir.

El comandante debe presentarse en su unidad, que acampa a las afueras de la ciudad. Elhanan lo acompaña. Al lado del vivaque principal hay otro, más pequeño y más sobrio, el de los trabajadores judíos de uniforme, los *munkaszolgálat*. No tienen derecho a llevar armas y son los encargados de cavar las trincheras, construir los caminos, talar los árboles y ocuparse de la cocina. Un brazalete amarillo en el brazo izquierdo los distingue de los verdaderos soldados húngaros. Elhanan, al oír hablar en yidis, aborda a un mozo grande de rostro franco y jovial: «¿Quién eres? —le pregunta este—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no llevas brazalete?». Elhanan lo hace partícipe de su odisea y de su problema:

¿qué se puede hacer para introducirse en el gueto? Es necesario que entre, resulta de capital importancia, es esencial. Tiene una misión: «Ya lo sé, parezco joven, pero en tiempos de guerra los jóvenes son viejos». «Continúa», lo anima el gran mozo, apodado Itzik el Largo. Elhanan no lo entiende: ¿continuar el qué? «Me gusta cómo te expresas. Continúa.» Avergonzado, Elhanan se líaa, se repite, vuelve a empezar. «Desde luego, aún eres joven», reconoce Itzik sonriendo. Sus miradas se cruzan y nace la amistad: una amistad dura y libre, hecha de exigencias y negativas, negando la bondad ingenua y la debilidad cómoda, amistad de la que son capaces los hombres lúcidos y los niños desesperadamente valientes. «No te preocupes, venga —lo tranquiliza Itzik el Largo dándole una palmada en el hombro—. ¿Tienes una misión? Te ayudaré a cumplir tu misión.» «Pero... ¿cómo puedes tú... cómo puedo yo...?» Itzik ríe: «Fácil, ya lo verás. Esta noche te llevaré». Se citan detrás de la plaza Mayor. A las seis en punto.

Puesto al corriente, el comandante felicita a su ordenanza por su desenvoltura. «Te doy dos días de permiso —le dice—. El miércoles por la mañana, como muy tarde, estarás de regreso. Es una orden. Si no estás aquí a tiempo, regresaré a Hungría sin ti.» Elhanan se da por enterado.

Itzik el Largo conoce un pasaje secreto que une el gueto con la ciudad. Lo toman sin peligro. Nadie los ve entrar en las tinieblas.

El gueto: un caldero humano. Atmósfera asfixiante. Difícil abrirse camino, difícil ver claro en la masa. Difícil hablar porque el hedor se agarra a la garganta. Difícil hacerse una idea de las caras porque el sufrimiento las ha deformado. Todos los transeúntes tienen el mismo paso saltarín, todas las madres se lamentan por la suerte de sus hijos, todos los huérfanos expresan la misma queja. ¿Cómo encontrar una dirección, una vivienda, una persona? Afortunadamente, el compañero de Elhanan conoce a un miembro del consejo judío. Este conoce a alguien que ve frecuentemente al tío del joven investigador. El tío, en harapos, vive en un sótano abarrotado. Acoge a su sobrino como un salvador: «¿Eres tú, realmente eres tú, el hijo de mi hermano? Deja que te toque, ven que te vea, realmente eres tú. ¿Cómo está mi hermano? ¿De qué vive? ¿Cómo están los judíos húngaros?». En medio de un grupo de inquilinos, tío y sobrino se hablan como si estuvieran solos. Bien entrada la noche, alguien les grita: «¡Queremos dormir, id a hablar a otro sitio!». Salen al patio y siguen con la conversación. «Dime, tío —lo interroga Elhanan—. ¿Es verdad que los alemanes masacran a los judíos? ¿Y que ya no hay

esperanza? ¿Que todas las salidas están cerradas?» El tío solo puede decir «sí, sí», sollozando. Y Elhanan no sabe cómo consolarlo.

Al día siguiente pasa toda la jornada en el gueto. Su tío le sirve de guía. Elhanan quiere verlo todo. Recordarlo todo. El sistema concebido por el opresor. El funcionamiento del consejo judío, el comportamiento de la policía judía, las necesidades del comité de ayuda mutua judía: ¿cómo se hace para sobrevivir una semana más, una noche más? ¿Cuáles son los límites de la solidaridad, las fronteras de la muerte? A los dieciséis años, Elhanan sabe más sobre la vida y el destino, sobre la humanidad y sus taras, que un viejo de setenta y seis. Lo explicaré todo, se dice. Sí, todo. Mi memoria debe almacenarlo todo. Sí, todo. Es vital, es esencial. Si lo explico bien, si informo fielmente de todo, los judíos de mi ciudad se salvarán. Y mi padre estará orgulloso de mí. Habré cumplido mi misión.

Su segunda noche en el gueto es tan rica en experiencias como la primera. Su tío le hace visitar una *yeshivá* clandestina donde los estudiantes enseñan las Escrituras a los niños que han escapado de las redadas. Y un granero donde los místicos invocan nombres y cifras divinas para apresurar la liberación. Y un alojamiento subterráneo en el que chicos y chicas discuten sobre la resistencia armada. Esto también será necesario que lo explique, se dice Elhanan, que le suplica al cielo que estimule su memoria y sus sentidos: todas las palabras son importantes, todas las señales pueden significar la diferencia entre la vida y la muerte. Padre me hará preguntas, no puedo decepcionarlo, sobre todo no puedo avergonzalo. «Tío —dice Elhanan—, ¿podrías prestarme un servicio?» Naturalmente, el tío está dispuesto. «Hazme preguntas sobre lo que he visto y oído. Interrógame a fondo.» Se pasan toda la noche del martes al miércoles revisando el informe que Elhanan, el joven emisario con uniforme húngaro, presentará a la comunidad angustiada de Biserica Alba, convertida en Fehérfalu por la gracia y la orden del Führer.

Pero Elhanan no regresará de inmediato.

Al alba del miércoles, los alemanes rodean el gueto. Casas mudas, miradas recelosas. Gritos roncós: «¡Fuera, todos los judíos fuera!». Disparos de fusil y de revólver. Ladridos de perros. Puertas derribadas, cuerpos aplastados. La operación dura hasta la tarde: miles de judíos son conducidos al bosque. El tío se encuentra entre ellos.

Cobijado por desconocidos, Elhanan ha podido escapar de la redada. Hasta última hora de la tarde, han esperado aterrorizados. Azar afortunado o milagro: el refugio ha

resultado realmente seguro. A las seis se han retirado los alemanes. El gueto, reanimado en un parpadeo, respira aliviado. Los supervivientes se abrazan.

Itzik el Largo ha llegado cuando todo ha vuelto a la normalidad. Elhanan no tiene fuerzas ni ganas de hablar con él. Hundido, vacío. Lo único que puede decir es: «Mi tío, mi pobre tío». Itzik el Largo lo devuelve a la realidad: «Tenemos que irnos enseguida; ¡espabila!». Pero Elhanan no deja de gemir: «¿Y mi tío, mi pobre tío?». Itzik el Largo se lo explica: «No puedes hacer nada por él; nadie puede». Abandonan el gueto por el mismo camino que utilizaron al entrar. Itzik pregunta: «¿Vuelves con tu comandante?». Sí, Elhanan debe explicarle las circunstancias especiales que han provocado su retraso. «Está bien, vamos. Si hay algún follón, te quedas conmigo.» Hay un follón, uno grande: el comandante Bártoldy ha mantenido su palabra; ha vuelto a Hungría sin su ordenanza. Un pánico negro invade al muchacho judío: «¿Qué va a ser de mí? ¿Qué ocurrirá con mi informe?». Itzik el Largo decide, sin pensarlo: «Ven conmigo; si te quedas aquí, te arrestarán; con nosotros, te pones el brazalete amarillo. Serás de los nuestros, al menos de momento. Ya nos arreglaremos».

Elhanan se incorpora al batallón de trabajadores judíos. Cuando vuelva a su ciudad, más tarde, siglos después, esta habrá cambiado.

Él también.

Malkiel, hijo de Elhanan, hijo de Malkiel. Soy yo, abuelo, Malki-El: «Dios es mi rey». Pero tu rey no te ha protegido, abuelo. Compláceme, pregúntale por qué. Tú estás allá arriba, cerca del trono celestial, háblale. Dile que, aun en su tribulación, su pueblo sigue glorificándolo. ¿Qué ha hecho con sus alabanzas?

Ante la tumba de su abuelo, Malkiel habla consigo mismo al hablar con él. ¿Cómo consigue seguir siendo judío en un mundo que rechaza a los judíos?

Has tenido suerte, abuelo. Te han enviado aquí, ¿lo sabes? Eres el último que llevaron a tierra consagrada. ¿Los demás? Más vale no hablar de ellos. La abuela, bueno, más vale no recordar su final.

Malkiel sabía cómo había muerto su abuelo. Gracias a su padre, que había recogido el relato de los escasos supervivientes del gueto. Había sido la primera víctima del invasor, pero aun así se le envidiaba. Qué suerte, decía la gente. Tuvo derecho a un funeral. Tuvo derecho a una muerte individual.

El gueto fue establecido en abril de 1944, cuando el ejército rojo combatía ya al otro lado de la montaña.

Los alemanes convocaron al viejo Rosenbaum y lo nombraron Anciano de los Judíos. Rechazó el cargo: «Desconfío del poder —explicó—. No sé dar órdenes». Iba a continuar, pero una bofetada se lo impidió. La segunda lo derribó. Siguieron golpeándolo hasta que perdió el conocimiento. Lo reanimaron con agua fría. «Entonces, ¿aceptas?» Mantuvo su negativa. Las torturas prosiguieron, el mismo resultado. Por la mañana, los alemanes hicieron venir al gran rabino y a los demás notables: «Intentad que entre en razón». Al ver al prisionero derramaron lágrimas amargas: «Desdichado de mí que te veo en semejante estado», gemía el gran rabino citando una parábola talmúdica de la época de los mártires. «Acepta el cargo —dijo el presidente de la comunidad—. Sé nuestro portavoz ante las autoridades alemanas; si te niegas, son capaces de nombrar a un bribón...» El abuelo Malkiel se dejó convencer.

El gueto duró un mes. No más. El frente ruso iba a derrumbarse de un día para el otro, y Adolf Eichmann estaba decidido a darse prisa. En las provincias húngaras vivían aún seiscientos mil judíos; los asesinos no disponían más que de algunas semanas para deportarlos.

A pesar de los decretos que llovían sobre el gueto, sus habitantes se aferraban a la esperanza. «Esto no va a durar mucho», se decía en las calles. Ansiosos de equidad y de justicia, el Anciano de los Judíos y sus ayudantes trabajaban día y noche para organizar la ayuda a los pobres, a los enfermos, a los refugiados de los pueblos vecinos. Todo no iba bien, ni mucho menos, pero al menos se podían instalar en la espera. A pesar del hambre y del aislamiento, la situación parecía soportable, vivible. Servicio médico, oficina de trabajo, centro de alojamiento: todo funcionaba de manera más o menos satisfactoria. Es verdad que los antisemitas locales aprovechaban la ocasión para desmandarse: detenían a judíos religiosos para cortarles la barba, escupían a las mujeres, insultaban a los padres en presencia de sus hijos, obligaban a ancianos respetables a limpiar las aceras a lametazos, pero esos servicios estaban, como se decía, en el orden de las cosas. «Esperemos que no nos llegue nada peor», se rezaba. Un tal Zoltán, jefe fanático de los Nyilas, aparecía a menudo en el gueto, y entonces las calles se vaciaban: sembraba el terror entre sus habitantes. Golpeaba, mutilaba, mataba a cualquiera que cayera en sus manos. «Seamos más vigilantes; instalemos un sistema de alerta —

sugerían los dirigentes—. Avisada a tiempo, la gente volverá a sus refugios antes de que los golpes de Zoltán caigan sobre su primera víctima.» En resumen, podía ser peor.

Lo fue.

Una mañana de sabbat, el Anciano de los Judíos fue convocado a la Kommandantur. Un oficial SS del equipo de Eichmann le anunció la noticia: los judíos iban a evacuar el gueto. «¿Adónde nos llevan?» A alguna parte de Hungría, fue la respuesta. «¿Cuándo?» Mañana, fue la respuesta. El oficial, de una amabilidad desacostumbrada, añadió: «No os inquietéis. Esta medida nos la dicta la situación militar; el frente ruso está demasiado cerca; para asegurar vuestra seguridad, vale más que os alejéis del campo de batalla». Después le ordenó un secreto absoluto: «Nadie debe estar al corriente. No antes de esta noche». El Anciano de los Judíos iba a retirarse, pero el oficial lo retuvo: «Una cosa más. Nos entregarás una lista de diez nombres. Diez personalidades judías». «¿Para qué?» «Para que nos sirvan de rehenes. Si un judío se escapa del gueto, uno de los diez será fusilado.» De pie durante todo ese tiempo, el Anciano se sintió desfallecer. La cabeza le daba vueltas, le temblaban las piernas. Sus ojos no veían con claridad, su corazón estallaba; ¿qué hacer, Dios del cielo, qué hacer para no atraer el peligro sobre los demás? «Señor oficial —respondió—, comprendo su preocupación; y mi respuesta es positiva. Los tendrá. Pero no enseguida. Esta tarde. Verá, es sabbat, y no tengo derecho a violar su santidad escribiendo.» El oficial lo contempló asombrado: ¿ese judío se burlaba de él? Debió de pensar que un judío nunca se habría atrevido a burlarse de un oficial SS, porque despidió al Anciano diciéndole que volviera por la noche, con la lista completa. El Anciano regresó a su casa y le pidió a su esposa que fuera en persona a ver a una serie de notables judíos, y los invitase a venir para participar en el oficio de *Minha*, en la residencia del gran rabino. Allí los hizo partícipes de su entrevista con el oficial SS: «Entonces, es el fin», murmuró el gran rabino. «¿Y la lista? —preguntó el presidente de la comunidad—. ¿Se la vas a dar?» El anciano respondió afirmativamente. «¿Qué nombres vas a poner?», preguntó el presidente de la comunidad, disimulando muy mal su angustia. «Los vuestros no», respondió el anciano.

Por la tarde, envía al oficial una hoja plegada en dos. Al abrirla leyó el nombre del Anciano diez veces. Asombrado, reflexionó un momento. Después, colocó al Anciano contra el muro y se puso a abofetearle la cara lentamente, siguiendo un ritmo regular y sostenido: mejilla derecha, mejilla izquierda, mejilla derecha. Sin decir palabra, sin manifestar su cólera, lo golpea hasta que su víctima cae al suelo: «Especie de cerdo —le

dice entonces el oficial, aplastándole la boca con el talón—. ¿Crees que vas a salirte con la tuya con tu treta? Te voy a infligir el castigo que te mereces. Vas a morir diez veces». Diez veces se desmaya el Anciano bajo la tortura, diez veces fue reanimado. Estaba irreconocible. Un montón de carne sin voluntad, un cuerpo ensangrentado sin vida. Hasta que el oficial le metió una bala en la cabeza, esa fue la muerte que lo asesinó. Para atemorizar al gueto, les entregó el cadáver. Lo enterraron esa misma tarde. Después, los judíos de Fehérfalu bajaron la cabeza diciendo: «Sí, ha tenido suerte; reposa en su propia tumba».

Una idea loca atravesó el espíritu de Malkiel: si tuviera que morir en ese instante, sería allí donde le gustaría descansar.

—¿Otra vez tú?

Era Hershel, el sepulturero de la cabeza monstruosamente grande y negra.

—¿Y bien? —dijo partiéndose de risa—. ¿Me pagas por fin esa copa?

La tarde se encaminaba a su fin. Un viento suave murmuraba entre las tumbas los secretos que otras tumbas le habían confiado. Una rama crujió. Los árboles se inclinaron como para manifestar su respeto por la tierra en la que tantos muertos habían encontrado la eternidad en el descanso.

—¿No te había prometido contarte la Gran Reunión? Págame una jarra y verás: yo me conozco haciendo promesas. Entonces, ¿vamos?

Hershel se dejó resbalar sobre la hierba húmeda. Sentado tenía un aspecto aún más deforme. Cruzando y descruzando las piernas, su torso hercúleo permanecía inmóvil.

—Tú eres rico y yo soy un pobre diablo —dijo—. ¿No tienes piedad de un pobre diablo que, además, es el último sepulturero judío de esta ciudad? ¿Puedes imaginar lo que es vivir aquí? Mis únicos amigos son los muertos: pero los muertos son avaros; nunca me han ofrecido una copa. Pero tú, señor extranjero, tú estás vivo, ¿y no me ofreces nada?

Malkiel lo miró más de cerca. En su vida había visto una criatura humana más espantosa. Todo en él era desmesurado. Orejas demasiado largas, párpados demasiado pesados, boca abierta y medio desdentada: el cabello era negro, negro azabache, de un espesor sorprendente. Se podía pensar en una cabeza cubierta de corteza negra.

—Sus promesas no me interesan —replicó Malkiel.

—Dime, ¿intentas ofenderme o qué? Y además, ¿no puedes tutearme, como todo el mundo?

—Perdóneme... Pero prefiero las historias, ciertas historias.

—¡¿Ah, sí?! —exclamó Hershel, contento—. Las historias, las conozco, conozco tantas como el propio Dios. Y las mías son menos caras.

—Bien, le propongo un trato. Por cada copa, me cuenta una.

—Ah, no, ¿por quién me tomas? ¿Por un mercader de tres al cuarto? ¡Yo soy mayorista! Yo negocio en botellas, no en copas.

—De acuerdo.

—¿Quieres que te cuente la historia de la Gran Reunión?

—No.

—¡Eh, es fantástica, puedes creerme! ¿No te interesa?

—Sí. En otra ocasión.

—Lástima... Bah, eso es cosa tuya. ¿Qué historia quieres que te cuente ahora?

—La de Malkiel Rosenbaum.

Al pronunciar su propio nombre, Malkiel tuvo la sensación irreal de mentirle al sepulturero. Se sentía culpable. ¿Y si le confesaba que él también se llamaba así?

—¿Malkiel Rosenbaum? —repitió Hershel—. ¿El último muerto del gueto?

—¿Lo conoció?

—¿Si lo conocí? ¿Me preguntas si conocí a Malkiel Rosenbaum? Lo conocí mejor que su propio hijo, mejor que su propia esposa. Al fin y al cabo, mi pobre señor, fui yo el último que lo vio. Ven, colega, y te enterarás de historias, de historias verdaderas y terribles que te harán estremecer, te lo juro.

Salieron del cementerio. El cubo de agua estaba dispuesto. Malkiel se lavó las manos, el sepulturero se las mojó sin más. Cerca del parque, en la esquina de una calleja ocupada por una tienda de comestibles y dos carnicerías, la taberna estaba abierta pero medio vacía. Malkiel la conocía gracias a Lidia: maridos ceñudos que iban para animarse y viudas de rostro duro, ancestros de mirada vacía.

—¿Nos sentamos en el rincón? —preguntó Hershel, ardiendo de sed y de impaciencia.

Detrás de la barra, el camarero leía un periódico. Estaba visiblemente irritado. Malkiel lo llamó; sin éxito. Lo llamó en un tono más alto, sin conseguir que lo atendiera.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. ¿Está de huelga?

—Es culpa mía —reconoció el sepulturero—. No me soporta. El imbécil afirma que ahuyento a su clientela. ¿Por qué? Porque me encuentran feo. Y que huelo a muerte. Les doy miedo, según dice. Es mentira, créeme. No soy yo quien les da miedo. Se dan miedo ellos mismos.

Aun así, el camarero debía de tener razón. Los pocos clientes que quedaban en la taberna se levantaron para pagar la consumición.

—Uno de estos días —comentó Hershel—, cogeré mi bastón, el mismo que utilicé la noche de la Gran Reunión, y vendré a decirle a ese truhán lo que pienso de él...

—Olvidelo —lo interrumpió Malkiel—. Hábleme mejor de...

—Malkiel —completó el sepulturero con una sonrisa—. Malkiel Rosenbaum. Me acuerdo como si estuviera ahí, delante de mí, y que me invitaba a tomar una copa, como me has invitado tú...

—Cuente.

—¡Eh, a qué tanta prisa! ¡Primero a beber!

Malkiel se puso en pie y fue a hablar con el camarero, que no entendía su lengua. El camarero siguió leyendo. Con el mismo aspecto enojado.

—Hershel, dígale en rumano o en húngaro que, si se muestra amable, tendrá derecho a una propina generosa.

El sepulturero, desde el rincón, le gritó algunas palabras. El camarero respondió.

—¡Quiere la propina por adelantado!

Molesto, Malkiel sacó del bolsillo un fajo de billetes rumanos, que puso sobre la barra, bajo la nariz del camarero. No era suficiente. Preguntó por qué y el sepulturero tradujo:

—El cabrón dice que debes indemnizarlo por todos los clientes que he espantado esta tarde.

El nuevo fajo hizo sonreír al camarero. De repente, se volvió ágil. Tres vasos inmensos y una botella de *tzuika* aparecieron sobre la mesa. Los tres bebieron.

—Le escucho —anunció Malkiel.

—Que se vaya. Me molesta.

—En cualquier caso, no habla yidis...

—¡No me gusta su cara! ¡Si no se va, me voy yo! ¡Con la botella!

Bueno, el camarero regresó a su periódico.

—Malkiel Rosenbaum —empezó el sepulturero, secándose los labios con el borde de la chaqueta—. Lo conocí muy bien. Pero, mi querido señor, al recibirlo ese sábado a última hora de la tarde en la cámara mortuoria, no lo habría reconocido ni su propia madre. Su cabeza, un amasijo sanguinolento. Su cuerpo, el de un pintor de paredes: azul, rojo, verde y negro, un verdadero arco iris. Cavé su tumba, y es una idiotez, pero reía, y te prohíbo que me preguntes por qué, reía de rabia y de orgullo: rabí Malkiel era más fuerte que sus asesinos. Yo reía, pero todo el mundo lloraba. Bajo la luz de las velas, el gran rabino, la viuda y una veintena de notables participaron en el oficio de enterramiento. El gran rabino pronunció el *Kadish* especial que se recita únicamente en esas circunstancias. Era un gran judío, dijo el presidente de la comunidad. Un santo, lo corrigió el vicepresidente. Un justo. Se ha sacrificado por el honor del pueblo judío, que su alma descansa allá arriba entre los pastores y los sabios de Israel... Cuando volvieron al gueto, casi había amanecido. Nadie dormía. Se preparaban para la marcha. Informados por los notables del comportamiento del rabí Malkiel, los judíos le decían adiós bendiciéndolo. Ah, todo un personaje, Malkiel Rosenbaum...

Vació el vaso, lo llenó y volvió a vaciarlo. Será preciso que le cuente todo esto a mi padre, pensó Malkiel. Merece saberlo. Pero... ¿aún podrá comprenderlo?

—Y yo —continuó el sepulturero— no volví al gueto. ¿Quieres saber adónde fui?

—¿Adónde?

—A ninguna parte. Me quedé en el cementerio. Después me fui a buscar a los partisanos. ¿Eso te sorprende, eh?

—Con usted no me sorprende nada.

—Seguramente te preguntarás cómo conseguí seguir con vida, ¿no es eso lo que te estás preguntando? Si lo he adivinado, pides otra botella.

Malkiel la pidió.

—Los muertos me han protegido —confesó el sepulturero frotándose la rodilla izquierda con la mano derecha—. Los trenes de ganado se llevaron a todos los judíos, pero a mí me dejaron atrás. Los alemanes me olvidaron. Es posible que me creyeran muerto; yo también me creía muerto... No es ninguna broma ser el único vivo entre los muertos...

—¿Una broma para quién? ¿Para los muertos? —preguntó Malkiel.

Fuera ya era de noche. Un coche tocó el claxon por nada: ningún vehículo le bloqueaba el paso. Un chaval abrió la puerta de la taberna y, al ver al sepulturero, le

lanzó una piedra. Huyó sin volver a cerrar. Un instante después, apareció una especie de hechicera; escupió insultos arremangándose la falda y también se fue.

—La noche de la Gran Reunión, ¿sabes lo que es?

—No. No lo sé.

—¿Quieres saberlo?

—¿Cuánto me va a costar?

El sepulturero cerró los ojos, como para revivir una escena durante mucho tiempo olvidada.

—Fue durante la semana de los transportes, la última semana del gueto. Los días los pasaba en el bosque con los partisanos; por la noche regresaba al cementerio. Los judíos, en su mayor parte, ya se habían ido. El gueto había encogido. Algunas calles, una plaza pequeña. Por la noche me sentaba sobre una tumba y me hablaba en voz alta: Tú, Hershel, tú me desagradas; deberías estar con los vivos que van a la muerte, no con los muertos: ellos no arriesgan nada. Tú eres judío, ¿o no? Mueren tantos judíos, ¿y tú quieres vivir? No está bien, Hershel, no está nada bien... Una noche estuve a punto de abandonarlo todo y correr hacia los judíos que morían de la mañana a la noche y de la noche a la mañana, pero una voz desconocida me retuvo: Hershel, me dijo, no nos abandones; nosotros también te necesitamos... No era la primera vez que los muertos me hablaban. Es normal, no tienen nada que hacer, los pobres, así que charlan conmigo para pasar el tiempo... Pero habitualmente me explican cosas que pasan en el cielo, porque pasan cosas interesantes e incluso excitantes, mi buen señor, ¿no lo diríamos nunca, eh? Los celos entre los ángeles: ¿quién obtendrá el primer premio esta semana? Y los justos, que se resisten bastante bien a todos los placeres excepto al que extraen del estudio, incluso allí arriba. Y los demonios que juegan con el fuego, ¡ay!, si tú supieses... Pero era la primera vez que un muerto me pedía algo que no fuera que lo escuchara... Y aún más: no llegaba a identificar la voz que me hablaba. ¿A quién pertenecía? Como le faltaba cortesía y no se había molestado en presentarse de manera correcta y formal, le comenté: Eh, señor muerto, ¿quién es usted para hablarme así y para pedirme un servicio adicional? Es muy amable lo que dice, incluso resulta muy halagador, pero podría decirme con quién estoy tratando, ¿o no? Entonces la voz, reconociendo su falta de modales, se presentó: «Soy rabí Zadok, el primer rabino que tuvo el honor de servir a esta santa comunidad; hace tres siglos y medio que, desde esta tumba, velo por ella». Pues bien, sentí la necesidad de transmitirle mi manera de pensar: Tiene una forma muy

curiosa de velar por su comunidad, mi querido rabino; vaya a dar una vuelta por la ciudad... Pero no dije nada. Comprenderás que por mis funciones debo mostrarme respetuoso con los rabinos. Me conformé con decir: Estoy contento de conocerlo, honorable rabino, ¿qué puedo hacer para ayudarlo? Me creerás o no, pero iba a proponerme un trabajo. ¿Conoces la casa del último rabino?, quiso saber. Y como la conocía, le dije que había estado miles de veces para ocuparme de cosas que me afectaban. «Bien —dijo el rabino Zadok—. Entra en la habitación que le servía de despacho; en el armario, a la izquierda, encontrarás un bastón viejo, que me perteneció en mi época; tráemelo.» A decir verdad, tenía miedo. Mientras estaba en el cementerio durante la noche me sentía seguro. Pero ¿fuera? Fuera estaban los alemanes. Y los gendarmes húngaros. Y los Nyilas salvajes. Y el peor de todos, Zoltán, que su nombre sea borrado de todas las memorias. ¿Por qué correr el riesgo? Pero el primer rabino de nuestra santa comunidad me tranquilizó: «No tengas miedo, Hershel, te prometo que tu vida no corre peligro; debes saber que siempre he cumplido mis promesas; venga, cumple la tarea que te he confiado». ¿Cómo iba a negarme, yo, un simple sepulturero? Me puse en pie, me acomodé sobre la cabeza la gorra que había heredado de mi predecesor, dirigí una plegaria rápida al buen Dios y me encaminé hacia la salida... Abrí el portal con prudencia y lancé una mirada hacia la calle. Vacía, gracias a Dios. Bravo, Hershel. Sigamos, Hershel. Rozando las paredes de las casas, avanzo con precaución. Está oscuro, pero sé ver en la oscuridad. Es el tercer inmueble después de la gran sinagoga. Ahí está. ¿Alguien por los alrededores? Nadie. ¿Por casualidad no hay ningún policía en la plaza? La plaza está desierta. ¿Y la escalera? Estoy solo. Eh, atención, me digo: te arriesgas a tropezarte con un intruso en el apartamento del rabino. No, esa noche no. Todo está en calma. Entro en el salón. Vacío, quiero decir: totalmente vacío. Saqueado, limpiado. El dormitorio: *idem*. Pero entonces, ¿los saqueadores sin duda también se han llevado el bastón?! No, el bastón está allí. Me espera. Ese sagrado primer rabino de hace cuatro siglos es alguien. Sabe hacer las cosas. El bastón está en el lugar exacto en que lo había depositado. Lo tomo en mis manos y, como si fuera el cadáver de un niño, lo llevo así, tendido delante de mí, hasta la tumba del primer rabino. Llegado allí, lo deposito suave, respetuosamente sobre la lápida. «Gracias, Hershel», agradece la voz que ahora ya me resulta familiar. De nada, respondo, a punto de salir corriendo. «Ah, no —interviene la voz—, tu misión no ha hecho más que empezar. Toma este bastón y ve a golpear en las tumbas de rabí Mordehai, de rabí Yehuda, de rabí Israel y de

todos los jueces rabínicos de esta comunidad. Diles que yo, Zadok, hijo de rabí Hayum, les ordeno que se presenten ante mí a las tres de la madrugada. Diles en mi nombre que se trata de la supervivencia de nuestra santa comunidad.» Eso no me gustaba nada, ese trabajo no era para mí, pero ¿tenía elección? Hago lo que la voz me dice que haga... Armado con el bastón, doy la vuelta al cementerio. Afortunadamente, conozco cada calle. Conozco el emplazamiento de cada tumba, la inclinación de cada piedra. Puedo predecir el momento exacto en el que una hoja flotará y cuánto tiempo pasará antes de que toque el suelo... Así que me puse en camino para despertar a los muertos. Llego ante la tumba de rabí Mordehai, golpeo encima de ella con el bastón y digo: rabí Mordehai, hijo de Shalom, siento mucho perturbar vuestro reposo, pero me envía el primer rabino de esta comunidad, Rabí Zadok, hijo de Hayim. Él os convoca a una reunión extraordinaria a las tres de la madrugada. Se trata de salvar a nuestros hermanos y a nuestras hermanas... Espero un instante para ver si se ha recibido el mensaje. Un murmullo imperceptible pero inquietante me llega desde las profundidades de la tierra: sí, se ha recibido el mensaje... Me dirijo hacia el lugar de reposo del rabí Yehuda, golpeo tres veces con el bastón y digo: Rabí Yehuda, hijo de Yoshua, me envía el rabí Zadok, hijo de Hayim... Repito los mismos gestos, las mismas palabras en presencia de todos los que el primer rabino de nuestra bendita comunidad ha convocado... Después regreso a rendir cuentas de mi misión: todos han recibido la invitación, todos asistirán. Rabí Zadok, hijo de Hayim, se declara satisfecho y añade: «No te vayas, Hershel, aún te necesito; un tribunal rabínico no puede prescindir de un *shamesh*, de un bedel: tú serás el bedel». Muy bien, eso era exactamente lo que me faltaba... ¿Yo, un bedel? Jamás de la vida... Por nada del mundo... Pero ¿cómo negar mis servicios al primer rabino de una comunidad que he visto vivir, crecer y morir? A vuestro servicio, honorable rabino, respondo. «Gracias, Hershel —dice la voz—. Ahora descansa. Ya ha pasado la medianoche. Tienes menos de tres horas para recuperarte. Para descansar.» Descansar, eso es fácil de decir. Por un lado, todos los judíos que desaparecen y, por el otro, todos esos rabinos ilustres que se reúnen, y quiere que descanse... Está bien, me digo, intentémoslo de todas formas... Si mi amigo, el primer rabino, quería ayudarme, me quedaría dormido. En cualquier caso, no iba a hacerme ningún mal... Entonces, ángel del sueño, ¿dónde estás?... Me desperté justo antes de las tres. No, algo me ha despertado, no sé el qué. Un ruido extraño o la sensación de una mano que me tiraba del brazo. ¿Quizás una gota de lluvia o de rocío? Qué importa, estaba en mi puesto a la hora

convenida. La voz del rabí Zadok se eleva de repente por encima del cementerio: «Bedel —tronó—, ¿han llegado todos los participantes?». Respondo tímidamente que no lo sé. ¿Cómo podía saberlo? Yo no veo a los muertos. «¡Llámalos por sus nombres!» Bueno, eso sí podía hacerlo. Conocía los nombres. Podría recitar de memoria todos los nombres de todas las lápidas de aquí. Rabí Yehuda... Rabí Shalom-Shakhna, el jefe del tribunal rabínico de 1880 a 1914... Rabí Israel y rabí Mordehai... Sé cuándo nacieron y cuándo los recibió la tierra... Así los llamo a todos, uno detrás de otro, según el orden establecido por rabí Zadok, hijo de Hayim... Y uno detrás de otro responden: Presente... «Me he permitido convocaros —dice el primer rabino de nuestra ciudad— para solicitar vuestra ayuda: nuestra comunidad se muere, y nos incube a nosotros salvarla...» Alguno responde: Dios de Abraham, no lo sabía, yo dormía... Otro le hace eco: Dios de Isaac, estaba demasiado absorbido por el estudio... Y un tercero se lamenta: ¿Por qué se abate este castigo sobre nuestros hijos y los suyos? Se inicia una discusión sabia, demasiado sabia para mí. Todos participan. Cada uno tiene su idea. Cada uno sabe cómo revocar el decreto. Y yo escucho sin comprender, escucho sin captar el sentido de las intervenciones... ¿Cuánto tiempo ha pasado desde el inicio del debate? No sé nada, solo sé que el color de la noche se vuelve delicado, que el alba se levantará muy pronto. El tribunal también se da cuenta, porque rabí Zadok me llama: «Hershel —dice—, abre los oídos y escucha: ahora ya es demasiado tarde para que podamos ir a la ciudad, pero tenemos intención de hacerlo la próxima noche; tú nos conducirás; queremos ir a todas las casas de estudio y de plegaria, a todas las sinagogas, y juzgar sobre el terreno lo que el enemigo prepara contra el pueblo de Israel, también queremos visitar las moradas privadas de sus hijos; tú nos mostrarás el camino, tú nos indicarás los que acumulan más méritos entre ellos; así podremos aportar ayuda y consuelo a nuestros descendientes, ¿has comprendido lo que te he dicho?». Y yo, que soy un pobre imbécil, en lugar de decir: Sí, sí, señor rabino, lo he entendido todo, lo he comprendido todo, tuve la osadía de darle consejos: ¿Por qué no le pide a uno de los suyos que le sirva de guía? Será mejor que se dirija a Malkiel Rosenbaum. Él os dirá cómo está la situación en nuestro hogar. Lo que ha sufrido él, lo han sufrido pocos de nuestros mártires; lo que él ha hecho, nadie más lo hará; Malkiel Rosenbaum está al corriente de todo... Que os guíe él a través de los senderos del sufrimiento judío... Estaba seguro de que ese tribunal iba a fulminarme con su autoridad y su ira: quién soy yo para decirle lo que debe hacer... Pero, para mi gran sorpresa, el ilustre rabino Zadok, hijo de Hayim, no me hace sentir el

peso de su castigo. Durante un rato interminable no dijo nada, de manera que me pregunté si me había entendido, si había articulado realmente las palabras que se habían formado en mi cabeza... Después, con una dulzura increíble, una dulzura que me emocionó hasta las lágrimas, me dijo: «Tienes razón, Hershel. No había pensado en Malkiel, debería haberlo hecho, pero lo he olvidado... Que él me perdone... Le pediré que se una a nosotros la próxima noche... Tienes razón, Hershel, él es el guía perfecto». Allí, ante tanta bondad por parte del *Tzaddik* más ilustre que he conocido nunca, no pude contener las lágrimas. Y yo, que no lloro jamás, sollocé como un huérfano sobre la tumba de su padre.

»La jornada siguiente, en lugar de volver al bosque con los partisanos, la pasé durmiendo. Estaba agotado. Demasiadas emociones, demasiados acontecimientos que mi pobre cabeza no comprenderá jamás... No tenía hambre ni sed. Hundido en un sueño sin fondo, tuve sueños, pero no me acuerdo de ellos. Solo me acuerdo de que, antes de medianoche, me encontré de nuevo ante la tumba de rabí Zadok. Ya estaban todos, entre ellos Malkiel. Enseguida nos condujo a todos a la gran sinagoga: llena de excrementos, apestaba. Y el rabino Mordehai, al que llamaban el *Tzaddik* de corazón herido, exclamó: *¡Avinou malkénou*, nuestro padre y nuestro rey, tu enemigo ha profanado tu santuario, ¿qué podemos hacer?! Después Malkiel nos condujo al *shtibel* hasídico de Wizhnitz; los rollos sagrados estaban tirados en el polvo. Y rabí Israel, al que llamaban el alma llameante de su pueblo, lanzó un aullido que debió de rasgar todos los cielos: Dios de nuestros padres, ¿somos culpables de no haber evitado este escándalo, esta vergüenza? Enseguida, Malkiel nos hizo visitar una detrás de otra las diversas sinagogas de nuestra comunidad; la de los sastres, la de los soñadores, la de los viajeros de comercio. Saqueadas, todas. Ventanas rotas, pupitres destrozados. Y el rabí Yehuda, al que los pobres adoraban, se puso a sollozar: Entonces, ¿ya no hay ningún sitio para ti, Señor? En esta ciudad pecadora, ¿quién te consolará? Y Malkiel nos abrió las puertas de las casas vacías del gueto: un trozo de pan mohoso, un zapato infantil, un libro de plegarias con las páginas desgarradas... Pero ¿dónde están nuestros niños?, gritaron los miembros del tribunal rabínico. ¿Dónde están sus padres, sus maestros? Todos lloraron, todos gritaron de dolor, todos... salvo Malkiel, a quien el enemigo había dejado mudo. Entonces me acerqué a él y le dije: Malkiel, tú no puedes hablar, pero yo hablaré por ti, y es en tu nombre que digo que un día los hijos de tus hijos volverán aquí y se vengarán y castigarán a esta ciudad que ha permitido...

»Me pregunto si la gente, en la ciudad dormida, nos oyó. Los muertos hacen un ruido que no es de este mundo, puedes creerme. Quizá no era un ruido sino otra cosa. Un temblor... no de tierra, sino de tiempo. Un trueno tan poderoso que, ensordecida, la gente lo confundía con el silencio... Mi cabeza iba a estallar. No me conoces, pero créeme cuando te digo que no me impresiona nada. Esa noche, no era yo mismo... Formamos un cortejo que, desde que el mundo es mundo, jamás ha atravesado las tinieblas con tanta determinación... ¿Has visto ya a los muertos que celebran sus conciliábulos andando? ¿Los muertos que imploran a los vivos que sigan con vida y que se obstinan en convertirse en justicieros? Esa noche vi a los muertos, yo que he visto tanto, unos muertos que no me llenaban de piedad, sino de admiración.

»Poco antes del alba, rabí Zadok, rodeado por sus compañeros, se detuvo y les preguntó si podía hablar en su nombre; le respondieron que sí. “¡Dios de nuestros ancestros! —exclamó—, en nombre de todos los que han guiado esta santa comunidad judía, voy a repetir lo que Moshe Rebbénu, nuestro Maestro Moisés, te dijo un día en el desierto: O tú revocas el decreto, o borras nuestros nombres de tu libro...” Y bien, créeme o no, pero apenas había terminado la frase cuando un relámpago atravesó el cielo sobre el cementerio... Demasiado tarde, murmuró rabí Yehuda. Demasiado tarde, asintió rabí Mordehai. De golpe, con una audacia que no sabía que tenía, escuché cómo decía: No, no es demasiado tarde... Los judíos del último convoy aún no están muertos... Están en el tren que los lleva a la muerte, pero aún no están muertos... Aún se les puede salvar... No vas a creerme, pero todos los rabinos que, allá arriba, se sientan cerca del trono, me felicitaron, a mí, por haberles mostrado el camino. ¿Y si iban a buscar el tren?, preguntó rabí Mordehai. Rabí Zadok respondió: Buena idea, pero irrealizable: sabes muy bien que no tenemos derecho a abandonar esta ciudad antes de la venida del Mesías. Se desencadenó una discusión: desde el punto de vista halágico, ¿era o no era posible que salieran de allí a buscar el tren? El rabino Zadok expresó su opinión: La ley es la ley... No, replicó rabí Yehuda: la ley solo obliga a los vivos... Pero podemos decirle a Dios que borre nuestros nombres de su libro si no se salvan los judíos del tren... Demasiado tarde, dijeron muchas voces indistinguibles. En el horizonte, la noche se replegaba detrás de las montañas. Desgraciados todos nosotros, dijo rabí Zadok en voz baja. Somos los rabinos muertos de una comunidad extinta.

»Al alba, tras visitar cada casa, cada hogar, llorar sobre cada desaparecido, regresaron al cementerio. Yo, fiel a mis funciones de bedel, los seguí a distancia. Ante la tumba de

rabí Zadok, hijo de Hayim, guardaron silencio durante un minuto, o una hora, o más. Después rabí Zadok se volvió hacia Malkiel y le dijo: ¿Entonces, Malkiel? ¿Es demasiado tarde? Y Malkiel bajó la cabeza, que había vuelto a ser la suya: Sí, es demasiado tarde. Y todos exclamaron: “¡Demasiado tarde, pobres de nosotros, es demasiado tarde!”. Y rabí Zadok, hijo de Hayim, dijo con voz clara y poderosa: “¡Dios de nuestros padres, entonces no habrá más plegarias dirigidas a ti en esta ciudad! ¡La voz de los niños estudiando tu Torá no se oirá más en estos muros! ¡El corazón de sus habitantes no seguirá esperando al Redentor! ¿Es esto lo que tú quieres?”. Estoy seguro de que Dios lo oyó, incluso estoy convencido de que Dios le respondió, pero yo no oí su voz; oí la de rabí Mordehai, que murmuró: “Como el enemigo se ha llevado a nuestros niños y a sus padres en cautividad, como los ha librado a la muerte... ¿cómo podré reencontrar el sueño?”.

»En ese momento, el alba apuntaba por el este. “Nos retiramos —indicó rabí Zadok, hijo de Hayim—. Tú, Hershel, quédate donde estás, sigue siendo como eres. Debes ejecutar la sentencia. Todas las noches, excepto las del sabbat y de las fiestas judías, vendrás aquí con mi bastón. Golpearás la tumba de Malkiel el mártir. Y el sueño de los habitantes de esta ciudad será perturbado.”

»Quizá me tomes por idiota, pero eso es exactamente lo que hago todas las noches... Excepto una vez, que decidí ir a llamar a otro sitio... A la puerta de un cabrón, el peor... A él quería dormirlo de verdad...

Acabó otro vaso de *tzuika* y se puso a reír y a sollozar al mismo tiempo. Malkiel se dijo: Ya está, se ha emborrachado. ¡Paso el tiempo con un borracho! Tenía la impresión de que había cometido un error: como si en un cruce lo hubieran obligado a tomar la dirección errónea, encaminándolo hacia una senda que no era la suya.

El sepulturero se inclinó hacia Malkiel y le susurró:

—¿Y tú, señor extranjero, qué haces en el cementerio a medianoche?

—Yo no estoy en el cementerio a medianoche —protestó Malkiel.

—Eso es lo que crees —replicó el sepulturero, riendo aún más fuerte—. Puedes jugar con los demás, pero conmigo no, ni con los muertos. Te seguimos con atención. Dime... ¿qué estás buscando ante la tumba de Malkiel el mártir? ¿Cuál es tu misión? ¿Quién te la ha confiado?

¿Decirle la verdad? ¿Confesárselo todo? ¿Explicarle la enfermedad de su padre? ¿Hacerlo partícipe de su verdadera misión, de su deseo de salvar la memoria de su padre,

que teme haberlo olvidado todo? ¿Contarle la historia que lo empujaba, la historia de su padre, cuyo universo se desgarraba, se extinguía minuto a minuto, de recuerdo en recuerdo?

—Duermo mal —le respondió finalmente—. Sufro de insomnio. Por eso me paseo. Sin rumbo fijo.

Con sus manos poderosas, el sepulturero golpeó la mesa, tirando los vasos.

—¡Esta sí que es buena! ¡Duermes mal! Pero toda esta maldita ciudad duerme mal. Es la voluntad de rabí Zadok, hijo de Hayim. ¡Mientras su bastón siga en mis manos, los habitantes de esta ciudad no dormirán en toda la noche!

Malkiel sintió un escalofrío.

—¿Y después? —preguntó—. ¿Cuando usted ya no esté?

—No te preocupes. Alguien ocupará mi lugar.

—¿Quién?

—Eh, dime, eres muy curioso. Tengo confianza. Rabí Zadok encontrará a alguien, puedes creerme. Incluso podría prescindir de los hombres en caso de necesidad. Su bastón podría hacerlo solo.

—¿También irá a golpear sobre su tumba?

—Y sobre la tuya —replicó el sepulturero.

Su rostro se inflaba a cada instante. Cara de payaso. De gigante monstruoso y conquistador. Y sus ojos. Rojos, salvajes, feroces. Invadían la taberna, la calle, la ciudad. Están sobre todos los árboles, sobre todos los tejados. Las estrellas son suyas. Si baja los párpados, la ciudad entera se hundirá en las tinieblas. Y no solo la ciudad. Empiezo a comprender, se dice Malkiel. ¿Y si el olvido estuviera relacionado con el miedo?

Una imagen: inclinado sobre una obra antigua, mi padre me llama. Confuso, su respiración es pesada. Lo percibo más angustiado que de costumbre.

—¿Te he contado la historia del rabino de Apta?

—¿Cuál de ellas?

—La de su promesa.

—No, padre.

—Antes de morir, el célebre rabino Abraham Yeoshua de Apta hizo una promesa original a sus discípulos llorosos: hacer todo lo posible allá arriba para adelantar la venida del Mesías.

»Lo sé, añadió. Otros maestros han hecho la misma promesa. El primero, transportado directamente al paraíso, naturalmente la olvidó. El segundo, embriagado por la luz divina, la olvidó en el suelo mismo del paraíso. El tercero, sabiendo lo que les había ocurrido a sus predecesores, juró a sus discípulos: Yo resistiré; transmitiré mi petición inmediatamente después de mi partida de aquí abajo, incluso antes de vislumbrar las puertas del paraíso. En efecto, opuso una resistencia encarnizada a los ángeles que querían acompañarlo a la audiencia suprema. No daré ni un paso, dijo. Mi pueblo sufre demasiado y desde hace demasiado tiempo, merece la liberación. Si el Mesías no desciende sobre la tierra, será una lástima, pero yo no iré a ninguna parte. Allá arriba los ángeles tuvieron una idea: entreabrieron las puertas del paraíso; así el rabino pudo oír a los otros sabios que estudiaban la Torá con fervor y amor; lo que escuchó le pareció tan bello, tan original, tan verdadero, que no pudo pensar en nada más; y olvidó su promesa.

»Yo no la olvidaré, prometió el rabino de Apta.

»Aparentemente, él también la olvidó —prosiguió mi padre—. Pero tenía una buena excusa: ya estaba muerto. Yo no tengo excusa; no estoy muerto, pero olvido. Es verdad: yo no he prometido nada. Pero tú, hijo mío, tú me has hecho una promesa. Cuento contigo.

¿He sido un buen hijo?, se pregunta Malkiel ante la casa de sus antepasados. La mayoría de las veces, sí, sin duda, pero no siempre. Sus relaciones. Sus fugas. Sus amantes. Inge. No debería haberlo hecho. Leila. No debería haberlo hecho. Malkiel siente cómo una oleada de remordimientos se abate sobre él. ¿Por eso su padre lo ha hecho venir aquí? ¿Para que se arrepienta?

Al igual que otros adolescentes, Malkiel tuvo con su padre discusiones, disputas y malentendidos. Quería salir más a menudo, Elhanan intentaba disuadirlo: «¿Has hecho los deberes? ¿Y has revisado la redacción de inglés?». Malkiel estaba dispuesto a asistir a todos los partidos de béisbol de la temporada, Elhanan consideraba que eran demasiados. «¡Tú no eres de mi generación, no puedes comprenderlo!» ¿Cuántas veces había lanzado Malkiel esa réplica? Ahora se acuerda de ella y le parece pueril, malvada. Lo he hecho sufrir, se dice. Le he hecho dudar de su autoridad. No duró mucho tiempo, pero fue demasiado.

Una imagen: padre e hijo a la hora de la cena. Los dos en silencio. Loretta intenta empezar una conversación. Sin éxito. Malkiel, taciturno, contempla su plato.

—¿Qué te preocupa?

—Nada.

—¿Por qué estás triste?

—No estoy triste.

—¿No confías en mí?

—Sí.

—¿Por qué no dices nada?

—No tengo ganas de hablar.

Entonces, Elhanan se cubre la boca con la mano izquierda y sus ojos se llenan de noche.

Otra vez: Malkiel, poniéndose el abrigo, se dispone a salir.

—¿Adónde vas?

—Tengo una cita.

—¿Con quién?

—Con un amigo.

—¿Quién es?

—Un amigo.

Y, conteniendo un arranque de despecho, Malkiel añade:

—¿No te he dicho que no me gusta que me interroguen sobre mi vida privada?

Elhanan baja la cabeza.

—Y yo que creía que formaba parte de tu vida privada.

Otra escena: Elhanan se viste; se pone su traje de fiesta.

—Mañana es Rosh Hashaná. ¿Me acompañas a la sinagoga, Malkiel?

—Quizá.

—¿No estás seguro?

—Me lo voy a pensar.

—¿Vas a ir a rezar a otro sitio?

—Quizá.

—Pero sabes que me gusta rezar a tu lado.

—Lo sé.

—Malkiel...

—¿Sí?

—¿Por qué te obstinas en hacerme daño?

Es verdad, se dice Malkiel en Fehérfalu. ¿Por qué sentía, quizá, la necesidad perversa, aunque inconsciente, de herirlo? ¿Para hacer lo mismo que los otros chicos? ¿Para castigarlo por haberme traído a un mundo feo e injusto, tonto y condenado? ¿Para alejarme de su influencia? ¿Para poner distancia entre sus pesadillas y yo? Pero, antes de su enfermedad, hablaba muy raras veces de su pasado. Sabía cuándo pensaba en él. Se volvía tranquilo, apacible. Se reunía con mi madre, sus ojos se velaban, pero consideraban todas las cosas bajo una especie de claridad primordial. ¿Y a mí, me veía?

Lo sé bien: todos los adolescentes se enfrentan a las mismas dificultades con sus padres, pero mi situación era particular. Para empezar, no tenía madre. ¿Tenía un padre? ¿No pertenecía por completo a mi madre muerta?

Un día, después de una discusión tormentosa, intentó explicarme la complejidad de nuestra relación.

—Eres el centro de mi vida, Malkiel. Eres tú quien me vuelve invencible... movería montañas por ti... pero también eres quien me hace vulnerable: si te pasase algo, no podría superarlo; moriría.

—¡No tienes derecho, padre! ¡No tienes derecho a colocar semejante carga sobre mis hombros! ¡Déjame vivir mi vida de adolescente, no me envejezcas demasiado pronto!

—Por mi parte, te diré que no me comprendes. No comprendes que solo tú puedes hacerme feliz, o alejarme de la dicha.

—¡Me niego!

—¿A comprender?

—No. Te entiendo. ¡Rechazo el papel que me impones!

—¿Te niegas a ser mi hijo?

—¡Me niego a ser para ti algo más que un hijo!

—¿No ves que tu rechazo es renegar?

—¿Renegar de qué?

—De lo que es mi vida.

Y, dulcemente, con tristeza, continuó:

—¿Cuántas veces te he repetido mi concepción del judío, Malkiel? Todos llevamos dentro la memoria de Dios.

Él hablaba, y yo tenía una cita con una jovencita sonriente, la más guapa de la clase. Me puse en pie. Él también. Me acompañó a la puerta y, por una razón que ignoro, arrastró tras de sí la silla, como si fuera el cadáver de un niño muerto en algún lugar sobre un campo de batalla desierto.

Malkiel escruta la ventana de la casa de sus antepasados, como para encontrar una respuesta a la pregunta. ¿Por qué lo he hecho sufrir? Es verdad, esa época no duró mucho. Pero la pregunta persiste.

—¿Ha dormido bien, Lidia?

—Muy bien, gracias —responde la joven intérprete, escrutándolo con sorpresa—. ¿Tanto le interesa mi sueño?

Lidia, de mal humor. Normal. A ninguna mujer le gusta que la rechacen. Incluso, y sobre todo, si trabaja para «ellos».

La hora es temprana. Efervescencia general en la plaza Mayor. Idas y venidas constantes. Campesinos huraños, funcionarios atareados, maestras de escuela y amas de casa medio dormidas: un gran torbellino reúne a estos hombres y a estas mujeres para dispersarlos de inmediato.

Sentados en la terraza del hotel, Malkiel y Lidia, como todas las mañanas, comentan el programa del día. Normal. Para informar, ella se informa. Como Satanás, piensa

Malkiel. Él también quiere encontrarse en todas partes para demoler coartadas y excusas. Satanás: el ser de las mil trampas. Malkiel piensa en Satanás y eso le recuerda el Rosh Hashaná. ¿Cuándo se celebra? Bien pronto, dentro de unas semanas. ¿Dónde estaré? ¿Dónde recitaré mis plegarias? ¿Existe una sinagoga en esta ciudad? Su padre le ha mencionado muchas, pero Malkiel no consigue situarlas. Las autoridades comunistas las han cerrado o han cambiado el nombre de las calles. ¿Preguntárselo a Lidia? Ella informará a sus superiores de que... No vale la pena. Ya no existe una comunidad judía en Fehérfalu.

—¿Cuál es el programa? —pregunta Lidia—. ¿Seguimos con el cementerio?

—¿Por qué no? —responde Malkiel—. Hay muchas inscripciones a descifrar.

—¿Y, evidentemente, no puedo ayudarlo?

—No... excepto que lea el hebreo.

Enfadada, Lidia bebe su café, con la cabeza en otra parte. ¿Hostil? ¿A causa de la velada anterior?

—¿Me quiere, Lidia?

—No —miente ella.

Se corrige.

—Sí, lo quiero. ¿Se comporta así con todas las mujeres? ¿Las atrae para luego deshacerse de ellas?

—No se trata de eso, Lidia.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Una respuesta le sube por la garganta, pero no logra salir.

—¿Le doy miedo? —prosigue Lidia—. ¿Sospecha de mí? ¿Cree que es posible que les pertenezca? ¿Esa es la razón?

De repente, siente hacia ella una piedad curiosa. Como ante un niño amenazado, indefenso. Como si fuera a ella a quien la policía vigilase.

—Deme la mano, Lidia —le pide con la voz cambiada.

Enfurruñada, con los rasgos endurecidos, mirada de sospecha, la joven parece estar a la defensiva. Aun así, extiende la mano, que Malkiel cubre con la suya.

—Un día se lo explicaré —le promete.

—¿Cuándo?

—Un día.

—Eso es muy largo, un día. Está lejos. Sobre todo, es vago. No me gustan las cosas vagas.

Malkiel sigue teniendo su mano sobre la de ella. Ella no hace ningún esfuerzo para retirarla.

—Ayer por la noche —dice ella.

—¿Sí?

—Ayer por la noche, quería amar.

Ella no ha dicho «amarte», sino «amar».

—¿Por qué a mí?

—No lo sé. Lo sentía en otro planeta. Cerrado al amor. Un hombre que pasa su vida en los cementerios no ama la vida. Creía que podía ayudarlo, curarlo.

Malkiel se siente flaquear, dispuesto a bajar la guardia. Lidia no es una «belleza»; es otra cosa. Es verdadera. Abra la boca o la cierre, levante o baje las cejas, hable o escuche, ella no miente. Debe de amar con todo su cuerpo; y cuando espía, todos sus sentidos están alerta.

—¿Y después del amor? —pregunta Malkiel.

—No le sigo.

—¿Qué viene después del amor?

Ella retira la mano.

—Lo compadezco —replica con un tono brutal—. Compadezco a todos los que consideran que el amor no es un fin en sí mismo. ¿Qué es para usted? ¿Un juego? Entonces, ¿a qué juega?

Ella lo mira con dureza. Malkiel experimenta, físicamente, una sensación desagradable.

—Hablemos de otra cosa —propone.

—A su servicio.

El amor, el amor. Tarde o temprano, hiere. ¿Su padre ha conocido las mismas pruebas? Ha tenido a Vitka, a Lianka... Pero ¿después de la muerte de Talia? En cualquier caso, nunca ha hablado de ello; y ahora tampoco lo hace. De hecho, el padre de Malkiel nunca ha conocido realmente a ninguna mujer excepto la suya. ¿Cuestión de fidelidad? No. Simplemente de amor. ¿Qué escritor decía que se puede amar a dos mujeres, pero que solo se puede ser fiel a una? Es posible que el padre de Malkiel haya conocido los sobresaltos del amor, pero no ama más que a una mujer. Ella siempre está

presente. A veces, él le habla. Le pide consejo. Comparte con ella incluso el hecho de que ella le falta.

De pensamiento, Malkiel revisa las mujeres que han contado en su vida. Su prima Rita. Un año mayor que él, lo fascinaba su temperamento fogoso, sus respuestas traviesas y punzantes, y el vigor de su sensualidad. Ella pretendía ser libre. No dejaba de repetirlo. Libre en sus acciones, libre en sus relaciones. «Al igual que Dios, libre como él»: así se definía. Orgullosa y testaruda, Rita...

Se veían a menudo desde su más tierna infancia; habían asistido a la misma escuela primaria, al mismo instituto religioso (donde ella provocó escándalo tras escándalo intentando volver locos a sus profesores), cenaban a veces juntos antes de ir al cine... Malkiel sentía por ella una especie de ternura mezclada con temor: ella lo intimidaba y lo animaba a la vez. Jamás habría podido pensar que hubiera algo serio entre ellos. En verano hacían de la mano excursiones a las Catskills. O nadaban juntos en la piscina de sus padres: compañeros de juegos, eso era todo. Los primos están hechos para chincar, para conspirar, para ridiculizar el mundo de los adultos, pero cada uno busca por su lado las aventuras serias. Llegó una velada en la que Rita sugirió que fueran a pasar el fin de semana a Tanglewood. Finales de julio o principios de agosto: Nueva York estaba aplastada por la canícula. ¿Por qué no ir a refrescarse escuchando buena música? Rita conducía su coche descapotable lanzando maldiciones contra los conductores que la adelantaban. Sus cabellos ondeaban al viento. Con la mano izquierda sostenía el volante, mientras que con la derecha acercó a Malkiel hacia ella. Al principio, todo era inocente: para indicarle un lema publicitario especialmente estúpido, un árbol demasiado viejo, una nube. Malkiel sentía su calidez, pero su proximidad no tenía mayores consecuencias. Malkiel no pensaba en nada especial, en nada nuevo, y Rita sin duda tampoco. Llegaron a Tanglewood a primera hora de la tarde y fueron al motel en el que habían reservado las dos habitaciones. Desgraciadamente, el recepcionista les informó, excusándose, de que a causa de un error solo le quedaba una. Para compensarlos, se la ofreció a mitad de precio. «¿A que no?», dijo Rita. «¿A que no?», respondió Malkiel. Fue el principio de una relación bella y tormentosa.

El concierto bajo un cielo estrellado fue majestuoso. Magia de Schubert y de Bernstein: los desconocidos, hechizados, se saludaban con una sonrisa. «Siempre he pensado que la belleza hace soñar», comentó una estudiante de cabello negro que le caía sobre los hombros. «A mí —añadió Rita—, la belleza me da escalofríos.» Pero hacía

calor. La ropa de verano se pegaba a la piel. «Vamos a nadar —sugirió Rita—, el motel tiene una piscina magnífica.» A pesar de la hora, Malkiel se dejó convencer. La piscina les sentó bien. La cena también. En realidad, a Malkiel le hubiera gustado alargarla; confusamente, temía quedarse a solas con su prima. La habitación solo tenía una cama, un sofá minúsculo, dos sillas y una mesa. Bueno, dormiría en el suelo. Excepto que Rita tenía otra idea en la cabeza. «¿Te has vuelto loco? —le espetó—. La cama es lo suficientemente grande para los dos.» Como él tartamudeó un tímido «pero...», ella lo cortó: «Vamos, que yo sepa no vivimos en el siglo xv. Y somos adultos, ¿o no? Y primos, además». Él se atuvo a lo dicho. En el fondo estaba más que contento con la manera en que se desarrollaban las cosas. Rita tomó una ducha y salió del cuarto de baño con una toalla alrededor de la cintura, dejando a la vista sus pechos bronceados. «Toda tuya», dijo ella. La ducha que tomó Malkiel fue la más meticulosa de su vida. Reapareció vestido con su pijama azul. Estirada sobre la cama, impasible, Rita leía el periódico. Malkiel intentó distraerse. Dobló el pantalón, la camisa, inspeccionó los calcetines, bebió un vaso de agua. «Me estás poniendo nerviosa —le dijo Rita—. Ven a acostarte.» Él se preguntó lo que sentía. Deseo, aprensión, curiosidad: todo eso y otras cosas. Tímida, prudentemente, se tendió al borde de la cama. «¿Quieres el periódico?», preguntó ella. «Gracias, tengo un libro.» Ella quiso saber lo que leía; él se embrolló, sin conseguir fijar la atención. «Difícil de resumir», respondió. Durante un largo rato se quedaron en silencio. En el pasillo, algunos jóvenes se saludaban, se separaban ruidosamente, citándose para el día siguiente. Tendido, Malkiel intentó imaginarse con ellos para no ver a la joven medio desnuda a su lado. Después, sin saber cómo, los dos cuerpos se acercaron. Y Malkiel se elevó hasta el séptimo cielo antes de caer hasta el séptimo abismo. En el suplicio, en éxtasis, tenía ganas de cantar y de llorar; nunca se había sentido tan desgarrado ni tan entero. «¿Es la primera vez?», preguntó Rita. Tuvo vergüenza de confesarle la verdad, pero se la confesó de todos modos, omitiendo decir lo que sentía en ese momento: una mezcla de culpabilidad y de remordimientos, una sensación de derrota. Toda su memoria religiosa lo juzgaba de golpe. ¿No había violado uno de los diez mandamientos? ¿Qué iba a responder ante el juicio final? ¿Y qué cara iba a poner ante su tío? «¿Eso te entristece? —le pinchó Rita—. Mi pobre virgen, ven que te consuele.»

Y Leila. La bella musulmana, feroz y exasperante. Su condiscípula en Columbia. Tunecina, hija de diplomático, extremadamente inteligente, dinámica, formaba parte del

grupo estratégico que animaba la protesta estudiantil. Llevaba de cabeza a sus profesores, a los que llamaba de cualquier manera. Y a la administración, a la que enviaba a todos los infiernos. Malkiel había ido a entrevistarla para el *Times*.

Fue a finales de 1968. Período turbulento, volcánico. Los estudiantes ocupaban la actualidad. Discursos inflamados, reivindicaciones económicas, político-sociales, pedagógicas, filosóficas: los sabios no sabían a qué atenerse; sus alumnos, porque eran más jóvenes, sabían más que ellos. Abajo los privilegios del dinero y de la cultura. Abajo los poderes de todo tipo. Espacio para la juventud idealista cuyo futuro estaba en juego, espacio para la pureza de sus intenciones, para la generosidad de sus aspiraciones. Una oleada de fervor y de palabras cayó sobre los campus. Se trataba de cambiarlo todo, de recuperarlo todo; se trataba de empezarlo todo desde cero. Cada orador se creía Danton, cada agitador se consideraba Robespierre. Derribar los ídolos, desenmascarar a los sacerdotes, desmitificar las ideas y las creencias recibidas: ese era el objetivo. Para conseguirlo se invocaba el derecho fundamental del individuo a la felicidad y al saber inmediatos, a la amistad sin tabúes, a los sortilegios del LSD y también, y sobre todo, al amor sin ataduras ni prohibiciones. Enfrente, lo que se llamaba con desdén el *establishment*, veía las cosas de una manera diferente; se denunciaba la promiscuidad de los jóvenes descerebrados, su depravación, sus lemas reduccionistas. Los estudiantes se burlaban de esas críticas: «Todos unos impotentes —declaraban con desprecio—. No vale la pena analizar sus reflexiones.»

Para «cubrir la insurrección», Malkiel entrevistó a sus líderes más visibles, entre ellos Leila, la pasionaria del movimiento.

«Muy bien, señor periodista, ¿a su edad y ya se ha puesto al servicio del dinero y del poder?» Así lo recibió. Su primera entrevista tuvo lugar en el patio delante de la biblioteca. En lo alto de la escalinata, un portavoz daba lectura a las últimas resoluciones adoptadas por el comité ejecutivo tras una noche de discusiones tormentosas. La multitud aplaudía cada párrafo, como si el destino del mundo dependiera de ello. «¿Y si hablamos en serio?», propuso el corresponsal del *Times*. «Ah, bueno, las exigencias y las esperanzas de tu generación, ¿no son nada serio? ¿Qué es lo que necesitas?» «Lo que necesito son respuestas.» «Muy bien, dispara las preguntas. ¿Qué quieres saber?» «¿Por qué una joven guapa como tú se dedica a sembrar la discordia?» Leila lo taladró con la mirada: «¡Qué te has pensado, mocoso! —le espetó, fuera de sí—. ¿Quién te crees que eres? ¿Edgar J. Hoover? ¿Es que tengo que darte explicaciones? ¿Y quién te ha dado

permiso para adoptar ese tono de superioridad?». Ante semejante avalancha, Malkiel no pudo más que balbucear: «Lo siento...». Derrotado, el joven corresponsal del *Times* perdió toda su seguridad, volviendo a ser de repente lo que era en realidad: el hijo de un refugiado. «Eso es suficiente —prosiguió Leila—. Hablemos. Puede que nos seas útil. La prensa capitalista nos explota demasiado: ha llegado el momento de que nos sirvamos de ella.» Leila le llenó la cabeza con su propaganda cubriéndolo de informaciones de «buena fuente», de análisis «ultrasecretos», de rumores «confidenciales». Afortunadamente, en la redacción, un revisor puso las cosas en su lugar. Bajo la firma de Malkiel Rosenbaum, el artículo reflejó con bastante objetividad la situación en Columbia. Al día siguiente, Leila lo insultó violentamente. Todas las pullas, todas las injurias estuvieron presentes. Demasiado tímido para defenderse, Malkiel dejó que se explayara. «¿No tienes nada que decir?», le preguntó por fin. «Sí, aún me gustaría saber por qué una chica guapa como tú se dedica a sembrar la discordia.» Valorándolo con una mirada de desprecio, ella se fue sin decir palabra. Se vieron muchas veces. La situación estaba en calma. «¿El periodista capitalista es aún lo suficientemente rico para ofrecerme un café?», le preguntó ella al acercarse a él a la entrada del campus. «Mi periódico aún se lo puede permitir», respondió él. Esa misma noche se amaron.

Con frecuencia, Malkiel pensó en hablar con su padre. Pero Elhanan se habría tomado a mal esa relación. «¿Qué?! —habría exclamado—. Tú, un judío, ¿con una chica musulmana? Estoy seguro de que odia a Israel...» En realidad, era cierto. Leila, futura adepta de la OLP, ya era antiisraelí. Entre ella y Malkiel las discusiones se sucedían, interminables, a veces violentas. Israel ha sufrido, decía ella, sea; pero ¿eso le da derecho a hacer sufrir a los palestinos? Malkiel: No es Israel quien los hace sufrir, tú lo sabes muy bien; son los gobiernos árabes los responsables de su tragedia; ¿por qué los incitaron, en 1948, a huir de sus casas? Y más tarde, ¿por qué los han dejado pudrirse en los campos de miseria? Ella: Vosotros, los judíos, habéis hecho todo lo posible por desarraigar a ese pueblo, para arrancarlo de su tierra, ¿y te atreves a acusar a los árabes? ¡Si no hubierais venido, no habría pasado nada! Él: ¡Nosotros no hemos venido, sino regresado al país, a ti te resulta muy fácil olvidarlo! Ella: Yo no olvido nada, pero tú te niegas a admitir que los palestinos viven en esa tierra desde hace siglos y más siglos, desde que vosotros la abandonasteis hace dos mil años. Malkiel se deja llevar por la ira: ¿Dices que la abandonamos? ¿Te atreves a decir que abandonamos esa tierra prometida a Abraham, Isaac y Jacob? ¿Y mostrada a Moisés? ¿Y conquistada por Josué? ¿No te da

vergüenza falsificar la historia? Nos expulsaron de ese país, pero nunca hemos renegado de él, ni olvidado ni abandonado. Desde el rey David siempre ha habido judíos en Jerusalén, y en Galilea y en Gaza. Ella: ¿Sí? ¿Y las grandes ciudades? Él: ¿Las grandes ciudades? ¿Hablas de Haifa, Natanya y Tel Aviv? ¿Puedes decirme quién las ha construido? ¿Vosotros, quizá? Erais poco numerosos y vivíais como en el desierto; ¡atrévete a decir lo contrario! Ella: Ese es el argumento de los afrikáners en Sudáfrica. Él: ¡Te prohíbo que nos compares con los racistas del *apartheid*! ¡El racismo y el judaísmo son incompatibles! Hemos sufrido demasiado el racismo para que nos pongamos a practicarlo. Ella: ¡Ah, ya estamos de nuevo con los sufrimientos! ¡Como si fuerais los únicos que habéis sufrido golpes duros!

Su relación duró apenas unos meses. Malkiel salió de ella más maduro. De todas las mujeres que había conocido antes de Tamar, Leila fue la que más lo intrigó. Astuta, profundamente motivada, políticamente comprometida, buscaba los extremos, rechazando compromisos y evasivas. «Quizá crees que te quiero —le lanzó una vez en el transcurso de una de sus discusiones—. Te haces ilusiones, pobrecito. Me gustas lo suficiente como para acostarme contigo, y me interesas lo suficiente como para que te permita que te acuestes conmigo. Me interesas porque eres judío. Por ti, a través de ti, aprenderé a conocer mejor a mis adversarios.» Malkiel creyó que se lo decía para mortificarlo, para afirmar su poder sobre él y herirlo; se equivocaba. Leila lo amaba porque era judío. Y después de separarse, lo detestó por las mismas razones.

¿Se sentía culpable de vivir con una musulmana propalestina y enemiga de Israel? Tras una noche de insomnio, llegó a imaginar todo tipo de situaciones: ¿y si Leila era una espía? ¿Y si lo había atraído únicamente para convertirlo en un agente árabe? ¿Sería capaz de seguirla hasta ese punto? ¿De traicionar a su pueblo? ¿Y de rechazar todo lo que creía su padre?

Más tarde se preguntó si la enfermedad de su padre no era un castigo por el amor que él le había entregado a una árabe.

Extracto del diario de Elhanan Rosenbaum

El doctor Pasternak me ha anunciado la noticia con una prudencia excesiva. El doctor Pasternak es amable. Un poco torpe, un poco demasiado precavido. Al hablarme, se mira las uñas, que, entre nosotros, dejan que desear. Es «mi» médico y quiere cuidarme. ¿De qué tiene miedo? ¿De verme abrumado, destrozado? Soy fuerte. Siempre lo he sido. La prueba: Talia está muerta, pero yo sigo aún con vida. Me mantengo en pie.

—Es un mal bastante raro —comenta.

—Dígame todo, amigo.

—No se sabe gran cosa. ¿Qué lo provoca? ¿Qué podría impedir su progresión? Lo sabremos algún día. De momento es incurable, como se suele decir. Digo bien: por el momento.

Ha continuado: se trata de un deterioro del cerebro, de una erosión de la memoria; los investigadores son optimistas. Alentadores. En Estocolmo y en Rejovot, en Nueva York y en Londres, los mejores especialistas trabajan a destajo. Llegarán a cercar al enemigo, a desarmarlo. Por todas partes, la medicina consigue victorias impresionantes...

—Manténgase firme, en esta batalla es lo esencial. Su aliado es usted mismo. Dígase que la memoria posee una fuerza que la propia imaginación no detenta.

El doctor Pasternak ha hablado durante un buen rato. Ya no se examinaba las uñas; me estudiaba a mí. He dejado de escucharlo. No entendía más que una palabra por aquí, una palabra por allá. Su discurso se resumía en una certidumbre: lentamente, después menos lentamente, pero con un ritmo imprevisible, voy a ir olvidando lo que ha sido mi existencia, lo que soy.

—Lo esencial es que no se resigne —repitió el médico mientras me acompañaba a la puerta—. Siempre es posible un milagro.

En la sala de espera, Suzanne, su secretaria, me dedicó una sonrisa cómplice al ofrecerme una chocolatina.

—No se lo diga al doctor; el chocolate no es bueno para su salud.

No he regresado enseguida. He paseado. ¿Hacía frío o calor? Ni idea. Era primavera, pero eso me resultaba indiferente. ¿En qué pensaba? Ni idea. Las piernas me llevaban. Las piernas reflexionaban en mi lugar.

Deambulando por Broadway, me he detenido delante del escaparate de una librería. Los libros, antiguos y populares, me invitaban a hojearlos. No tenía ganas. Más lejos, una tienda de ropa de hombre. No tenía ganas. Cerca de la estación del metro, un mendigo me habló: «Era rico, lo he perdido todo». Miré su mano abierta y su rostro cerrado. Saqué la cartera y separé un billete de cinco dólares: «Esto es para usted». Parecía perplejo, asustado: «Es demasiado», dijo. Entonces, sin saber lo que hacía, tomé todo el dinero que llevaba encima y se lo di: «Yo también —le dije— era rico. Y voy a perderlo todo».

De repente, me sentí liberado. Miré el reloj: iba a llegar tarde a mi clase. Si me daba prisa llegaría justo a tiempo.

Mis alumnos no notaron nada. De hecho, fue sin duda mi mejor clase del año, si no de toda mi carrera. Hablamos de la poesía bíblica, de su efecto sobre la profecía. Me acuerdo de mi conclusión: Jeremías era un militante político; pero ¿qué nos queda de él? ¿El político? No: el poeta. Dina, mi mejor alumna, me esperaba delante del despacho: «Gracias —dijo—, gracias por hacernos amar a Jeremías».

Regresé al crepúsculo. Loretta me anunció que la cena estaba lista. «No tengo hambre», le respondí. Ella me miró, se puso una mano sobre la boca y se retiró a la cocina. No conseguía expulsar al doctor Pasternak de mi mente. Tuve que hacer un esfuerzo para no llamarlo por teléfono e interrogarlo: «¿Cuánto tiempo significa por el momento? ¿Cuando ha dicho erosión, hasta qué profundidad? ¿Y qué entiende usted exactamente por la palabra “milagro”?».

Como judío, creo en los milagros. Nuestra supervivencia es uno de ellos. Pero, según el Talmud, los milagros terminaron con la destrucción del Templo. Desde entonces, delante de nuestros ojos se producen milagros de otro tipo, cotidianos. Le hablo a alguien que comprende lo que le digo: ¿eso no es milagroso? Amo a alguien que me ama: ¿eso no es también milagroso? Todo encuentro revela un milagro. También se encuentra en la relación entre el acontecimiento y el relato que hacemos de él. En el sentido oculto que introduce la escritura.

La escritura... En eso también soy demasiado judío para que no me atraiga. Al principio me tranquiliza; después me inquieta.

Es así y no puedo hacer nada. Llega un momento en que las estrellas, como las plegarias, se convierten en polvo y ceniza.

Pienso en Zaratustra. Lo hemos leído en clase, aunque no sé cuándo. Nietzsche lo hace regresar de las montañas y de la soledad de su caverna, donde «se ocultó de los hombres para esperar, al igual que el sembrador que ha extendido su semilla. Pero su alma se llenó de impaciencia y del deseo de lo que amaba, porque aún tenía muchas cosas que darle. Pero he aquí la más difícil: cerrar por amor la mano y guardar el pudor al dar».

¿Por qué Zaratustra? ¿Por qué Nietzsche? ¿Para acordarme de mis clases? ¿Para convencerme de que tenía cosas que dar? ¿Por eso escribo? ¿Para guardar el pudor al olvidar lo que ya no podré seguir dando?

Un día, Malkiel, me preguntaste por qué no escribía mi historia.

—No hace falta —te respondí.

—Inténtalo —replicaste.

—Ni siquiera hace falta intentarlo.

En realidad, lo he intentado. En muchas ocasiones. Rompía las páginas a medida que las manchaba. La distancia entre las palabras y mi memoria me parecía infranqueable. A través de las rupturas de construcción, los juegos de espejos, los recuerdos difuminados, habría deseado si no la coherencia primera del mundo, al menos la que constituye la base de la memoria. Desgraciadamente, no llegaba a reunir los fragmentos de un centro; con demasiada frecuencia las palabras se erigían en obstáculos. Me batía contra ellas en lugar de hacerlas mías. Después de la lucha, agotado, las contemplaba como si fueran cadáveres. A veces, al pensar en las palabras con las que había jurado salvaguardar el recuerdo, me decía: Para escribir esta historia, ya tendría que estar muerto; solo los muertos pueden escribir su historia. ¿Olvidar será peor que morir?

Una esperanza a pesar de todo: cuando sienta el fin, tendré fuerza suficiente para escribir esto: Escribo estas palabras para decir que no puedo seguir escribiendo.

—*Malkiel.*

—*Aquí estoy, padre.*

—*Dale de beber a tu madre, ¿no ves que tiene sed?*

—*Ella no está aquí, padre. Sabes muy bien que no puede estar aquí.*

—Te digo que está aquí. Talia, dile que estás aquí. Te digo que tu madre está aquí. Y tiene sed. ¿Qué clase de hijo eres? ¿Cómo puedes faltarle al respeto a tu madre?

—Padre, mírame. Estoy aquí contigo. En esta habitación solo estamos nosotros dos. Incluso Tamar está ausente. Solo estamos tú y yo, yo y tú.

—Yo no te creo y tú no me crees. Talia, dile que el deber de un hijo es creer lo que le dice su padre. Dile que no está bien llevarle la contraria a su padre. Díselo, Talia.

—Padre, podría complacerte. Podría adaptarme a tu fantasía y ganarme tus elogios. Pero eso sería malsano, falso, dañino. Si te dejo hacer, me hundiré contigo. Entonces estaremos los dos perdidos.

—Pero ¡la veo!

—Deseas verla, por eso la ves. Pero acuérdate...

Malkiel se muerde el labio: su padre no puede recordar, ahí está el drama.

—La veo, Malkiel, como te veo a ti. No veo a nadie más. Talia, mi magnífica Talia. Acércate a mi lado. Siéntate. Nuestro hijo no es malo. Ya lo verás, nos traerá de beber.

—Padre, tienes sed. Aquí tienes un vaso de soda.

—¿No te lo había dicho, Talia? Qué chico tan obediente y valiente tenemos; ¿no estás orgullosa?

—No es necesario, padre. No es necesario que te dejes dominar por las quimeras. Te acuerdas de mi madre, eso está bien. Cada vez que te acuerdas, es importante. Pero acuérdate también de que mi madre ya no es de este mundo; yo no la he visto jamás; nunca le he besado la frente. Haz un esfuerzo, padre. ¡Va en ello tu razón, tu vida y quizá la mía!

De repente, los hombros de Elhanan se hunden. Encorvado, tiene un aspecto anciano, muy anciano.

—Si tienes razón, hijo, entonces ayúdame: ayúdame a no ver a tu madre delante de mí como te veo a ti, ayúdame, necesito que me ayudes.

Malkiel consigue llevar a su padre a la cama. Después se va a la otra habitación. Abre la ventana y deja que su pensamiento se pierda en la noche cercana y hostil.

Al principio, Elhanan quería que su enfermedad quedase en secreto. Corrió el rumor de que había tenido una crisis cardíaca. Y de que necesitaba un reposo absoluto: prohibido molestarlo. Es verdad que no sufría una enfermedad vergonzosa, pero, por encima de todo, se negaba a hablar de ella.

Un día, un colega fue a visitarlo. Sin anunciarse por teléfono, llamó a la puerta de su domicilio. Loretta, la valiente Loretta, esperando siempre un milagro, decidió no despedir al visitante.

—Elhanan, Elhanan, estoy muy contento de verte. Tienes buen aspecto. ¿No estás en la cama? No te imaginas lo feliz que me hace saber que tu corazón va mejor... En la universidad, todo el mundo se preocupa por ti, si supieras...

Elhanan escuchaba sin llegar a concentrarse. ¿En qué lo concernían esos cumplidos? Como no reaccionaba, el visitante llegó a la conclusión de que estaba fatigado, quizá deprimido. Para distraerlo, le informó de chismes y rumores sobre conocidos comunes. Elhanan respondía, fingiendo interés: «¿De verdad? Entonces...».

Más tarde, Malkiel y Tamar animaron a las visitas. Servían para llenar el tiempo. Y además, nunca se podía saber: una palabra, una entonación podían ayudar a recuperar algunos recuerdos.

Un diplomático israelí de paso por Nueva York insistió en pasar una tarde con él. Delgado, casi ascético, con tendencia a los extremos, ese antiguo oficial de la Haganá había combatido con Elhanan en la ciudad vieja de Jerusalén. Juntos, los habían trasladado como prisioneros de guerra al desierto jordano.

—Entonces, viejo amigo, parece que te has dado de baja —le dijo a Elhanan, que lo recibió sentado en su sillón con una manta de lana sobre las rodillas—. ¿Qué pasa, ya no tienes ganas de trabajar, es eso?

—Oh, se me pasará —respondió Elhanan.

—¿Te acuerdas del muchacho que nos traía agua? El pobre cojeaba... Y el sargento jordano que nos hacía limpiar las tiendas dos veces al día, ¿te acuerdas? Le tomábamos bien el pelo, a aquel...

—El muchacho... —dijo Elhanan—. La ciudad vieja...

—Sí, se deslizaba como un ratón a través de los sótanos y los escombros... Lo quería mucho...

Bruscamente, el velo se rasga. Elhanan revive la escena. Jerusalén, 1948.

—Me viene —comenta—. Era la época gloriosa de Israel.

—¿Gloriosa? Y triste.

Se quedaron hasta después de medianoche evocando sus recuerdos comunes. Tamar y Malkiel, apartados, escucharon sin molestar. Una esperanza absurda los asaltó: todo no

estaba perdido. Con una buena llave se podían abrir las puertas de la memoria. Y las llaves se pueden encontrar.

Algunas semanas más tarde, durante el verano, Elhanan recibió la visita de una mujer que había tratado por una depresión nerviosa. Aún joven, débil, tenía una mirada llena de generosidad: le gustaba dar, darse.

—Me he enterado de que no se encuentra bien, profesor —le dijo de entrada—. ¿Puedo serle útil?

Elhanan la reconoció, pero no pudo situarla.

—¿Se acuerda de mí, profesor?

—Desde luego, desde luego.

—Una amiga común, una de sus colegas, me recomendó. Venía... en fin: de catástrofes en serie... Divorcio, enfermedad, decepciones múltiples: estaba madura para el suicidio. Sin usted, quién sabe...

Elhanan bajó la cabeza.

—¿Cuántas veces he venido a molestarlo con mis desastres personales...? Usted me escuchó con paciencia y... ¿cómo decirlo?... con seriedad... Una vez me dijo una cosa que no olvidaré jamás: llega el momento en que uno se convierte en prisionero para ayudar a los prisioneros a liberarse ellos mismos; con algunos enfermos ocurre lo mismo; sírvase de sus penas para curar las de los demás...

Elhanan tuvo un sobresalto de emoción. Un fragmento de su pasado le volvió a bocanadas. Debería haber consagrado más tiempo a su trabajo de terapeuta. Pero ¿y la enseñanza? ¿Se había equivocado al acumular estas dos vocaciones?

La mujer le tomó las manos.

—Ahora me toca a mí ayudarlo, profesor —le dijo con un tono implorante—. Dígame cómo...

—En otra ocasión —respondió Elhanan.

La mujer se fue con prisa. En la puerta, lejos de su vista, estalló en sollozos.

Otros visitantes, antiguos discípulos o pacientes, llegaban a la casa. Malkiel no se había dado cuenta, pero su padre disfrutaba de una sólida reputación en los medios universitarios. ¿Porque era amable? ¿Y bueno? ¿Y sabio? ¿Porque acogía a todos sin condescendencia? Nadie lo había oído jamás levantar la voz.

—¿Ves? —le decía Malkiel—. Cuando hablas, tu cerebro funciona mejor. ¿Por qué no intentas contarnos todo lo que has vivido?

Una noche, muy tarde, Elhanan pidió una taza de té caliente, se aclaró la garganta e invitó a Malkiel y a Tamar a sentarse al borde de la cama.

—Ocurre con frecuencia —empezó entre dos sorbos— que un hombre hable sin hacerse entender. Pero ¡imaginad que un hombre pudiera hacerse entender sin hablar! Me gustaría ser ese hombre.

Sin consultarse, Tamar y Malkiel lo besaron en la frente.

El viejo Haskel, Haskel el Friolero, Elhanan se acuerda. Haskel siempre tenía frío, de ahí su apodo. Barba, bigote, melena enmarañada, se frotaba las manos para calentarlas mientras hablaba, rezaba, incluso cuando comía. A Elhanan le caía bien. Lo veía por las mañanas, en el *mikvé*. Encargado de los baños rituales, Haskel no hablaba con nadie. Acogía a los visitantes con un movimiento de cabeza y les indicaba, siempre por gestos, el lugar en el que podían desvestirse.

¿Era mudo de nacimiento? Se contaba que había sido predicador en un pueblo ucraniano. Se decía que atraía a las masas, que las hacía llorar, que las incitaba al arrepentimiento. Se decían tantas cosas sobre él... ¿Se daba cuenta? No lo demostraba.

Aun así, los rumores estaban fundados, como Elhanan supo por su padre. Haskel no era un simple encargado de los baños. Su mutismo no era un capricho. Le fue impuesto por su talento y su vocación de orador.

Algunos años antes, un jueves por la tarde, se había presentado, hambriento, azorado, con un petate sobre el hombro, en casa del rabino de Fehérfalu para saludarlo y pedirle autorización para pronunciar un discurso el sábado por la tarde, en la gran sinagoga. Después de interrogarlo, el rabino admiró tanto su erudición como su piedad. Autorización concedida. Mejor aún: el rabino le prometió que iría a escucharlo.

La sinagoga estaba llena, como una tarde de Kipur. Hombres adultos y jóvenes, sabios talmudistas y simples artesanos, estudiantes y comerciantes: todos estaban allí. Querían escuchar al predicador, cuya reputación le precedía. ¿Realmente era tan elocuente? Oh, sí, lo era. Vestido con su *talit*, sube a la *bimah*, abraza la cortina de terciopelo que cubre el *hejal*, se apoya en el púlpito y se pone a hablar de la *sidra* de la semana con un tono melodioso y cantarín. Se trataba del reencuentro de José con sus hermanos en Egipto. El texto dice: «*Vayitapéék* José, José se dominó para no prorrumpir en llanto». De aquí la lección: es mejor no manifestar las emociones; los sollozos secretos son más verdaderos que los otros. El orador desarrolla este tema durante una hora, deslumbrando a su auditorio con citas talmúdicas, leyendas midráshicas y referencias a la literatura musariana. En las primeras filas, los sabios mueven la cabeza, asintiendo a cada una de

sus conclusiones. A los *hassidim* les gustan sus historias. El rabino, con los párpados bajados, escucha con una actitud concentrada y admirativa.

De repente, el predicador se interrumpe. Pasea la mirada por el auditorio y parece dudar: ¿va a continuar o no? Se sacude y, con un tono más bajo, más intenso, sobre todo más personal, se pone a hablar no del pasado lejano o reciente, sino del presente: «O llega el momento en que uno no puede y en el que no debe contener más su pena... José, para llorar, tuvo que separarse de sus hermanos. Yo no soy más que un simple judío». Con un gesto brusco subió el *talit* hasta su frente. No se veían sus ojos. Solo se veía su boca, que se torcía de dolor. «José lloró —prosiguió el orador—. ¿Por qué lloraba? ¿Porque acababa de reencontrar a sus hermanos? Yo no reencontraré a los míos. Los hermanos de José estaban vivos, los míos no lo están. A mis hermanos los ha matado el enemigo...» Los relatos se sucedían, las tragedias se encadenaban. En la galería, las mujeres sollozaban. Abajo, los escolares no comprendían por qué los adultos habían bajado los ojos... En cierto momento, el rabino, que estaba sentado sobre la *bimah*, se puso en pie, se acercó al orador y le susurró algunas palabras al oído. El orador lo miró debajo del *talit* y respondió con voz alta e inteligible: «Lo sé, sé que hoy es sabbat, sé que no tenemos derecho a estar tristes durante el sabbat, pero siento demasiado dolor...». El rabino, con una voz dulce, muy dulce, le pregunta: «¿Se trata de *pikuach-nefesh*? ¿Se trata de una cuestión de vida o muerte? En ese caso, puede continuar, si no...». El rabino volvió a su lugar. El orador, después de un largo silencio, descendió de espaldas los escalones de la *bimah* y fue a sentarse al fondo de la sala.

Terminado el sabbat, Haskel fue convocado a casa del rabino. Los dos hombres estuvieron juntos hasta el amanecer. Fueron juntos hasta los baños rituales, al oficio matinal, tomaron juntos una taza de té y se sumergieron en el estudio hasta la noche. A la mañana siguiente, el predicador ambulante había abandonado la ciudad.

Reapareció tres o cuatro años más tarde. Irreconocible. Tenía el aspecto de un mendigo o de un penitente. Ya no quería predicar en la sinagoga; de hecho, no quería hablar en absoluto. ¿Qué lo había transformado? Se decía que, en comunidades lejanas, había pasado el tiempo intentando explicar lo que había visto y vivido a personas que se negaban a entenderlo. Los interpelaba en la sinagoga, en el mercado, en sus casas: «No os apartéis de mí —les decía—. Os va en ello vuestra vida, la de vuestros hijos...». Todos estaban dispuestos a escuchar cómo reflexionaba sobre la Biblia y sus

comentarios, pero, cuando tocaba el presente, hacían oídos sordos. Lo compadecían, lo evitaban, lo tomaban por loco. ¿Elegió el silencio o le fue impuesto?

A Elhanan le caía bien.

Hoy, le cae aún mejor.

El batallón de trabajadores judíos húngaros abandonó Stanislav en agosto para incorporarse al frente ruso, donde la división del comandante Bártoldy formaba parte del dispositivo alemán.

¿Cuántas veces intentó Elhanan regresar a la ciudad? Su compañero, Itzik el Largo, había removido cielo y tierra para conseguirle un pase. En vano. Demasiado cerca de la frontera, toda la región se encontraba bajo la estrecha vigilancia de los alemanes. Hacerse notar significaba la detención y la muerte.

—Ten paciencia —le decía Itzik—. Quédate con nosotros. Nuestro batallón se desplaza mucho. Tarde o temprano volveremos a pasar por tu pueblo.

Cuando les llegó la noticia de su partida hacia el frente, la acogieron con una especie de confianza escéptica.

—Quién sabe... Dios quizás ha respondido a nuestras plegarias.

No. El batallón no regresó a Hungría. Atravesó Polonia hasta Ucrania para continuar hacia la Rusia Blanca. Berditchev, Zhitomir, Roano, Kiev, Minsk: escombros y ruinas por todas partes. Terror y odio sembrados por el invasor. ¿Por qué Elhanan gemía con tanta frecuencia por las noches? ¿Porque se alejaba de sus padres? ¿O porque los nombres de los lugares despertaban en él una nostalgia sombría y ardiente? Conocía Berditchev. Berditchev era en su memoria el célebre rabino Levi-Yitzhak de Berditchev, famoso por el amor exaltado que sentía por su pueblo. También lo llamaban el Defensor de Israel. El título le sentaba bien. No dudaba en intentar plantear querellas contra el Creador del universo para obligarlo a venir en ayuda de sus hijos desgraciados. ¿Dónde estáis ahora, rabí?, piensa Elhanan. ¡Como estáis allá arriba, haced algo! ¿Miráis vuestra ciudad, donde se esconden vuestros judíos? Elhanan los buscaba. Desaparecidos. También los buscó en Oman. Desaparecidos. Devorados. «Entonces, deja de rezar —decía Itzik—. Dime de qué te sirve lamentarte.» «Oman —responde Elhanan—. Tú no conoces Oman. Yo sí la conozco. Oman, para mí, es el rabino Najman, el narrador incomparable del hasidismo. Su tumba está aquí. Daría cualquier cosa por ir a visitarla.»

Su deseo se cumplió. El batallón pasó la noche en Oman, Elhanan consiguió convencer a Itzik para que lo acompañase al cementerio. No fueron solos: todo el batallón se reunió para recitar los Salmos y el *Kaddish*: «Vos, rabí, que amáis las historias, recibid la nuestra, la que estamos viviendo». El batallón celebró el Rosh Hashaná en Kiev. Milagro de los milagros: el comandante permitía a los trabajadores judíos que observaran sus días de fiesta. Oh, sí, mientras que los alemanes masacraban sistemáticamente a los judíos en Rusia, algunos centenares de judíos con uniforme húngaro vivían, trabajaban y rezaban como judíos. Durante el oficio tuvieron la sorpresa de ver cómo tres hombres se unían a ellos. «Vivimos escondidos en el bosque —les explicaron—. Nos han dicho que unos judíos celebraban la fiesta; así que hemos corrido el riesgo de venir a mezclar nuestras plegarias con las vuestras.» Después del oficio, contaron la muerte de los judíos de Kiev. El año anterior, entre el Rosh Hashaná y el Yom Kipur, los alemanes asesinaron a diez mil judíos al día en el barranco de Babi-Yar. «En todas partes es igual —explicaron—. Borisov, Smolensk, Vinnitsa, Poltava, Dnepropetrovsk: el ángel alemán de la muerte se ha abatido sobre todas esas comunidades. Y sobre las demás. Si esto continúa, no quedará ni un judío bajo el sol.» Acurrucados, incrédulos, los trabajadores judíos los escuchaban en silencio. Todo esto no es más que una pesadilla, se decían. El mundo no se ha vuelto loco. «Es una locura —le dijo Elhanan a Itzik—. Todos estos judíos muertos y nosotros seguimos vivos, es una locura.» Los tres visitantes de Kiev se fueron al caer la noche: «Si volvéis a pasar por aquí, volveremos a vernos». «Que Dios os guarde, hermanos judíos.» «A vosotros también.»

Esa noche pocos trabajadores pudieron conciliar el sueño. Acostados en catres o sobre el heno, intercambiaron sus reflexiones en susurros. ¿Creer o no creer? Nadie dudaba que los alemanes mataban a los judíos. No cabía la menor duda de que se habían producido masacres. Pero Elhanan e Itzik no podían admitir que esta empresa criminal hubiera alcanzado semejante grado de perfección. «No se mata así como así a centenares de miles de hombres, de mujeres y de niños, sin que la tierra se ponga a temblar», decía Itzik el Largo. «Pero esos tres judíos...» «Tienes de un lado a tres judíos y del otro el sentido común: ¿de quién te vas a fiar?» Todos los trabajadores participaban en la discusión. «Itzik —dijo Elhanan—, cuando vuelva a mi casa, me interrogarán, pero ¿qué deberé decir?» Itzik reflexionó largamente antes de responder: «Di que recitamos salmos en Oman». «¿Y qué más?» «Que celebramos el Rosh Hashaná en Kiev.» «¿Y qué más?»

«Di que... que si tuviéramos que llorar por todos los muertos, el mundo se ahogaría en nuestras lágrimas.»

¿Hablar de la tristeza que no lo abandonaba? ¿De la cólera que brotaba de él, a la vez lúcida y negra, dispuesta a desbordarse sobre un pueblo poderoso y malvado que se había puesto al servicio de la Muerte? ¿Cómo encontrar las palabras? Y además, ¿quién iba a escucharlo? ¿Quién iba a creerle?

Detrás del frente, el batallón de los trabajadores judíos realmente no estuvo nunca en peligro. Inseparables, Elhanan e Itzik pertenecían a la intendencia, cortaban leña, remendaban los uniformes y reparaban los vehículos de los oficiales. Gracias a su juventud, Elhanan pudo librarse de las tareas más duras. En invierno, trabajaba en la cocina. Eso no lo salvó de una gripe severa. Arropado en su catre durante diez días, recibió la visita del comandante Bártoldy: «Voy a tu pueblo —le comentó—. Me gustaría llevarte, pero está lejos y es arriesgado. ¿Tienes algún mensaje para tus padres?». A pesar de la fiebre, Elhanan llenó una hoja: estaba bien, sobre todo que no se preocupasen por él, esperaba volver muy pronto para no separarse de ellos nunca más. El comandante regresó al cabo de dos semanas. Elhanan estaba restablecido: «Tengo esto para ti». Le entregó un paquete de víveres, ropa de abrigo y una carta. «Rogamos a Dios que te traiga rápidamente de vuelta a casa... Sin ti está vacía... Aquí, la vida continúa... Espero —le escribía su padre— que no te olvides de ponerte el *tefilín* todas las mañanas...»

Después de Stalingrado, el frente retrocedió inexorablemente. Ahora, el batallón judío precedía al ejército húngaro. Perseguido por los rusos, sufría pérdidas considerables. «¿Lo ves? —decía Itzik—. Volvemos a casa.» Siguieron el mismo camino que a la ida, atravesando las mismas ciudades, los mismos pueblos en ruinas, reencontrando a las familias de luto, a los huérfanos de mirada perdida. En Oman, los trabajadores judíos visitaron de nuevo la tumba de rabí Najam. Un campesino les contó que unos hombres venían todas las noches; los oía rezar. En Kiev, se detuvieron durante dos días, con la esperanza de encontrarse con los tres supervivientes judíos. Itzik y Elhanan recorrieron de una punta a otra la ciudad desolada; no había ni un rostro judío a la vista. Ni una voz judía en ningún paraje. ¿Habían asesinado al último judío de Kiev? Por la noche, en su campamento, los trabajadores recibieron la visita de sus tres amigos locales. «Los alemanes salen corriendo —decían con una risa extraña—. «Ah, qué placer verlos así... Se ha terminado la época de su orgullo...» ¿Y de su crueldad? «Ah, en eso no, son tan

cruels como antes, si no más...» ¿Por qué reían de una manera tan extraña los tres supervivientes?, se preguntaba Elhanan. Su risa no contenía ni alegría ni triunfo, no reflejaba ni satisfacción ni orgullo. «Se trata de una risa que viene del otro lado de la alegría y de la tristeza —comentó Itzik—. Del otro lado de la fe y de la ira; es una risa que solo pueden apreciar los muertos.» Y los tres visitantes lo confirmaron: «Es verdad, nosotros ya no estamos vivos; hemos visto demasiado, oído demasiado. Por eso podemos afrontar todos estos peligros... Somos partisanos... Nos vengamos... No mucho, pero hacemos lo que podemos...». El que hablaba se llamaba Volodia, los otros reían como él, con él, pero no intervenían más que con fragmentos de frases. Volodia era un hombre robusto, espaldas anchas y manos fuertes. El segundo, David, que se declaraba comunista y ateo, era canijo y más joven. Lev, el mayor de los tres, era enigmático y triste. «¿Cómo se convierte uno en partisano?», se interesó Elhanan. «¿Cómo se convierte uno en justiciero?», preguntó Itzik. «Venid con nosotros y os lo mostraremos», respondió Volodia.

Los partisanos se fueron al alba, pero prometieron volver la noche siguiente. «Aceptamos a cualquiera que quiera unirse a nosotros», afirmó Volodia. «¿Qué es lo que hacen?», le preguntó Elhanan a Itzik. No podía reprimir su desasosiego e Itzik no estaba menos indeciso. En su batallón, al menos estaban bajo la protección del ejército húngaro, pero si huían... La noche siguiente, David apareció solo en el campamento: «¿Dónde están tus amigos?», le preguntaron. «Hemos tenido una pequeña escaramuza con los alemanes —explicó David—. Volodia ha caído. Lev está gravemente herido.» Elhanan, trastornado, exclamó: «¡Volodia, ¿caído?! Él, tan fuerte, tan... tan...». Le caía bien, Volodia. No podía imaginarlo muerto. «No llores por Volodia —le interrumpió David—. Ha caído como un héroe. Antes de morir, se ha llevado por delante a unos cuantos asesinos.» Un silencio pesado cayó sobre ellos. ¿Qué hacer ahora? ¿Irse? «No es tan fácil —explicó David—. Los alemanes han rodeado la región. Habrá que esperar mejor ocasión...» Seguro de sus movimientos, orientándose fácilmente por la región, David abandonó el campamento para reunirse, solo, con sus camaradas de combate. «Volveremos a vernos algún día», se despidió de Elhanan. «Y ese día —intervino Itzik—, les mostraremos a los alemanes de lo que somos capaces...»

La retirada prosiguió. Alemanes, italianos, húngaros, rumanos, todos evacuaban bosque tras bosque, región tras región, hostigados por partisanos intrépidos, perseguidos por rusos implacables. A pesar del frío y el hambre, el cansancio y la angustia, Elhanan

se alegraba de ver a los señores de la conquista sangrienta en plena desbandada. Habían invadido Rusia cantando y, ahora, aullaban de cólera, insultando a los italianos, a los que acusaban de que solo se preocupaban de sus mandolinas, a los húngaros, a los que trataban de vagos, y a los rumanos, cuya miseria despreciaban. Los guerreros ya no estaban felices de hacer la guerra.

Un día, mientras el batallón descansaba en un pueblo ucraniano, apareció de improviso un oficial alemán y ordenó a diez hombres que lo siguieran. Itzik el Largo fue a buscar rápidamente al oficial húngaro que, en su ausencia, sustituía al comandante.

—Tengo dos vehículos atascados en el barro —explicó el alemán—. Necesito diez hombres para sacarlos.

—Mis hombres están extenuados —replicó el oficial húngaro.

—Es una orden.

—Tenemos el mismo rango. No recibo órdenes de usted.

El alemán, con ademán impasible, empuñó su revólver.

—Si no obedece una orden de un oficial de la Wehrmacht, lo mato.

Se miraron, llenos de odio, esperando cualquier señal para lanzarse el uno sobre el otro. Finalmente, fue el húngaro quien cedió.

—Al fin y al cabo, son judíos, coja todos los que quiera.

El alemán enfundó su revólver y, con bastante elegancia, dio la mano a su camarada de armas.

—¿Estaba dispuesto a morir por unos judíos? No lo entiendo.

—Desde luego que no —replicó el húngaro—. Estaba dispuesto a morir por un principio.

—Verá —le aclaró el alemán con una sonrisa—, yo estoy dispuesto a matar por un principio.

De los diez trabajadores, solo volvieron siete. El oficial alemán había abatido a los otros a sangre fría.

—Debéis saber —les dijo a los supervivientes— que un oficial del Tercer Reich sigue el ejemplo de su Führer: siempre cumple sus promesas.

Esas muertes gratuitas convencieron a Itzik.

—A la primera ocasión, pequeño, ¿me entiendes? A la primera ocasión, nos largamos. Y entonces, entonces, verán cómo se venga un judío.

La ocasión se presentó algunas semanas más tarde. Un obús despedazó al comandante Bártoldy y el oficial que lo sustituyó, un joven Nyilas insolente y rencoroso, anunció a los trabajadores judíos que su «sinecura» se había terminado: velaría personalmente para que ninguno de ellos saliera con vida de esas tierras nevadas.

Era una noche glacial de noviembre. Unos espectros mudos llenaban el bosque petrificado. Mejor vestidos que los soldados ordinarios, que no llevaban nada más que sus uniformes harapientos, los trabajadores judíos recibieron la orden de su nuevo comandante de quitarse los jerséis y la ropa interior de abrigo.

—Es totalmente injusto —gritaba—. Los valientes soldados húngaros que defienden la patria contra la peste bolchevique se están helando, y vosotros, judíos holgazanes, os creéis que estáis practicando deportes de invierno...

Zélig, Maurice, Peter y un tejedor siempre alegre —Wolfe Neuman— cogieron una pulmonía y murieron rápidamente.

—Bien —dijo Itzik—. Lo he entendido, pequeño. Vamos a prepararnos.

Principios de diciembre, el frío se vuelve aún más riguroso. Imposible sacar la nariz. El batallón, paralizado. Los motores, helados. Los vivos se mueven bajo tierra. El frente, estabilizado, pero ¿durante cuánto tiempo? La frontera polaca, muy cercana, parece tan inaccesible como Tierra Santa. ¿Dónde encontrar a los partisanos? Si Dios lo quisiera, todo sería posible. Dios lo quiso.

Y es David quien le sirve de mensajero. David, el superviviente de los tres amigos. El comunista, el ateo. Aparece en plena noche en el campamento. *Ushanka*, chaqueta de piel, botas forradas: recuerda a una fiera amistosa, traviesa. Saca una botella de vodka, que pasa de mano en mano.

—¡David, cuenta!

—Hace mucho tiempo que...

—¿De dónde vienes? Explica...

No se hizo de rogar. Los partisanos habían seguido al batallón. Su táctica: desplazarse con el frente. Operaciones relámpago entre las líneas de retaguardia del enemigo, para impedir la llegada de refuerzos.

—Los muchachos no están demasiado lejos —añade David—. Así que no seáis tontos. Venid a combatir con nosotros. Mañana será demasiado tarde. Saltad al tren antes de que se vaya...

Eran las cuatro de la madrugada. De repente, aparece en la tienda el comandante antisemita.

—¿Qué? —ruge fuera de sí—. ¿Una reunión nocturna? ¿Un complot? ¿Una insurrección? Os voy a dar una lección, os voy...

No fue a ningún lado, o más bien, fue muy lejos en la muerte. David lo mató de un botellazo contra el cráneo. El miedo se reflejaba en las caras judías. Un motín, eso significaba el pelotón de fusilamiento.

—¡Buen viaje! —remarcó el joven partisano—. Ahora no os podéis echar atrás. Desvestidlo. Quitadle las botas. Yo me quedo su revólver.

Uno decidió que era el momento de tener piedad de un muerto. David fingió que estaba de acuerdo.

—Tienes razón. El pobre cabrón se va a helar.

Se evadieron unos cincuenta. Dos partisanos los esperaban a diez minutos del campamento. David los interrogó brevemente.

—¿Algún problema?

—Ninguno.

Una hora o dos más tarde llegaron al campamento de los partisanos, donde Elhanan descubrió familias judías, con niños.

—¿Te sorprende? —preguntó David riendo—. ¿Creías que solo los hombres combaten en nuestras filas? Nosotros acogemos a todo el mundo. Incluso los niños son bienvenidos. Si supieses lo valientes que son los niños judíos...

Una vida nueva comenzó para Elhanan Rosenbaum. Rápidamente adoptados por el *otriad*, los trabajadores judíos húngaros se integraron inmediatamente. Siempre inseparables, Itzik y Elhanan formaban parte de una unidad que atacaba los convoyes alemanes. Una semana después de su llegada, ya habían recuperado una ametralladora y un revólver del enemigo. David los felicitó públicamente.

—Bravo por los dos. Y tú, Elhanan, acabas de demostrar de lo que es capaz un talmudista.

Una joven originaria de Kharkov, con un gorro de piel que ocultaba su cabello, lo besó en la boca. Su rostro desprendía belleza y calor. A los ojos de Elhanan, simbolizaba a la mujer que nunca había conocido.

—Escucha, pequeño —le dijo ella—. Pareces tímido y valiente. Si quieres, me ocuparé de ti.

—¿Por qué? —tartamudeó Elhanan.

—¿Aquí no te sientes solo?

—No. Tengo a Itzik. Es mi mejor amigo.

—No es lo mismo.

Los partisanos se pusieron a pincharlo amablemente.

—¿Sabes?, no muerde. ¿De qué tienes miedo?

—Dejadlo en paz —los cortó ella.

Al quedarse solo con ella, le preguntó.

—¿Cómo te llamas?

—Vitka. Me llamo Vitka.

Era viuda. Su marido y sus dos hijos habían sido masacrados.

—Te casaste joven —señaló Elhanan, para demostrar que no era tan tímido como creía ella.

—Muy bien —replicó Vitka—. Me gustan los cumplidos.

Elhanan carraspeó, dudando, pero después se decidió.

—Me gustaría estar contigo —le dijo sin mirarla—. Con una condición: no intentes separarme de mi amigo.

—Prometido.

Así formaron un equipo con Itzik el Vengador, como lo llamaron a partir de entonces. No le interesaba destruir tanques con cócteles molotov. Lo que quería era matar alemanes.

—Como les gusta tanto la muerte, que la experimenten —comentaba.

Desde luego, Elhanan se había enamorado de Vitka. Desde luego, no se atrevía a demostrarlo. Desde luego, todo el mundo lo sabía.

—Entonces, ámala —le decía Itzik—. Ella también te ama, puedes creerme. Sé de las cosas del amor. Si la rechazas, ten cuidado: otro tendrá menos escrúpulos.

—¿Quién?

—Yo. —Itzik se partió de risa.

—No te creo —replicó Elhanan.

Al fin y al cabo, ¿la amistad no era más fuerte que el amor?

En una pequeña aldea ucraniana, el *otriad* se vio asaltado por una banda de niños con harapos. Demacrados y hambrientos, ya no tenían fuerzas para mendigar; no hacían nada más que mirar a los partisanos. Pero sus ojos reflejaban semejante sufrimiento que Itzik y Elhanan les ofrecieron todo el pan que llevaban encima.

—¿Quiénes sois?

Tenían miedo de responder.

—¿Judíos?

Presos del pánico, buscaron con la mirada el medio de huir.

—No temáis nada —los tranquilizó Itzik—. Todos nosotros somos judíos.

Incrédulos, los chicos se miraron entre ellos.

—¿Habláis yidis? Nosotros lo hablamos. Escuchad.

Itzik y Elhanan intercambiaron algunas frases en yidis. Tranquilizados, los muchachos sonrieron.

—Sí, somos judíos.

—¿Qué os han hecho los alemanes?

Los alemanes los habían encerrado en una granja. Sin comida. Muchos días, una semana. Algunos se habían vuelto locos, otros habían sucumbido a la sed.

—¿Quién os liberó?

—Un campesino.

—No, era un leñador.

—No, era un ladrón.

—Era el profeta Elías.

Mientras devoraban las rebanadas de pan, se peleaban. Pobres pequeños, murmuró Itzik. Los contempló durante un buen rato y pareció tomar una decisión.

—Venid, muchachos. Seguidme.

Los condujo hasta las afueras de la aldea, a una cabaña donde retenían a seis prisioneros alemanes. Se acercó a un chico, le puso su ametralladora en las manos y le dijo dulcemente, casi con ternura:

—¡Dispara, pequeño! ¡Dispara al bulto!

El muchacho tembló. Miró la ametralladora, examinó su mano, pareció discutir con un interlocutor invisible y terminó diciendo:

—No sé cómo hacerlo.

—Eso no importa —le dijo Itzik—. Yo te enseñaré.

—No —replicó el chico, bajando los ojos.

Itzik se volvió hacia otro. La misma respuesta. Un tercero. Siempre la misma respuesta.

Entonces, Itzik empezó a abrazarlos por los hombros, diciendo:

—Bien, bien, comprendo. Más tarde, pequeños, más tarde sabréis.

Dios de Israel, pensó Elhanan. Contempla y enorgullécete de tus niños.

Una noche, en algún lugar de la Galitzia polaca, el *otriad* acogió a un paracaidista soviético. Cargado con su equipo de radio, le transmitió a David las órdenes del estado mayor: atacar un convoy de blindados alemanes. Moscú otorgaba a la operación una importancia especial. La fiebre se apoderó de los partisanos. David reunió a sus tenientes para organizar el ataque. El convoy debía pasar por el pueblo de Turek a primera hora de la tarde, al cabo de tres días.

Elhanan y Vitka, vestidos de campesinos, abrigados de la cabeza a los pies, se encaminaron hacia el pueblo para inspeccionarlo. ¿Cuántos alemanes había en él? ¿Cuántos policías colaboradores? Todo fue bien. Vitka y Elhanan aportaron información precisa, útil: algunos soldados, algunos policías. En su conjunto, el pueblo parecía poco habitado. Casi se habría podido decir que era un pueblo fantasma. Numerosas chozas no tenían humo.

—¿Estáis seguros? —preguntó David.

—Todo lo que se puede estar —respondió Elhanan.

—¿Estáis dispuestos a ir mañana por segunda vez?

—¿Por qué no?

—Necesitamos saber dónde instalar las ametralladoras. Encontrad dos o tres chozas vacías, a lo largo de la ruta, preferiblemente cerca de una curva.

Vitka y Elhanan regresaron a Turek. Inspeccionaron algunas cabañas, rodearon tres o cuatro casitas de madera, terminaron por abrir la equivocada y Elhanan se dejó atrapar. Vitka consiguió escapar.

—Acércate —ordenó un policía polaco de rasgos toscos y astutos.

Elhanan obedeció.

El policía le descargó un puñetazo en la cara.

—Esto es para que nos vayamos conociendo —le explicó educadamente.

Un segundo puñetazo, un tercero.

—Ahora, mientras descanso, vas a decirnos amablemente quién eres, qué buscas aquí y quién te envía.

Elhanan comprendía el polaco, pero lo hablaba mal. De todas formas, se habría callado: si se empieza a responder, se termina por soltarlo todo.

—¡Eh, muchachos —llamó el policía polaco—, tenemos entre manos a un duro, venid a ver!

Tres torturadores, sonrientes, se pusieron a pegar a Elhanan. La cabeza, el pecho, la barriga. Se sentía volar por los aires y caer en un pozo. La sangre le manaba de la nariz. Se ahogaba. Perdió el conocimiento.

Se despertó, el cuerpo dolorido y pesado, en una granja que la policía polaca había requisado para interrogar, lejos de la vigilancia alemana, a ladrones de pollos y traficantes o borrachos. De vez en cuando, también llevaban a judíos que, provistos de documentos falsos, se hacían pasar por arios.

—Así que, mi pequeño judío, has decidido que no me vas a seguir exasperando, ¿no es verdad?

El mismo policía le propinó algunas patadas, no para hacerle daño, sino para jugar.

—¿Cómo te llamas? ¿Avrom? Eres judío, eso lo sabemos. Te hemos desenmascarado... Sabemos quién eres, pero no sabemos cómo te llamas. Ni quién te protege.

¿Cuánto llevo aquí?, se preguntó Elhanan. A través de la rendija de sus párpados entornados percibió un candil de petróleo sobre una gran mesa de cocina. ¿Qué hora es? ¿Ya es de noche? La imagen de Vitka le atravesó la cabeza: Dios quiera que siga libre. Si Dios lo quería, allí también podía ocurrir de todo. Y Dios lo quiso. Vitka estaba libre. Había vuelto con sus camaradas, a los que se esforzaba en persuadir para que la siguieran al pueblo, atacasen la granja y liberaran a Elhanan. Algunos hombres pusieron mala cara.

—¿Vale la pena que nos maten a todos por uno solo?

El paracaidista soviético planteó un argumento de peso.

—¿Esta intervención, por muy loable que sea, no se arriesga a comprometer la operación que reclama el estado mayor?

Vitka se enfadó.

—No veo por qué. Llevo a cuatro muchachos conmigo, voluntarios, por supuesto, y antes de que te des cuenta estaremos de vuelta con nuestro...

—Al salvar a tu amigo, revelarás nuestra presencia a los alemanes.

Vitka no había nacido ayer.

—Los alemanes saben de sobra que estamos en la región...

Fue David quien tomó la decisión.

—Vamos. La solidaridad es una palabra, pero no es una palabra vana.

Y en beneficio del paracaidista:

—Además, Elhanan conoce nuestros planes; vamos a salvarlo antes de que se rompa.

Vitka protestó:

—No se romperá...

David le lanzó una mirada severa; ella se calló el resto de la frase.

Elhanan dormitaba cuando, como en un acceso de fiebre, oyó un estrépito. Habían derribado la puerta y, de repente, la granja estuvo ocupada. De pie, los tres policías, con las manos levantadas, apestaban a miedo.

—Vamos, pequeño. Ya ha terminado —dijo Vitka.

De rodillas, inclinada sobre él, le limpiaba la cara.

—¿No te han machacado demasiado?

Como Elhanan no contestaba, se volvió hacia los policías.

—¿Quién lo ha torturado?

Silencio.

—¿Quién lo ha interrogado?

Silencio.

Fijos en el vacío delante de ellos, los policías movían la cabeza en señal de negación.

—Deja que yo me ocupe de ellos —intervino Itzik.

Lo dejaron a solas con ellos. Salió una media hora después.

—No volverán a pegar a judíos —anunció.

El regreso al campamento se realizó sin incidentes.

Esa noche, Elhanan y Vitka no se separaron. Ella lo cuidó y consoló, se quedó en su tienda y veló su sueño. Por la mañana, se despertó antes que los demás.

—¿Estás mejor?

—Bastante mejor.

Ella lo abrazó contra su pecho.

—Sigue durmiendo. El sueño te hará bien.

—Una pregunta, Vitka. Itzik... ¿Qué les ha hecho a los policías?

—Ni idea.

—¿No ha dicho nada?

—Nada.

—¿Qué crees que ha hecho?

—Ni idea, pero...

—Pero ¿qué?

—Estoy segura de que han recibido lo que merecían.

Elhanan volvió a dormirse.

El ataque tuvo lugar al día siguiente. Se desarrolló según el plan previsto. Cuatro ametralladoras en las chozas a la entrada y a la salida del pueblo. Minas, cócteles molotov, granadas: organizado como la operación militar más ambiciosa del *otriad*, quedará como su mayor éxito. Dos tanques incendiados, ocho vehículos destruidos, una treintena de alemanes muertos. Del lado de los partisanos, dos muertos y cinco heridos. Entre los muertos, Vitka.

Elhanan lloró en secreto, el *otriad* entero lloró abiertamente. Excepto Itzik. Él, con los dientes apretados, juró vengarla.

Vitka y su camarada se debían enterrar en el bosque, como de costumbre. Elhanan tuvo una idea mejor.

—He visto un cementerio judío, no está lejos.

—Vamos —decidió David.

Entierro nocturno. Grave y melancólico. Sombras cavando dos tumbas para las sombras. Murmullos en lugar de palabras, lágrimas mudas en lugar de oración fúnebre. ¿Quién recitará el *Kaddish*? Todos lo recitaron en voz baja. Lianka, que era más joven que Elhanan, lo tomó del brazo durante la plegaria.

—Sé lo que sientes —le susurró ella durante el camino de regreso.

Ella había perdido a su amigo el año anterior.

El *otriad* levantó el campamento. Lo esperaban otros objetivos, otros blancos. Muy pronto, Elhanan y Lianka formaron una pareja. ¿Había olvidado a Vitka? Desde luego que no. Era otra cosa: como había amado a Vitka, podía amar a Lianka. Había amado de tal manera a Vitka que su amor lo desbordaba; le quedaba suficiente para Lianka y para el *otriad* al completo.

Durante la primavera, los partisanos acamparon a un centenar de kilómetros de Fehérfalu. Purim en los Cárpatos. Pascua en una aldea perdida, escondida en las

montañas. Al ser la más joven, Lianka formuló las cuatro preguntas rituales: «¿En qué se diferencia esta noche de las demás?». David respondió improvisando: «En que los judíos se baten contra el enemigo y en que juramos no detenernos hasta que el enemigo sea vencido». E Itzik añadió: «En que sabemos que la venganza está próxima». Y Elhanan pensó: «En que estoy cerca de mi casa; casi bajo el techo de mis padres». La cena se sirvió bajo la promesa tradicional: «El año que viene en Jerusalén».

—Me pregunto quién de nosotros vivirá lo suficiente para ver cumplida esta promesa —le dijo Elhanan a Itzik.

—Tú y yo estaremos allí. Pero, desde ahora hasta entonces, la sangre alemana correrá a ríos, esto también lo prometo.

—Solo piensas en la venganza.

—¿Y tú? ¿En qué piensas tú?

—En mis padres. ¿Dónde están? ¿Cómo les va? ¿Con quién celebran el *Séder*?

No había visto que se acercaba Lianka. Ella lo tomó de la mano como para decirle: Lo sé y te comprendo.

Los días siguientes, Elhanan intentó convencer a David para que lo enviara a Fehérfalu.

—Pero ¿estás loco? Entre nosotros y tu ciudad está el frente...

—Me las apañaré.

David no se dejó conmovir.

—Paciencia, Elhanan. Dentro de poco me enseñarás tu ciudad. Me presentarás a tus padres. Paciencia.

Nervioso, angustiado, Elhanan no pudo dormir esa noche. Se imaginaba de regreso en su casa. Su madre, su padre. ¿Habrían cambiado, envejecido? Les presentaría a Lianka. Estaba seguro de que les gustaría.

Desgraciadamente, el frente se estabilizó. ¿Cansancio de la ofensiva rusa? ¿Resistencia feroz del ejército alemán? Los combates eran enconados, pero, si un día se avanzaban algunos kilómetros, se reulaba al día siguiente. Pasó abril. Después mayo. En junio, la ofensiva se reemprendió con fuerza. El Ejército Rojo operaba ahora en completa coordinación con los partisanos. Los hombres de David servían al estado mayor de la división, de la misma manera que los oficiales de la división reconocían la existencia de los partisanos.

Elhanan entabló amistad con un capitán manco y con bigote llamado Podriatchik. Originario de Borisov, luchaba desde la invasión alemana. Elhanan adoraba escuchar sus historias. Tenía una voz baja, grave y melodiosa; hablaba canturreando. Viendo la curiosidad de Elhanan, le dijo:

—¿Quieres saber cómo perdí el brazo? Fui imprudente e impaciente. Quise destruir un panzer con una granada. Pero quité el pasador demasiado pronto. La granada se fue y mi brazo con ella. Un francotirador habría sido más astuto que yo...

La impaciencia de Elhanan se redobló cuando supo que un destacamento debía entrar en Stanislav y hacer saltar por los aires un restaurante militar. Naturalmente, se presentó voluntario. David dudó.

—No estás en condiciones... Te arriesgas a dejarte llevar por la emoción... Un movimiento precipitado, un gesto imprudente, y será el fracaso...

Elhanan, más testarudo que nunca, argumentó que, al contrario, su participación contribuiría al éxito del atentado.

—Dos hombres conocen el lugar —dijo—, Itzik y yo. Hemos estado en Stanislav... Es verdad, yo no he vivido allí, pero me orientaré con facilidad... El restaurante militar supongo que está en la plaza Mayor... Posiblemente en la casa donde pasé una noche, mi primera noche lejos de mi familia...

Se expresó con ardor y lógica, teniendo cuidado en no dejarse llevar, en no revelar su entusiasmo, la exaltación que le llenaba el pecho.

—Escucha, David. Necesitas a alguien como yo. ¿Por qué me mantienes apartado?

—En estos momentos, no eres tú mismo. Me preocupo por ti.

—Tendré cuidado, te lo prometo.

Consiguió ganarse el apoyo de Itzik. Ante los esfuerzos conjuntos, David se dejó convencer. A pesar de sus dudas, dio su aprobación.

El plan: Lianka y Elhanan bajarían a Stanislav en descubierto para inspeccionar los lugares y evaluar la situación. Itzik y su grupo de diez partisanos —entre ellos dos aldeanas, Lisa y Dora— llegarían solos o por parejas desde diferentes direcciones y convergerían en la plaza Mayor a las seis de la tarde. Armados con granadas, revólveres y botellas incendiarias, esperarían la señal de Itzik para desencadenar el ataque. Las dificultades: cómo acercarse al objetivo sin llamar la atención; cómo verificar que el restaurante no estaba vacío; cómo coordinar el ataque para que se desarrollase con el máximo de eficacia. Elhanan tenía una idea.

—Recuerdo un cine en la plaza Mayor, ¿me equivoco, Itzik?

—No. Yo también me acuerdo.

—¿Y si nos ponemos todos en la cola?

—Buena idea... a condición de que el cine esté abierto...

—Si está cerrado, haremos cola delante de una tienda...

—¿Cómo lo sabremos?

—Lianka y yo saldremos antes que vosotros, ¿no? Encontraremos un medio de avisaros.

David lo aprobó. Itzik y Elhanan se dieron la mano. Entre los dos, la complicidad era completa.

Al día siguiente, muy temprano por la mañana, dos jóvenes aldeanos se mezclan con centenares de obreros y campesinos que entran en Stanislav. Tienen un aspecto normalmente preocupado: ¿cómo irá la jornada? Lianka habla poco. Ella es así. Reservada, tímida. Elhanan intenta animarla, sin éxito. Además, deben estar alerta. Hablan mal el polaco. Para ser más precisos: hablan una mezcla de ruso y ucraniano que en una sala ruidosa podría pasar por polaco. Vale más mostrarse taciturnos que hacerse notar. La suerte les sonríe. Ningún control en la entrada de la ciudad. Las calles están llenas. Las colas se forman delante de las oficinas municipales en las que se obtienen las cartillas de racionamiento y las autorizaciones para circular. Elhanan ve el cine. Un gran cartel anuncia que está reservado a los soldados alemanes. Mala suerte, tienen que encontrar otra cosa. El inmueble de al lado: un hotel. Reservado a los oficiales alemanes. Enfrente, un restaurante. *El* restaurante militar de los miembros de la Kommandantur. ¿En la planta baja? No hay centinelas. Los alemanes se sienten seguros. Desde el punto de vista de los partisanos, el objetivo, mal protegido, es ideal: será suficiente con abrir la puerta o romper una ventana, lanzar una botella incendiaria... De treinta a sesenta segundos, y todo habrá terminado... Entre el estallido de las granadas, será fácil replegarse. Abandonar la ciudad. Correr hacia el bosque. Pero ¿cómo informar a Itzik? Lianka se detiene delante de una tienda y no puede reprimir un arranque de excitación.

—Mira —le indica.

Un cartel como muchos otros. Distribución de azúcar y de harina a cambio de los cupones A-1 y D-3 de 17 a 19 horas.

—¡Estupendo! —exclama Elhanan—. Haremos cola.

¿Qué hacer hasta entonces? Si se entretienen, se harán notar.

—¿Y si vamos al gueto? —propone Elhanan.

—Estás loco. ¿Crees que se puede entrar y salir como si nada?

—Conozco un pasaje secreto.

Van allí. ¿Elhanan, excitado? Sobreexcitado. No anda, vuela. Arrastra a Lianka detrás de sí, obligándola a apresurar el paso. Se diría que tienen una cita con un pariente desaparecido. Elhanan encuentra las callejuelas que conducen al gueto, descubre el pasaje clandestino. ¿Nadie a la vista? Nadie. Descienden al sótano, desplazan un banco, Elhanan señala un hueco abierto.

—Lianka... ¿Lo ves? Tenía razón.

Se hunden en el pasillo a oscuras. Elhanan enciende una cerilla. Una más. Después una tercera. Empuja una trampilla; están en el exterior, al aire libre.

—¿Estás seguro de que esto es el gueto? —le pregunta Lianka.

—Menuda pregunta...

De repente, lo asaltan las dudas: ¿esto es el gueto? Entonces, ¿dónde están sus habitantes? ¿Por qué este silencio, por qué no ven ni un alma viva? Los niños con los ojos desorbitados por el hambre, los viejos mudos y ciegos, las madres de mirada enloquecida, ¿qué noche los ha engullido?

—No entiendo nada —reconoce Elhanan.

Y de nuevo:

—No lo entiendo, no lo entenderé jamás.

—Yo sí —murmura Lianka con una mano sobre los labios.

Perdido en sus reflexiones, en sus recuerdos ardientes y negros, Elhanan parece tan lejos de Lianka que ella lo sacude.

—Pareces desesperado, Elhanan. Vámonos. Si te ven, sabrán que eres judío. Tu cara te traicionará. Piensa en Itzik, en los camaradas y en su combate, nuestro combate...

Lo arrastra hasta una casa en ruinas. Olor a cerrado, a abandono. Vajilla rota. Libros desgarrados. Ropa manchada. Todo lo que queda del tesoro de una familia judía. Elhanan se deja caer al suelo, Lianka se une a él. Lianka ha crecido. Madurado. Tierna, infinitamente tierna.

—Es necesario olvidar, Elhanan —le dice agarrándole la mano.

—No puedo. No puedo. Este gueto estaba vivo en mi pensamiento; ya no lo está. Es como si yo mismo lo hubiera matado.

—No digas tonterías. No tienes ninguna culpa, lo sabes muy bien. Haz un esfuerzo. Olvida. Por el momento, es necesario olvidar. Si no serás como Itzik: un poseso. Solo sueña con la venganza.

—¿Lo juzgas?

—No. ¿Qué derecho tengo a juzgarlo? Pero no estoy segura de que la venganza sea la respuesta correcta.

—¿Por qué no iba a serlo? ¿Por qué no castigar a los asesinos? ¿Por qué no hacer temblar a sus cómplices?

—No lo sé, Elhanan. Tus preguntas son buenas; incluso son pertinentes. ¿Cómo responderlas? Yo no tengo respuestas; sin duda, soy demasiado joven. Pero he aprendido lo suficiente para desconfiar de los vengadores.

—¿Y la justicia, Lianka? ¿No crees que se debe hacer justicia?

—Sí, lo creo.

—¿Entonces? ¿El vengador no es un justiciero?

—Sí, pero...

—¿... pero qué?

—No lo sé... Solo sé que yo no sería capaz de matar a un hombre a sangre fría...

—¿Aunque sea un asesino?

Desconcertada, acorralada, Lianka le suplica:

—No puedo imaginarme en el papel de alguien que da la muerte... la muerte a un hombre desarmado... No me obligues, te lo ruego, Elhanan. No me obligues...

Conmovido, Elhanan interrumpe la discusión. Se quedan una hora, o dos, o tres, cerca el uno del otro, dándose coraje. Fuera, sigue la primavera. A lo lejos, vislumbran un árbol; se adivina el sol que tímidamente explora un cielo cubierto de nubes. Aquí, en el gueto, está el vacío, un vacío extraño poblado de fantasmas. La sequedad. El polvo. Las cenizas. Aquí se ha extinguido la vida: ¿qué queda de una comunidad que se ha llevado la tempestad?

—Me pregunto —dice Elhanan—, me pregunto qué pasa en mi hogar.

—Lo sabrás muy pronto. No pienses en ello. Piensa en el presente.

—No te creía tan razonable.

Lianka baja la cabeza.

—Hay un tiempo para todo.

Dos adolescentes abandonados por una humanidad sedienta de sangre, de fuego y de odio. Dos bocas que se buscan. Dos corazones abiertos al dolor que los envuelve. Dos almas que se hablan, dos memorias que se llaman.

—Cuando era joven —dice Elhanan—, cuando era joven, no tenía miedo de morir, sino de esperar la muerte.

Las horas se deslizan y los dos partisanos intercambian recuerdos de infancia, intiman y se libran el uno al otro como si estuvieran solos en el mundo, y en realidad lo están: los límites del gueto son los de su mundo, y este mundo está vacío de belleza, vacío de vida. ¿Desde cuándo? No lo saben, no pueden adivinarlo. Son los últimos judíos de Stanislav.

Mientras esperan la hora para volver a la plaza Mayor, Fehérfalu se está desembarazando de sus propios judíos, pero eso, Elhanan y Lianka tampoco pueden adivinarlo. El gueto de Fehérfalu, invadido por gendarmes húngaros y oficiales alemanes, evacua a sus ciudadanos humildes y desgraciados hacia un destino desconocido, y eso, Elhanan y Lianka no pueden saberlo. Lianka ya es huérfana, Elhanan no tiene padre y va a perder a su madre, pero las aves del cielo no les traen el rumor. Elhanan y Lianka se esfuerzan por aferrarse al presente, por descubrirse el uno dentro del otro, por ofrecerse juntos razones para la esperanza.

La tarde parece demasiado lejana y, de golpe, demasiado próxima. Tienen hambre y sed; están agotados. Les gustaría quedarse en esa casa abandonada, de paredes asquerosas, en el corazón del gueto más pobre de la tierra, hasta la noche, hasta el día siguiente, hasta el fin de los tiempos. Pero se ponen en pie. ¿El sentido del deber? Más bien de la solidaridad. Itzik y sus hombres ya están en camino. Muy pronto estarán en la ciudad, buscarán a los exploradores.

—Bueno, ¿vamos?

—Vamos.

Todo se presenta bien. Nadie sospecha de ellos. Son casi las cinco de la tarde. Delante de la tienda ya hay personas que hacen cola. Elhanan y Lianka se unen a ellas. Llegan otros clientes, pero los dos partisanos les ceden el puesto. Desde donde se encuentran observan el hotel y el restaurante. Entran oficiales alemanes. Gracias, Señor. Que se atiborren, que se emborrachen, que aúllen su alegría por dominar a los débiles y a los puros. Que celebren su poder. Las ganas se les pasarán muy pronto. Pronto es ahora. Itzik llega solo. Anda con paso indolente. La gorra sobre los ojos, tiene el aspecto de un obrero que tiene todo el tiempo del mundo. Lisa y Dora, de la mano, salen por la

callejuela de la izquierda. En menos de veinte minutos está reunido el equipo. Cuatro partisanos vigilan en una calle adyacente; ellos asegurarán el repliegue.

Itzik se encuentra ahora detrás de Elhanan y Lianka. Saluda a la joven, como para flirtear. Ella le sonríe sonrojándose. En voz baja, intercambian algunas frases que Elhanan escucha. Todo está claro. Dos granadas por la puerta abierta: las lanzarán Lisa y Dora. Cuatro botellas incendiarias por la ventana. Y se van. ¿Cuándo? A las 18:55 en punto. Será el momento más fácil para acercarse al restaurante, fundiéndose con la multitud. Las agujas giran, las sombras se alargan. Es la hora. Itzik se separa lentamente de la cola y se desliza hacia el restaurante. Abre la puerta, como para echar un vistazo. Al instante siguiente, el ruido ensordecedor levanta ecos en la plaza Mayor. Esto por Vitka, grita Itzik en yidis. Lisa y Dora ya están cerca de él. La ventana está abierta y todo explota al mismo tiempo. Se diría que es un bombardeo, una avalancha de obuses. Las sillas tiradas, los trozos de vidrio cubren la acera. ¿Lo ves?, es fácil de destruir, se dice Elhanan. Gritos en alemán, en polaco. Disparos a ciegas. Gente corriendo en todas las direcciones. Los policías los interpelan. Los alemanes lanzan órdenes que nadie entiende. El tiempo de reponerse y los partisanos están ya en la callejuela sombría, detrás de la plaza Mayor. A paso rápido, salen de la ciudad. De repente, Itzik exclama:

—¡Elhanan! ¿Dónde diablos está?

Elhanan se ha quedado atrás. ¿Muerto? ¿Herido? ¿Prisionero?

—Lo he visto hace dos minutos —responde Lianka.

—Pero... ¿qué lo ha retenido?

Se elevan voces impacientes.

—Se las apañará, conoce la región. No podemos perder ni un minuto.

—Yo lo espero —anuncia Lianka.

—¿Te has vuelto loca o qué?

—¿Quieres que te detengan?

—Si te atrapan, ¿crees que...?

—Voy a esperarlo —repite Lianka.

Itzik duda: ¿abandonar a su amigo para poner a salvo a su grupo? Itzik está indeciso. Mientras tanto, la discusión se calienta. La aparición de Elhanan le pone fin. Está sin aliento, pero contento.

—Nos vamos —ordena Itzik.

En ese momento, el cielo se oscurece. Aquí y allá se entreabre una puerta para ver quién desafía a la policía y a la noche. Los habitantes no saben que son partisanos judíos; más bien piensan en los miembros del ejército secreto, el Armia Krajowa. «¡Ánimo, muchachos!», les dicen algunos ancianos patriotas. Uf, el bosque acoge a los partisanos. Pero Itzik no les concede reposo. Alejaros, les dice jadeando. Alejaros: les va en ello la vida. Tras algunas horas de carrera, llegan al campamento, donde David, loco de angustia, los acoge ofreciéndoles bebida.

—¿Puedo verte a solas un instante? —le pregunta Itzik a Elhanan.

—Desde luego.

—Explicame. ¿Por qué te has quedado atrás?

Elhanan se entristece.

—Preferiría que no me lo preguntases.

—Has puesto en peligro a nuestra unidad; es necesario que lo sepa.

Elhanan se frota la frente, vacila.

—En otra ocasión, Itzik.

—Ahora —se enfada Itzik—. ¿Por qué nos has expuesto inútilmente?

—No lo he pensado —confiesa Elhanan, apenado—. Ha sido un impulso estúpido por mi parte... He querido...

Se interrumpe, pero Itzik le pincha.

—¿Qué has querido? Dímelo todo, si no la próxima vez no confiaré en ti.

Elhanan no responde enseguida. ¿Por qué lo invade esta tristeza? Se apoya en la confianza y en la amistad de su amigo.

—Bueno, no sé cómo decírtelo... He visto la explosión de las granadas... He oído los gritos de los heridos... De repente, he sentido una necesidad extraña de acercarme a la ventana... de mirar al interior... de ver a los asesinos caídos en el suelo... Verlos heridos, gimiendo de dolor, reclamando ayuda... Y bien, lo he visto. Destrozados. Los rostros retorcidos... He pensado en el gueto que visitamos antaño... ¿te acuerdas?... y, lleno de ira, he sacado el revólver y he disparado contra ellos rugiendo como un enajenado: «¡Esto es por el gueto! ¡Y esto es por mi tío! ¡Y esto es por todos los judíos que habéis perseguido, humillado, matado de hambre, asesinado...!».

Un sollozo le impide continuar. Itzik lo abraza por los hombros.

—¿Es por eso por lo que te has quedado atrás? ¿Para vengarte?

Itzik está contento. Está orgulloso de su amigo.

—¡Bravo, Elhanan! ¡Mil veces bravo! Te había subestimado... Ven a tomar una copa...

Conduce a Elhanan a la tienda de David, donde celebran la victoria.

Pero Elhanan no puede tragar nada.

Con frecuencia, padre e hijo se pasean por las calles de Nueva York, explorando barrios misteriosos, conociendo personajes pintorescos: Staten Island y la Estatua de la Libertad; una sinagoga para judíos negros en Harlem; un café chino en el que los clientes hablan yidis; Time Square y sus mirones perdidos entre el dédalo de carteles luminosos; el Village y sus vagabundos demasiado ricos o demasiado pobres, en busca de dinero, de placer, de riesgo; Brighton Beach con sus cabarés y sus tabernas rusas: una plaza para solitarios desarraigados, un foro para iluminados; un restaurante para enamorados del *jazz*, un cine para enemigos del *jazz*. Malkiel conoce la metrópoli tan bien como su padre conocía su ciudad natal.

—En nuestro hogar también había locos —señala Elhanan.

Brooklyn le recuerda a Fehérfalu. Es el *shtetl* en versión estadounidense. Los judíos viven en un mundo cerrado. No hay comercio durante el sabbat, no hay escuela durante las fiestas judías. El Talmud y las matemáticas se enseñan en yidis. La vida se desarrolla según el antiguo calendario judío.

Un día, Malkiel llevó a su padre a casa de un gran maestro hasídico que solo recibía después de medianoche. Impresionante y majestuoso, irradiando fuerza y fe, con los brazos colocados delante de él sobre la mesa desnuda, el rabino escuchó a Malkiel sin dejar de mirar a su padre.

—Rabino —exclama Malkiel—, me vuelvo hacia usted porque la medicina de los hombres es impotente.

—Los médicos no son más que los emisarios de Dios —responde el rabino con voz tranquila—. También yo no soy nada más que su emisario. Los hombres pueden ser impotentes; Dios no lo es.

Corroído por sus inquietudes, Malkiel cruza y descruza las piernas, intentando captar la mirada del maestro, que no deja de estudiar a Elhanan.

—¿El deber del rabino no es hablar a Dios en nuestro nombre?

—Dios no necesita intermediarios.

—Pero ¡nosotros sí los necesitamos!

—¿Por qué hablas por tu padre? Si tiene algo que decir, que lo diga él mismo.

Elhanan lo oye y lo comprende todo. Abre la boca, busca la palabra justa, la encuentra.

—Rabí —le dice—, me hundo.

La mirada del rabino sigue anclada en la suya. De repente, se vela.

—¿No hay esperanza? —pregunta Malkiel.

—Dios nos ordena que esperemos —responde el rabino.

El rabí acomoda los hombros, los baja para concentrarse mejor. En el exterior, un borracho canta su tristeza en medio de los gritos de los policías que persiguen a un malhechor. ¿La violencia del mundo entrará aquí por efracción? El rabino la aleja con su voz.

—Elhanan, hijo de Malkiel, escucha. En nuestras plegarias de las grandes festividades, imploramos que el Señor se acuerde del sacrificio frustrado de Isaac... ¡Menuda idea! ¿Le rogamos a Dios que se acuerde? El Dios de Abraham, un simple amnésico, ¿eso es concebible? En realidad, le dirigimos nuestras peticiones en nombre del recuerdo para demostrarle que nosotros nos acordamos. El próximo Rosh Hashaná, irás a la sinagoga; te lo ordeno. Y te acordarás. Esto también te lo ordeno.

Fuera, treinta discípulos los asaltan. «¿Cuál es su impresión? ¿Qué les ha dicho el rabí? ¿Cuál de sus palabras les ha impresionado más?» «Es confidencial», responde Malkiel.

Al día siguiente, Malkiel le explica la visita a Tamar.

—Tendrías que haberme llevado contigo. Nunca he visto a un maestro hasídico.

—La próxima vez me acompañarás.

—¿Es verdad que se lo considera un hacedor de milagros?

—Sus discípulos solo juran por él.

Tamar reflexiona sobre la cuestión.

—Tengo confianza —afirma.

—¿En él?

—En tu padre. Si cree en el rabino, eso lo ayudará.

En Rosh Hashaná, padre e hijo acuden a la sinagoga. Tamar está en casa de sus padres, en Chicago. Elhanan, libro de plegarias en mano, sigue el largo oficio como antaño. Mejor aún: lo invitan a leer la Torá. Malkiel se deja llevar por el pánico: ¿cómo va a recitar su padre las bendiciones sin tropezar? Las recita de memoria. La felicidad de Malkiel no tiene límites. Pero no dura más que hasta el día siguiente del Kipur.

—Volvamos a ver a tu rabino —sugiere Tamar.

Los recibe a los dos hacia las cuatro de la madrugada. Malkiel está de pie al lado de la mesa. Tamar está detrás. El intercambio entre el joven periodista y el rabino adquiere un carácter irreal.

—Mi padre empeora de nuevo —explica Malkiel—. Ayúdenos otra vez.

—La ayuda no procede del hombre mortal que soy. ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo?

—Implore a Dios en nuestro nombre.

—Y tú, joven, ¿por qué no le imploras personalmente?

—Estoy convencido de que mis plegarias no llegan hasta el cielo.

Malkiel tiene que explicarse: está demasiado ocupado en el periódico, demasiado atormentado por la enfermedad de su padre, demasiado tironeado desde todos lados. El rabino suspira.

—Convéncete de que tu padre representa una prioridad. Todo lo demás puede esperar. Él no puede. Tu padre te lo ha dado todo; está en tu mano devolvérselo.

—¿Cómo debo interpretarlo? El alumno puede enseñar, el aprendiz, independizarse. Pero ¿qué puede hacer un hijo por su padre enfermo?

—Habla en su lugar; reza en su nombre. Haz lo que él es incapaz de hacer; que tu vida sea la prolongación de la suya. Aprende, porque él ya no puede aprender. Sé feliz, porque él ya no puede reír.

La garganta seca, la cabeza ardiendo, Malkiel responde en voz baja:

—Me pide lo imposible, rabino. ¿Cómo puedo ser feliz, cuando mi padre...?

¿Reír? ¿Entregarse a las alegrías de la vida? ¿Con qué derecho puede ser feliz? Nunca ha visto a su padre alegre. Viudo inconsolable, hombre desarraigado, Elhanan nunca se ha mostrado despreocupado, capaz de divertirse. A veces a Malkiel le habría gustado que lo fuera: estoy aquí, pensaba con despecho, existo, vivo, lo quiero y él lo sabe, ¿eso no es suficiente? ¿No comprende que al hundirse en la tristeza y en la pena me aleja y me condena?

—Rabí —dice Malkiel—, es posible que mi padre fuera feliz antaño, en Palestina, antes de mi nacimiento...

—Razón de más para que tú lo seas más y durante más tiempo. La tristeza de tu padre, ¿será menos pesada, menos opaca, si te afecta más? Tu obligación es resistirte... La persona que está contigo te ayudará, lo sé... ¿Quién es? ¿Tu prometida? Cásate con ella.

Invita a tu padre a la boda. Él te conducirá al baldaquín nupcial, te lo prometo. Recitará las bendiciones, eso también te lo prometo. Ese día será el más hermoso de vuestra vida, y de la mía. Yo lo recordaré, y él también.

El rabino se interrumpió: llamaban a la puerta; golpecitos discretos. Una sonrisa inquieta, frágil, nació en sus ojos claros y penetrantes, pero se extinguió con rapidez.

Para Elhanan, Palestina era Talia. E Itzik. Pero Talia era la ternura e Itzik la violencia. Talia o el amor. Itzik o la amistad. Durante los últimos meses de la guerra, Itzik no tenía más que una meta: vengarse. Para él era tan importante como vencer.

Construida con signos y sacrificios, la amistad entre los dos partisanos no podía durar. Y sin embargo. Como se decía en Fehérfalu: El hombre actúa y Dios se ríe. No, en este caso, Dios no ríe. A Dios no le gusta ver cómo una amistad se rompe. Dios llora por todas las separaciones como llora por todas las muertes. Ahora bien, el final de una amistad es una muerte.

Algunas semanas después del ataque de Stanislav se produjo la liberación de Fehérfalu. Un sol de verano recalentaba los tejados de tejas rojas, los árboles en flor y las chozas con los postigos cerrados. Los habitantes, aterrorizados, esperaban al invasor. Algunos huyeron a las montañas; otros corrieron hacia Budapest. Otros se enterraron en los sótanos de las casas judías abandonadas. Como siempre, el miedo precede a la primera oleada de asalto. Miedo a caer en las manos de la última unidad alemana, que, derrotada, matará antes de dejarse matar. Miedo de las bombas, de los obuses, de las balas perdidas. Miedo de los soldados rusos, sobre los que la propaganda cuenta cosas terroríficas pero verosímiles.

Evacuado por los alemanes y por los húngaros, Fehérfalu es ese día una ciudad fantasma. Las casas, vacías. Las tiendas, cerradas. Las persianas, bajadas. Las oficinas, abandonadas. La ciudad muerta respira como en una tumba. Silencio angustioso, espera pesada y llena de presagios.

Precediendo al Ejército Rojo, los partisanos de David descienden sobre la ciudad. El tiroteo dura una buena hora. De hecho, resulta inútil: el enemigo ya no está. Pero nunca se sabe. A los posibles rezagados más vale provocarlos, descubrirlos. La unidad de asalto se comporta también como si hubiera alemanes en cada inmueble y húngaros detrás de cada ventana. Explosiones de granadas, crepitar de ametralladoras seguidos de gritos

desgarradores de mujeres arrastradas por el cabello y de hombre obligados a alinearse contra los muros.

Elhanan no dice nada, no oye a nadie, sino que se lanza hacia su casa. El portal del patio está abierto. La puerta de la cocina también. Se precipita al interior, corre de una habitación a otra: nadie. Grita, aúlla: «¿Dónde estáis?». Sin respuesta. De repente, percibe un ruido sordo, amortiguado, una especie de frotamiento o de rascadura que viene de abajo. Están en el sótano, piensa. «¡Salid! —grita a pleno pulmón—. Salid, soy yo, Elhanan.» La puerta del sótano se abre. Aparece la cara de una anciana: es la señora Starker, la viuda. Elhanan la conoce. Vive a dos calles de su casa. ¿Qué hace aquí? Le pide que salga. «¿Qué hace en nuestra casa, señora Starker? ¿Dónde están mis padres? Rápido, no me mire así, responda, por el amor del cielo. ¿Dónde están mis padres?» Ella se pone a lloriquear, sorbiéndose los mocos y con hipo: «Entonces, ¿no sabe que...?». «¿Que qué? ¡Venga, hable! ¿Qué es lo que no sé?» «Sus padres, señor, ya no están aquí. Están...» «¿Dónde están?», pregunta Elhanan, a punto de perder la paciencia, a punto de emplear la fuerza. «Se los han llevado...» «¿Adónde se los han llevado?» «No lo sé. Se han llevado a todos los judíos...»

Elhanan tiene ganas de aullar y de dar golpes como nunca ha tenido ganas de golpear y aullar en toda su vida. Se deja caer en una silla y contempla el vacío delante de él. «¿Quiere un vaso de agua, señor?», pregunta la señora Starker. Él no la oye, no está aquí, todo esto no le está ocurriendo a él. Él, Elhanan Rosenbaum, no está armado, esta mujer delante de él no es una vecina, la catástrofe no ha tenido lugar. Mientras tanto, la señora Starker habla: «He venido a su casa a esconderme... esconderme en el sótano... Me he dicho que su refugio es más seguro que el mío... Sobre todo porque hay muchos judíos en el Ejército Rojo...». Como Elhanan sigue sin reaccionar, ella grita a través de la puerta del sótano. Aparecen otras cabezas. Numerosas mujeres, niños. Asustados, melosos, se abrazan a su guerrera: «Gracias —dicen—. Gracias por permitirnos venir a su casa... ¿Podemos quedarnos un día más, quizás una semana? El tiempo para que las cosas se calmen... y que los rusos se cansen de saquear, de violar...» Elhanan se pone en pie y sale. En la casa de delante —pertenece a la familia Cohen—, ordena que los vivos se dejen ver. Aterrorizados, obedecen, intentando explicar su comportamiento: «Era necesario esconderse... Los soldados rusos son capaces de todo...». ¿Por qué en las casas judías? Les había parecido razonable... Elhanan va a inspeccionar la casa de al lado: allí, más astutos, los ocupantes incluso han llegado a colgar una *mezuzá* sobre la

puerta. La sinagoga: los alemanes la han convertido en un establo. La casa de estudio hasídico: un burdel para soldados. La casa de la *yeshivá*: un museo antisemita.

Elhanan se encuentra con viejos conocidos que le explican con fragmentos entrecortados, jadeantes, lo ocurrido en el gueto y las sevicias que les ha infligido el jefe del Nyilas, un tal Zoltán. Es Kovágo, su antiguo profesor, quien le dice: «Sus padres me confiaron dos candelabros y tres cofrecillos rituales de plata; están a su disposición». Vásáros, un antiguo juez, le cuenta: «Antes de los transportes, sugerí a vuestro padre que abandonase el gueto». Los transportes... Se los describen y cree vivir una pesadilla: la ciudad ha traicionado a sus judíos, y estos hombres, estas mujeres que saquearon de inmediato sus moradas, se atreven a lamentarse de su suerte ante él... Quiere revolverse, pero se siente incapaz. ¡Dios, enséñame la cólera! ¡Haz que pueda erigirme en justiciero! Pero Dios no quiere. Entonces, Elhanan deja caer los hombros y se va en busca de otros testigos, de otros indicios, de otros culpables. Una voz lo llama: Lianka, las mejillas encendidas, le pregunta si sigue con vida alguien de su familia. «No ha sobrevivido ningún judío —responde Elhanan—. La ciudad los entregó a todos a los asesinos.» «Todos no —lo corrige Lianka—. Hemos encontrado a dos. Ven a verlos.» Los encuentra en la hermosa casa del industrial Gershon Weiss. Los partisanos los rodean. Cuando lo ven, le abren paso. «¿Los conoces, Elhanan?» Sí, los conoce vagamente. Eran empleados de Weiss. «Una familia cristiana los ha escondido», explica David. «Con riesgo de su vida», añaden los supervivientes. «¿Sois los únicos supervivientes?», pregunta Elhanan. «Sí», responde uno. «Hay un tercero —añade un partisano—. El sepulturero.» Elhanan siente que lo vence el vértigo: ¿el sepulturero? ¿Por qué lo habrá librado Dios? Los dos supervivientes se vuelven hacia él: «Si tiene alguna pregunta que formularnos, adelante». Elhanan tiene incontables preguntas. ¿Por qué los judíos no se refugiaron en las montañas o en los pueblos de los alrededores? ¿Por qué los valientes vecinos cristianos no abrieron sus puertas para acogerlos? Los dos supervivientes responden, contestan con calma, punto por punto, añadiendo algún detalle sobre tal familia, pero terminando cada vez con un suspiro resignado: «Ocurrió tan deprisa, tan deprisa». En cuanto a los padres de Elhanan, los habían visto en el gueto: «Tu madre contaba a quien quisiera escucharla que daba gracias al Señor porque había salvado a su hijo; se consolaba pensando que tú, Elhanan, estabas vivo». ¿Podría haber adivinado que volvería? «Ah —prosигuen los supervivientes—, si hubiera podido verte así, armado, vencedor, vengador...» La palabra es fea: vengador. «Oh, sí —dice un partisano—, es

necesario vengarse.» Se inicia una breve discusión: ¿es esa la vía, la vía judía, que un judío debe emprender? ¿Derramar sangre? ¿Cuál? ¿Por quién comenzar? Elhanan, aún absorbido por la imagen de sus padres, no participa. Itzik tampoco. Itzik tiene un aspecto salvaje. Los otros desarrollan argumento sobre argumento (la mayor parte están a favor de la venganza) e interrogan a los dos supervivientes sobre la identidad de los colaboradores y de los Nyilas. Un nombre aparece con frecuencia: Zoltán, el jefe del Nyilas. Itzik anota algo en un trozo de papel que se mete en el bolsillo. Después, los partisanos se dispersan: «Reunión mañana por la mañana a las siete en el patio de la sinagoga —ordena David—. Intentad evitar demasiados destrozos. Y no olvidéis que la guerra no ha acabado; debemos seguir al Ejército Rojo; cuentan con nosotros».

Dividido entre la cólera y el exceso de desesperación, Elhanan se pasea por las calles de su ciudad como un sonámbulo. En cada esquina espera encontrarse con un amigo de la infancia, un primo, un pariente. Ve constantemente a su padre, su madre le hace señales para que se acerque... Quiere hablarles, pero ningún sonido sale de sus labios. Está solo. Es verdad, están los compañeros, los camaradas, y tendrá muchos más en el futuro, pero no es lo mismo. Nada romperá su soledad de huérfano.

Un soldado ruso se dirige a él en yidis.

—¿Quieres un reloj? Tengo tres. El relojero ya no los necesita. Era un fascista...

El soldado se aleja. Elhanan sigue su camino. De repente, se detiene. Le ha parecido oír un grito. Un grito de mujer. ¿De dónde procedía? Todo su ser se tensa. Me he equivocado; tengo los nervios a flor de piel. No. ¡Ahí está de nuevo! Una mujer grita pidiendo auxilio. Elhanan sabe de dónde procede el grito. ¿Y si se trata de una mujer judía a la que han atacado? Se precipita al interior de la casa. Las puertas están abiertas. Una habitación pequeña llena de sombras, dos cuerpos enlazados en el suelo. La mujer se debate, el hombre le tapa la boca. Elhanan va a la ventana y corre las cortinas. «¿Estás loco? —grita Itzik—. ¡Déjanos!» Lleno de estupor, de náuseas, Elhanan contempla a su amigo estirado sobre la mujer, a la que domina aplastándola. Mira a la mujer, se avergüenza de mirar. Sabe que debería irse, pero sus piernas no lo obedecen. «¡Vete, mi buen Elhanan! ¿No ves que no he terminado? Espérame fuera, excepto... Excepto si también quieres...» Elhanan mira a la mujer, la mira intensamente, mira sus ojos, que reflejan una vergüenza, un dolor y una protesta innombrables, y Elhanan no sabe qué hacer. En ese momento las manos de Itzik se deslizan para agarrar los senos de la mujer, y ella, como una posesa, lanza un grito de horror. Elhanan da un paso hacia su amigo,

quiere tocarle el brazo, se detiene: «Itzik, amigo mío... Ven... Te lo suplico... Detente... lo que haces no está bien...». Itzik lo rechaza: «¿Quieres ser un santo? Entonces vete a la sinagoga... Y déjanos en paz». Itzik sigue manoseando a la mujer, que de nuevo se debate, suplicando a Elhanan con sus ojos turbados y turbadores como si él fuera su salvador, como si él fuera todopoderoso... Pero Elhanan no lo es. Sale de espaldas de la habitación. En la calle, se apoya en un muro y vomita.

¿Esperar a Itzik? No, decide irse. ¿Irse adónde? A su casa. ¿A su casa? Ya no tiene casa. ¿A la sinagoga? ¿Para volver a verla saqueada, profanada? Callejea, ocioso, sin destino, una calle detrás de otra. Aquí y allí, se encuentra con soldados rusos borrachos que lo invitan a unirse a ellos. Oye cómo lloran las mujeres. ¿Cuánto tiempo ha andado así? De repente se da cuenta de que involuntariamente ha regresado ante la casa donde Itzik... Sin saber por qué, llama a la puerta; nadie responde. Llama más fuerte. Quiere entrar. Quizás espera encontrar de nuevo a Itzik, su compañero de armas, su amigo Itzik el Largo, que ya no es su amigo. Quiere verlo. ¿Para decirle qué? Elhanan no lo sabe. Además, no vale la pena. Itzik no está. Una anciana, pañuelo negro sobre los cabellos desordenados, le abre la puerta entre sollozos: «Ya es suficiente, señor, ya es suficiente... Váyase, mi hija ya ha sufrido suficiente...». Elhanan la aparta con suavidad y se acerca a la joven acurrucada en un rincón. «Me gustaría ayudarla —le dice dulcemente—. Dígame... ¿qué puedo hacer por usted?» La joven no responde; no lo ha entendido. Se encuentra en otro universo. Entonces Elhanan se sienta delante de ella y le coge la mano; ella ni siquiera tiene fuerzas para resistirse. Parece apática, letárgica; ya no la asusta nada, nada le interesa. «No quiero hacerle daño —dice Elhanan—. Míreme, se lo suplico.» Insiste: es necesario que él consiga ayudarla. Es necesario que el tiempo y la voluntad vuelvan a entrar en ella. Es necesario que sus rasgos se relajen. No hay nada que hacer. Parece que la mirada de la joven se ha detenido sobre otra realidad, totalmente impalpable. Mirada fija en otro tiempo, arrastrada por una locura y por una maldición que nadie podrá descifrar. Elhanan se vuelve hacia la anciana: «¿Quién es usted? ¿Quién es ella?». La anciana se refriega las manos, responde entre sollozos: «Es mi hija... No, es mi sobrina... Vivimos al otro lado de la ciudad... En una casa bonita... Pensamos que aquí... aquí correríamos menos riesgos...». Elhanan insiste: «¿Quién es? ¿Cómo se llama?». La anciana termina confesando: es la viuda de un hombre que... que ha colaborado... Elhanan la ayuda: «¿Su marido era Nyilas? ¿Es eso?». Sí, es eso. Era antisemita, fascista... Se llamaba Zoltán... ¿Está muerto? Sí, asesinado... Perdón,

ejecutado... Sí, por partisanos judíos... La anciana balbucea... Se repite... Zoltán, se dice Elhanan... Se vuelve de nuevo a la joven viuda: «Lamento lo que le ha pasado; espero que un día me crea...».

A última hora de la tarde, oye cantos judíos en una gran casa... Descubre un grupo de partisanos judíos en compañía de oficiales y soldados rusos judíos; beben y cuentan historias entre risas. Itzik se da cuenta de su entrada, se acerca a él con las manos extendidas. «Contento de volver a verte, viejo.» Elhanan se aparta de él. «Salgamos — propone Itzik—. Hablemos.» Salen a la calle. «Me juzgas», dice Itzik. «No deberías haberlo hecho», responde Elhanan. Repite: «No deberías haberlo hecho». Itzik le agarra el brazo con fuerza: «¿Sabes quién era?». «Sé quién era su marido.» «¿Y la venganza? ¿Y la justicia? ¿Olvidas nuestros juramentos?» A Elhanan le duele el brazo, pero no hace caso del dolor. «Itzik —le dice después de un momento—. ¿Crees en serio que violar a una pobre mujer es una respuesta a lo que los enemigos nos han hecho? ¿Cómo puedes reducir nuestra tragedia a un acto de simple bestialidad? Además, ¿se trata de justicia? Tenías ganas de acostarte con una mujer, ella estaba allí, eso es todo. Y aunque no fuera todo, me parece que es... es repugnante.» Itzik sufre y lo demuestra. «¿Quién eres tú para hablarme de moral? —se enfada—. ¡La mujer de un cabrón, de un asesino, no merece tu piedad!» Elhanan eleva la voz: «¿Y haciendo el amor con ella, al violarla, pretendes decir que has tenido piedad de las víctimas de su marido? ¿Has lavado sus crímenes, has corregido la injusticia? La verdad es que la has violado por tu propio placer, por tu propia satisfacción de macho». Itzik recula un paso como para marcar la distancia que ahora los separa. «No hablas en serio, Elhanan. ¿Así es como me ves?» Elhanan no necesita responder; Itzik lo ha adivinado. Itzik ha comprendido. «Desde luego —dice con la voz rota—, desde luego... Perder a un amigo por culpa de una sucia antisemita...» Con aspecto abatido, regresa a la casa donde sus camaradas siguen de fiesta. Elhanan se queda fuera toda la noche. Quizá tema enfrentarse de nuevo a Itzik. Quizá se sienta culpable por no haber actuado antes, por no haber evitado que su amigo fuera demasiado lejos, por no haber defendido mejor a la joven viuda violada, víctima de la cólera y del sufrimiento judíos mal asimilados.

Se dejó envolver por la noche. Una luna pálida reinaba tímidamente en medio de las hordas de estrellas. Abajo, las callejas parecían más sombrías, más amenazadoras que durante el día. Después la tierra se abrió, se separó del cielo, de la noche; era la aurora.

De repente, como después de una disputa silenciosa con un ser querido, Malkiel se siente presa del pánico: se da cuenta de que esta aventura está condenada al fracaso desde el principio.

Perdóname, padre. Es necesario que me perdones, pero voy a decepcionarte. No existe ninguna transfusión de memoria. La tuya nunca se convertirá en la mía.

En esta ciudad que tú conocías tan bien, yo me encuentro como un extranjero. Los lugares que me has descrito siguen sin duda allí, pero no los reconozco.

Me has hablado de una casa rodeada de un jardín; no consigo situarla. Me has dicho que en el interior, al fondo del patio, estaba el héder adonde ibas de niño acompañado de tu madre. Pues bien, padre: he mirado, he buscado. Todas las casas se parecen y los patios también.

¿Cómo utilizar las imágenes que ha suscitado tu relato? Se desvanecen, se desmoronan como la arena; no corresponden a nada.

Aun así, padre, te había prometido que me acordaría en tu nombre y en tu lugar; pero no lo consigo. Soy incapaz de revivir tu vida, de volver a ver al niño y al adolescente que has sido; incapaz de reencontrar los rastros en estos muros que te vieron nacer y crecer. Puedo vivir después de ti, e incluso por ti, pero no como tú. Lo que has sentido al descubrir aquí el misterio de la aurora naciente, yo no lo sentiré jamás. Lo que has experimentado al acoger a la reina del sabbat, yo no lo experimentaré jamás.

Pero entonces, padre, ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué me has pedido que venga? ¿Por qué me has hecho prometer que me acordaría de todo lo que tú habrás olvidado? ¿Por qué me has revelado cosas que solo tú podías comprender?

Me has hablado del corazón generoso de tu padre, has evocado para mí la serenidad y la nobleza de tu madre; recuerdo tus palabras, pero eso es todo. Yo no sabría pronunciarlas como tú me las has dicho.

Me has descrito Stanislav y he recibido el dolor que te liga a Stanislav. Pero eso es todo, padre. Mi dolor solo es el reflejo del tuyo.

Me has dado a conocer tus aventuras con los partisanos; veo a tus compañeros de lucha; los observo cuando se lanzan al combate contra los alemanes, oigo los gritos de los vencidos, veo la ferocidad en los rasgos de tu amigo Itzik mientras dispara contra ellos, dispara gritando, dispara riendo, Itzik es feliz, feliz de vengar el honor judío, feliz de demostrar que el enemigo de los judíos no es dios, que es vulnerable, que es mortal. Veo y oigo todo lo que tú has hecho, todo lo que tú has visto, y por tanto, padre, sé, sí, sé

que me será imposible cumplir mi promesa. Es verdad que doy testimonio por ti, pero mi declaración será pálida comparada con la tuya; será pálida y pobre. ¿Qué hacer, padre? Tu vida y tu memoria son una e indivisible. No pueden sobrevivirte, realmente no pueden.

Lo sé muy bien: quien escucha a un testigo se convierte a su vez en uno; me lo has dicho, me lo has repetido. Pero no damos testimonio de los mismos acontecimientos. Yo puedo decir: he escuchado el testimonio, eso es todo.

Oh, sí, padre. Te he escuchado. Y en esta ciudad extranjera, sigo escuchándote.

En la cama del hospital, Elhanan sueña en voz alta.

—El Libro está abierto y una mano inscribe nuestras buenas acciones al igual que las malas, lo afirma la ética de nuestros Padres. Ah, si pudiera leer la página que cuenta mi regreso glorioso a la ciudad liberada de mi infancia...

A pesar de la vigilancia de Loretta, tres días antes consiguió salir del apartamento. Resbaló y se rompió varias costillas. Una ambulancia lo llevó al servicio de urgencia del hospital.

¿Se da cuenta de la presencia de su hijo a su cabecera? Febril, su mirada no ve nada más que el espacio.

—Cálmate, padre —dice Malkiel—. El médico te ha prohibido cualquier sobresalto.

—Pero el Libro —repite Elhanan—. Y la mano. Veo que escribe. Tengo miedo de leer. Ningún médico del mundo puede curarme de este miedo.

No es bueno que se mueva, pero no deja de moverse. ¿Llamar a la enfermera? ¿Quizás al médico de guardia? Malkiel está a punto de salir, pero la mano de su padre lo retiene.

—Te he contado mi regreso, ¿no es así?

—Sí, me lo has explicado.

—¿Y no te avergüenzas de mí?

—No, no me avergüenzo de ti.

Elhanan respira con dificultad antes de añadir:

—Yo me avergüenzo. Soy culpable, lo sé. Y muy pronto seré culpable sin saber por qué. Estaba allí, ¿lo entiendes? Lo vi todo. Habría podido, debería haber evitado esa violación. Itzik era más fuerte que yo, pero habría podido hablar con él durante más tiempo, con más autoridad. Debería haber distraído su atención y permitido que la mujer

huyera... Aun así, tenía el corazón roto, te lo juro. Vi los ojos de la joven ultrajada. Y si estoy enfermo es a causa de esos ojos.

Malkiel nunca había visto a su padre en semejante estado. Bajo la influencia de su mal, se refugia en el silencio, pero nunca se ha dejado ir. Incluso para el servicio de *Yizkor*, oculta el rostro. Y ahora llora abiertamente.

—Volveremos a hablar algún día —dice Malkiel—. Ahora no. Descansa. El médico insiste. Si no, no garantiza nada.

—¿Quién es él para garantizar lo que soy? Dios es el único propietario del Libro. Es el Libro de su memoria. Y en ese Libro, seré castigado, lo sé; ya me está castigando.

Una enfermera negra le hace una señal a Malkiel para que lo acompañe al pasillo. Pero este no puede liberar la mano que su padre retiene con una fuerza insospechada.

—Tu madre no sabe nada, temo lo que pensaría de mí.

—Hablares mañana, padre. El médico me llama.

Elhanan no lo ha oído.

—Tu madre, la he amado. La he amado como el abuelo amaba al Señor. La he amado como un viajero errante en el desierto ama el cántaro de agua, como un hombre que muere ama la vida. Le he prometido la felicidad; y somos felices. Las noches de Jerusalén, te las contaré algún día. Los paseos, el callejeo nocturno cuando no había toque de queda. Cada hora contaba, cada palabra era fecunda. Tu madre sabía escuchar. Me hacía hablar. A ella le encantaba. Entonces, le explicaba mi infancia, mis recuerdos de la escuela, de la guerra. Pero mi ruptura con Itzik, eso no. Temía su juicio, como temo el juicio del cielo. No obstante, ha sido ella la que ha recibido el castigo, no yo. ¿Sabes por qué ha muerto tu madre? Porque asistí a la violación del ser humano, a una violación de su soberanía, a una profanación de su divinidad, y asistí sin reaccionar. Esa es la enseñanza terrible que te lego, hijo mío: Itzik ha blasfemado, yo he mirado, pero ha sido a tu madre a quien se ha llevado la Muerte.

De nuevo, se mueve. De nuevo, la enfermera negra le hace una señal a Malkiel para que salga al pasillo. Esta vez, se libera.

—Su padre está débil. Necesita descansar...

—Perdóneme, señorita. Ha dicho que me necesita.

—Lo que necesita es dormir. Váyase.

—¿Usted estará cerca de él?

—Prometido.

Malkiel regresa con pasos amortiguados a la habitación.

—Órdenes del médico. Tengo que irme. Volveré. Mañana.

—Pero te necesito, hijo mío. Tengo tantas cosas que confiarte, tantas cosas que olvidaré esta noche... No me abandones.

—Me gustaría quedarme toda la noche... pero...

—Un minuto. Quédate un minuto más.

—De acuerdo. Un minuto.

—¿Sabes qué, sabes en quién pienso en este momento?

—Dímelo.

A pesar del dolor, la cara del enfermo se endurece como si se preparase para hacer sufrir a alguien, es posible que a él mismo.

—En la joven viuda.

Consternado, Elhanan no dice nada más. No se duerme.

Con el pensamiento, vaga en la lejanía.

El campamento empezó a zumbar de rumores, de opiniones, de consejos, de promesas, de acuerdos: ¿Partimos, si o no? ¿Ahora o más tarde? Si te vas, ¿me escribirás? Cuando llegues, ¿me lo harás saber?

Quinientas «personas desplazadas» —antiguos partisanos, deportados, clandestinos— se inscriben para el convoy. Estaban hartos de esa existencia marginal e inútil. Hartos de vivir de la limosna o del mercado negro. Hartos de sentirse indeseables. Hartos de dormirse y despertarse sobre una tierra que tantas víctimas, antes de morir, habían maldito y condenado. «Pero ¿los inconvenientes del viaje? —les preguntaban—. ¿Y los obstáculos? ¿Y los peligros? ¿No os dan miedo?» Jugaban a ser héroes: «Hemos visto otras cosas, ¿sabéis?». Y también: «En definitiva, ahora al menos sabemos adónde vamos y por qué vamos».

Una semana de preparativos: aprender algunas palabras clave en hebreo, algunas frases útiles en francés. El convoy de camiones debía llegar a un campamento de tránsito en Francia antes de dirigirse a un puerto cerca de Marsella. Sobre todo había que desconfiar de los chivatos y de los espías ingleses que recorrían la Europa liberada en busca de «ilegales» judíos. Consignas prácticas: cómo vestirse, lo que había que llevarse, comprar o vender. ¿El mejor consejo? Coger lo que ofrece la administración, nada más. El resto vendrá después.

La víspera de la partida, Elhanan rinde visita a Talia. Parece contenta, él no.

—Dime —lo pincha ella—, tienes una cara...

Intimidado como siempre, Elhanan baja la vista. Una pregunta se agita en el fondo de su garganta.

—Y tú... ¿por qué estás tan contenta? ¿Porque me voy?

—Francamente, sí —le contesta.

—Gracias.

Ella extiende los brazos y lo atrae.

—Si me sonríes amablemente, te confiaré un secreto... un secreto que es posible que te guste.

Lo intenta, pero no puede más que esbozar una mueca. Talia ladea la cabeza.

—Haz un esfuerzo.

Lo hace. Mismo resultado.

—Bueno, aprecio el esfuerzo. La novedad que tengo para ti es que no te vas solo...

Elhanan va a reaccionar, pero ella se adelanta.

—Me voy contigo.

De golpe, Elhanan se olvida de respirar. Le da vueltas la cabeza, el suelo se mueve bajo sus pies. ¿Dónde fijar la mirada? ¿Cómo contener la emoción que lo atenaza?

—¿Lo ves? —dice Talia—. No te tengo la más mínima confianza. Lejos de mí, quién sabe de quién te enamorarás...

Sus ojos brillan, llenos de encanto. Sus labios entreabiertos, sensuales, reclaman una respuesta. Con un tono aún más bajo, dice:

—Eres idiota, realmente idiota, mi pobre Elhanan.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando se ama, se demuestra. Y tú lo ocultas.

¿Realmente ha utilizado la palabra amor? Elhanan no se fía ya de sus oídos. Elhanan ya no es Elhanan Rosenbaum. Su vida ya no le pertenece. Sueña un sueño exaltado. Vuelve a ver a Vitka y a Lianka y ellas le dicen: «Ahora, finalmente podrás amar». Baila sin moverse, grita de felicidad sin abrir la boca, está menos solo y más solo que nunca, se cae y se levanta al mismo tiempo hasta el séptimo cielo, hasta el trono celestial donde Dios, rodeado de los Sabios y los Justos, le prodiga sonrisas y palabras que le llenan el corazón y la cabeza. Pero se alza una voz para asustarlo: «¿Así que la amas? ¡Cuidado, Elhanan! ¡Cuidado con el Tentador! Está por ahí, destaca en el arte de llevarse a las prometidas amadas». Otra voz, ¿o es la misma?, quiere burlarse: «¿Eres feliz, Elhanan? ¿Por qué eres tan feliz? ¿Porque partes hacia Tierra Santa o porque te acompaña una mujer hermosa? ¿Así que la belleza de una mujer es más determinante que la llamada de tus antepasados?». En su desconcierto, Elhanan se vuelve hacia Dios, que, en silencio, declara: «Todo amor contiene un amor por mí». Otra voz más, ¿era de Dios o de Talia?, añade: «No hay que tener vergüenza de amar».

Talia lo abraza. Permanecen enlazados durante largo rato.

—Tengo ganas de hacer el amor contigo —anuncia Talia—. Pero no sobre esta tierra.

Elhanan vuelve a ver los ojos enloquecidos de la joven viuda violada. Se acuerda de su repulsión.

—Tienes razón —asiente—. No sobre esta tierra.

Se separan. Además, aún tienen cosas que hacer. Elhanan debe devolver unos libros a la biblioteca del campamento. Decir adiós a los vecinos. Rellenar los formularios. Ambiente tenso, atmósfera cargada de curiosidad, también de angustia. ¿Y si el convoy encontraba un obstáculo imprevisto en la ruta? ¿Y si los documentos falsos levantaban las sospechas de un aduanero malévolo, sobornado por los agentes de su majestad británica? ¿Y si el barco se hundía? ¿Y si muero de camino? La literatura hasídica enseña que en cuanto un judío, sea quien sea, decide irse a vivir a Tierra Santa, Satanás se pone en marcha para evitarlo. Satanás y sus trampas. Satanás y sus manipulaciones. ¿Cómo iba a hacerlo esta vez? Al final de los tiempos, cuando el Ángel de la Muerte haya degollado al degollador, será degollado a su vez por Dios. ¿Por qué esperar? Amo del universo, ¿no puedes intervenir antes? Ocúpate de Satanás, que es el Ángel de la Muerte. Por una vez, ponte enseguida a nuestro lado, haz que una historia de amor no se hunda en las tinieblas. Mañana quédate con nosotros.

Mañana llega después de una noche en blanco tumultuosa. Al alba, la partida. Elhanan y Talia viajan en el mismo camión. Nada de discursos. Nada de ceremonias de despedida. En mangas de camisa, el responsable da la señal y el convoy arranca. Un viento matinal aporta un poco de frescor. Friolero, Elhanan se abotona la chaqueta. Un hombre piadoso recita los Salmos. Un muchacho y su prometida se cogen de la mano. Elhanan intercambia un guiño divertido con Talia. Las palabras «no sobre esta tierra» le vuelven a la cabeza. Durante dos mil años de exilio, los judíos han dicho lo contrario: «Sobre esta tierra también».

El convoy atraviesa pueblos dormidos, campos cultivados, bosques espesos. Por todas partes, los vestigios de la guerra. Vehículos destrozados, carcasas de blindados, escombros de inmuebles. Ancianos asustadizos, mujeres con paso sumiso. He aquí el castigo, piensa Elhanan. Cuando se han librado del mal, les llega el remordimiento. Han querido reinar y ahora les toca obedecer. ¿Actitud de justiciero? Ese papel no le pega en absoluto. Ha roto con su mejor amigo, que, para vengarse de un enemigo sin piedad, ha creído que podía privar a una pobre mujer de su derecho a la piedad. Al mismo tiempo, no puede negar que el espectáculo de la derrota nazi le procura una sensación de satisfacción.

¿Qué ha sido de la joven viuda? E Itzik, ¿dónde está? Antes del final de las hostilidades, se ha unido al ejército checo. Elhanan celebraba la victoria cerca de Múnich. Después, antes de dejarse repatriar a Fehérfalu, se ha instalado en este

campamento para personas desplazadas. ¿Ha tenido razón al no volver a su casa? Nadie lo espera. Y además, tenía miedo. Miedo de medir el vacío dejado por tantos muertos. Miedo también de volver a ver a la joven viuda... Terminar ese capítulo. Terminar el exilio europeo. Terminar con la atracción del extranjero.

La Briha, fiel a su leyenda, hizo bien las cosas. En la frontera, el control duró apenas una media hora. Esa misma tarde, el convoy llegó a un campamento de tránsito. Acogida calurosa, fraternal. El mecanismo funcionaba maravillosamente. Catres, ropa de recambio, comida caliente, oficio religioso para los que lo reclamaban, deporte para los aficionados.

Durante esta breve estancia en Francia, Elhanan no pudo estar con Talia. Ocupada con preparativos diversos, se pasó los dos días en las oficinas del campamento. Al verla tan ocupada, Elhanan sintió una sensación de desgarramiento. En una especie de delirio, la vio subir hacia las nubes y la buscó durante mucho tiempo antes de vislumbrarla, volando entre el cielo y la tierra, en busca de refugio y certidumbre. Entonces supo que la amaba de verdad y que la amaría siempre. No se sabe que se ama a alguien antes de verlo suspendido entre las nubes.

Talia no reapareció hasta la tarde del segundo día, cuando los *maapilim* —así es como llamaban a los ilegales— se disponían a salir para el puerto.

—A partir de ahora estaré contigo —le anunció ella.

Sentados al lado en el camión, se dejaron penetrar por la embriaguez y la esperanza que dominaban el convoy. Un hombre rezaba. Su vecino aferraba silenciosamente el brazo de su esposa. Un adolescente decía a su amiga: «Pellízcame, quiero estar seguro de que esto no es un sueño».

—Seremos ochocientos quince pasajeros a bordo —dijo Talia—. Trescientos quince ya están allí.

Y después de un silencio:

—Siempre que los ingleses no estén al corriente.

En el camión, todo el mundo expresó el mismo deseo. Pero ¿si los ingleses lo estaban? Se plantearon numerosas hipótesis: sin duda, nos apresarán. No: nos escoltarán a Haifa. No: a otro sitio... Talia no intervino en la discusión. ¿Qué pensaba?

—Elhanan —le susurró—, ¿has visto el mar?

—No. Nunca.

—Entonces, cierra los ojos. Yo te diré cuándo puedes volver a abrirlos.

Elhanan tuvo la sensación de ser el niño que, antes de nacer, da con su ángel de la guarda la vuelta al mundo para elegir su residencia.

—Ahora —indicó Talia.

El corazón de Elhanan saltó como cuando Talia le cogió la mano por primera vez. Vio el mar y se quedó sin aliento: ignoraba que la belleza pudiera ser tan intensa. No dudaba que el infinito existía más allá del pensamiento místico. Descubrió un cielo de un azul poco tranquilizador, muy alto, y comprendió por qué los hombres alzaban la mirada hacia él. ¿Dónde estaba el mar? ¿Arriba? ¿Abajo? Miles y miles de estrellas se reflejaban en él. El mar: mecido dulcemente, regularmente, por las olas, cuyo rumor monótono se repetía hasta los confines del horizonte. Como cuando estudiaba el Zohar, en otro tiempo, descubrió en el cielo unido al mar un universo alucinante que no pudo abandonar sin una sensación cercana al desarraigo.

—A veces —le dijo Talia—, el mar da ganas de morir; yo quiero que te dé ganas de vivir.

El barco era una vieja bañera griega, el Crétois. El capitán, Nikos, un aventurero de los que ya no se ven, recordaba a un actor de cine. Gorra sobre la frente, pipa en la boca, aspecto ceñudo que disimulaba un corazón romántico. Su tripulación estaba formada por marineros de todos los países mediterráneos.

El verdadero comandante era Eytan, un buen mozo del Palmaj, que se decía poeta. Rodeado de un equipo palestino, en el que se encontraba Talia, era responsable de la travesía. Si los ingleses decidían interceptar el Crétois, era el encargado de organizar la resistencia a bordo.

El barco levó anclas después de medianoche. Los pasajeros, amontonados en camarotes mal aireados, solo podían aparecer en cubierta por grupos, según un horario preciso. En su calidad de intérprete, Elhanan disfrutaba de ciertos privilegios: podía circular libremente. De hecho, se lo consideraba más bien como un miembro del equipo palestino.

La travesía empieza mal. Levantado por un puño gigantesco, el mar aúlla y baila: el planeta, demasiado estrecho, suscita su furor. El mar apela a la grandeza y a la inmensidad. Provoca en duelo a todas las gravedades, llama a la muerte como los lobos a la noche, pero no se somete al día, no cuando se deja llevar por el empuje de la tempestad. Batiendo orillas invisibles, anegada de bruma, muerde las rocas con forma de

nubes, se eleva hasta el cielo, al que parece desafiar, antes de retirarse como una estatua negra acurrucada que va a dar a luz en medio del dolor.

Vuelta la calma, había que preocuparse de nuevo del peligro británico. Tras treinta horas de navegación, este se precisó: un buque de guerra se aproxima a toda máquina.

Eytan reúne a su equipo.

—Nos han descubierto. He contactado con el estado mayor. Nuestras órdenes son sencillas: cambiar el nombre del barco por Geula («Redención») y resistir, resistir por todos los medios para que la opinión pública, alertada mientras tanto por nuestros amigos, pueda dar todo de sí.

Sus tenientes hacen que los pasajeros suban a los puentes superiores. En grupos, bajo el mando de hombres de Palmaj, deberán retrasar todo lo posible el abordaje. Elhanan se queda en el puente de mando con Talia y Eytan.

—¿Qué harán con nosotros? —pregunta Elhanan.

—Campo de internamiento —responde Eytan.

—¿Todos?

—A los palestinos no. Nos dejarán en libertad.

Una nueva separación, piensa Elhanan. Talia piensa lo mismo, porque se vuelve hacia Eytan.

—¿Cuándo será el abordaje?

—Mañana o pasado mañana. Cerca de la costa. Es su costumbre.

—Entonces, aún tenemos tiempo.

—¿Tiempo? —se sorprende Eytan—. ¿Para hacer qué?

—Para casarnos —responde con voz seria.

Eytan la mira consternado.

—¿Se trata de una broma, Talia? Has elegido mal momento.

Talia le sostiene la mirada.

—Si me caso con Elhanan, eso lo cambia todo para él, ¿no es así? Como esposo de una ciudadana palestina podrá desembarcar conmigo, ¿o me equivoco?

Eytan reconoce que el argumento no carece de peso. Interroga a Elhanan.

—Y tú, mi pobre amigo, no tienes nada que decir sobre el tema.

—Sí.

—¡Dilo!

—Digo que sí.

—¿Te sacrificas por la causa?

—Siempre dispuesto, como se suele decir.

Eytan lo mira de arriba abajo, sacude la cabeza como para salir de una larga meditación poética y estalla en una carcajada.

—Este es el cuarto barco que conduzco, pero es la primera vez que me cae encima algo así.

Ríe, ríe, y Talia, irónica pero con dulzura, le dice:

—En yidis existe una bella expresión: Que no te ocurra nada peor.

Y a Elhanan:

—¿Lo ves? En tu honor, he aprendido algunas palabras en yidis.

—Talia, Talia —dijo Eytan—. Me toman por poeta, pero tú lo eres más que yo.

La boda se fija para el día siguiente. El capitán, Nikos, conducirá la ceremonia en el plano civil, y un judío ortodoxo, que no deja de estudiar la Biblia, presidirá el oficio religioso.

La ceremonia constituye todo un acontecimiento. Se ha descubierto un vestido de novia para Talia, un pantalón azul y una camisa blanca para su prometido. El oficiante recita las plegarias y las bendiciones de costumbre. La novia da siete vueltas alrededor del novio bajo el *talit* que sirve de baldaquín. Elhanan pronuncia el voto —«según la ley de Moisés y de Israel»—, rompe el vaso con el talón en recuerdo de la destrucción del Templo, y más de ochocientos hombres y mujeres gritan *Mazal tov, mazal tov*, que la suerte os acompañe, que la buena estrella ilumine vuestro camino, que vuestra alegría dure más allá de este día, más allá de esta semana. Incluso se celebra una especie de recepción improvisada. Se canta, se hace bailar a la joven pareja, Eytan pronuncia un discurso, un narrador entretiene a los invitados con unos versos. Llega la noche. Talia y Elhanan ocupan la cabina del capitán, que, ligeramente borracho, no deja de declarar que es el día más hermoso de su vida, el día más hermoso de su vida... Solos en la cabina, Talia coge la mano de su marido y se la pasa por la cara.

—Cuando era pequeña, mis padres desbordaban su imaginación cuando pensaban en mi boda, cada uno de ellos queriendo demostrar que su fantasía iba más lejos... Pero ninguno de los dos pudo prever la boda que acabamos de vivir.

—¿No temes que se sientan decepcionados?

—Estarán felices. Como yo, por mí. Y para que yo sea feliz, es necesario que tú también lo seas.

Elhanan se acuerda de sus padres; ellos también debieron de imaginar este día.

—Si lloro un poco, ¿no te enfadarás? —pregunta Talia.

Al igual que ella, Elhanan no puede contener las lágrimas.

—Está bien —asiente Talia—. Lloremos por nuestros padres, que habrían llorado si estuvieran aquí; lloremos en su lugar.

Fuera, sobre el puente, continúa la fiesta.

Y en el horizonte hace su aparición un segundo buque de guerra y después un tercero. Juntos escoltan a los recién casados hacia su destino.

Tres unidades de paracaidistas participan en la operación. Los ilegales resisten como pueden. Pero el resultado nunca ha sido una incógnita. En algunas horas, el abordaje ha terminado. Finalizada la epopeya bautizada como «Redención». Los pasajeros son transferidos a bordo de un barco-prisión que espera frente a Haifa.

¿Se trata de una derrota para el ejército judío clandestino? En apariencia, sí. Solo en apariencia. Una cincuentena de periodistas internacionales, movilizadas por la Agencia Judía, explican el acontecimiento, acentuando así la presión sobre el gobierno británico. Periódicos y revistas, en todas las lenguas, noticias en todas las pantallas muestran y explican la odisea de estos judíos desarraigados que, movidos por una esperanza milenaria, han querido regresar a la tierra de sus ancestros. Por todas partes se difunden las fotos de estos supervivientes que la orgullosa marina de guerra británica ha detenido. Y también, románticas hasta hacer reír o llorar, las de la pareja que acaba de casarse en alta mar. Y sí, Talia y Elhanan conocen la fama, aunque las autoridades les facilitan el desembarco. Al fin y al cabo, no se puede acusar a los ingleses de falta de corazón.

La pareja descansa en Jerusalén, en casa de los padres de Talia, mientras de los Estados Unidos llega una carta para Elhanan. Un primo le escribe: «Ignoraba que un miembro de mi familia hubiera sobrevivido a la catástrofe». En cuanto a Elhanan, ignoraba que tuviera familia en los Estados Unidos. Un primo, para ser exactos. La carta contenía pruebas irrefutables. Los nombres corresponden. Fechas y direcciones concuerdan. «Tome a su joven esposa y venga a pasar algunas semanas a nuestra casa —propone el primo—. Poseemos una villa magnífica en Westchester: su habitación da al bosque. Necesita descanso y lo encontrará con nosotros.» Invitación atractiva, es verdad, pero Elhanan y Talia no tienen en mente tomarse unas vacaciones.

En Palestina, Elhanan se siente transportado a un lugar extraño, a la vez familiar y misterioso. Le parece reconocer cada piedra, cada árbol, cada esquina, pero al mismo

tiempo, a cada paso, siente la necesidad de detenerse, maravillado, y exclamar: ¡¿No se trata de un sueño?!

Las inscripciones hebraicas, los nombres de las calles, Yehuda Hálevy y Don Itzhak Abadanel, los policías judíos hablan hebreo, la estrella de David gloriosamente exhibida, los movimientos clandestinos que hacen temblar al ejército inglés: «¡Mira, Talinka, mira! ¡Lee esto, escucha esto!». Subyugado por la emoción, va de sorpresa en sorpresa, extasiándose como un adolescente tras su primera cita amorosa.

Para el país, para el pueblo judío en su conjunto, se trata de la gran época, de la epopeya palpitante. Cualquier incidente adquiere la dimensión de una aventura a escala histórica. Después de dos mil años de exilio, un estado judío soberano va a renacer de sus cenizas. Todo va a cambiar: la estructura y la mentalidad, los lazos con el extranjero y la relación consigo mismo.

Primer sabbat en casa de los padres de Talia. Tras el *Kidush*, Zalmen y Reuma abrazan a los recién casados.

—Bailemos —exclama Zalmen.

Reuma no se hace de rogar. Talia y Elhanan, emocionados, se quedan a un lado.

—¡Venid también! —les dice Zalmen—. ¡Vamos, la felicidad se comparte!

Las relaciones entre Elhanan y sus suegros son ejemplares. Respeto, afecto, generosidad: nunca un malentendido, nunca una segunda intención. Cuando, en Méa Shéarim, se hace el elogio de los «matrimonios mixtos», se menciona a los Rosenbaum. El suegro trabaja en la administración; Reuma en una editorial. Antes de buscar un empleo, Elhanan y Talia van a pasar unos días al mar. En una cabaña, en la playa, se aman. Elhanan se acuerda: olas inmensas, violentas.

Cerca de ellos, dos hombres andan arrastrando los pies. Apoyado en un bastón, cojeando pesadamente, un anciano rebusca en la arena. Todos estos dramas están presentes, a cada instante. Algunas mujeres son de una belleza sobria, pero sin espíritu; otras parecen iluminar el mar y el sol. Los rostros más hermosos son los que no explican lo que han vivido.

Enseguida, los días adquieren un ritmo normal: la actualidad cotidiana es palpitante. Atentados contra el ejército y la policía, toque de queda, represión, manifestaciones contra uno u otro enjuiciamiento. Noticia sensacional: las tres organizaciones de resistencia han cerrado un acuerdo de colaboración. En una noche, estallan diez bombas en diez puntos neurálgicos del territorio. El Leji destruye aviones militares, el Irgún hace

saltar por los aires un cuartel, el Palmaj consigue desembarcar algunos centenares de refugiados cerca de Natanya. Convulsiones sin precedentes recorren el país. Las discusiones no terminan: ¿Hasta dónde llega el derecho de los combatientes por la independencia? ¿Cómo hay que responder a las sentencias de muerte pronunciadas por los tribunales militares? A los latigazos repartidos por la policía, el Irgún replica con bastonazos administrados a los soldados. ¿El poder inglés amenaza con ejecutar a los «terroristas»? Esos mismos terroristas toman como rehenes a oficiales: ojo por ojo, vida por vida.

Desde la revuelta de Bar-Kochba, Eretz-Israel no había conocido semejante efervescencia.

(Toda victoria es provisional, y esta sobre el tiempo lo es más que otras. No obstante, Elhanan no puede prescindir de ella. Para él, cada instante de lucidez es un triunfo que se esfuerza en prolongar con todo su ser: una hora o dos, una velada de invierno, o algunos días de un tirón. Entonces, habla hasta el agotamiento, sin saber si podrá acabar la historia que ha empezado.

También tiene con frecuencia la sensación de que el recuerdo que evoca podría ser el último, que cada una de sus palabras podría representar una ruptura más que un logro.

Como el escriba que copia la Escritura santa, desea bendecir a Dios por cada palabra que consigue revivir.)

Palabras de Elhanan Rosenbaum

Como soy tan tonto, no sabía que Talia llevaba una doble vida; no podía adivinarlo. Ocultaba bien su juego, ella, que no me escondía nada. Pretendía trabajar para la sección secreta de un movimiento que se ocupaba de la inmigración clandestina. Por las tardes se apartaba de mi lado diciendo con el tono más natural posible: «Esta noche estoy de servicio; no me esperes, vete a dormir; te veré mañana por la mañana; si duermo, despiértame. Sabes cómo me gusta desayunar contigo». No fue hasta mucho más tarde, vidas más tarde, después de mi regreso de Amán, que sus padres me lo contaron. Ellos estaban al corriente, ellos.

En aquella época, yo trabajaba en el consulado de Checoslovaquia. Conocía al vicecónsul. Había estudiado en la *yeshivá* de Fehérfalu y mis padres lo invitaban a compartir todos los miércoles nuestras comidas. «Le he hablado de ti al cónsul —me dijo un día—; necesitamos a alguien como tú que hable hebreo, yidis, alemán, lenguas esclavas.» Me contrataron como traductor. Salario interesante, trabajo razonable. Talia no salía de su asombro: «¿Qué has hecho para arreglártelas tan pronto y tan bien? ¿Te das cuenta? ¡Acabas de llegar y ya estás instalado!». Lo que más le impresionaba era mi carnet de identidad del consulado: «Si lo entiendo bien, casi eres diplomático, ¿o no? ¿Disfrutas de inmunidad diplomática?». Talia reía. Reía de alegría. Yo también, la veía feliz y reía.

Sin embargo, debería haber desconfiado.

Lo recuerdo: una mañana, leyendo el periódico, empalideció. Falta de respiración, casi se desmaya. «¿Qué te ocurre, Talinka? ¿Te sientes mal?» Tenía otra pregunta en la punta de la lengua, pero preferí no formularla: ¿Estás embarazada? Le di un vaso de agua fría. Ella bebió un trago, otro, sin apartar la vista de la foto en primera página: cinco hombres, aún jóvenes, encadenados, rodeados de policías ingleses. «Ese es Saúl», dijo Talia. «¿Cuál de ellos?» Ella me lo señaló: en la veintena, rizos enmarañados, sonrisa irónica. «¿Lo conoces?», le pregunté. Lo conocía. «Compañero de escuela.» En realidad, era un camarada de lucha, Saúl. ¿Y los demás? También, pero ella no los conocía: la

compartimentación era un principio básico de la clandestinidad. Detenidos por la policía británica en el transcurso de un ataque contra una instalación militar, los cinco iban a comparecer ante un tribunal militar. ¿Y después? El cadalso. «Es necesario que esto termine, es necesario», comenta Talia. Yo asiento; estaba contra el terrorismo como medio de acción. Talia y yo lo discutíamos a menudo. «¿Y no estás en contra de la opresión inglesa que provoca este tipo de acciones?» Sí, lo estaba. «Entonces, ¿estás contra todo el mundo?», concluyó Talia. Sí. Estaba contra todo el mundo, demasiado violento para mi gusto.

Dicho esto, Talia se interesaba un poco demasiado por los disidentes armados. Solo leía las noticias y los artículos que les concernían. Irgún, Leji, Palmaj, Haganá: los conocía como si fueran su especialidad. Sabía los nombres de sus dirigentes, conocía sus tácticas. ¿El Haganá? Moderado y sabio. El Palmaj: unidad de élite paramilitar. El Irgún: más extremista que el Palmaj. El Leji: más extremista que el Irgún.

Se hablaba mucho de esos cuatro movimientos en 1946 y 1947. No pasaba ni un día sin que estos grupos sabotearan un puente o un edificio estratégico. Temerarios, ingeniosos, se introducían hasta los centros nerviosos de la administración civil y militar. Vaciaban los bancos, cortaban las líneas telefónicas, confiscaban vehículos y munición, tomaban rehenes, publicaban comunicados: invisibles, estaban tan presentes como sus opresores, que eran demasiado visibles.

Una mañana de sabbat, de regreso de la oficina, me encuentro a Talia llorando. Transida de dolor, leía la información sobre el proceso de dos combatientes. Detenidos con las armas en la mano, se negaron a declararse culpables. Más aún: negaban la legitimidad del procedimiento. A todas las preguntas del juez, respondían: «Somos judíos; esta tierra es nuestra tierra». El resto del tiempo, cantaban. El fiscal disertaba, los acusadores acusaban, el juez se enfadaba; los acusados, cantaban. Finalmente, el tribunal deliberó en su ausencia. Para comunicarles la sentencia de muerte, el juez y su séquito tuvieron que trasladarse a sus celdas. Los dos jóvenes combatientes acogieron el veredicto cantando. Uno de ellos, Shimon, dijo: «Podéis impedir que vivamos, pero no está en vuestro poder impedir que cantemos». Abatido, el padre de Talia comenta: «La leyenda de Israel recordará sus palabras». Reuma se limpia las lágrimas y dice: «Que el guardián de Israel los proteja». Yo no intervengo demasiado en la conversación. Es cierto, admiraba a los jóvenes héroes judíos, su suerte me entristecía, pero, en el fondo de mi ser, me decía: Qué desperdicio; ¿no hemos perdido suficiente sangre? Mis

suegros, sorprendidos por mi silencio, se miraban, como preguntándose si yo comprendía. No, yo no lo comprendía.

Fui un idiota.

Un viernes por la tarde, esperábamos a Talia, que llegaba tarde. Eso no le había ocurrido jamás. La primera comida del sabbat siempre la tomábamos juntos. Me gustaba escuchar cómo mi suegro, con un fuerte acento ruso, hacía el elogio de su esposa, esa «mujer valiente», me gustaban los *zemirot* yemenitas de mi suegra; me gustaba el ambiente alrededor de la mesa. A veces, al cerrar los ojos, volvía a verme en la casa de mi padre: le explicaba el sabbat en Jerusalén.

¿Talia tarde? ¿Dónde podía estar? ¿En la oficina? ¿Tan tarde? ¿Una velada de sabbat? «Sin duda, un asunto urgente —comentó mi suegro—. Ha debido de llegar un barco de improviso.» Sugirió que nos sentáramos a la mesa. Mi suegra negó con la cabeza. «Esperemos», dijo. «Tienes razón. Sin nuestra hija, el sabbat no es sabbat.»

Talia llegó después de medianoche. Irreconocible. El cabello revuelto, ojos irritados, falda y blusa manchados de aceite y de sangre. «Necesito un baño caliente.» Eso fue todo lo que nos dijo. Subió al apartamento, pasó veinte minutos en la bañera y volvió a bajar, radiante, como si no hubiera pasado nada. En el rostro de mi suegra, la angustia dio lugar tanto al orgullo como a la alegría.

Al día siguiente supimos por la radio que el Irgún había atacado un convoy militar. Dos soldados muertos, tres heridos. Los terroristas no habían sufrido ninguna baja.

Las consecuencias las conoce todo el mundo. La prensa mundial las recogió ampliamente. El mando militar decretó el toque de queda. Redadas gigantescas. Detenciones en masa.

—¿Todo esto vale la pena? —le pregunté a Talia por la noche, durante la cena.

—Desde luego que vale la pena.

—Mira: todo el país sufre a causa de una escaramuza.

—Mira: el prestigio del Imperio británico está irremediablemente herido a causa de esa escaramuza.

—¿Estás segura? De un lado un rasguño, del otro medidas draconianas...

—Unos cuantos rasguños más como ese y el ejército británico no tendrá suficientes médicos para que lo atiendan.

—Entonces ¡dime! ¡Bien que defiendes a los terroristas!

—¡No son terroristas; son combatientes, resistentes!

—Puesto que los admiras tanto, ¿qué dirías si decidiera unirme a ellos?

Talia se puso seria. Parecía que valoraba mi propuesta, que no era más que una burla, y respondió:

—El día que te adhieras a un movimiento clandestino, espero que sea porque lo admiras personalmente y no porque lo admire yo.

En realidad, no estaba preparado. Reconocía la valentía y la generosidad de sus combatientes, pero de lejos. Habían elegido el peligro, ese era su negocio. Yo me había encontrado con el peligro en mi juventud. Había roto con la violencia en 1945. ¿Para siempre? Por qué no.

¿Esto era así porque, oscuramente, sentíamos que el destino iba a separarnos? ¿Que debíamos vivir todo nuestro futuro en algunos meses, en algunos actos? Nos amamos con un amor total, sin fisuras, que rodeó nuestra existencia cotidiana de una frágil aureola de eternidad.

No obstante, Talia, medio en serio, señaló: «Todo esto me inquieta, lo que nos ocurre es demasiado hermoso, demasiado puro; los dioses son celosos; hagamos algo por atenuar su envidia». «¿Qué quieres hacer?» «Discutamos.» «¿Sobre qué?» «No importa.» «Bueno —acepté—, comienza.» Discutimos durante un momento y después estallamos en una carcajada.

Yo sentía la amenaza por todos lados. Esperar a Talia cuando se entretenía en la oficina ponía a prueba mis nervios. Una mañana, al contemplar cómo bebía café con aire ausente, sentí cómo mi corazón se desbocaba sin ninguna razón. Normalmente, el bigote negro que se dibujaba alrededor de su boca me hacía reír. Ese día, sufría. «¿Te encuentras mal?», preguntó Talia levantando la mirada hacia mí. No, no me dolía nada. Era otra cosa, no sabía qué.

El 29 de noviembre de 1947, una alegría exuberante y profunda se desencadenó por el país. Ciudades y pueblos, *kibutzim* del norte y del sur acogieron el voto de las Naciones Unidas con un estallido de delirio. Las naciones del mundo habían reconocido por fin las bien fundadas exigencias judías. Loado seas tú, Señor, que nos has otorgado este triunfo. Hubo bailes, cánticos, una celebración del sentido de la historia, de la victoria sobre el destino. Una oleada de fondo sacudió la memoria del pueblo judío: fin a la diáspora, fin al exilio, fin al miedo. Arrastrada por la felicidad, Talia besó a sus padres y me cogió del brazo. «Hagamos el amor», me susurró. «¿Ahora? —me sorprendí—. ¿El mundo entero tiene los ojos puestos en Lake Success y tú quieres meterte en la cama?» «Sí. Quiero que

más tarde, cuando nuestros hijos nos pregunten: ¿Qué estabais haciendo mientras las Naciones Unidas votaban la independencia de Israel?, podamos decirles, o al menos pensar: estábamos haciendo el amor.» En realidad, el pueblo judío, en todas partes, hacía el amor, no físicamente, sino unido en la armonía perfecta, sin mácula, con todos los recuerdos del pasado, todas las esperanzas futuras. Cada uno se sentía cómodo en el interior de la historia, se aceptaba, se pensaba en la suerte y se decía: *Amén*.

En Palestina, como en la antigua Judea, ciertas actitudes cambian con rapidez. Tras la votación de las Naciones Unidas, yo compartía la opinión general: la guerra era inevitable y no participar sería un deshonor.

Al día siguiente, anuncié a Talia mi intención de unirme a un movimiento clandestino o semiclandestino. «¿Cuál?», quiso saber. Lo ignoraba. Para mí, en ese momento, todos valían. Yo no hago política; sigo mi instinto. Y el azar. Este quiso que ese día los tratados del Leji me gustasen por su tono lírico y por su contenido místico y filosófico. Un colega del consulado me hizo saber que tenía contactos con el movimiento. «¿Puedes recomendarme ante alguien?» Podía. Una semana después, era el 10 o el 12 de diciembre, me encontraba en un sótano ante tres hombres ocultos tras una cortina. Me sometieron a un interrogatorio en toda regla; querían saberlo todo de mi pasado, de mis actividades y opiniones, de mis relaciones sociales; no me ofendí por nada; al fin y al cabo, era su trabajo: ¿cómo podían estar seguros de que no era un chivato? «Nos pondremos en contacto», dijo una sombra. «¿Cuándo?». Respondió la misma voz: «Primera lección: no hagas preguntas».

¿Hablar con Talia? Desde luego, tenía que hablar con ella. Lo compartía todo con ella. Pero, al hacerlo, ella se negó a escuchar. «Las actividades clandestinas son algo serio. Cuanto menos hables, mejor.» Me ofendí: «¿Incluso a ti?». Ella respondió: «Las excepciones a la regla pueden ser peligrosas». Iba a replicar: «Entonces dime, Talinka, ¿cómo es posible que estés al corriente de todas esas reglas?». Pero ella me hizo comprender que la conversación se había acabado y que me diera por enterado.

Algunos días más tarde, encontré en el bolsillo del abrigo un trozo de papel. «Mañana a las cinco de la tarde. Delante del cine Éden.» Sin duda, era mi colega, que lo había dejado allí. Lo cogí aparte: «Mañana es viernes, ¿verdad?». «Sí, viernes.» «¿No te parece que la hora y el lugar están mal elegidos?» «No sé de lo que hablas.» «Pero...»

«Te lo repito: no sé de lo que hablas.» Bueno, había comprendido, las consignas de seguridad lo obligaban a fingir ignorancia. Pero el viernes por la tarde un buen judío como yo no va al cine, que además estará cerrado, sino que se queda en su casa y se prepara para recibir el sabbat. ¿Cómo iba a explicar mi ausencia a Talia y a sus padres?

Al día siguiente, salí de la oficina a la una de la tarde. A las cuatro, fingí un dolor de muelas: «Voy al dentista». Mi suegra me hizo prometerle que regresaría enseguida. Desde luego, desde luego. A las cinco de la tarde en punto, estaba delante del cine Éden. Puertas y taquillas cerradas. Es una idiotez, pensaba, elegir este sitio para un encuentro clandestino. Una voz me sacó de mi ensueño. «No te des la vuelta. Avanza. No llames la atención. La próxima calle a la derecha.» Voz neutra, fría. Acento polaco o lituano. Al cabo de algunos pasos vislumbré a un hombre vestido con elegancia. ¿Quizás un empleado de banca? Me transmitió la noticia: a partir de ese momento formaba parte del Leji. Prudencia, desconfianza. De momento debía abrir los ojos y los oídos. Debía informarle de todo lo que me enterara en el consulado y en los medios consulares: él iba a ser mi agente de enlace. No pude ocultar mi decepción: «¿Eso es todo? Yo he sido partisano. ¡Prefiero la acción!». «No está en tu mano decidir dónde podrás prestar mejores servicios», respondió el empleado de banca, que se llamaba Yiftah.

Me encontraba con él dos o tres veces por semana y le comunicaba las noticias y mis impresiones. ¿Importantes? No. Pero no me correspondía evaluar el interés del material que proporcionaba. En enero, Yiftah me informó de que debía seguir unos cursos de ideología. Bueno, vamos a por la ideología: ¿qué no haría uno por la patria? Los cursos se impartían en casa de un dentista: historia del sionismo, orígenes del antisemitismo, teorías geopolíticas... La diferencia entre Herzl y Jabotinsky, el cisma entre el Irgún de David Raziél y el Leji de Abraham Stern: su adversario común, el Haganá... Los cursos terminaron, gracias a Dios, y confirmé a Yiftah mi deseo de participar en operaciones de verdad: «Si hubiera querido recibir una educación política, me habría inscrito en la universidad». Yiftah ni siquiera se dignó a responderme.

No obstante, debió de transmitir mi demanda a sus superiores porque, poco después, tuve que asistir a un cursillo acelerado de sabotaje, seguido casi inmediatamente de mi primera misión: «Esta noche estaré fuera —le anuncié a Talia—. Cosas que hacer en la oficina». Ella me abrazó sonriendo: «Ten cuidado», me despidió.

La operación fue un fracaso lamentable. Mal informado, nuestro grupo cayó en una trampa: el depósito de armas que debíamos desvalijar estaba vigilado. Por casualidad, los

soldados ingleses dispararon antes de que pudiéramos acercarnos. «¡Dispersaos!», rugió nuestro comandante. Nos reunimos en la Kerem Hatémanim, la «Viña de los Yemenitas», donde los patriotas clandestinos eran acogidos siempre con fervor y reconocimiento.

La segunda operación, en marzo, se vio recompensada por el éxito. Atacamos otro depósito. Todo se desarrolló como en el manual. En un abrir y cerrar de ojos, atamos a los centinelas. Con nuestros uniformes militares, nos paseamos por el recinto del campamento sin prisa y sin miedo. El botín: dos camiones cargados de ametralladoras, fusiles y cartuchos.

De regreso a casa, ardía de ganas de explicárselo todo a Talia. Pero ella tenía que comunicarme una noticia más importante: estaba embarazada. Me daba vueltas la cabeza. Ya no me lo esperaba. «¿Estás decepcionado?», preguntó Talia. Tomé su cara entre mis manos. «Soy feliz, Talinka.» Feliz y ansioso. «¿Para cuándo será?» «¿Por qué quieres saberlo? ¿Tienes prisa?» No, no la tenía. «Será para agosto o septiembre», dijo Talia. «¿Cómo vamos a llamarlo?» «Si es una niña llevará el nombre de tu madre, ¿de acuerdo? Y si es un niño...» No dije nada. No pude decir nada. Me veía lejos, con mis padres.

El 14 de mayo de 1948, estábamos todos reunidos en casa de mis suegros, donde se nos habían unido los vecinos del inmueble. Sin aliento, escuchábamos en directo el discurso de David ben Gurión declarando la independencia del Estado judío, que llevaría el nombre de Israel. ¿Debo tener vergüenza al confesar que, atrapado por el vértigo, tenía lágrimas en los ojos? Talia también. Y los vecinos. Y mis suegros. Después de que el viejo rabino Fischman recitase el *Shehejeianu* —«Bendito seas, Señor, rey del universo, que nos has permitido vivir este día»—, todos se abrazaron largamente. «Nuestro hijo nacerá en un estado judío libre», dijo Talia.

Yo me acerqué a la ventana. El pasado me agarró del cuello. Pensaba en mi abuelo, que esperaba al Mesías, convencido de que ya estaba de camino. Pensaba en mi padre, que afirmaba que la promesa mesiánica vive en cada uno de nosotros. Pensaba en mi madre, que... «Casi es sabbat —anunció la madre de Talia—. Vamos a encender las velas.» Mi madre, pensaba en ella sobre todo en el sabbat. No la olvidaré jamás, porque nunca olvidaré el sabbat. (Perdón, al dictar estas páginas me doy cuenta de que digo

cosas en las que ya no creo: ¿cómo puedo decir que no olvidaré jamás cuando me estoy hundiendo en el olvido? Llegará el día en que lo olvide todo. ¿A mi madre también? A ella también. ¿El sabbat también? A él también. ¿Qué hacer para retener lo que me hace vivir? No quiero olvidar, ¿me comprendes, mamá? No quiero...)

—No pienses en cosas tristes —dijo Talia a mi espalda—. Piensa en nuestro hijo. Será un niño. Le daremos el nombre de tu padre.

Delante de nuestra casa se abrió una puerta. Apareció un *hassid*: parecía surgir de mi infancia. ¿Y si se trataba de mi abuelo? Lo interpele: «¿Adónde va?». «¡Menuda pregunta! ¿Adónde puede ir un judío el viernes por la noche? ¡Al oficio, naturalmente!» «Pero ¿no ha escuchado la noticia?» «¿Cuál?» «Tenemos un estado judío.» «La he oído.» «¿Y tiene la cabeza para ir a rezar?» Descontento, se mesó la barba y dijo: «Si en el día de hoy tenemos un estado judío, ¿no es porque los judíos antes que nosotros no han dejado nunca de rezar? Y ahora que lo tenemos, ese estado judío, ¿querría que dejásemos de rezar?».

Me volví para sentir mejor el calor de Talia. En su mirada, vi otros ojos que me miraban. Y me pregunté: ¿por qué nosotros? ¿Por qué nos hemos merecido nosotros esta felicidad por parte de una historia que, desde hace siglos, nos ha dado de todo excepto felicidad?

—Talia —le dije—, prométeme que te acordarás siempre de esta hora, de este momento.

—Nos lo prometo —respondió Talia.

Y aun así, llegará un día...

(Al final de la tarde, Elhanan está contento. Y Malkiel también. Elhanan atraviesa una buena época. Los recuerdos de Jerusalén le otorgan un vigor que parecía que había perdido. Después de dos días, se relaja. Su voz es más fuerte. Raramente duda. Casi restablecida su capacidad de expresión. Disipada la bruma que envuelve su pasado. Iluminado el santuario que abriga su memoria. Tamar bromea con el padre de su amigo: «Elhanan, está rejuvenecido. Como siga así, me casaré con usted en lugar de con su hijo».

Sobre la mesa, los dos magnetófonos registran su relato.

Extraños estos regresos de la memoria. Imposibles de prever. Llegan por la mañana o por la tarde, y duran diez minutos o tres horas. Después, extenuado, se apagan. Elhanan regresa a la torpeza aparente que, en realidad, esconde un dolor agudo.

Hoy todo va bien. Loretta sirve la fruta canturreando. Hoy todo el mundo está feliz.)

Jerusalén en aquella época: me acuerdo. Ambiente ardiente, exaltado y opresivo a la vez. La ciudad vieja está asediada por la Legión Jordana. El barrio judío aún combate, pero sus fuerzas se están agotando. A todas horas, lanza llamamientos de ayuda a todos los barrios generales de la ciudad judía. Hay que actuar con rapidez, si se quiere salvar el honor de la ciudad de David. No es fácil. Oficialmente, Jerusalén no forma parte de Israel. Internacionalizada, la ciudad cuya memoria es la más judía del mundo. ¿Eso duele? Hay que apretar los dientes, esperar, tener paciencia.

En Jerusalén, los tres movimientos clandestinos mantienen su independencia. Cada uno posee su estructura, sus cuadros, sus bases. Para los objetivos importantes, colaboran, a menudo con éxito. Todos están representados en el barrio judío de la ciudad vieja. Todos son conscientes de que es necesario acudir en ayuda de los últimos combatientes que, allá abajo, no pueden más. «No tenemos más munición... tres balas por soldado... Muchos heridos... Muchos muertos... Es cuestión de días, no: de horas...» ¿Qué hacer? El ejército de Israel se bate en todos los frentes, al sur, al norte; en todas partes se trata de la supervivencia del joven estado... ¿Qué derecho a sacrificar esto en lugar de aquello? Los mandos militares, en todos los niveles, se tiran de los cabellos: es necesario, es totalmente necesario hacer algo por la ciudad vieja, pero ¿qué? ¿Preparar una contraofensiva? ¿Con qué armas? Durante un instante, se trata de salvar a los combatientes judíos del barrio judío... O, por lo menos, hacerles llegar refuerzos.

Participo, el 23 o el 24 de mayo, en una reunión de urgencia en un campamento del Leji. Somos una cincuentena. Nuestro comandante —¿se trataba de Yiftah? Ya no me acuerdo— nos hizo partícipes de la gravedad de la situación. Si no les llega alguna ayuda, los combatientes judíos van a capitular. Necesitaríamos a alguien que conociese la ciudad vieja, el barrio judío. Alguien que recordase, quizás, un pasaje secreto... Se alza una voz: «Yo soy tu hombre». Me sobresalto, nos sobresaltamos todos: es Absalom. Tengo ganas de reír: «un hombre», ¿él? Un muchacho. Aún no ha celebrado su *bar mitzvá*. «He vivido en el barrio judío —explica Absalom—. Conozco cada agujero.

Incluso recuerdo un pasaje secreto subterráneo; me lo mostró mi abuelo. Era un gran cabalista, mi abuelo. Decía que el Mesías iba a utilizar ese pasaje. Si quieres, estoy dispuesto a encontrarlo.» Yiftah —¿era Yiftah?— mira al muchacho, le dice que se acerque, le acaricia el cabello y reflexiona en silencio. Absalom está tranquilo, seguro de sus habilidades. «Está bien —dice Yiftah—, encuentra el pasaje. Pero...» Se interrumpe; contenemos el aliento; ¿ha cambiado de opinión? «... No irás solo. Quiero que te acompañe alguien.» Se levantan brazos, todos se presentan voluntarios. Todos, excepto yo. Por eso Yiftah me designa a mí. «Tienes un carnet de identidad precioso; casi formas parte del cuerpo consular; si os ocurre algo, tienes más posibilidades de arreglártelas.» ¿Discutir? No sería digno. Pero... pienso en Talia, en su hijo, en nuestro hijo. ¿Tengo derecho a correr ese riesgo? ¿Tengo derecho a zafarme? «No te preocupes —me tranquiliza Absalom—. Te prometo que todo irá bien.» Yiftah añade: «Partiréis esta misma noche. ¿A las dos os va bien?» Absalom está de acuerdo, yo consulto el reloj. Las ocho de la tarde. Tengo tiempo de regresar, abrazar a Talia y a sus padres. «¿Puedo?» Yiftah dice que sí.

Talia tiene sus dudas, pero no me pregunta nada. Sus padres tampoco. Intercambiamos saludos anodinos. La situación en los diferentes frentes, las noticias de las Naciones Unidas, el comportamiento glorioso de ciertos rabinos que violan públicamente el sabbat trabajando en las fortificaciones de la ciudad. Talia está más pálida de lo normal, su padre menos locuaz. Tengo ganas de aislarme con Talia y decirle: «Talia, Talinka, si muero, no llores demasiado tiempo... Hazlo por nuestro hijo... Necesitará una madre contenta y no una mujer resignada...». Pero no digo nada. ¿Es porque presentía que las cosas iban a ir por otro derrotero? No sabía nada. Nuestra última velada juntos está llena de silencios interminables. A veces, la cojo de la mano, la aprieto con fuerza. O bien la miro a los ojos, sonriendo tristemente. Nos separamos a medianoche. Con el corazón apesadumbrado, vuelvo a estar en la calle sombría. Pienso: No volveré a verla; es decir: voy a morir. Nunca volví a verla, pero aún estoy vivo.

Absalom me coge de la mano mientras nos deslizamos hacia la ciudad vieja. Me viene a la memoria el gueto de Stanislav. Entramos en las casas, salimos de ellas, me pierdo a fuerza de abrir puertas y volver a cerrarlas. ¿Estamos en un sótano? ¿En un granero? Me parece que andamos sobre los tejados, cuando en realidad atravesamos un patio estrecho. ¿Es el miedo? Sudo. El sudor me baja por la espalda. Absalom me tira de la mano, lo sigo dócilmente. ¿Decirle que vaya más despacio? Siento vergüenza. Sería capaz de

contárselo al cabalista, su abuelo. «No te lo vas a creer, abuelo, el buen hombre que me han impuesto como compañero decía que estaba cansado...» No, Absalom, no le digas eso. No soy un cobarde... ¿Cuánto tiempo llevamos andando en la oscuridad? No lo sé. De repente, Absalom se detiene y me susurra: Aquí está la *hurva*, la sinagoga del rabí Yehuda Hehasid. Medio destruida. Se acerca a las ruinas, regresa: Nadie, informa. Seguimos nuestro camino. Nueva parada. Es la sinagoga del profeta Elías. Ponemos la oreja. Del interior nos llegan ruidos. Absalom golpea suavemente. ¿Quién es? Absalom responde. La puerta se abre. Nos acogen como los príncipes de la salvación. Nos dan la mano, nos palmean los hombros, nos ofrecen un trago de aguardiente, nos prometen el paraíso. Comprendo con rapidez que hemos caído en medio de la última posición defensiva del barrio judío. Acercaos, nos dice una voz. Es un oficial que quiere interrogarnos. En la oscuridad, no logro discernir sus rasgos, pero su voz me parece familiar. No consigo situarla. Plantea preguntas precisas, cortantes: ¿Dónde están los refuerzos? ¿Por qué tardan tanto? ¿Y los medicamentos? ¿Y las municiones? Escucho la voz, me penetra, rebusca en mi ser, yo rebusco en ella: esta voz debe tener un rostro. Pero aún está oscuro. Muy pronto se alzaré el alba. Se levanta. Vislumbro la cara: ¡No es posible! Itzik, mi camarada de guerra, mi amigo íntimo, mi enemigo feroz. Itzik el Largo, el compañero fiel, el violador sin escrúpulos. ¿Alucinación? Me sacudo: no, estoy bien despierto. Itzik supera rápidamente la sorpresa. Como oficial, cumplirá su misión cueste lo que cueste. Mantendrá esa posición hasta el final, pero quiere saber, debe saber lo que ocurre al otro lado, en la ciudad nueva. «¿Se dan cuenta de nuestra situación? ¿Saben que los civiles están agotados y nos piden que capitulemos sin condiciones?» Me obligo a responder a sus preguntas: Nos damos cuenta de todo, lo sabemos todo, se intenta... Absalom le dice tímidamente: «Voy a volver sobre mis pasos para traeros refuerzos». Itzik, incrédulo, responde: «¿Realmente conoces un pasaje secreto?». Lo confirmo: este pequeño judío yemenita es extraordinario; lo quiero como un hermano; siempre me han gustado los yemenitas de corazón de oro. «Está bien —acepta Itzik—. Absalom, descansa y...» Absalom se niega a descansar. «Cada hora cuenta —replica—. Prefiero partir inmediatamente. ¿Tú vienes?», me pregunta. Tengo ganas de decir que sí, pero la presencia de Itzik lo cambia todo: he sepultado en mi interior palabras que tengo que decirle, palabras que esperan desde hace años. «No te irás antes de anochecer —ordena Itzik a Absalom—. Descansa. Es una orden.» El pequeño yemenita obedece. Se tumba en un catre. El sueño se lo lleva sin un pestañeo. «Tú también, intenta descansar

—me dice Itzik—. Yo tengo cosas que organizar.» Me deslizo bajo una manta, pero no llego a cerrar los ojos. Hacia mediodía, asisto a una reunión de los oficiales con los dirigentes de lo que queda de la comunidad. Algunos, valientes, exigen la resistencia a ultranza. Otros, que no son menos valientes pero más realistas, aconsejan un alto el fuego. «Podemos evacuar a los enfermos y a los niños —les dice Itzik—. Existe un camino subterráneo...» Nadie le cree. «Absalom lo recorrió ayer. Elhanan también.» Se dirige a mí: «Cuéntaselo». Lo cuento. Un viejo rabino dice: «Es posible. Los milagros existen. Cuando Moisés huyó de la corte del faraón, un ángel dejó ciegos y sordos a todos los egipcios. Es el mismo ángel que puede hacer lo mismo aquí». Los dirigentes se retiraron al sótano para discutir, mientras los combatientes volvían a sus posiciones. Los jordanos no dejan de disparar contra nosotros; nuestros muchachos responden cuidando de no malgastar la munición. De vez en cuando, se oye un grito: «¡Yaakov está herido! Rápido, ayuda... Berkhya, cuidado, cúbrete». A última hora de la tarde, dos rabinos reciben autorización para presentarse ante el comandante del frente jordano: piden permiso para enterrar a nuestros muertos; según la ley judía y coránica, los muertos no deben pasar la noche en el interior de las murallas. Permiso concedido. Escucho los cantos fúnebres de las salmodias de los rabinos. Pienso: si muero ahora, también cantarán por mí. Absalom se despierta, lo contemplo en la penumbra. ¿Mi hijo se parecerá a él? Eso espero. Valiente Absalom, admiro su valor tanto como su sabiduría; sé que en la ciudad vieja los niños judíos son héroes. Se cuenta que un chico de once años ha conseguido poner en posición la única ametralladora pesada que tenían los defensores. Sin los chicos y las chicas, agentes de enlace intrépidos que corren más rápido que el viento, el barrio llevaría mucho tiempo en manos del enemigo. He oído decir que un muchacho de diez años había salvado a su comandante herido, arrastrándolo a través de los escombros hasta el hospital; después, regresó a su puesto de combate.

En la época del Talmud, ya se alababa la inteligencia, la bravura y la pasión de los niños de Jerusalén. Hoy, en esta guerra sin esperanza, ningún poeta sabrá encontrar las palabras adecuadas para hacer su elogio.

Absalom, Absalom: solo el rey David merece decir lo orgullosos que estamos de ti. Solo él podría expresar en un canto la angustia que me atenaza cuando veo cómo te preparas para la partida.

—¿Puedo irme?

—No antes de medianoche —responde Itzik.

Absalom vuelve a dormirse. Tengo ganas de velar su sueño. Y tengo ganas de rogar a Dios que vele sobre sus compañeros, sobre todos los niños que desafían a la muerte.

—Me voy con él —le anuncio a mi amigo-enemigo de antaño.

—De acuerdo.

Parece que todo está dicho. No queda nada más que esperar. Algunos se amodorrán. Otros se abandonan al sueño. De repente, Itzik abandona su puesto y viene a sentarse a mi lado. En fin, me digo. Vamos a tener la conversación. ¿Por qué ha esperado hasta ahora? ¿Porque nos sentimos rodeados por la muerte? ¿Porque es posible que sea la última vez que podamos hablar? Itzik vacila. Sin duda, no sabe cómo abordar el tema. Finalmente, se decide.

—¿Sigues enfadado?

—No estoy enfadado. No es la palabra.

—¿Cuál es la palabra?

—Decepcionado. Asqueado.

—Entonces no puedes olvidar.

—No, no puedo olvidar.

Vuelvo a vernos allá lejos. Él, estirado sobre la pobre mujer; y yo, de pie, justiciero inútil.

—¿Por qué lo hiciste, Itzik?

—Ya te lo dije. Para vengarme.

—Pero ¡ella no te había hecho nada!

—Ella, no. Su marido, sus amigos, sus cómplices, sí.

—¿Y la castigaste por su culpa?

—Ella estaba allí, los otros no. Me habían dicho que era la esposa de un cabrón, así que, en cierta forma, ella representaba a su marido y las cabronadas que encarnaba.

¿Continuar con la acusación? Para qué. Él conocía mis preguntas, yo conocía sus respuestas. Nada iba a reconciliarnos. Lo creía entonces, lo creo ahora. No se hace sufrir a un ser en lugar de otro. La moral judía lo prohíbe. La venganza solo corresponde a Dios. El rey David nos lo recuerda en los Salmos. ¿Itzik había repudiado al rey David? ¿Y la Biblia, ha tirado la Biblia al cubo de la basura? Los hijos no serán castigados por los pecados de sus padres, ni las esposas por los crímenes de sus esposos.

—¿Cómo pudiste? —pregunto en voz baja y contenida—. ¿Cómo pudiste traicionar la admiración que sentía por ti? ¿Y mi confianza? ¿Cómo pudiste humillar nuestra causa al

humillar a una mujer indefensa? ¿Cómo pudiste blasfemar al desnaturalizar el sentido de nuestro combate? ¿Cómo pudiste, en vísperas de nuestra victoria sobre el mal, cometer el mal, y así glorificarlo?

En la penumbra veo que se yergue. Itzik el Largo parece tener dos veces mi talla. Sigue mudo.

—Y la imagen divina que cada persona lleva en su interior, ¿qué has hecho con ella? Y la letra de la Torá que cada individuo encarna, ¿dónde la has metido? Y la Ley que exige de nosotros justicia al mismo tiempo que compasión, ¿cómo la has acomodado?

Itzik no dice nada.

—Tú, el partisano valiente, intrépido, ¿cómo pudiste cometer semejante bajeza? Tú, un judío orgulloso e inflexible, ¿por qué has mostrado tanta villanía?

Había reencontrado mi rabia y mi dolor de entonces. Tengo ganas de herirlo. Tengo ganas de insultarlo. Afortunadamente, debo controlarme. El enemigo no está lejos. Hay que hablar en voz baja. Susurro, aunque tengo la impresión de que grito, que el cielo y la tierra oyen mis gritos. En cuanto al acusado, calla. Incluso cuando he terminado de hablar, de acusarlo, de condenarlo, no dice nada. Espera que continúe, que vaya aún más lejos. Y ante su silencio, me sorprende acudiendo en su defensa. De pensamiento, naturalmente. ¿El Talmud no enseña al hombre que no se puede juzgar a un semejante antes de ponernos en su lugar? Solo así podrá comprender sus verdaderos motivos. Así rendirá a la justicia lo que es su fundamento. Lo que exponemos es el otro en nosotros cuando lo libramos al menosprecio o a la piedad. Quien se juzga puede juzgar; quien juzga se juzga. ¿Juez, yo? Entonces, ¿lo que se está desarrollando aquí es un juicio? ¿Un proceso sin magistrados ni escribanos, sin guardias ni público? ¿Un proceso en el que el acusado se niega a defenderse? Pero murmura algo. Un murmullo que no interrumpe el silencio, sino al contrario, lo amplifica.

—Ya veo, Elhanan. Ya veo —dice—. No olvidarás nunca.

—He jurado, Itzik. He jurado que no olvidaría.

¿Quién ha suspirado? ¿Él? ¿Yo?

Va a ser medianoche. Absalom reza. ¿La plegaria de *Maariv*? Sí, y la que le dirige a su abuelo: «Guíanos ahora como nos guiaste ayer». Nos despedimos de combatientes y civiles. Los niños lloran, los heridos gimen. «Volveremos antes del alba», prometemos a todo el mundo. Itzik mueve la cabeza en silencio. Prudentemente, Absalom abre la puerta y se desliza al exterior. Lo sigo. No: me digo que voy a seguirlo; no lo sigo: un

disparo acaba de resonar en la noche. Alguien grita: ¡No! ¡Nooo! ¿Quién es? ¿Absalom? Absalom ya no dice nada. Lo llevamos al interior de la sinagoga que lleva el nombre del profeta Elías. Tengo ganas de gritar: Profeta Elías, profeta de la consolación, ¿por qué no vienes a consolarnos? ¿Y quién consolará a los padres de Absalom? Absalom está muerto. La bala le ha atravesado el corazón, ese corazón que cantaba el silencio y la nostalgia del Mesías. Mañana lo entregarán a la tierra y escucharé la salmodia de los rabinos. ¿Y ahora? Ya no hay un ahora. Ni un mañana. ¿El camino secreto? Ya no hay camino. No hay nadie que vaya a buscar los refuerzos. Nadie puede abrir la ruta de ayuda. «A vuestros puestos —ordena el comandante del barrio—. Es posible que los legionarios se preparen para lanzar un ataque nocturno.» Vislumbro a Itzik, que recoge su arma y se dirige hacia la salida. ¿Seguirlo? Para qué.

La noche avanza sin ningún incidente. Yo velo el cuerpo de Absalom. Recito los Salmos. Los sé de memoria. Al alba, me quedo dormido. En un sueño, veo al Tentador que se aplaude a sí mismo. Me despierto por el ruido de un tiroteo intenso: las balas impactan en los muros. Antes de acabar la tarde, enterramos al pequeño Absalom.

«¡Eh, ten cuidado!» Dos brazos poderosos me tiran al suelo, miro: no es mi padre, ni Zalmen, mi suegro, es Itzik. Nos levantamos al mismo tiempo: «Estás demasiado cansado», comenta. Hombro con hombro, empezamos a disparar de nuevo. Una bala me roza el cabello. Un tirador de élite jordano ha estado a punto de conseguir mi pellejo; Itzik ha conseguido el suyo. «Gracias, gracias, Itzik —se lo agradezco—. Bravo.» Como antaño, nos hemos convertido en compañeros de armas. Nos protegemos el uno al otro. ¿Olvidado el pasado? Enterrado. Otra vez. Más tarde. Pero no habrá un más tarde. Al día siguiente, lo que tenía que llegar, llega. Los defensores de la ciudad vieja no pueden más. Sin armas. Sin alimentos. Sin energía. Sin esperanza. Entre nosotros y el resto del mundo: un muro más sólido que el tiempo, tan poderoso como la muerte. Estamos solos. Sacrificados. Veo a algunos ancianos que preparan la bandera blanca. Oigo a una mujer que les dice a sus niños que no se muevan. Escucho a un loco que habla a la *Shekhiná* y le pregunta si va a acompañarnos al exilio. Una herida en el hombro me fulmina, no veo el brazo que me rodea para tirarme hacia atrás. La imagen de mi madre surge en mi memoria febril. ¿Por qué tengo tanto frío si todo en mí se ha puesto a arder? ¿Por qué está presente mi madre, mientras que Talia, mucho más cercana, es invisible? ¿Me he

vuelto loco? Oigo una nana: «Duerme, pequeño, duerme; los enemigos no duermen, pero Dios tampoco duerme, él vela sobre Israel, el Dios de Israel». ¿Quién canta? ¿Talía? ¿Una madre que se ha vuelto loca? No es la mía. La mía tenía alas y yo me acurrucaba en ellas. Yo me elevaba, siempre más alto, la tierra no podía hacer nada contra mí; escapaba de su gravedad. Duerme, pequeño, duerme. La tierra está allí, el cielo está allí; ahí seguirán cuando te despiertes. Pero las alas ya no estarán para mi viejo amigo. Tendría que haberte empujado antes, Itzik. En un ataque de energía, me rebelo: veo a mi amigo en tierra, como yo. Me aferro a una idea: voy a reencontrarme con mi madre y mi padre, al fin voy a estar con ellos.

Distribuyen pan y agua. No tengo hambre. Ni sed. Dejo que mis pensamientos me conduzcan al lado de Talía, le sonrío, ella me dice: Vamos a ver a mis padres, están locos de inquietud; descendemos dos pisos y veo a Zalmen y Reuma, veo que charlan con mis padres, oigo que mi padre me pregunta: ¿Esta mañana has dicho tus oraciones? Juntos recitamos los Salmos. Reuma me sonrío: Sé por mi abuelo que mientras un judío recita los Salmos, el enemigo no tiene ninguna posibilidad de vencerlo. Está loco, dice Zalmen. ¿Quién está loco?, pregunta mi madre. El hombre que piensa que los Salmos valen más que las armas, dice Zalmen. Está loco, dice un soldado judío. Es normal, dice Talía. Es normal, dice otro soldado.

Los legionarios atacan, nosotros los rechazamos. Vuelven, los rechazamos de nuevo. «Aguantad», nos dice la radio. «Tened confianza», nos dicen nuestros superiores al otro lado. Confiamos, aguantamos. «Unas horas más y ya no estaréis solos», nos dicen nuestros jefes. Confiamos, aguantamos. Una hora, un día. Después dos horas más, un día más. Y seguimos siempre solos. Yo, menos que mis camaradas. Gracias a Absalom y a su abuelo cabalista, conozco un pasaje subterráneo: mi pensamiento se emborrona y me permite reunirme con Talía y con los que la aman. Mis padres también la quieren, estoy convencido. Además, me lo dicen: Estamos orgullosos de ti. Te deseamos que también estés tan orgulloso de tu hijo. Pero cuidado, añade mi padre alzando la voz. Eh, atención, grita un soldado. Los legionarios rechazan a mis padres y ocupan su lugar. Lanzan un nuevo asalto, redoblando la violencia. A mi derecha, un soldado se derrumba. Detrás de mí, una joven grita: No veo nada, estoy ciega. De pie ante una ventana, detrás de sacos de arena agujereados, disparo, disparo. De repente, a mi espalda oigo la voz de los rabinos que rezan por los muertos.

—Ese veintiocho de mayo, ¿era viernes? Ya no me acuerdo. Habrá que verificarlo, hijo mío. ¿Es importante? Muy importante. Todo es importante. ¿Por qué ese detalle en particular? Porque... Ya no lo sé.

Elhanan se acuerda vagamente de las mujeres que se lamentan. Ellas no tienen velas. ¿Cómo van a acoger el sabbat? Se acuerda, como en una bruma ligera, de hombres que discuten. ¿Vale la pena seguir con la resistencia? ¿Hasta después del sabbat? Un enfermo dice con la voz débil pero clara: Ofrezcamos un último sabbat a nuestra ciudad eterna. Unas voces le responden, pero Elhanan no las distingue. Se mezclan, se tapan las unas a las otras. Al final, producen una mezcla extraña de hebreo, de yidis, de árabe y de otras lenguas que Elhanan no identifica: Deliro, piensa. No, no es él, sino la historia judía la que delira.

La vida judía, interrumpida desde sus orígenes, se extingue esa tarde. Trescientos cuarenta combatientes entre los quince y los sesenta años de edad parten hacia un campo de prisioneros cerca de Amán. Mil cuatrocientos civiles marchan hacia la ciudad judía. Doscientos muertos serán trasladados más tarde.

Terminado el combate. Terminado el sueño. La gloria da paso a la humillación de la derrota.

—Escucha, Malkiel —dice su padre—. El Talmud explica la historia de un sabio que, durante su vida, estuvo consagrado al estudio del tratado de Hagiga. Después de su muerte, se vio a una mujer recogida en duelo sobre su tumba. Era el tratado de Hagiga. Es una historia de amor, Malkiel. La de la ciudad vieja también lo es. Pero de un amor frustrado. Nosotros, en el interior de los muros, no comprendíamos por qué el pueblo de Israel no se había movilizado para venir en nuestra ayuda. Nos decían que resistiéramos, resistimos. Nos prometían la salvación, la esperamos. ¿Nos equivocamos al esperar demasiado de una nación joven que se batía en todos los frentes a la vez? ¿Éramos demasiado exigentes? Me acuerdo de mi corta estancia allá abajo y me encuentro con una tristeza antigua y opresora. Afortunadamente, estaba herido. El dolor me impedía pensar con claridad. Me impedía pensar en mi madre, en ti... Me acuerdo de los legionarios jordanos que, inclinados sobre mí, me hablaban, me interrogaban sobre mi identidad y mi salud. Recuerdo que quería responder, pero que no podía. Tendido en una camilla, sentía que me llevaban. Murmuraba: Dejadme en el suelo, puedo andar, soy capaz de andar. Las enfermeras me dejaron en el suelo. Dos camaradas me ayudaron a avanzar. Lentamente, muy lentamente, anduvimos hasta los camiones que iban a

llevarnos a Jordania. De pensamiento, me veía marchando hacia la estación con mi madre y los últimos judíos de mi ciudad. Durante años me había avergonzado de haber abandonado a mi madre. Pues bien, volví a encontrarla en Jerusalén.

(Elhanan habla y Malkiel escucha. Con todo su ser escucha la voz de su padre enfermo que evoca un tiempo y un mundo revueltos. Armonía perfecta entre el padre y el hijo: cuanto más entrega el padre, más recibe el hijo. A medida que Elhanan siente que su memoria se empobrece, Malkiel siente que la suya se enriquece.)

—Por la Cruz Roja supe que tu madre estaba bien. En septiembre me informaron de que era padre de un niño. Entonces me puse a escribiros cartas en mi cabeza. Os contaba mi vida en el hospital, mi vida en el campo. Intentaba haceros reír porque, ingenuamente, estaba seguro de que mi hijo era tan inteligente, tan precoz que comprendería mis historias humorísticas. Y sí, Malkiel, era un ingenuo. Me decía: Talia, al leer lo que no he llegado a escribir, reirá como solo ella sabe reír cuando está contenta; reirá tan fuerte que nuestro hijo, de unas pocas semanas, también reirá.

»No fue hasta marzo de 1949, después de mi regreso a Jerusalén, cuando Zalmen y Reuma, con un aspecto más enfermizo que los prisioneros liberados, me dijeron la verdad. Tu madre había muerto al darte la vida.

»Una idea me atravesó la cabeza y la destrozó: “Nunca más seré feliz”.

Carta de Talia a su marido

Hace exactamente un mes que estás prisionero. La Cruz Roja nos ha dicho que no nos preocupemos. Aquí la prensa no habla de vosotros. Mis padres, adorables como siempre, y ahora más aún, hacen todo lo que pueden para tranquilizarme. Mi madre me explica historias divertidas; mi padre, como buen funcionario, me aporta todos los días documentación sobre la ley que protege a los prisioneros de guerra. «Tienes que creerme —me repite—. A Elhanan lo protege el mundo entero.» «¿Y Dios no? —pregunta mi madre—. ¿Quieres decirme que Dios no lo protege?» Ya ves la situación.

Respecto a mí, me avergüenzo. No debería haberte dejado partir para la ciudad vieja. Debería haberles explicado a tus jefes que el estado de tu salud no te lo permitiría. Y que esperábamos un niño. Debería haberlo hecho, debería haberlo hecho.

¿Estarás de vuelta para el nacimiento de nuestro hijo? Estoy segura de que será un niño. Date prisa, Elhanan. El médico me dice que es inminente.

En tu ausencia, le hablo a nuestro hijo. Le hablo de ti. De nuestras experiencias comunes en Europa. Incluso me echo a reír. ¡El aspecto que tenías en el puente del Crétois cuando te anuncié nuestro matrimonio!

Te amo y quiero que él lo sepa. Te amo y quiero que tú lo sepas. Los tres seremos felices, juntos.

¿Qué es lo que me gusta de ti? ¿Tu timidez enfermiza? ¿Tu manera de mostrarte atento ante los temores y los deseos de los demás? ¿Tu manera de apartar la mirada cuando ciertos recuerdos invaden tu espíritu? ¿Sabes qué?, voy a sorprenderte: lo que amo en ti, es a mí. No te rías; amo la imagen que percibes de mí. En ti, gracias a ti, me siento más pura, más meritoria. Por tu causa me siento más cerca de Dios. Mira, esta mañana, durante el desayuno, se lo he comentado a mis padres. Mi madre, puedes estar seguro, ha llorado. Mi padre se ha puesto a filosofar: «Normalmente se dice lo contrario. Es a causa de Dios que uno se acerca a los demás. Pero tú siempre has tenido el espíritu de contradicción». Mi madre, tras un suspiro, ha comentado con inocencia: «¿Qué le

reprochas? Para mí, su versión y la tuya son lo mismo». Mi madre es maravillosa. Sus expresiones lapidarias valen por la elocuencia de los pensadores más hábiles.

Te tengo que hablar de su comentario de el Altalena, por ejemplo. Pero me olvido: ¿estás al corriente de esta historia deprimente y trágica? Altalena es el nombre de un barco que el Irgún fletó para transportar a miles de combatientes armados y bastante munición que necesita Israel, puedes creerme. Y nuestro primer ministro, David ben Gurión, ha pretendido que el jefe del Irgún, Menahem Begin, preparaba en realidad un golpe de Estado. ¿Cómo saber quién tiene razón? Pero las unidades del Palmaj dispararon contra el Altalena y lo incendiaron. Resultado: una veintena de combatientes del Irgún, supervivientes de los campos de la muerte, han caído bajo balas judías. Begin, en una emisión radiofónica, ordenó llorando a sus tropas que no respondieran: Todo excepto una guerra civil, dijo. Por su lado, Ben Gurión declaró en el Parlamento que el día en que se reconstruya el tercer Templo se expondrá el cañón que ha disparado sobre el Altalena. Comentario de mi madre: «Lloro tanto por los judíos que han disparado como por los que han matado». ¿El de mi padre? Una frase colérica, lacónica: «Están locos».

Es cierto, vivimos días alocados. El conde Bernadotte, gran manitú de la Cruz Roja y de las Naciones Unidas, se declara neutral, pero se sospecha que alberga sentimientos proárabes... Los servicios gubernamentales se organizan según el sistema británico: nuestros funcionarios se lo toman todo muy en serio... Tenemos un Ministerio de Finanzas sin finanzas... Mientras tanto, los refugiados llegan de Alemania, los deportados de Kenia y de Chipre... El asedio de Jerusalén aún no se ha levantado: la ruta solo está abierta para los grandes convoyes. ¿Te imaginas cómo los acogen?: con alborozo general... Todo está racionado: la carne, la leche, el pan... Nuestros vecinos de rellano (¿te acuerdas? Un anciano delgado y distinguido) se van a Bélgica, donde tienen familia... A propósito: para salir al extranjero se tiene que conseguir una autorización militar... No puedes emprender nada sin una autorización especial... ¿Lo ves? Ahora ya tenemos un estado como los demás.

Aun así, hay algunas cosas que me sorprenden: ya no se habla de la ciudad vieja. ¿Abandonada? La pobre... Tras vuestra salida, la imagino completamente desmoralizada. No obstante, al más alto nivel, se había decidido una operación para liberarla. Palmaj, Irgún, Leji: todos participaban. Con una temeridad que todo el mundo comprendía y deseaba, los combatientes consiguieron penetrar en ella. Durante una

decena de horas estuvo en nuestras manos. Y después, sin saber cómo ni por qué, hubo que replegarse. Un oficial ha dicho a uno de mis amigos (Rafí, ¿sabes de quién te hablo?, el rubio, el compañero de Yardená) que una unidad de élite había recibido la orden de evacuar una posición estratégica, permitiendo que los legionarios jordanos la recuperasen sin disparar ni un tiro. ¿Quién es responsable de esta metedura de pata? En estos casos se dice: la historia juzgará. La historia tiene buenos hombros.

¿Y si te haces historiador? Ah, daría lo que fuera por veros discutir a tu hijo y a ti sobre los acontecimientos que estamos viviendo. ¿Digo tonterías? Tienes razón, Elhanan, mi amado. Daría lo que fuera para poder verte en este momento. Y más aún para ver tu cara cuando pongas la primera mirada sobre nuestro hijo que, oh, sí, mi amado, llevará el nombre de tu padre.

Quiero que te ame, quiero que sea amado. Quiero que aprenda nuestro pasado común y que se sienta orgulloso. Serás tú quien le dé su primera lección, ¿prometido? Es tu deber de padre. Y yo, pobre mujer, me mantendré en una habitación adyacente, o incluso en la cocina, y os escucharé; y tanto peor si lloro.

En el transcurso de vuestra primera lección, quiero que como mínimo le digas esto (lo he recibido de mi padre): «Aprender es coger, después es dar; más tarde es retomar».

Me has dado un hijo, mi amado.

Me has dado la vida.

Bendíceme como yo te bendigo.

—*¿Por qué no volviste a vivir en Jerusalén?*

—*Tenía miedo.*

—*¿Miedo de vivir allí?*

—*Miedo de no ser digno de vivir allí. Sin tu madre, comprendes, ¿cómo habría podido despertarme bajo un cielo que bendecíamos juntos cada mañana? Jerusalén... Vuelvo a verla, nos veo cuando llegamos la primera vez. Tenía una fe inmensa en tu madre y en mí mismo. Me volví hacia ella y le dije: Te amo. Y a través de ella, fue a Jerusalén a quien declaré mi amor.*

—*Describe un recuerdo de Jerusalén.*

—*Una nube azul rojiza, casi incandescente. Un silencio atravesado por plegarias melodiosas.*

—*Continúa.*

—*Un mendigo.*

—*¿Un mendigo? ¿Mi madre no?*

—*Tienes razón, tu madre es Jerusalén. Pero cuando recuerdo el camino de Jerusalén, siempre veo un mendigo. Me ofrece compartir su comida.*

—*¿Y tú aceptas?*

—*De Jerusalén lo acepto todo. Un judío solo puede adquirir en Jerusalén el arte de recibir.*

La encargada del piso llama a la puerta.

—Lo reclaman al teléfono.

—¿Al teléfono, a mí?

—Sí, señor.

—¿Quién puede llamarme aquí?

Baja a la recepción. Con el corazón acelerado, coge el aparato: ¡ojalá no esté relacionado con su padre!

—¿Sí?

—Malki, ¿eres tú? ¿Cómo estás?

Es el Sabio.

—No grites tanto. Todo el mundo puede oírte.

—Tengo un trabajito para ti.

—¿No estoy de vacaciones?

—No te llevará mucho tiempo.

—¿De qué se trata?

—Del jefe del Estado. Por aquí no se habla demasiado de él.

¡Imbécil! ¿No sabe que esta conversación, como todas las demás, está siendo grabada por la policía política?

—No grites tanto, te oigo muy bien, incluso demasiado bien.

—Entonces, ¿aceptas? Un artículo de mil palabras sobre el personaje, su familia, su popularidad... Nadie está más cualificado que tú...

¡De verdad, jefe! No eres un principiante, ¿no? ¿Quieres que la policía me tenga en su punto de mira?, se pregunta Malkiel.

Más tarde, el Sabio se lo explicará: por su parte, era un medio para asegurarle protección. Así las autoridades rumanas sabían que gozaba de la confianza del *Times*.

—Lo intentaré, jefe. Pero no estoy seguro de...

—Haz un esfuerzo. Por supuesto, será apreciado. A propósito, ¿cuándo tienes previsto regresar?

—Aún no lo sé. Quizá dentro de unos días. Me quedan una decena de inscripciones por estudiar...

Cuando se encuentra con Lidia una hora más tarde, ella ya está al corriente.

—Espero que no escriba ese artículo —le dice.

—¿Por qué no?

—No me haga demasiadas preguntas.

Se dirigieron al cementerio. Malkiel tenía la impresión de que lo seguían.

—¿Es posible? —preguntó en voz baja.

—Es incluso probable.

Se dio la vuelta: nadie.

—Escúcheme —le dijo Lidia—. En este país la prudencia es la primera de las reglas. El personaje está loco. Y es peligroso. Si dice algo malo, es capaz de matarlo en un accidente. Si habla bien, mentirá, y además no lo satisfará ningún elogio, excepto si lo trata como si fuera Dios. Vale más que se ocupe de los muertos, créame.

—De acuerdo.

En esa época, para él, los desmanes del jefe del Estado rumano no figuraban en su lista de prioridades. Más tarde es posible que sí. Tras su regreso a los Estados Unidos. El tema seguirá de actualidad.

—¿Puedo decírselo? —preguntó Lidia.

—Sí.

Tras un silencio, Lidia vuelve a hablar:

—No estoy segura de admirar su sabiduría, pero la apruebo.

¿Sabio, yo?, piensa Malkiel. Más bien idiota...

Lidia prepara té en su pequeña cocina. Lidia tiene unos movimientos gráciles. Incluso su silencio es agradable, aunque se prolongue. Debe de ser desdichada. Eso se ve, eso se siente. Tiene una manera de mirarte mientras sonrío que revela una angustia oculta. ¿Divorciada? ¿Solterona? ¿Viuda? Cómo saberlo. Para qué sirve saberlo. El conocimiento engendra dolor, dice el rey más sabio de la Biblia. Al diablo el conocimiento.

Malkiel y Lidia han cenado en el restaurante del hotel. Pocos clientes. Servicio chapucero. La conversación languidece. Malkiel no está de humor para charlar; Lidia tampoco. Malkiel quiere irse a dormir. Lidia le propone que tomen café o té en su casa. «No tenga miedo», le dice ella. «No puedo evitarlo —responde él—, las mujeres guapas

siempre me han dado miedo.» Ella ni siquiera ha sonreído. Pobre Malkiel. Los cumplidos no se le dan bien. Las mujeres tampoco. Lo vuelven torpe. Desconcertado. ¿Por qué tanta timidez? Debería consultar a un psicoanalista. Algún día. Más tarde. Después de haber cumplido la misión que le ha confiado su padre. Mientras tanto, juega. Juega al tímido o al conquistador. Eso no es grave. Pero sí lo es que juegue mal. «Entonces, ¿el té? ¿Es un sí?» «Es un sí», responde mientras se pregunta a qué se está comprometiendo.

Han caminado en silencio hasta el apartamento de la joven. ¿Por qué ese malestar repentino entre ellos? Malkiel no se lo explica. ¿Porque ella ha ganado? ¿Porque lo conduce finalmente a una trampa? Bueno, piensa durante un instante, heme aquí en la piel de un espía atrapado en flagrante delito.

Apartamento modesto. Dos habitaciones mal iluminadas. Salón, cocina y ducha. Malkiel está sentado en el sofá; inspecciona las paredes. Algunos cuadros de escenas campestres. ¿Dónde están los micrófonos? Quizá bajo la lámpara. ¿En la cocina? No, en el interior del cenicero. Lástima que no fume.

Lidia regresa con el té. Azúcar. Se sienta sobre una alfombra mullida. Sus piernas se tocan. ¿Dónde están las cámaras?

—¿Por qué no está casada, Lidia?

Ella se sonroja. Su voz enronquece.

—Es una larga historia.

No ha dicho: es una vieja historia.

—¿De cuándo es?

—¿Tanto le interesa?

—Todo me interesa.

Como será necesario amueblar los silencios, más le vale confiarle la tarea a ella. Mientras hable de su vida, Malkiel no pensará en la suya. Su padre: lejos, muy lejos. La guerra: lejos, más que lejos. Tamar: rechazada, difuminada. Tamar, ¿dónde está Tamar?

—Bueno, Lidia. ¿Su historia?

—Éramos jóvenes —empieza, bajando la cabeza—. Estudiantes. Él terminaba medicina, yo aprendía lenguas extranjeras. Nos conocíamos de vista, frecuentábamos el mismo restaurante universitario, asistíamos a las mismas representaciones, a las mismas manifestaciones en las que era obligatoria la presencia de los estudiantes. Bailábamos, flirteábamos. Todo iba bien. Me invitó a su casa, conocí a sus padres. Su padre era

oficial. La *nomenklatura*, por supuesto. Coronel. Gran presencia. Simpático. Rostro abierto, ojos abiertos, manos abiertas. Su esposa, una campesina valiente. Ingenua. Afectuosa. Siempre en movimiento. Pasaba el tiempo sirviendo. Fruta. Bebidas. Pastas. Familia unida, hospitalaria. Imagen de felicidad. Y después...

Un día, Lidia se enteró que el coronel dirigía la policía secreta.

—... Puso a mi familia bajo vigilancia. Porque yo era la amiga, la futura novia de su hijo. Tenía que asegurarse de que no había nada comprometedor por mi lado. Jamás sabré por qué hizo detener a mi padre. Y a mi hermana mayor. Torturados. El uno en presencia de la otra. Mi novio...

Se calla. Malkiel se pregunta: ¿dónde están los micrófonos?

—Mi novio se suicidó... Yo caí en una de esas pesadillas... Negras... Negras... Huí... Interrumpí mis estudios... Al diablo la universidad... He acabado aquí, lejos de mi casa, lo más lejos posible... Estoy sola... Ya lo sabe todo... ¿Está satisfecho?

El té se ha enfriado. Hace frío en el apartamento. Malkiel no tiene ganas de beber, pero le gustaría calentarse. Levanta el mentón de la joven.

—Si las cosas son como son, ¿por qué trabaja para ellos?

—Usted no lo entiende, es lo normal. No puede comprenderlo... Sea bueno: no me juzgue mal... No me retire su confianza...

Malkiel contempla su taza de té frío. ¿Creer o no creer? ¿Confiar en una colaboradora del servicio secreto?

—¿Y usted? —pregunta Lidia en el mismo tono de confianza—. ¿Por qué no está casado?

—¿Qué es lo que sabe?

—Oh, no se trata de brujería. He consultado su ficha.

—Es una larga historia —afirma Malkiel.

—Tengo tiempo.

—Yo no.

—Lástima.

Sí, se dice Malkiel. Lástima.

Su pensamiento se aleja. Su padre. Tamar. Tamar y su padre. «Entonces cástate con ella —decía su padre—. Cástate con ella mientras yo siga conservando todas mis facultades. No esperes, hijo mío. En mi estado no se puede dejar nada para más tarde.» Y además: «Ese *zivug*, ese matrimonio, es el cielo quien lo ha atado, lo siento. ¿Qué tienes

contra esa muchacha? Es radiante, brillante, es educada, se gana la vida, es respetada... Y además... se parece a tu madre, si supieras lo que se parece a ella...». Malkiel nunca ha visto a su madre, excepto en fotos, excepto en los ojos de su padre, excepto en la nostalgia de su padre... Sí, era bella. Su sonrisa de yemenita sugería profundidades insondables de fantasía, de audacia, de comprensión, de exigencia... Cada vez que Malkiel pensaba en su madre se sentía privado de una felicidad que se le debía.

Tamar, su madre, la felicidad de su madre, la maldición que había golpeado a su padre. Tamar, el miedo a perderla.

—No estoy casado —reconoce Malkiel—. Es una vieja historia.

Lidia, taciturna, se hunde en sus reflexiones. Malkiel también.

—No se toma mi té —comenta Lidia—. Desconfía de mi amistad. Rechaza mi cuerpo y todo lo demás: carece de cortesía, señor Rosenbaum.

—Eso no tiene nada que ver con usted, Lidia.

—Entonces, ¿con quién? ¿Con qué?

Del fondo de su memoria surge el relato de su padre y la frasecita pronunciada por su madre: «No sobre esta tierra». No ha emprendido este peregrinaje para acostarse con una desconocida.

—Es una cuestión del lugar —explica Malkiel.

—¿No le gusta mi apartamento?

—No tiene nada que ver con su apartamento... Es esta ciudad... Es demasiado pesada...

Él se pone en pie, ella también.

—Gracias por su franqueza —dice ella.

—Gracias por su comprensión.

Ella lo acompaña a la puerta, se detiene y dice:

—En concepto de reconocimiento, debo repetirle mi consejo: tenga cuidado.

—¿Por qué lo dice?

—Sospechan de usted.

—¿Por qué? ¿Por falta de cortesía?

Ella se pone seria, grave.

—Tenga cuidado. No me gustaría que le pasase nada. No le creen. En su interés por las inscripciones funerarias ven una superchería.

—Díales que se equivocan.

—Razón de más para desconfiar de usted.

Malkiel se siente incómodo. ¿Es que pongo en peligro su seguridad? ¿Confiar en ella? ¿Hablarle de la viuda? ¿De mi padre?

Soy idiota, se dice. Se me ofrece una mujer aún joven y yo busco excusas para ir a acostarme solo.

Malkiel se acuerda del episodio de la hechicería. Todo sigue claro en su cabeza. Ve a la mujer, nota la dureza de su mirada, oye su voz profunda y poderosa, como si fuera él quien hubiera sido la víctima.

Un muchacho anda por la calle. Es muy temprano por la mañana. El frío le hace temblar. Nieva. Una capa de hielo cubre la acera. El muchacho debe tener cuidado para no resbalar. Se resbala. Cae. Se hace daño. La sangre le mana de la nariz. Y de la boca. Tiene miedo. Va a llegar tarde.

La suerte le sonríe. Ella tiene la cara de una mujer que acaba de abrir su ventana. Le hace una señal para que se acerque: «Ven, que te curo». Él no responde. No la conoce. No se responde a una desconocida. «No puedes continuar así —dice ella—. Deja que te lave.» Se precipita a abrirle la puerta. Él la franquea. Se encuentra en un salón débilmente iluminado. No sabe por qué, pero la penumbra lo tranquiliza. No sabe por qué, pero permite que la mujer le quite el abrigo, aunque solo está herido en la cara. «Te sentirás mejor», le dice ella mientras le quita la chaqueta y le pasa un pañuelo húmedo sobre los ojos y los labios ensangrentados. «Te has abotonado demasiado arriba —comenta—. ¿Cómo puedes respirar? ¡Te juro que te vas a ahogar!» Oh, sí, se ahoga. Como ella se ha tomado tantas molestias para cuidarlo, él se ahoga. ¿Por qué lo ha hecho sentarse en el sofá? ¿Por qué sigue sentado? Tendría que levantarse, volver a vestirse, dar las gracias e irse. No lo hace. Ella le impide hacerlo: «Eh, aún no he terminado —le dice cada vez que él insinúa un movimiento para liberarse—. Espera, muchacho. Paciencia. Aún no he terminado».

De repente siente que lo invade el pánico. Acaba de percibir la desnudez de la mujer. Lleva un camisón. Y nada debajo. Se sonroja. Es el Tentador, lo reconoce. Ahora tiene que irse. Sin tardanza. Siente que su cuerpo se lo dice. Pero permanece pegado al sofá, el cuerpo maldice. ¿Qué hacer para salvarse? Su cerebro busca una solución. Es demasiado tarde. Sosteniendo un pañuelo impregnado de un perfume embriagador, la mujer lo

contempla, transformada. Sus mejillas se encienden. Labios y ojos grandes abiertos, jadea pesadamente. Deja caer el pañuelo y hace un gesto hacia el muchacho, un gesto que lo asusta: cree que va a pegarle, a insultarlo, a tirarle cosas encima. «Recógelo —le ordena con un siseo—. Es Dios quien te ha enviado esta mañana; que se haga su voluntad.» Con un movimiento rápido se libra del camisón. El muchacho cierra los ojos para no pecar. «Mírame —le ordena ella—. Mírame y atrévete a decirme que no soy bella.» Él se obstina en no verla. «¿Eres virgen, o qué?», continúa ella con una voz repentinamente vulgar. Él no responde. «¡Lo eres, te lo juro, qué feliz soy! Yo adoro los vírgenes.» Ella intenta desnudarlo, él se resiste. Ella lo obliga a estirarse, lo cubre con su cuerpo pesado, lo aplasta con sus senos, lo besa con furia como para desgarrarlo, morderlo, asfixiarlo. Él gira la cabeza. Todo su ser está tenso, desbordante de deseo, pero decidido a negarse. «Tómame, especie de idiota, ¿a qué estás esperando para poseerme? ¿Tienes miedo? ¿Te doy miedo? Dios te perdonará, te lo prometo. Tómame con toda la fuerza de la que seas capaz y te acercarás a Dios; porque estarás en el paraíso.» Esas palabras se las susurra al oído, sobre los párpados, sobre los labios, que mantiene cerrados. «Libérate, grandullón. Sé un hombre. Viólame y serás rey.» Pero el muchacho es demasiado joven. Demasiado tímido, demasiado creyente. En un arranque de energía, consigue liberarse. Como José, en la Biblia, corre hacia la puerta, abandonando su abrigo. Ya está fuera, sin aliento, cuando oye a la mujer: «Eh, pequeño, vas a coger una pulmonía; ten, coge tu abrigo».

Después de llegar a la escuela con un retraso considerable, no se atreve a aparecer en clase; se va a los lavabos. Plantado delante del espejo, pasa un buen rato estudiando sus rasgos, seguro de descubrir el rastro de su pecado. Un maestro le dijo un día: «Cuando se reniega de Dios, lo que cuenta es el primer paso; se transgrede una ley y uno repara en que no ha cambiado nada. El corazón late como antes, la sangre circula, la gente va y viene, el universo sigue siendo el mismo. Ese es el principio de la separación». ¿He cambiado?, se pregunta el muchacho. ¿Aún me pertenece mi cara? Al perder mi inocencia, ¿lo he perdido todo, estoy perdido para siempre?

Tras ese incidente, se negó durante mucho tiempo a poner los ojos sobre un cuerpo desnudo de mujer.

Abuelo Malkiel, heme aquí ante ti como ante un juez invisible, severo pero misericordioso. ¿Quieres que te confíe lo que he hecho con mi vida? Al fin y al cabo,

llevo tu nombre y tienes derecho a saber si soy digno de él.

Para empezar, debes saber que nunca he traicionado este nombre. Sin embargo, en los Estados Unidos, los antiguos inmigrantes y los refugiados raramente respetan los suyos. Si supieras las transformaciones a las que se sometían en Ellis Island... Slomowicz se convertía en Salvatore si el oficial de acogida era italiano, y Slocum si era anglosajón o irlandés. ¿Isaac no sonaba bien? Se sustituía por Irving. No puedes imaginarte cuántas personas han intentado mutilar, embellecer, maquillar Malkiel. «¿Qué es ese nombre? —se sorprendía Loretta, mi ama de llaves, esa maravillosa mujer del sur—. ¿No preferirías Sam?» Todo el mundo veía en Malkiel un obstáculo, si no un desafío lingüístico. Me han propuesto Melvin, Malcolm e incluso McDonald. Nada que hacer. Me atengo a mi nombre. Solo he dudado una vez. El día que el Times iba a publicar mi primer artículo. El redactor jefe miró la firma y sacudió la cabeza: «¿Malkiel? —preguntó, enojado—. Esto no funciona. ¿Es un seudónimo o qué?». Se lo aclaré. No conozco a nadie que se llame así. Mi consejo es que harías bien en encontrar otro, más familiar para nuestros lectores.» Durante unos instantes tuve la impresión de que mi obstinación podía costarme mi carrera. Afortunadamente, el redactor jefe, preocupado por otros aspectos de la actualidad, se encogió de hombros: «Haz lo que quieras; es tu nombre, no el mío».

Con los años, las cosas deberían haber mejorado. La gente que frecuentaba terminaría por acostumbrarse a mi nombre. Al menos, eso esperaba. Algunos lo aceptaron. Otros me colgaron un diminutivo: Malki, o incluso Ki. Al principio, los corregía con cierta irritación: «Me llamo Mal-ki-el». Era agotador. No lo es menos cuando un nuevo conocido me interroga: «¿Malki-qué? Qué nombre más raro. ¿Dónde se lo han puesto? ¿Qué significa?». Te vas a reír, abuelo: he conseguido captar los favores de una persona encantadora gracias a tu nombre; le parecía musical. Para ser completamente honesto, también debo confesar que bastantes jóvenes no menos encantadoras se han apartado de mi camino por culpa de mi nombre. Lástima. Entre nosotros se dice: You win some, you lose some. Es la vida: se gana, se pierde. Ahí está Tamar: creo que ella también me ama porque le gusta tu nombre. Lo repite a menudo, así, para oírlo: «Malkiel, ¿vamos a pasear? Malkiel, ¿tienes hambre?». O bien: «¿Conoces Nepal, Malkiel? Ah, Malkiel, si fuéramos juntos...».

Tamar me acompaña a menudo a casa de mi padre; a veces lo visita sola. Entonces le dice: «Hábleme de su hijo». Y mi padre responde: «¿De Malkiel?». Si ella hubiera

pedido: «Hábleme de Malkiel», él habría respondido: «¿De mi hijo?».

Se entienden bien. Entre ellos existe una relación íntima que me llena de satisfacción. Ella no le debe nada, pero no le niega nada.

Una tarde los encontré emocionados, cogidos de las manos, mirándose a los ojos, como participando en la misma búsqueda e hiriéndose en el mismo muro: «Tengo miedo —decía mi padre, los párpados medio cerrados—. Todo se embrolla en mí... Los nombres, las fechas, las palabras... La cara que tengo delante, la reconozco, pero ignoro si pertenece al presente o al pasado... Tamar, ¿tú quién eres? ¿De qué época de mi vida formas parte? ¿Serás Talia? ¿Estoy reviviendo mi pasado al mismo tiempo que me abandona?».

Tamar hará todo lo posible por ayudarlo. Yo también. ¿Y tú, abuelo? ¡Ayúdalo ayudándome!

Tú que has sacrificado tu vida por los tuyos, por los nuestros, es necesario que me guíes. Dime qué hacer para vencer no a la muerte, sino al abismo que va devorando la vida de los vivos y el recuerdo de los muertos. Tú, cuya memoria da forma a la mía a través de la de mi padre, dime con qué medios podré evitar que el silencio ahogue las palabras, y también...

El rostro hermoso, normalmente impregnado de gravedad, se retuerce y tensa: el sufrimiento no es solo mental; también es físico.

—Quiero...

Elhanan, sin aliento, se detiene. Su mano busca, tantea en el vacío.

—¿Qué es lo que quieres, padre?

Elhanan abre la boca, la cierra, vuelve a abrirla para tomar aire... Quiere hablar, pedir algo.

—¿Sí, padre?

Malkiel lo mira intensamente. Si simplemente pudiera leer en él...

—No lo sé... No lo sé...

Hundido en su sillón, cerca de la ventana, parece acosado. Pero es él quien busca y acosa... pero ¿quién? ¿Qué?

—¿Qué es lo que no sabes, padre?

Malkiel se siente ahora tan oprimido como su padre. ¿La enfermedad ha traspasado un nuevo umbral?

—Estás alterado, padre. Cálmate. Te sentirás mejor, ya lo verás.

Elhanan obedece. Con los párpados bajados, cruza las manos y parece caer lentamente en un letargo calmante. Tranquilizado, Malkiel siente de repente el deseo de besarlo en la frente, como si fuera un niño, el suyo, que se ha quedado dormido en medio de una historia de suspense. Se fija en una lágrima solitaria que corre por la mejilla de su padre. ¿Llora en sueños? Elhanan no duerme.

—Quiero... Quiero una manzana... —pide con timidez.

Malkiel se precipita a la cocina. Loretta, asustada, le pregunta qué ocurre.

—Una manzana. Rápido, mi padre quiere una manzana.

Con los ojos cerrados, Elhanan tiende la mano. Malkiel deposita la manzana. Elhanan la acaricia con voluptuosidad.

—Es terrible —dice con una sonrisa pálida.

—¿Qué es terrible, padre?

—Me apetecía una manzana. Pero no sabía cómo nombrarla. ¿Puedes comprenderlo? Veía la manzana, sabía que era una fruta, me acordaba de su olor y de su sabor, habría podido dibujarla, pero... se me escapaba su nombre.

¿Es así como progresa el mal? Habrá que hablar con el doctor Pasternak. Mañana. No se sorprenderá. Sabe lo que va a ocurrir, aunque ignore cuándo: poco a poco el enfermo pierde su vocabulario. La esponja se hace cada vez más espesa, voraz, absorbente.

Malkiel se esfuerza en no mostrar su angustia. Pero Elhanan la siente. Para no agravarla, pide menos cosas. Fingiendo somnolencia, no pide nada. Si tiene sed, hace como que se despierta y se acerca a la cocina. Allí, solo con Loretta, le señala el té con el dedo.

Para distender la atmósfera, Malkiel adopta un tono falsamente ligero.

—Tengo una pregunta para ti, padre. ¿Qué es mejor: tener una fruta o poder nombrarla?

Momento de tregua, de respiro. Tras la «crisis» —cada agravamiento se llama así—, Elhanan parece que mejora. De mejor humor, adopta un tono magistral.

—La superioridad de Adán residía en su aptitud para nombrar los animales que Dios le mostraba. No ser capaz de nombrar las cosas era para los romanos la última maldición: *Nomina perdimus rerum*, se quejaban. Un sordo no oye las palabras, pero las conoce. Un mudo no las pronuncia, pero las comprende... Pero ¿qué es una manzana para un jardinero ciego?

—¿De nuevo en mi casa? ¿Con quién hablas? ¿Con los muertos?

La voz gutural, cavernosa del sepulturero. Hershel ríe, pero su cara arrugada da miedo.

—Deja a los muertos tranquilos, señor extranjero. ¿No crees que tienen derecho al reposo? Mejor ven a tomar una copa. Te estarán agradecidos, créeme.

—Es demasiado temprano para regresar a la ciudad —responde Malkiel.

—Demasiado pronto, demasiado tarde, eso no son más que palabras, palabras que no quieren decir nada... Si eres listo, acompáñame y confía en mí. Te contaré otras historias de otras reuniones...

Cuando se ríe, todo su cuerpo se mueve. Sus brazos se balancean, su pecho se infla. Da saltitos como un oso de feria.

—Está bien, vamos —acepta Malkiel.

En las calles, la gente se gira para mirar a esa extraña pareja. Toda la elegancia de Malkiel es desaliño en el sepulturero. Malkiel se pregunta si lo siguen. Imposible de verificar: hay demasiada gente en las calles. Tras una caminata de una media hora, se detienen ante un espacio aparentemente vacío rodeado por un muro ruinoso.

—Este es el cementerio viejo —explica el sepulturero—. No se utiliza desde hace un siglo.

Empuja el portón chirriante. Un patio desnudo. Al fondo, una choza pequeña.

—Aquí está —anuncia Hershel—. Aquí es donde vivo.

En el interior, en penumbra, un hombre está sentado con los codos sobre una mesa, la cabeza en las manos. Sorprendido, Malkiel recula.

—No temas —dice Hershel—. No está muerto. Siéntate ahí.

Señala una silla mugrienta. Malkiel vence sus reticencias y se sienta. Delante de él, el hombre respira ruidosamente. Con las manos entrelazadas sobre la mesa, parece que se fija en un punto lejano en el espacio. Malkiel espera, esforzándose en mantener la calma y el silencio.

—Te he mentado —confiesa el sepulturero mientras se llena un vaso de aguardiente—. Aquí no soy el único judío. Este que ves es Efraín, que quiere hablar contigo. Espera únicamente a que haya terminado su plegaria... ¿Cuál? No lo preguntes, no la reconocerías. Se inventa sus plegarias. Todas las tardes tiene una nueva. ¿Quieres escuchar? Eres bienvenido.

—*Adoshem sfatai tiftach* —dice el hombre—. Otros han sellado mis labios, tú puedes abrirlos. Tú puedes decirme si debo llorar o cantar; si hago lo uno o lo otro por voluntad propia, seré maldito; eso lo sé. ¿Será ese tu deseo? No puedo dejar de creerlo, soy demasiado viejo para dudar de ti. Me niego a considerar que el hombre ha sido creado para escoger entre dos maldiciones. Muéstrame el camino. Indícame la respuesta. Tengo miedo de decidir solo. Soy demasiado viejo para permitirme el más mínimo error. De eso también soy consciente.

»*Upi yaguid tehilateha*: no se trata de cantar a partir de ahora tus alabanzas. Sería más fácil que me callase. Pero tengo esa costumbre. Desde que no veo, tengo la sensación de que mis palabras también son ciegas. ¿Es posible que tú me hayas obligado a recorrer este camino, a asistir a tanta miseria, con el único objetivo de dejarme ciego? Estoy acostumbrado a la noche, pero no al silencio de la noche. Me vuelve loco. ¿Es eso lo que tú quieres? ¿Apoderarte de mi razón?

»He recorrido este mundo, atravesado pueblos y aldeas, conocido ancianos ávidos de futuro y niños sedientos de sueños... ¿Algún día volveré a encontrar los míos? ¿Me harán compartir su juicio sobre mí? ¿Y sobre todos nosotros? ¿Y sobre ti?

»Decide por mí, te lo ruego. Haz que dé voz a lo que mis ojos ya no pueden captar. Haz que pueda hablar sin mentir, o callarme sin hacer que el propio silencio sea un embuste. Haz que sepa interpretar tu voluntad, haz que ella no se oponga a la voluntad de los hombres libres arrancados a la vida: eso es lo que más respeto. ¿Existe un conflicto entre tu voluntad y la suya y por eso tú me has tratado como el vidente de Lublin? A petición suya, tú le has quitado la vista. Pero ¿a petición de quién me has quitado la mía? ¿La necesitas? Sea, tómala. Confíala a quien tú quieras. Pero no toques mi memoria. ¿Ella te molesta? ¿Ella te pesa? Peor para mí. Pero me aferro a ella como a mi vida, me aferro a ella, porque ella es mi vida. Soy yo, Efraín, hijo de Sarah, tu servidor, quien te lo pide. Y está agotado, tu servidor, tú lo sabes, ¿no es verdad que tú lo sabes?

El hombre sentado se ha callado al cabo de un momento, pero sus palabras aún resuenan en la habitación.

—¿Quién eres? —pregunta de repente.

—Me llamo Malkiel.

—¿Malkiel qué más?

—Malkiel Rosenbaum.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Elhanan Rosenbaum.

—Entonces, ¿te llamas Malkiel, hijo de Elhanan?

Malkiel tose: tiene la impresión de comparecer ante un juez.

—Sí —reconoce por fin.

El hombre sentado da palmadas con las manos. ¿Para llamar a alguien? ¿A un fantasma?

—¿Has dicho Malkiel, hijo de Elhanan? Lo conocí. Era un mártir. ¿Con qué derecho usurpas su nombre?

—Era mi abuelo.

Preso de la ira, el sepulturero tira el vaso.

—¡No me digas! —vocifera—. ¡Ah, no, eso no, desde luego que no!

Entonces el desconocido se levanta.

—Ven a la ventana —le ordena a Malkiel—. Quiero verte.

¿Cómo puede verme si es ciego?, se sorprende Malkiel mientras obedece. Efraín camina con las manos estiradas delante de él. Malkiel no sabe por qué, pero se siente invadido por una emoción que no conocía. Se ve de niño la víspera del Kipur. Las manos estiradas delante de él, su padre lo bendice.

—Los hombres se equivocan al pensar que los ciegos no ven. La verdad es que ven, pero de una manera diferente. Diría incluso que ven otras cosas.

Están ante la ventana. Una luz tenue ilumina el rostro del anciano.

—Más cerca —le indica—. Deja que mis manos toquen tu cabeza. Tus ojos. Yo veo con mis manos. En tu cara, encuentro a tu padre. Y al suyo. Una cara, hay que saber leerla. Solo un ciego lo consigue.

Malkiel siente crecer su emoción. Siempre ha sentido afecto por los ancianos y por los ciegos.

—¿Quién es usted, Efraín?

—Me has escuchado. Soy el guardián.

—¿Qué guarda usted?

—Lo que la gente tira, lo que la historia rechaza, lo que la memoria esconde. La sonrisa de un niño hambriento, las lágrimas de su madre moribunda, las plegarias mudas del condenado, los gritos de su amigo: yo las recojo y las conservo. En esta ciudad, yo soy la memoria.

Está loco, se dice Malkiel. Uno más. A menos que no lo esté. Por un lado, un sepulturero sin cadáver; por el otro, un guardián sin luz. ¿Y yo entre ellos?

Siempre con la ayuda de Hershel, Efraín vuelve a ocupar su lugar en la mesa. El sepulturero enciende una lámpara de petróleo. Malkiel distingue mejor al guardián. Rostro anguloso, arrugado, con la aureola de una barba hirsuta. Manos nerviosas.

—¿Cuánto hace que vive aquí?

—Desde la guerra —responde Hershel—, que es lo mismo que decir que desde siempre. Yo lo salvé. No el cielo, sino el sepulturero, el hombre que vive de la tierra. ¿Quieres saber por qué lo salvé? Porque estaba ciego. ¿Quieres saber cómo se quedó ciego? Desde el principio de la guerra, en 1939, no había dejado de llorar. Se podía decir que quería regar el desierto más grande del mundo. Conozco bien a la gente que llora. Pero no he visto a nadie llorar tanto como él. Como era extranjero, había llegado de Polonia, lo habían metido en un asilo. Allí lo vi por primera vez. Lo invité a que viniera a vivir a mi cabaña. Me dio las gracias entre sollozos. Lo intenté todo para que parase. Sus lágrimas eran más fuertes que mis apelaciones a la razón. Caían y caían. A veces me enfadaba y le decía: ¿De dónde sacas las fuerzas para llorar de esa manera? Él respondía siempre de la misma manera: «Incluso cuando las puertas celestes están cerradas, las de las lágrimas siguen abiertas». Su vista declinaba, naturalmente, pero eso no lo detenía. El día que llegaron los alemanes, desapareció por completo.

Efraín levantó sus ojos muertos hacia el visitante.

—Quería recordar, ¿me comprendes? Sabía que iba a asistir de nuevo a acontecimientos sangrientos. Sabía que mi memoria no podía recogerlos todos. Entonces, para acordarme de lo que había visto y oído en Polonia, era necesario que dejase de ver.

El sepulturero lo interrumpe.

—No siempre comprendo lo que dice, es demasiado profundo para mí, pero comprendo sus lágrimas. Cada una de ellas me cuenta una historia... Desde la guerra, vivimos aquí juntos. Yo le informo de lo que ocurre en la ciudad y en el mundo, y él llora por la vida de antaño, en su hogar, lejos de aquí.

El alcohol lo excita y ríe sarcásticamente.

—¿Quieres saber por qué aceptó quedarse conmigo en lugar de partir con la comunidad?

Malkiel espera que siga sin responder. Se siente prisionero de esos dos hombres. No puede apartar la mirada de las manos del guardián ciego; querría cubrirlas con las suyas, pero no se atreve.

—Escucha y verás, joven que te llamas Malkiel, hijo de Elhanan. Efraín sabía que todos los hombres, todas las mujeres y todos los niños de nuestra santa comunidad iban a ser masacrados, que no iban a tener una sepultura, que no serían enterrados en tierra judía consagrada. Sabía mejor que ellos, mejor que yo. Entonces, Malkiel, hijo de Elhanan, cuando le prometí que tras su muerte me ocuparía personalmente de él, que le escogería una tumba cerca del más ilustre de nuestros ciudadanos, consintió por fin en no seguir a los demás. La última vez que ejerza mis funciones será para él.

El ciego estira las manos, palmas abiertas. Y Malkiel encuentra por fin el coraje para poner las suyas. Dos hombres, eso es lo que queda de una gran comunidad. Cómo han po...

—Sé lo que estás pensando —dice el ciego—. Vas a plantearme una pregunta, sé cuál es. Vas a preguntarme cómo conseguí escapar de los asesinos, ¿me equivoco?

Malkiel baja la cabeza: no, el ciego no se equivoca. El ciego sabe leer el pensamiento de los otros.

—Yo tengo poderes. Soy ciego, pero veo lejos. Soy viejo, pero mi cerebro no está cansado.

—Pero ¿cómo consiguió...?

—¿Tienes prisa? Yo tengo todo el tiempo del mundo. ¿Cómo conseguí escapar de los asesinos? Conozco la cábala. Un viejo maestro me enseñó el arte de volverme invisible al pronunciar los nombres de ciertos ángeles. ¿No es verdad, sepulturero? ¿No es verdad que me volví invisible?

—Es verdad —asiente el sepulturero.

—Fue sencillo, realmente sencillo. Pronuncié una palabra, un nombre, y los asesinos dejaron de verme.

Las manos de Malkiel no han abandonado las del ciego. No quiere retirarlas por miedo a romper el hechizo. Para no interferir en una alucinación. Porque se trata de una alucinación, Malkiel está convencido de ello. No se fía de todas esas historias ocultas. También en la India los sabios afirman que tienen el poder de desaparecer a la vista de los demás. Al final mueren. El fin de los hombres es el mismo en todas partes.

—Como supo cómo salvarse a sí mismo —pregunta Malkiel—, ¿por qué no intentó salvar a los otros judíos?

—Buena pregunta, Malkiel, hijo de Elhanan. Y también pertinente. Pero... los misterios no se enseñan en un solo día. Eso exige su tiempo. No obstante, lo intenté. ¿No es verdad que lo intenté, sepulturero?

—Es verdad. Lo intentó.

—Hice todo lo posible para salvar...

—... ¿Para salvar a quién?

El ciego se interrumpe. ¿Busca un nombre? ¿Una cara? ¿Una fecha?

—Se llamaba Malkiel... Malkiel, hijo de Elhanan —dice finalmente.

—¿Quién? ¿Mi abuelo?

—Tu abuelo. Pues sí, intenté salvarlo. Volverlo también invisible. La última tarde, antes de volver a ver al oficial SS, su verdugo, le hablé, hablé. En vano. «Como todos van a morir, quiero ser el primero», me dijo. Me acuerdo de sus últimas palabras: se referían a tu padre. «Hazle saber la fecha de mi muerte para que pueda recitar el *Kaddish*...»

El ciego aprieta con fuerza la mano de Malkiel.

—¿Has venido por eso? ¿Por el aniversario?

—No lo sé —responde Malkiel—. Es posible, pero no lo creo. Mi padre conoce la fecha. La conmemora cada año...

—Pero entonces, dime la verdad: ¿qué es lo que te ha traído a esta ciudad pequeña y desdichada?

—Es por mi padre.

—Entonces, tenía razón. ¿No es verdad que tenía razón, sepulturero?

—Al cien por cien.

El sepulturero ríe con su voz gutural, rasposa.

—Elhanan —pregunta el anciano—, ¿dónde está?

—Vive en Nueva York.

—¿Eso está lejos? —se interesa el sepulturero—. ¿Es grande? ¿Más grande que nuestro pueblo? ¿Cómo son allí los cementerios? ¿Ricos? ¿Lujosos?

El ciego y su visitante no prestan atención a sus interrupciones de borracho. El anciano echa la cabeza hacia atrás para contemplar mejor el techo bajo y negro.

—Tu padre —dice pensativo—. Tu padre es un hombre sabio. Lo veo aquí.

Si supiera..., piensa Malkiel liberando sus manos. Si supiera hasta qué punto está enfermo mi padre...

—Tu padre te ha pedido que vengas aquí y tú no sabes por qué. Pero yo lo sé. Para verme. Para recibir mi enseñanza. A él también le gustaría volverse invisible.

Divaga, se dice Malkiel. ¿Ve realmente a mi padre? ¿Quién sabe? En esta ciudad extraña, todo es posible.

—Y además —prosigue el ciego—, está esto: él quiere entrar en mi memoria.

Quiere, quiere, piensa Malkiel. ¿Mi padre aún quiere algo, sea lo que sea?

Enfadado porque no hablan demasiado de él, el sepulturero exclama:

—¿Y yo? ¿Yo no cuento? ¿Yo no tengo memoria? ¿Yo no veo lo invisible?

Coloca el brazo huesudo sobre los hombros de Malkiel.

—Recuerda lo que parece que quieres olvidar. Yo di a la tierra a Malkiel, hijo de Elhanan. Y tú, el otro Malkiel, hijo de Elhanan, debes respetarme y honrarme.

¿Su padre lo había enviado a su ciudad natal para que escuchase a dos judíos raros? ¿Podía adivinar que el sepulturero y el ciego seguían vivos, como olvidados por la historia?

—¿Y si te dijese —prosigue el sepulturero— que tu padre desea que te hagas enterrar aquí? Como sepulturero, créeme, soy el mejor del mundo.

—Déjalo en paz —interviene el ciego con una voz más fuerte—. Es joven, debe vivir. Su padre lo ha enviado aquí no para entrar en la muerte, sino para salir de ella. Yo puedo ayudarlo, tú no.

—¿Qué es lo que sabes tú?

—Lo sé y eso es suficiente para ti. Tu oficio es hacer desaparecer a los seres, yo, su guardián, los retengo.

¿Por qué Malkiel se ve con Tamar después de una de sus visitas a casa de Elhanan? Discuten hasta el infinito: ¿la esperanza ayuda o no a sobrevivir? Muchas familias se aferraron a ella durante la guerra, cayendo así en la trampa tendida por el enemigo. Pero ¿habrían sobrevivido sin esperanza? Posiblemente la esperanza no sea digna de nosotros, dijo Tamar, pero la desesperación es aún peor si mata en nosotros el deseo de actuar, de enfrentarnos a los acontecimientos, de protestar a gritos contra el mal: no, nosotros no somos ciegos, no nos someteremos. Si el absurdo existe, nosotros le responderemos. Por la razón o por el absurdo, pero nosotros le responderemos.

El anciano ciego se inclina hacia Malkiel como para examinarlo; sus cabezas se tocan. Malkiel recibe el aliento del anciano en la nariz.

—Eres joven —dice el ciego—. A tu edad se está desesperado y se es orgulloso; a la mía, el orgullo desaparece. Aun así, me parece que podría enseñarte el orgullo. Y también la esperanza.

—Usted habla sin saber —replica Malkiel.

—Sí, yo sé. Yo soy la memoria.

Ha dicho «yo soy la memoria» como otros dicen: Yo soy la música, yo soy la suerte, yo soy la muerte.

—Escucha, joven amigo. No te quedes aquí. Vete. Es un consejo que te doy. Lo que buscas puedes encontrarlo en mí. Pon tu mirada sobre mí y vete. Siente el frío de mi mano y vuelve a tu casa. Tu lugar no está entre nosotros, sino entre los vivos.

—Pero mi padre...

El ciego se enfada.

—Tengo poderes, podría utilizar la coacción, pero prefiero no tener que recurrir a ella. Me has visto, has visitado la tumba de Malkiel, hijo de Elhanan, eso es suficiente. Yo soy tu apoyo y tu referencia. El resto no te concierne.

Para no apenar al anciano ciego, Malkiel está dispuesto a prometerle lo que sea, pero se niega a mentirle. Se irá, es verdad. Pero aún no.

Un recuerdo lo espera. Y lo llama.

—Tengo miedo, hijo mío. Si supieras el miedo que tengo...

—Intento comprender, padre.

—Tengo miedo de fracasar. Miedo de no transmitírtelo todo. Por las noches, me despierto bañado en sudor. Hay tantas cosas en mí que deseo salvar... Para ti. Para tus hijos. ¿Tendré tiempo? Al amanecer, no consigo calmar mi corazón. Esta mañana me he dicho: ¿Y si Dios olvidase su creación y el Mesías su misión? ¿Y si el sol se olvidase de salir y el gallo de cantar? ¿Y si mi alma se olvidase de que es un alma? Las palabras ya me engañan y ridiculizan: todas descoloridas, desencarnadas; mi razón ya siente vergüenza de sus límites, de su opacidad. ¿Qué va a ser de mí, hijo mío?

—Si planteas preguntas es que tus facultades siguen ahí.

—Pero un día u otro también olvidaré esas preguntas.

—Un día, un día...

—¿Mañana? ¿La próxima semana? Tengo que darme prisa. La historia que no te cuente se perderá para siempre. La idea que no te comunique jamás nacerá. El acontecimiento cuyo relato no escuches se habrá borrado para siempre de la historia. Todo se embarulla ya en mi cabeza. ¿Te he explicado cómo conocí a tu madre?

—En un campo de «personas desplazadas».

—¿Te he dicho que nos acercamos porque...?

—Porque tú hablabas hebreo.

—Lo hablaba bien. Mejor que ahora. Mi acento era perfecto. Recitaba el poema de Bialik que se titula... ya no sé cómo se titula. Se trata de un estudiante que no piensa más que en los estudios.

—Hamatmid.

—¿Qué dices?

—El poema es Hamatmid. El estudiante asiduo.

—Ah, sí, eso es... Lo había olvidado... Olvido tantas cosas... Pronto olvidaré de dónde vengo y adónde voy. A veces se me hiela la sangre ante la idea de que un día, ¿quién sabe?, me arriesgo a olvidarte también.

Así Elhanan asistía, impotente, a su propia destrucción. El olvido era para él la muerte no solo del conocimiento, sino también de la imaginación, y por ello de la esperanza. Mentalmente destrozado, esforzándose en vano por controlar sus actos, por transformar la duración de la conciencia, se sometía constantemente a exámenes: ¿cómo se llamaba el hombre que...? ¿Qué pasó el día que...? Su razón, aún lúcida, supervisaba la memoria que se desvanecía, se empobrecía. En su cerebro, una gran esponja negra borraba las frases y las imágenes. El tiempo ya no corría, sino que basculaba sobre un precipicio abierto. En ese ambiente de fatalidad, Elhanan se decía que el fin se acercaba. Perdía sus puntos de referencia. El olvido: un mal peor que la demencia; el enfermo no está en otro sitio, no está en ninguna parte. No es otro, no es nadie. Es verdad, Elhanan se aferraba; luchaba. Resistía, tragaba pociones y pastillas, leía todo lo que se publicaba sobre el tema. Pero, como en la leyenda de Moisés, olvidaba por la noche lo que había aprendido durante el día. «No se puede hacer nada —le repetían los especialistas—. Perdónenos, pero, como todo lo demás, la ciencia médica tiene sus límites.» Elhanan se vio obligado a admitirlo: se deslizaba por una pendiente al final de la cual encontraría el vacío.

Tamar lo visitaba con frecuencia, entre dos reportajes, sola o con Malkiel. Elhanan la acogía con ternura. ¿Porque le recordaba a Talia? A veces le hablaba como si fuera su esposa. Ella se negaba a prestarse al juego: «Soy Tamar, pero... hábleme de Talia». Otras veces: «Háblenos de la guerra». O también: «Y su infancia, cuéntenos de su infancia». Elhanan se soltaba con más facilidad en presencia de Tamar. Cuando Malkiel decidió que valía la pena grabar los relatos de su padre, Tamar estuvo de acuerdo: «Para tu padre es bueno hablar... La palabra lo estimula... Y además, eso lo ayuda a sentirse útil». Cada vez que la memoria del anciano se oscurecía, se obstinaban en registrarla mejor. Consagraban todo el tiempo libre a Elhanan, vivían a su ritmo. Pero Elhanan se cansaba con mayor rapidez. Sus recuerdos se disolvían más rápidamente. Se repetía, se interrumpía en medio de una frase sin poder acabarla. Atmósfera crepuscular en la que Malkiel y Tamar sufrían en sus sillas. Ver cómo ese hombre que antaño estaba tan orgulloso de su lucidez y tan unido a su pasado perdía lo uno y lo otro los llenaba de tristeza. Por otro lado, Elhanan también se degradaba físicamente. Tenía un aspecto más frágil. Su voz ya no se elevaba, sus manos ya no indicaban nada. Pero Malkiel y Tamar se negaban a resignarse; seguían interrogándolo. Extraño, pero estaba mejor el sabbat. Parecía más tranquilo. Conseguía expresarse con su antigua elocuencia.

—¿Recuerdas lo que nos enseñan nuestros sabios, hijo mío? —le dijo tras la cena un viernes por la noche—. Es responsabilidad del hombre saber de dónde viene, adónde va y ante quién será llamado para rendir cuentas. Yo sé aún adónde voy, pero sé cada vez menos de dónde vengo. ¿Mi consuelo? Al menos tú sabes, tú sabrás de dónde vengo.

Más tarde, la misma noche.

—Deberías irte... irte en peregrinación.

Malkiel iba a protestar, pero Tamar le tiró de la manga: «Deja que siga su pensamiento».

—Sí, hijo mío. Deberías ir a la ciudad que me vio nacer... Me comprenderías mejor... Recordarías mejor... Es posible que te encuentres con personas que me conocieron... La mujer...

—¿Qué mujer?

—Ya sabes, la mujer que...

De madrugada, Tamar se volvió hacia Malkiel.

—Entonces, ¿te vas?

—No puedo. Está tan mal...

—Yo me quedo. Velaré por él. Haz lo que te pide.

—Tengo miedo —reconoció Malkiel.

—¿De qué?

—No sé de qué tengo miedo, pero tengo miedo.

—Se diría que toda la vida está gobernada por el miedo. Miedo de amar, miedo de no ser digno de amar, miedo de tener hijos...

Él bajó la cabeza. Tamar lo conocía bien.

—Pero, aun así, te amo —le dijo—. El miedo no me impide amarte. ¿Y a ti?

—Yo no tengo miedo.

—¿Qué deseas?

—¿De ti? Compartirlo todo aún más.

—¿Eso es todo?

—Para mí es suficiente.

—¿Nada más?

—Nada más.

Tamar amada. Tú, el inicio. Tú, el despertar. Tú, que vas a dar sentido al mal de mi padre.

—Tamar —dice Malkiel—. A pesar de todo, ¿crees en la posibilidad de una cura?

Ella no respondió enseguida. Estirada en la penumbra del amanecer, parecía dormida. La agonía de mi padre terminará por agotarla, pensó Malkiel. ¿El papel de la mujer? Es comprender, dar confianza, esperar, tener fe y compartirla. Pero entonces, Tamar, ¿por qué te refugias en el sueño? No te alejes, no te cierres ahora que te contemplo intensamente —como si fueras una desconocida— para darte forma y voz, para que tu rostro, tenso bajo mi mirada, vuelva a ser presente, humano, lleno de gracia.

—Tamar —llamó Malkiel—. ¿Duermes?

—No, no duermo.

Y al cabo de un momento:

—Sí, creo que, incluso en el momento de la agonía, el hombre es digno de vencer a la muerte.

—No se trata de la muerte, sino del olvido.

—El olvido es una manera de morir.

—¿Y tienes confianza?

Sus manos se juntaron como para renovar su alianza.

—Tengo confianza. ¿Quieres saber por qué?

—Dímelo.

—Porque me gustan las historias de tu padre. No las olvidaremos. ¿No es ese el principio de la victoria?

Bendita Tamar.

Hershel el sepulturero lo aborda a la salida del cementerio.

—¿Parece que te vas?

—Es posible.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—Lástima.

—¿Por qué lástima?

—Me gustaría bastante guardarte en nuestra casa... Podría cavar una tumba cerca de la de tu abuelo. ¿Lo ves? Dos tumbas, una al lado de la otra, pero el mismo nombre: Malkiel, hijo de Elhanan...

Malkiel no responde.

—¿No tienes sed? —pregunta el sepulturero—. Siento que me quema el gaznate.

Y, como Malkiel sigue en silencio, añade con aire malicioso:

—Por una copa, te vendo otra historia.

Malkiel sigue sin responder. El sepulturero insiste:

—La historia que tengo para ti es buena. Te gustará. Te lo garantizo.

—¿Una historia de muertos? ¿Otra más?

—Si quieres. Digamos más bien de muerte.

Malkiel detiene el paso. Algo en la voz del sepulturero le llama la atención.

—¿Qué muerte?

—La memoria necesita aguardiente para refrescarse.

Ya están de nuevo instalados en la mesa que ocupan casi todas las tardes. El sepulturero pide una botella y empieza a beber. Malkiel no toca el vaso que el camarero le pone delante. De pronto, se da cuenta de que los ojos del sepulturero están inyectados en sangre.

—¿No te había dicho que maté a un hombre? ¿No? ¿De verdad que no? Imperdonable por mi parte. Qué quieres, me hago viejo. Olvido... ¿De verdad que no te he contado que durante la guerra, después de la liquidación del gueto, formé parte de un grupo de partisanos? Nuestra tarea consistía en castigar a los cabrones que se enriquecían denunciando a los judíos, robándoles, entregándolos al enemigo. Ejecutamos a unos cuantos. Por ejemplo, al jefe de los Nyilas, de aquí, fuimos nosotros los que... perdón: fui yo quien le ajustó las cuentas...

Ahora, Malkiel es todo oídos. El sepulturero representa una pieza que faltaba en el puzle. Su historia forma parte de la historia.

—Se le había condenado a muerte, ¿comprendes? —explica el sepulturero—. Era un sádico de la peor especie, créeme. Yo, que conozco la Muerte, puedo afirmar que incluso la Muerte lo detestaba. Se sabía que se encontraba en Stanislav el día que los alemanes masacraron a varios miles de judíos. Un superviviente nos contó que, antes de matar a dos mujeres jóvenes, intentó violarlas. Como se resistían, las encerró en una granja. Le prendió fuego. Murieron abrasadas.

»Pues bien, lo atrapé, imagínatelo. Una noche, organizamos un ataque contra un cuartel. Él estaba de fiesta con una puta y yo conocía la dirección. Entonces, ¿comprendes?, con el bastón de mi ilustre rabino, del que no me separaba jamás, derribé

la puerta y me encontré delante de dos cuerpos desnudos entrelazados. La chica gritó y el hombre, él, estaba paralizado por la sorpresa. Encerré a la puta en el armario. Ordené al cabrón que se pusiera en pie. Así mismo, desnudo. Lo examiné de cerca. Este es el cómplice de la Muerte, me dije. Toda esa fealdad, toda esa vileza, toda esa carne flácida: he aquí un hombre que se pretende el enemigo de los hombres. ¿Por qué tiembla?

»Doy a mi mirada una intensidad enloquecida: arde; oh, sí, sé que mi mirada puede arder. Pero, delante de mí, el cabrón se niega a dejarse demoler. Siento crecer la cólera, me pregunto si será necesario reprimirla. Mis párpados se mueven demasiado deprisa, demasiado deprisa. Les ordeno que se frenen, ellos me obedecen. Ahora son los suyos los que tiemblan. Perfecto. Se da cuenta de que está acabado. El cabrón está solo. El valor puede nacer de la soledad. O bien de la maldad. Empieza a lloriquear: “Yo no he hecho nada, se lo juro. Sobre la cabeza de mis hijos que aún no han nacido, sobre la cabeza de mi madre enferma, se lo juro. Mis manos son puras, mi lengua es pura. No he hecho nada, nada malo”.

»Un despojo humano. En unos minutos el personaje pierde su prestancia, se descompone a ojos vista. ¿Eso es un oficial? ¿Un guerrero? ¿Un señor que dispone de la vida y la muerte de sus súbditos? ¿Qué ha pasado con su orgullo, con sus poderes? “Comete un error colosal —continúa gimiendo, los ojos, la nariz y los labios mojados, mientras su cuerpo se sacude con espasmos—. Yo no soy el criminal, yo no, yo no.” Y yo me digo: Tú, mi pequeño cabrón, pronto no podrás decir yo. Vas a morir. Te daré muerte: la que te pertenece. Te estrangularé. ¿Ves mis manos? Ellas albergan tu muerte.

»¿Por qué estuve mirándolo durante tanto tiempo? Habría podido desembarazarme de él enseguida, eso es verdad, pero, ¿comprendes?, las relaciones entre la Muerte y la víctima siempre me han interesado: una define la condición de la otra. Una no puede subsistir sin la otra. “¿Qué va a hacer? —pregunta el sujeto—. ¿De verdad va a asesinarme?”

»No vale la pena responder. La Muerte es silenciosa. La Muerte impone el silencio. Y el respeto.

»Oh, sabía lo que pasaba por su cabeza. Verás, cuando alguien piensa en su muerte, comprendo su pensamiento. El cabrón se aferraba a la vida. No se la ofrecía a la patria, ni a la historia, ni siquiera a su familia. La quería para él solo y para siempre. Esa era su línea de conducta. No buscaba las dificultades. Ni las complicaciones. Si vivir en paz

negando la muerte quería decir vivir en el vacío de la alegría, o en la alegría del vacío, entonces él aceptaba esa vida.

»Oh, sí, mi compadre, sabía lo que pensaba. Y él sabía que yo lo sabía. El nerviosismo se apoderó de él. Más irritado, el individuo. Más angustiado. La vida se escapaba por sus ojos, la muerte le entraba por la piel. Le dije: “Vas a morir, aún no estás muerto, pero vas a morir; mira hacia atrás: ¿qué ves? Tus víctimas te esperan. No escaparás de ellas. Te esperan después de la muerte”.

»Su cara se encendió para apagarse al momento: “No me mates —me suplicó—. Diré todo lo que quieras. Soy malo, soy culpable, soy todo lo que quieras que sea, pero quiero vivir, no me merezco la muerte”.

»Se erguía delante mí, la mano sobre la barriga, como si le doliera. De repente, tuve ganas de reír: había dicho que no se merecía la muerte. Pero ningún vivo se la merece. Pero el cerdo había matado. Ahora tenía un aspecto realmente aterrorizado. Era mi risa lo que lo aterrorizaba. Era porque estaba riendo. Le pregunté: “¿Sabes quién soy?”. No, no lo sabía. “¿Un partisano?”, respondió. “Soy tu sepulturero.” Me corregí: “No, el tuyo no. Soy el sepulturero de tus víctimas. Para ti, soy la muerte. Y tú me haces reír”.

»Una mueca lo volvió irreconocible. Sus ojos brillaban con un resplandor extraño. Repito: “Soy tu muerte. No, lo seré enseguida. Mientras tanto, soy otra cosa: para ti, soy Dios”. ¿Me tomaba por loco? Estuvo de acuerdo: “Sí, eres Dios —dijo—. Para mí, eres Dios”. “¿Lo crees sinceramente?” Lo creía. “¿Estás seguro de que no estoy jugando?” Estaba seguro. “En ese caso, arrepiéntete.” No sabía cómo hacerlo. Se lo enseñé: “Quiero escuchar tu confesión”, le dije. Se puso a golpearse el pecho. “Más fuerte, más fuerte.” Golpeó con más fuerza. “Di que eres vicioso.” Lo dijo. “Que eres cruel.” Lo confesó. “Que disfrutas humillando a tus víctimas.” Lo reconoció. “Di que mereces la muerte.” La merecía. “Implora a Dios que te perdone.” Abrió la boca en varias ocasiones, pero no salió ningún sonido. Después emitió algunos gruñidos que parecían una risita. Con las dos manos, se daba golpes, se golpeaba el corazón como para liberar su conciencia. “Implora a Dios”, le dije. Me imploró.

»Pero Dios, afortunadamente, no perdona.

—Hershel, ¿puedo hacerle una pregunta?

—¿Por qué no? Venga, señor extranjero, plantea tu pregunta.

—Y la esposa, la viuda, ¿qué fue de ella?

—No lo sé. Ni siquiera sabía que estuviera casado.

Malkiel, la garganta seca, bebió un trago de *tzuika*. Su sangre se inflamó, su cerebro también. ¿Pista falsa? Busquemos en otro sitio. El Nyilas se llamaba Zoltán. ¿Ese era su nombre o su apellido? Hershel no se acordaba.

—¿Se acuerda de cómo cavó la tumba de Malkiel Rosenbaum...?

—¡Desde luego que me acuerdo!

Malkiel, nervioso, bebió otro trago.

—Me ha dicho que la cavó riendo. ¿Por qué riendo?

El sepulturero se inclinó hacia delante, su pesada cabeza casi tocó la de Malkiel.

—¿Habrías preferido que llorase? ¡Habría sido más fácil, eh! ¿A ti te gustan las cosas fáciles? ¡A mí no!

Su puño cayó sobre la mesa; tiró la botella, que cayó al suelo. La recogió.

—¡Los maldigo! —vociferó—. Los maldigo a todos. A él y también a su viuda.

Y se echó a reír.

Después de dejar la taberna, Malkiel regresó al centro de la ciudad y se mezcló con la multitud.

El día está acabado, la noche, acurrucada, espera en las montañas a que un pobre desesperado la llame.

Tamar, ¿dónde estás? ¿Qué secreto descifras? ¿Qué vas a decir a tu lector mañana por la mañana? ¿Qué escándalo vas a revelar? La muerte es un escándalo, Tamar. ¿Y la vida también? La vida también.

Padre, ¿qué viste la última vez? ¿Qué imagen intentas aferrar? En el mundo todo no es más que imagen. ¿El pasado también? El pasado también.

Eh, transeúnte, ando a tu lado. Tú, con tu mochila llena de miserias que te aplastan los hombros, es a ti a quien me dirijo. No te des la vuelta.

Tú tienes para mí el aspecto de un policía de paisano. ¿Por qué me sigues? ¿Qué esperas saber de mí vigilándome así en las calles de tu pueblo? No me mires.

Una mujer, arrebujaada bajo un chal, se desliza en las sombras: desconocida. Otra mira, lucha contra el viento: desconocida. No obstante, quizá tenga ganas de gritar porque querría conocerlas, arrancarles sus velos. No lo hago y me siento culpable, y no sé por qué. Dejo caer los brazos: ¿Me voy a resignar? Él no lo hace. Mi padre me necesita más que nunca. ¿Y Tamar? Tamar también, a lo mejor.

En la cabeza de Malkiel se dibuja un proyecto: no regresar directamente de Fehérfalu a Nueva York. Pasará unos días en Israel y cogerá el avión para llegar a tiempo para celebrar las grandes fiestas con su padre. ¿Por qué ese rodeo? No lo sabe. Quizá quiere simplemente visitar la tumba de su madre.

Malkiel conoce Israel. Su padre lo había llevado para su *bar mitzvá*. ¿Gesto sentimental? Elhanan se lo explicó: «Yo celebré mi *bar mitzvá* en el exilio; me gustaría que tu fiesta fuera en Jerusalén». Delante del Muro, decenas de muchachos venidos de Francia, de Australia, sobre todo de los Estados Unidos, hacían los mismos gestos, enrollaban los *tefilín* en su brazo izquierdo, después se los ponían sobre la frente, recitaban las mismas bendiciones y suscitaban el mismo orgullo mezclado con felicidad entre sus padres.

Sin embargo, la fiesta de Malkiel fue menos alegre. Aparte de su padre, no participó nadie más. Los dos se integraron en un *minyan* hasídico cualquiera y rezaron un poco al amparo del grupo. «No tengo a nadie en el mundo más que a ti», pensaba Elhanan. «No tengo a nadie en el mundo más que a ti», se decía Malkiel. Elhanan ofreció algunos *shekalim* a un *hassid* de aspecto dinámico para que llamase a su hijo a la Torá. Cuando escuchó la invitación ritual —que Malkiel, hijo de Elhanan, quiera levantarse y acercarse—, Elhanan sintió que lo ahogaban las lágrimas. Con su *talit*, se cubrió la cara.

Era verdad. Estaban solos en el mundo. Los últimos de un largo linaje que los relacionaba con el célebre autor del *Tossafot Yom-Yov*. Y, por el lado materno, con un gran místico medieval, rabí Elhanan el Asceta. Malkiel, a la sombra del Muro, meditaba con emoción. Sus abuelos paternos habían muerto *allá abajo*. Sus abuelos maternos habían muerto un año después de su hija. La víspera de la ceremonia, Elhanan llevó a su hijo al cementerio de Safed para recogerse ante sus tumbas. Talia había descubierto ese cementerio durante un paseo con su marido, poco después de su llegada a Tierra Santa. Ella se maravilló de la serenidad que reinaba allí. «Cuando muera, me gustaría que me enterrases aquí», le dijo. Elhanan la chinchó: «No cuando mueras, sino si mueres». Ella no sonrió. «¿He dicho algo desafortunado?», preguntó Elhanan. Ella bajó la cabeza como si buscara un objeto en el suelo. Después la levantó de nuevo: «Mírame y dime que me amas». ¿Por qué ese dolor en sus ojos?, se sorprendió Elhanan. «Te amo, Talia, lo sabes muy bien.» Al cabo de un momento ella le sonrió: «Nunca se sabe lo suficiente, amor mío».

En plena agonía en el hospital, Talia murmuró a sus padres: «Elhanan me ha prometido...». «¿Qué es lo que te ha prometido?» «Llevarme a Safed.»

En 1948 no era fácil transportar un muerto de Jerusalén a Galilea. Zalmen imploró a un jefe del Irgún que intercediera ante el ejército. Una ambulancia condujo a Zalmen, Reuma y el cuerpo de su hija de Jerusalén a Safed. Un silencio irreal planeaba sobre el cementerio; cada tumba bañada en una luz azul y verde; un sol de cobre repartía sus primeros reflejos. Durante el entierro, Zalmen no dejó de repetir: «¿Por qué, Talia, por qué?». Y Reuma de lamentarse: «Y ahora, Talia, ¿qué vamos a hacer?».

Elhanan explicó todo esto a su hijo, que, más cerca de él que nunca, lo tomó de la mano. «No es necesario llorar, hijo mío», le dijo Elhanan llorando.

Tras su liberación del campo de prisioneros, en algún lugar del desierto jordano, Elhanan había enfermado. ¿Secuela de la guerra? ¿Negativa a seguir viviendo? Los médicos no se pusieron de acuerdo. Unos hablaban de debilidad general, los otros, más románticos, se encogían de hombros: «Aún está enamorado de su mujer. El corazón roto, eso ocurre». En cuanto a los psiquiatras, utilizaron su fórmula para todo: «Síntomas psicósomáticos».

Infatigable, Reuma se ocupaba del bebé y de la casa. El suegro se encargaba del resto. Elhanan vivía al margen de su propia existencia. Nadie le interesaba, nada lo conmovía. Las batallas, las crisis que atravesaba el país, las tensiones políticas, las incertidumbres, las angustias, Elhanan no sabía nada; no leía los periódicos, no escuchaba la radio. La valentía de los jóvenes, su idealismo, su espíritu de sacrificio: todo eso pasaba fuera, en un mundo que rechazaba. Incluso a su hijo lo veía como a un extraño. «Esto no puede continuar así —decía Zalmen, disimulando muy mal su desesperación—. ¿Me entiendes, Elhanan? Esto no puede seguir así indefinidamente. Si no haces un esfuerzo, caerás *realmente* enfermo.» Y Reuma, la suegra: «Mírame, hijo mío; me destruyes destruyéndote, nos destruyes a todos; ¿eso es lo que quieres? Piensa en tu hijo; necesita un padre, no un fantasma; además, quién sabe cuántos años nos quedan; no somos jóvenes, cuando nos vayamos, ¿quién se ocupará de Malkiel?». Y los dos juntos: «¿Por qué no vas a... descansar... Sí, a descansar al extranjero? Tu hijo aún es pequeño, no sufrirá demasiado tu ausencia...». Además, Elhanan encontró en el correo una carta de su primo estadounidense invitándolo a ir a Nueva York. Zalmen respondió en su lugar: «Su primo está enfermo». El primo: «Que venga a visitarse con nosotros; nuestros

especialistas son los mejores del mundo». Elhanan terminó por aceptar con la condición de que pudiera llevarse a su hijo. El primo: «Pero ¡naturalmente! ¡Nuestras escuelas son las mejores del mundo!». Escena triste, conmovedora, en el puerto de Haifa: «Regresaréis muy pronto —se despidió Zalmen—. Muy, muy pronto». Y Reuma: «¿Tendrás cuidado? ¿Me lo prometes?». No podían adivinar que no volverían a verse.

En cuanto llegó a Nueva York, Elhanan fue llevado al hospital: recaída grave. El primo y su esposa cubren a Malkiel con su amor posesivo: «Tan pequeño y ya huérfano», no dejaban de mascullear. Como si los dos estados fueran incompatibles...

Restablecido, Elhanan vivió dos o tres semanas en casa de su primo. Este le encontró enseguida un apartamento modesto. «Déjanos al pequeño —le dijo al convaleciente—. Será más fácil para ti. Y además, podrá jugar con nuestra Rita.» Elhanan no quiso ni oír hablar de ello. La esposa del primo le imploró: «¡No estás en condiciones de ocuparte de un niño!». Nada que hacer. Ella se irrita: «¿De qué tienes miedo? ¿De que te lo roben?». Elhanan permanece inflexible. «¿Cómo te ganarás la vida?», pregunta el primo. Elhanan no lo sabe; no ha pensado en ello. Solo sabe que no es necesario que su hijo crezca en casa de extraños. «Pero ¡nosotros no somos extraños!», protesta la mujer. «¿Oyes lo que está diciendo? —le pregunta a su marido—. ¡Nos trata de extraños!» El primo la calma: «Déjalo, aún no está del todo bien; más vale no ponerlo nervioso». Generoso, le entrega quinientos dólares. Elhanan le da las gracias y le promete que un día se los devolverá. Durante un instante, quiere saber qué debe hacer para encontrar una mujer que se ocupe del niño y de la casa mientras él, Elhanan, busca trabajo. «Está el *New York Times* —le indica el primo—. Los anuncios clasificados.» «Buena suerte —susurra su mujer—, ya verás lo fácil que es encontrar a alguien... Volverás a llamar a nuestra puerta...»

Por una vez, la suerte le sonríe. Elhanan llama a un número de teléfono y pregunta por Loretta. Ella contesta el mismo día. En la cuarentena, viuda, pobre, simpática, trabajadora, cálida: su acento melodioso evoca las colinas soleadas del sur. «Ah, mi buen señor, yo estoy sola como usted... Excepto que usted no lo está realmente... Tiene ese ángel que duerme allí, ah, qué guapo es... Hace mucho tiempo que no veo a ninguno tan hermoso...» Sus dos hijos, casados, se han quedado en Virginia. «Loretta —le dice Elhanan—, tengo que ser franco con usted: tengo quinientos dólares, eso es todo. No sé cuánto tiempo pasará antes de que encuentre trabajo...» Loretta hace un gesto de protesta: «No se preocupe, mi buen señor... Usted es bueno conmigo, Dios lo será con usted». «Admiro su fe, Loretta.» «Tenga confianza.»

Loretta se equivoca, su Dios la engaña. Principios difíciles para su empleador. Inclinado sobre los anuncios clasificados, los estudia como antes las Escrituras. ¿Qué es mejor, vender corbatas o sacacorchos? Durante un mes es representante. A menudo le cierran la puerta en las narices. A veces una mujer caritativa le compra uno o dos, aunque no beba vino y viva sola: «Me compadezco de usted», le dice. Él da las gracias con un murmullo y se va en busca de empleos más dignos: chantre en una pequeña sinagoga alemana (su alemán no está a la altura), anunciante en la radio judía (su yidis es demasiado yidis), planchador en una de las últimas lavanderías de la época de la recesión (sus músculos no están suficientemente desarrollados), vendedor de libros de arte (su inglés no es lo bastante refinado)... Pero se las arregla mejor que peor... Incluso se inscribe a clases nocturnas en el Brooklyn College... Lo aprende todo, lo engulle todo... Siente que le falta el tiempo... Quiere recuperar los años perdidos, las ocasiones desaprovechadas... Descubre a Chaucer y a Donne, a Dickens y a Thoreau, mientras sigue profundizando en Maimónides y Crescas... ¿Nunca ha estudiado química? Va a por la química. Y la física. El teatro de la Edad Media, imposible de esquivar. La poesía mística, las ciencias ocultas, la grafología, la astrología... Desoyendo los consejos de su médico, el buen doctor Pasternak, trabaja mucho, incluso demasiado: de día para ganarse la vida dando clases particulares de literatura hebrea, por las noches preparando los exámenes. Sus asignaturas preferidas: psicología y psicoterapia. Quizás espera curarse curando.

Ya no ve a su primo. Incluso cuando Malkiel y Rita salen juntos, Elhanan se queda en casa. El primo es demasiado rico. Demasiadas secretarías, demasiadas mecanógrafas, demasiadas acciones en Bolsa, demasiadas llamadas telefónicas. En una palabra, demasiado ocupado, demasiado vanidoso. Convertido en adolescente, Malkiel será más tolerante. ¿Será a causa de Rita? Visitará a su familia con más regularidad.

Criado por Elhanan y Loretta, Malkiel crece bien. Niño dotado, despierto, sin problemas aparentes. Coca-Cola y chicle, salchichas (*kosher*) y béisbol. Asiste a una escuela judía religiosa que se hace cargo de él —quizá demasiado— desde la guardería hasta el instituto. Buen alumno, destaca en lenguas: domina el inglés, el hebreo y el yidis. Tiene muchos amigos y le gusta seducir en secreto a las chicas de su clase.

Igual que su padre, se interesa por todo, pero manifiesta una inclinación pronunciada por las letras.

Sus relaciones con Elhanan son afectuosas: aún no ha sentido la llamada de la revuelta. Eso ya llegará. De momento, están muy cerca el uno del otro; son aliados. Al final de la jornada, intercambian impresiones y experiencias. Malkiel describe a sus compañeros, Elhanan a sus alumnos y, más tarde, a sus pacientes.

En la mesa, comentan la actualidad. Los acontecimientos en Israel. La campaña de Suez. La guerra de los Seis Días. La política y los escándalos. Sin embargo, hay una sombra: el día del aniversario de Talia, Elhanan solo habla de ella. Encienden una vela fúnebre, se acercan a la sinagoga, donde Malkiel recita el *Kaddish*. Elhanan, durante toda la jornada, no bebe ni come. El resto del tiempo, Talia es una ausencia envuelta de misterio. Elhanan piensa en ella, pero es muy raro que exprese sus pensamientos.

Pero a Malkiel le gustaría saber más. A veces, en ausencia de su padre, pasa horas contemplando la foto de esa mujer hermosa, típicamente israelí, que su padre guarda en la mesa de trabajo y en la cabecera de su cama. Inconscientemente, Malkiel busca en cada joven un reflejo de su madre. Deben ser morenas, deportistas, francas, liberadas, audaces. Y divertidas, activas, extrovertidas. ¿Cuántas veces se ha enamorado? La mujer encontrada, ya sea en clase o en el pasillo, en el restaurante o en el concierto, llena su vida durante una semana, un día o incluso un instante hasta la aparición de una pasión nueva.

Mientras tanto, el centro de su existencia sigue siendo su padre. Lo respeta, lo admira. Incluso cuando está enfadado con él —por oscuras razones juveniles—, sigue queriéndolo. A veces, lo pincha: «¿Por qué no vuelves a casarte?». Rojo de vergüenza, Elhanan cambia de tema. Y más tarde, cuando Tamar ha aparecido en el horizonte, Elhanan replica: «¿Y tú, hijo? ¿Por qué no te casas?».

Sin embargo, un día, al regresar de la escuela —debía de tener doce años—, Malkiel sorprende a su padre, sentado en el sofá, al lado de una mujer de cabello oscuro. Los dos de buen humor. Y también Loretta. Loretta está radiante. Con una palabra de ánimo se pondría a cantar. Pero ¿qué les ocurre a todos?, se pregunta Malkiel. ¿En qué fiesta están participando? ¿Alguno de ellos ha ganado la lotería?

—Sé tu nombre —dice la joven.

—Yo también —replica Malkiel, mordaz.

—¡Qué sentido del humor! —exclama.

Elhanan la presenta:

—Shoshana es de Jerusalén.

—Mamá también era de Jerusalén.

—Precisamente. Shoshana era una amiga de tu madre.

Malkiel querría contestar: Mi madre está muerta y vosotros estáis muy contentos; estáis contentos de que mi madre esté muerta. Pero no dice nada. Elhanan lo invita a sentarse.

—Tengo que hacer deberes —se excusa.

Va a coger una galleta a la cocina. Loretta lo riñe:

—No te portas bien con tu padre. Finalmente ha invitado a una mujer. Se ríen. Se divierten. ¿Has visto reír muy a menudo a tu padre?

—¿Quién es?

—Tu padre te lo ha dicho. Una vieja amiga de tu madre, que su alma descansa en paz.

—¿Casada?

—No lo sé. Lo único que sé es que tu padre se interesa por fin por una mujer. Ha decidido regresar a la vida normal. Un hombre normal debe vivir con una mujer, preferiblemente normal. ¿No estás de acuerdo? ¿O te vas a enfurruñar hasta que vuelva a su soledad? Dime, ¿eso es lo que quieres?

Malkiel deja los deberes para más tarde; regresa con su padre y la invitada. Israelí. Libre en sus movimientos, en sus palabras, seductora. Cuando ríe, toda su cara se anima: sus ojos, sus labios, su nariz. En algunos momentos incluso pone su mano sobre la de Elhanan para aventurar alguna palabra, algún recuerdo.

—Shoshana debió abandonar al mismo tiempo que nosotros el campo de «personas desplazadas» —comenta Elhanan.

—Y si no me hubiera puesto enferma, es posible que te hubieras casado conmigo — recalca Shoshana.

Y hoy estarías muerta, piensa Malkiel.

—Tu madre la sustituyó en el último minuto —explica Elhanan—. ¿Qué tenías?

—Oh, lo he olvidado. ¿La gripe? Quizá dolor de estómago. Envidiaba a Talia por encontrarse tan bien. Yo en la cama, aburriéndome... Pero seguimos siendo amigas. De verdad, pequeño...

¿Por qué la miraba Elhanan con semejante intensidad? ¿Por qué la invitó a cenar? ¿Cuánto tiempo se quedaría en los Estados Unidos? Malkiel se acuerda: estaba celoso. ¿Por su madre? También por él mismo.

La invitada regresó al día siguiente. Y al siguiente. Elhanan permite que lo acompañe cuando va a buscar a Malkiel a la salida de la escuela. La tercera velada, van al teatro. Elhanan vuelve tarde. Malkiel no está dormido. Como siempre, Elhanan entra a darle una última caricia antes de retirarse a dormir.

—¿Has pasado una buena velada, padre?

—Muy buena.

—Esa... esa mujer...

—¿Sí?

—¿La quieres?

Elhanan se sienta al borde de la cama. Un pliegue melancólico aparece alrededor de su boca.

—No quiero a nadie más que a tu madre.

—Pero... esa mujer...

—Era muy cercana a tu madre. Por eso es muy cercana a mí.

—¿Está casada?

—No —responde antes de desearle las buenas noches a su hijo.

Shoshana no volvió nunca más a la casa.

Dos veces por semana, durante cuatro horas, Elhanan ponía su experiencia de terapeuta al servicio de numerosos supervivientes de los campos. Estos le otorgaban un afecto fiel que se explicaba fácilmente: escuchaba sin juzgar, interrogaba con tacto. Siempre discreto. Humilde. Sincero. Cuando le decía a un paciente: «Estoy con usted», estaba enteramente con él.

Por la noche, sentados a la mesa, evocaba ante Malkiel ciertos casos, sin mencionar los nombres, naturalmente. El anciano solitario que se desesperaba: único superviviente de su familia, sabía que al morir su linaje se extinguiría. Quería, a pesar de su edad, adoptar un niño... La esposa que, por razones complejas, había ocultado su pasado a su marido. ¿Por qué sentía vergüenza por su sufrimiento?... El hombre que no se perdonaba que, allá abajo, le había negado un trozo de pan a su amigo... El rico comerciante que, por las noches, se levantaba para ir a llorar a su despacho cerrado con llave... La mujer que, sola en la cocina, ponía delante un espejo para mirarse mientras engullía golosinas y pastel de queso...

—Un hombre me dijo: En un campo, en Polonia, vi el colmo de la crueldad humana; vi a un oficial alemán degollar a un padre en presencia de sus cuatro hijos; ese día, perdí la fe.

—Yo lo comprendo —dijo Malkiel.

—Otro hombre me dijo: En un campo, en Polonia, vi la culminación de la solidaridad humana; vi a tres desconocidos que sacrificaron su sueño y su salud para salvar a un prisionero enfermo. Ese día, recuperé la fe.

—También lo comprendo —dijo Malkiel.

—Y yo habría comprendido lo contrario. El primero podría haber recuperado la fe y el segundo, perderla.

—¿Al comprenderlos los ayudas, padre?

—No. A esas personas, en realidad nadie puede ayudarlas. Sus sufrimientos los han puesto fuera del alcance de cualquier cura. Lo único que se puede hacer por ellos es escucharlos.

—¿Les duele menos?

—No.

—Entonces, ¿por qué los escuchas?

—Nadie tiene derecho a no escucharlos.

Un día lo comprenderé, se dijo Malkiel.

Con frecuencia, Malkiel y su padre hablan de Dios. Como todo adolescente criado en la fe, Malkiel se debate con la idea de la Providencia. Si Dios está en todas partes, ¿cómo se explica el mal? Si Dios es bueno, ¿cómo explicar el sufrimiento? Como Dios es Dios, ¿cómo concebir el papel del hombre en su creación? «A Dios le gusta dialogar —explicaba Elhanan a su hijo—. ¿Qué es dialogar? Es tomar conciencia de un desgarrón: este, Dios lo destruye y Dios lo crea, tanto por su presencia como por su ausencia. Con él todo es posible, sin él nada es posible. Solo que lo contrario también es verdad. No olvides lo que nos han enseñado los ancianos: Dios también está en las contradicciones. Él es el límite de todas las cosas, él es el que hace retroceder el límite.»

Durante otra discusión un viernes por la noche: «También debemos recordar la condición trágica de Dios. Él no puede dar sus órdenes más que a un hombre libre, a una voluntad independiente. Al tomar conciencia de su pasado y de su futuro, el hombre no sigue reivindicando esa libertad que solo Dios puede otorgarle. Él se la entrega y he aquí que Dios tiene delante a un interlocutor que ya no es libre: ¿la gloria de Dios está en

hacerse obedecer por un hombre disminuido y encadenado? Llegando al límite, deberíamos suponer que es voluntad de Dios que el hombre le sea superior. Superior porque siente lo que le falta, porque llama a lo lejano. El hombre, que es alguien que anda, que baila, que se obstina en perseguir una reconquista perpetua de su libertad, de su inocencia...».

Un día lo comprenderé, se repetía Malkiel.

Lidia mira a Malkiel como si hubiera perdido el juicio.

—¿A quién busca?

—A una mujer.

—Y si no entiendo mal, como mujer, ¿yo no sirvo para el caso?

—Usted siempre me entiende al revés.

—¡Sus enigmas, señor Rosenbaum, empiezan a atacarme los nervios!

—No se enfade, Lidia. Se lo suplico.

Parecía tan preocupado y tan desdichado que la joven intérprete se aplacó.

—No estoy enfadada —reconoció—. Solo celosa.

—El perdedor soy yo. La mujer que busco es anciana. Debe de tener alrededor de setenta años.

Estaban sentados en el banco habitual en el parque principal. Final de una tarde agradable. La plaza bullía de gente. El sol, blanco y frío en el aire puro y transparente, declinaba perezosamente.

—¿Y cómo se llama esa mujer de sus sueños?

—Precisamente, Lidia. No lo sé.

Lidia se dio una palmada en las rodillas.

—¡Vaya, lo admiro, mi pobre señor! ¿Y no se le ha ocurrido que en nuestra encantadora pequeña gran ciudad hay bastantes mujeres viejas cuyos nombres no conoce?

Malkiel tuvo que admitir que tenía razón. Debería haber pedido más detalles a su padre. El Nyilas se llamaba Zoltán... ¿Era su nombre o su apellido? Elhanan no lo había precisado nunca y, ahora, ¿se acordaría? ¿Y cómo preguntárselo desde tan lejos?

—Voy a explicárselo, Lidia.

Le contó lo de los partisanos. El Ejército Rojo. La liberación. La sed de venganza de Itzik el Largo. La violación.

El rostro de Lidia reflejaba el horror y el asco. ¿Cómo podía reprocharle que no comprendiera?

—Una pregunta —intervino la joven intérprete aclarándose la garganta.

—¿Sí?

—En el lugar de su padre, ¿usted qué habría hecho?

Malkiel se había formulado muchas veces esa pregunta. Intentaba imaginarse en la habitación, de pie delante de dos cuerpos que luchaban... ¿Se habría lanzado sobre su mejor amigo para protegerlo de sí mismo? ¿Habría pedido ayuda?

—No lo sé, Lidia.

Una pareja se sienta en el banco vecino. El hombre susurra algo al oído de su compañera. ¿Existo para ellos?, se pregunta Malkiel.

El sol se ha puesto y bruscamente el cielo, sobre la montaña, se ensombrece, amenazante. Hace fresco. Frío.

—No hay esperanza —comenta Lidia.

Ella explica con una tranquilidad que pone a Malkiel de los nervios:

—Hubo muchas mujeres violadas. Todo el mundo está al corriente, pero nadie habla de ello. No ponga esa cara, señor periodista. No me diga que no lo sabía... ¿No sabía que los soldados rusos, nuestros liberadores, ultrajaron a las mujeres que consiguieron atrapar? Guapas y feas, pequeñas y grandes, flacuchas y regordetas, escolares inocentes y abuelas resacas: todas valían. Era la vida. Las reglas del juego. En la guerra como en la guerra. El botín, la recompensa del guerrero, el derecho del vencedor de poseer al vencido: llámelo como quiera... Mire, yo misma puedo sospechar que mis tías, sus amigas, mi propia madre... Ellas nunca hablan. Ninguna aceptará explicar los primeros días, las primeras noches de la liberación... Gigantesca operación de rechazo... ¿Y usted cuenta sinceramente con poner la mano... oh, perdón... identificar a la que su padre vio tendida en el suelo, torturada por su compañero de armas?

Malkiel no responde. Lidia tiene razón. No hay esperanza.

—No lo había pensado —reconoce en voz muy baja, molesto—. Es una estupidez, lo sé, pero no puedo evitarlo. Es aquí, no sé exactamente en qué momento, donde se me apareció claramente el verdadero motivo de mi estancia.

—¿Una revelación repentina? —lo pincha Lidia.

—Sí, ¿por qué no? De golpe he comprendido que debo encontrar a esa mujer. Verla. Hablarle. Escuchar su voz. Ver sus ojos, sus labios. Sus manos. Es necesario que la encuentre. Es necesario, Lidia.

Ahora ya es de noche. Malkiel ya no distingue los rasgos de la intérprete. Un paseante solitario atraviesa el parque y se va a ahogar su tristeza Dios sabe dónde.

—Una pregunta —plantea Lidia—. ¿Y si ha muerto?

Una vez más, tiene razón.

—¿Lamentará su visita a la ciudad?

—No —responde Malkiel.

Y al cabo de un momento:

—Estoy contento de que nuestros caminos se hayan cruzado, Lidia.

Malkiel es sincero. Le caía bien esa intérprete encantadora y tan bien informada. Si no hubiera tenido a Tamar, quién sabe...

—Está bien —asiente Lidia—. Trabajemos. La mujer en cuestión es viuda. Su marido era Nyilas. Se llamaba Zoltán, pero ignoramos si era el nombre o el apellido... Desgraciadamente, había muchos Nyilas en nuestro delicioso país bajo la ocupación húngara...

—Pero ¿Zoltán?

—Nombre corriente...

—Conocido por su crueldad... El terror del gueto... Excitado por la sangre judía...

Lidia lo escucha atentamente, plantea preguntas precisas. Le hace repetir tal incidente, insiste en los detalles. Al final, se pone en pie.

—Está bien, voy a ver si puedo ser útil. Al fin y al cabo, conozco a bastante gente. Es posible que los más viejos se acuerden. En ese caso, tendremos una oportunidad de encontrarla.

Ha dicho «tendremos», piensa Malkiel levantándose a su vez. Buena señal. Una noche más de insomnio. ¿Y si va a pasarla en compañía del sepulturero y de su compañero ciego? Quizás uno de ellos podría responderle a la pregunta de por qué su padre lo había enviado a esa ciudad. ¿Para ver a la viuda? ¿Por otra razón?

Malkiel estuvo a punto de enfadarse a la mañana siguiente cuando Lidia lo tomó de la mano en el vestíbulo del hotel.

—¿Y bien? —preguntó sin aliento.

—¿Y bien qué?

—¿Ha tenido éxito?

—Oh, éxito, ¿sabe?, es una palabra muy grande...

—¿Ha averiguado algo?

—¿He averiguado algo? Es posible.

—¿Se está burlando de mí?

—Tranquilo, mi buen señor, tranquilo. Está usted en un país en el que es necesario controlarse.

Él respiró profundamente para recuperarse.

—Vamos a desayunar juntos. Tranquilamente, ¿no es así? Es una condición. Si no, lo dejo colgado. No tengo intención de fastidiar mi placer matinal con un hipertenso.

A Malkiel le habría gustado decirle cuatro cosas. Pero no serviría de nada. Además, ¿cómo interpretar su actitud? Quizá se había estrechado la vigilancia a su alrededor.

—El desayuno no es famoso en mi hotel —comenta, obligándose a ser amable—. Pero he traído un buen Nescafé americano. ¿Me haría el honor de compartirlo conmigo?

—Por supuesto.

Acostumbrado a las buenas propinas de Malkiel, el camarero le sirvió pan fresco, mantequilla, huevos, queso. Lidia comió con apetito. ¿Estaba herida en su amor propio de mujer? ¿Pretendía vengarse? Habló de todo, excepto de la viuda violada. Política económica del régimen, sistema educativo comunista, actualidad internacional según los comentaristas rumanos, análisis literario del folklore nacional, historias divertidas de amores nada divertidos: durante más de una hora Malkiel jugó al juego, sin interrumpirla y sin dejarse traicionar por su impaciencia. Después, con una indiferencia calculada, Lidia sacó de su bolso una hoja plegada por la mitad.

—Ahí está todo —indicó—. Nombre, dirección, estado civil.

Malkiel quería gritar: «¡Démelo!». Pero consiguió controlarse. Sus ojos se clavaron en el trozo de papel como si el futuro dependiera de él.

—Tome —dijo Lidia.

Lo cogió, lo palpó antes de desplegarlo.

—Está en rumano —explicó Lidia.

—¿Usted podría... bueno... traducirlo?

—Elena. Calinescu. Calle de los Tilos, 51. Vive con su hija y su yerno. También vive con ellos una niña pequeña.

Malkiel intentó calmarse, o al menos no mostrar su ansiedad.

—Está viva —comentó.

—Y usted va a conocerla —anunció Lidia.

—¿Cuándo?

—Enseguida.

Sin confesárselo, Malkiel sintió un temor oscuro ante la idea de encontrarse cara a cara con la mujer que durante tanto tiempo había atormentado a su padre. ¿Y si lo llenaba de reproches? ¿Y si descargaba en él su odio?

—¿Vamos? —preguntó Lidia.

Fuera lloviznaba. La ciudad estaba siniestra; sus colores parecían menos dulces, y los árboles con el follaje amarillo, más deprimentes.

Marcha silenciosa, inquietante, de una decena de minutos hasta una hermosa casa de dos pisos. Lidia tocó el timbre del segundo. Puerta entreabierta. Lidia pronuncia unas palabras en rumano; le responden. Lidia discute. La puerta se cierra. Ella discute con más vigor. La puerta vuelve a abrirse. Lidia y Malkiel la franquean. Una joven despeinada los conduce al salón. Ahí tienes, piensa Malkiel, se encuentran salones en un régimen comunista. Se pregunta a qué familia judía pudo pertenecer ese apartamento en otra época.

—Buenos días, señorita —saluda una voz débil—. Buenos días, señor.

Voz enfermiza, apenas audible.

Una mujer de aspecto distinguido está de pie delante de ellos, la cabeza inclinada sobre su hombro izquierdo.

—¿En qué puedo ayudarlos?

Malkiel la examina; pequeña, menuda, vestida de negro, rasgos finos y marcas de tristeza. ¿Está de luto? Mejillas chupadas, marcadas de arrugas. Párpados pesados, labios pesados.

—Lidia —dice Malkiel—. ¿Tendría usted la amabilidad de explicar... pero... prudentemente... con suavidad...?

Lidia explica.

A medida que la anciana escucha, o parece escuchar, su cabeza se inclina cada vez más sobre el hombro izquierdo.

La joven sirve agua mineral. Lidia se interrumpe para beber.

—Lidia, ¿qué le ha dicho?

—Nada aún. Algunas palabras sobre usted. Que es periodista. Que vive en los Estados Unidos. Que su padre es de aquí.

—¿Nada más?

—Eso es todo.

La anciana lo observa; espera. ¿Por dónde empezar?

—Lidia, pídale que nos excuse por importunarla.

La anciana menea la cabeza imperceptiblemente. Coge un vaso de agua mineral y lo acaricia con las dos manos.

—Y también —prosigue Malkiel— por reabrir viejas heridas que espero que estén cicatrizadas después de tanto tiempo.

Malkiel siente la mirada de la anciana que lo escruta, lo penetra, acentuando su ansiedad.

—Lidia —prosigue—, pregúntele si comprende lo que decimos.

Sí, lo comprende.

—Pregúntele si se acuerda del día de la liberación.

Lidia traduce. La anciana se estira. Levanta la cabeza.

—No —responde—. No me acuerdo.

¿Hay una desafío en su voz debilitada por los años?

—Pregúntele, Lidia, si estaría dispuesta a hacer un esfuerzo.

Lidia traduce. La anciana, siempre estirada y orgullosa, responde que es vieja, que ha vivido demasiados años, demasiados cambios de estación, sufrido demasiadas tragedias. No, no se acuerda de ese día. Además, todo eso queda muy lejos.

—Insista, Lidia. Es importante.

—¿Para quién? —pregunta la anciana.

—Para mí —responde Malkiel.

—Yo no lo conozco. Además, a mi edad, las cosas que a usted le parecen importantes ya no lo son para mí.

Lidia traduce girando la cabeza hacia uno o hacia otra.

—Lidia, dígame que no tenga miedo.

—Yo no tengo miedo —contesta la anciana.

—Entonces, ¿por qué se niega a ayudarme?

—No lo conozco. En consecuencia, no sé cómo podría ayudarlo.

—Acordándose del día de...

—He olvidado tantas cosas, tantas cosas —dice la anciana.

Se acerca una silla para sentarse. A partir de ese momento, Malkiel solo la verá de perfil.

—Tantas cosas —repite con un tono hastiado—. Afortunadamente he podido olvidarlas. Dios, en su bondad, me ha ayudado a borrarlas de la memoria. Usted es todavía joven, señor. No puede comprender las virtudes del olvido. ¿Cómo se puede vivir si uno se acuerda de todo?

Lidia traduce con una voz impersonal, neutra, profesional.

—No le pido que se acuerde de todo —recalca Malkiel—. Detengámonos en una sola jornada. La de la liberación.

—Eso fue en plena guerra, señor. En plena guerra pasan tantas cosas.

—¿Como cuáles?

—Cosas que hacen daño, que hieren. Cosas terribles. ¿Qué es lo que no es terrible en la guerra?

—Sea más precisa, señora.

La anciana no puede. Está disgustada. Demasiado cansada, demasiado vieja para disipar la bruma que envuelve su memoria. Lo lamento, pero debe comprender que...

—Perdóneme, señora, pero... ¿se acuerda de su marido?

Eso es, piensa Malkiel excitado. Esta vez hemos llegado. Tendrá que responder.

—Menuda pregunta, por supuesto que me acuerdo —responde la anciana—. ¿Cómo olvidarlo? Está allí, en la habitación de al lado. En cama con una mala gripe.

Entonces, ¿ha vuelto a casarse? Lidia no se lo había dicho. A menos que no la hubiera entendido bien: solo se había quedado con que ella seguía viva.

—¿Hijos?

—Tres. Todos casados. Dos viven lejos de aquí. Tenemos siete nietos. Maria vive con nosotros con su marido y su hija.

Tres hijos, se dice Malkiel.

—El mayor de sus hijos, ¿qué edad tiene?

—Es una hija, Silvia.

—¿Qué edad?

—¿Por qué quiere saberlo? ¿En qué puede interesarle la edad de mis hijos?

—Se lo explicaré, señora, se lo prometo.

—Veamos... me casé con mi marido cuando tenía... cuando tenía veinticinco años... quizás un poco menos... ¿Silvia? Treinta y ocho, si no me equivoco...

Malkiel calcula mentalmente y suspira de alivio. No, Itzik el Largo no tiene descendientes en Rumanía. Sin embargo, ¿cuántas veces les ocurrió lo mismo a tantas

otras?

—¿Y de su primer marido, señora? ¿Se acuerda de él?

De nuevo se puso rígida. Un recuerdo doloroso apareció en su rostro delgado, huesudo. Se refugió en un silencio opaco. Parecía que sus manos se aferraban a la silla.

—Era alguien importante, ¿no es cierto? Un oficial Nyilas... Zoltán, ¿se acuerda de su nombre? ¿Se acuerda de su uniforme? ¿Su arma? ¿Su látigo? ¿Realmente los ha olvidado? Detestaba a los judíos, los perseguía. ¿Lo sabía usted? Los acosaba, les pegaba, los atormentaba. ¿No es verdad, señora, que su marido mataba a los judíos?

Con un tono seco, cortante, Malkiel le asesta golpe tras golpe. ¿Para hacerle daño? Para despertarla de su sopor, para sacudirla. Pero ella, la frente alta y la mirada dura, sigue muda.

—Lidia —prosigue Malkiel—, dígame que no he venido a acusarla de nada y mucho menos a torturarla, sino...

—¿Sino? —repite Lidia.

—Para comprender. Esa es la verdad. He venido a verla para comprender mejor a mi padre.

—¡Qué! ¿Cree que va a poder ayudar a su padre acosando a esta pobre mujer?

—Pero no, Lidia, no se trata de eso. Para mi padre es demasiado tarde.

—¿Está muerto?

—No, vive. Sí, mi padre vive. Pero... y después de todo, mucho peor. Se lo explicaré en otro momento. Por ahora, créame: las respuestas de la señora Calinescu son para mí de una importancia extrema...

Parece que la anciana ha comprendido la esencia de la conversación. Moviendo las manos delante de ella, colocándolas sobre las rodillas, se muerde los labios antes de hablar.

—Dígame que tiene razón. Mi primer marido era un hombre malo, malvado. Le gustaba hacer daño, me hacía sufrir a menudo.

—¿A usted? ¿Por qué?

—Yo le suplicaba que rompiera con sus amigos Nyilas, quería que cambiase. Quería tener a mi lado a un marido, no a un verdugo.

Se habían casado seis o siete meses antes de la liberación. Él era hijo de un amigo de su padre. Matrimonio acordado, por supuesto. Ella era joven, muy joven, apenas había superado la adolescencia. Soñaba con un príncipe encantador. Su padre le había dicho:

«Te he encontrado tu príncipe encantador. Es Nyilas, pero se le pasará». Se llamaba Zoltán. Vestido con su brillante uniforme, les gustaba a las jóvenes. «¿Cómo podía dudar de su sinceridad, de su nobleza de espíritu? Era ingenua, estúpida.» Buen mozo, vividor, vanidoso, trataba a los demás con desprecio. Sí, golpeaba a sus víctimas. Sí, las odiaba, sobre todo a los judíos. Sí, iba al gueto para «limpiarlo», como solía decir. A su regreso, resplandecía. ¿Y ella, su esposa? Durante su ausencia se quedaba en la casa con sus numerosas criadas. Encerrada en su habitación, con las cortinas corridas, lloraba. «¿Por qué lloras?», le preguntó él. «Porque tú quieres que todo el mundo sea tu víctima», le respondía. Entonces él la azotó. Y ella dejó de llorar.

—Sí, ¿cómo podría haber olvidado a mi primer marido? —reconoció la anciana.

Lógicamente, tendría que haber huido, regresado a casa de sus padres y decirles: «Zoltán es un monstruo, no lo quiero, él no me quiere». O bien: «Nos amamos por las tardes, por la noche, cuando estamos solos en la cama. Pero nunca estamos realmente solos. Siento la presencia de sus víctimas, oigo sus gemidos». O también: «Sí, aún nos amamos algunas veces, nos amamos con un amor enfermo, con un amor maldito». Sí, ella debería, ella debería.

Malkiel no puede dejar de sentir simpatía por ella. ¿Cómo se puede vivir con remordimientos constantes? ¿Por qué no había abandonado al carcelero de su marido? ¿Por qué no se había negado a esa humillación? Debería haber comprendido que ese rechazo la salvaría; un rechazo que está dentro del sentido de la vida, que hace que un puñado de tierra pueda convertirse en un ser humano. Ahora es demasiado tarde.

Malkiel comprende muy bien que ella quiera olvidar. La época del gueto, la de los humillados. También la época de la ternura. La época en que amó al monstruo de su marido, en que se aburría cuando él no estaba cerca de ella; en que ella lo besaba y buscaba su aliento para unirlo al suyo. ¿No hay nada más natural que quiera borrar esas imágenes? ¿Tiene él derecho a recordárselas? Una voz le dice: «Detente, deja tranquila a esta mujer desgraciada; ya ha sufrido lo suficiente, tiene derecho al descanso, aunque sea en el olvido, si es que lo encuentra». Pero siente que debe proseguir con su investigación. ¿Por qué? Cuestión de instinto; sabe que debe.

—Su primer marido, señora... Su muerte, ¿se acuerda?

Sí, se acordaba. Se la comunicaron una tarde de primavera. Ella estaba en el jardín. Delante de ella, un oficial. Distinguido, sombrío. Firmes. Muy recto, respetuoso: «Sea fuerte, señora —le dijo—, tengo que comunicarle una triste noticia en nombre del

ministro de la Guerra y del comandante en jefe de los ejércitos». Ella solo comprendió las primeras palabras: «Sea fuerte», y adivinó lo que seguía. Pensamientos diversos invadieron su espíritu. «No volverá a hacerle daño a nadie.» «No me humillará.» «Soy viuda. Aún no tengo veinte años y ya soy viuda.» ¿Enseguida? Enseguida debió de desmayarse. ¿Quién ha matado a su marido? No lo sabe. Sí, lo sabe. Los partisanos. Los partisanos judíos. Están en el bosque, en la montaña. Gente joven que había escapado del gueto local o de otros guetos. «Vi su cuerpo, irreconocible. Me acuerdo. Yo me decía: “Son los muertos los que lo han ejecutado. Son sus propias víctimas quienes lo han castigado”. Me acuerdo porque mis padres estaban presentes. Me contaron que durante los funerales no dejaba de murmurar una palabra, siempre la misma: “Castigado, castigado...”». Los rusos llegaron algunos días o algunas semanas más tarde.»

Lidia interviene.

—Dice la verdad. Me lo han confirmado. No se la molestó tras la liberación. Se consideró que su conducta fue irreprochable.

Malkiel se sorprende intentando imaginarla joven. Debió de ser guapa. Elegante. La misma inocencia. Intenta imaginarla como víctima. Víctima de Itzik el Largo. Ella gritó. Imploró su piedad.

En el exterior sigue lloviznando. Un pájaro, que aparece en su campo de visión, parece que lleva un fragmento de nube sobre sus alas.

—La joven viuda —continúa Lidia— pasó algunos meses en una clínica. No lejos de aquí. Sufría problemas físicos.

Normal, piensa Malkiel.

—Normal —dice Lidia—. La muerte de su marido. La vergüenza de haber sido la esposa de un torturador Nyilas. Las convulsiones dramáticas de la liberación...

Malkiel se levanta y se acerca a la anciana dama. Intenta verle la cara. Hunde su mirada en sus ojos. No ve nada. Los ojos de la vieja dama no tienen ninguna mirada.

—Lidia, pregúntele si me ve. Y si no me ve, pregúntele qué ve.

La anciana dama no responde a su pregunta. Lidia se la repite. Sigue sin responder. Está cansada, piensa Malkiel.

—Estoy agotada —reconoce la vieja dama—. Estos recuerdos son demasiado pesados.

Malkiel se siente mal en su papel de investigador. ¿De inquisidor? Está claro que esta mujer también es una víctima. ¿Por qué aumentar su sufrimiento obligándola a recordar el pasado? La misma voz le dice que es suficiente. De nuevo, no le hace caso.

—Intente perdonarme, señora —le dice, inclinándose hacia ella—. La estoy apenando, pero tengo mis razones... Son valiosas; creo que incluso son honorables...

—Todo el mundo dice lo mismo —recalca Lidia—. Siempre se encuentran razones honorables para hacer daño.

Malkiel decide no reaccionar.

—Voy a contarle el día más sombrío de su vida. Usted está aterrorizada. Con una tía, se ha escondido en el sótano. ¿Se acuerda?

La anciana dama se tensa bruscamente. Una nueva nube de sombra vela sus ojos. Llevando la mano derecha hacia el pecho, parece que intenta auscultarse el corazón, quizás tratando de calmarlo.

—Ante el asalto del Ejército Rojo, los alemanes y los húngaros se atrincheran en algunos inmuebles. No durante mucho tiempo. Su resistencia es en vano y lo saben. La batalla se libra desde el alba hasta media tarde. Desde su refugio, escucha el estrépito de los tanques, de los obuses, de los soldados borrachos de violencia, portadores de muerte... De repente, contiene el aliento. Han derribado la puerta. Aparece un hombre armado. No lo ve, pero lo oye. Registra la casa, abre los armarios, inspecciona las habitaciones, golpea los muros, abre la puerta del sótano, tropieza con su tía, que lanza un grito de horror, pero la aparta con rudeza y, con el fusil por delante, desciende corriendo la escalera; allí lo ve. Es grande, ágil, impulsivo; lo mueve una cólera fría. Le ordena que suba. Usted obedece. La lleva a una habitación. Cierra la puerta. Se vuelve hacia usted, la contempla largamente con odio, y empieza a hablarle en una lengua, el yidis, que usted no entiende. ¿Se acuerda, señora?

La anciana dama, jadeando, ahora lo mira como si fuera el hombre que la ultrajó. Sus manos se aferran a las sienes. ¿Intenta borrar alguna imagen que, irresistiblemente, surge desde las profundidades de su memoria?

—No, querido señor. No lo recuerdo.

Malkiel no lo cree; se lo dice en un tono más bien duro.

—Pare —ordena Lidia—. ¿No ve que sufre? ¿Que sufre por su culpa?

—Yo no le he hecho nada —replica Malkiel, obstinado—. Otro la hizo sufrir; yo no. Yo formo parte de su presente, no de su pasado.

—Pero la está haciendo sufrir en su presente —insiste Lidia.

—No. Por mi culpa recuerda un sufrimiento antiguo, eso no es lo mismo.

—No me acuerdo —repite la anciana dama con una voz apagada.

—El hombre le da una orden; usted no la comprende. Se la explica por gestos. Usted sigue sin comprender. Entonces, mientras sostiene el fusil con la mano izquierda, la desnuda con la mano derecha arrancándole la blusa, la falda, usted está medio desnuda... Se baja el pantalón y...

Sin darse cuenta, Malkiel ha hablado deprisa, más deprisa que de costumbre.

—¡Ya es suficiente! —exclama Lidia—. ¿Qué tipo de hombre es usted?

Inflexible, Malkiel es incapaz de detenerse en su camino. Quiere llevar su investigación hasta el final y más allá.

—... Está tendida en el suelo, en medio de la suciedad, el hombre está sobre usted, la aplasta, la asfixia, su aliento le repugna, los ojos de él no abandonan los suyos, usted se resiste como se resiste a la histeria liberadora, después deja de resistirse, y de repente...

La anciana dama está ahora completamente inmóvil. Reviviendo su vergüenza, parece vencida por ella.

—... De repente llega un hombre... El recién llegado está sin aliento. La ve antes de reconocer al asaltante. Usted también lo ve... Usted no le dice nada, pero él la escucha... No le pide nada, pero él viene a ayudarla, o al menos lo intenta... Habla con su verdugo, también en yidis, le habla a la razón; el otro está sordo. Le implora que no haga el imbécil; alza la voz y le grita que lo que está haciendo es cruel, inmoral, inhumano, le grita a pleno pulmón, pero no sirve de nada... Entonces, el recién llegado llora... Solloza... Sus miradas se cruzan... ¿Se acuerda, señora?

Voz dura, insistente:

—Ese hombre, ese caballero inesperado que quería salvarla, ¿se acuerda, señora Calinescu?

La anciana dama sale de su silencio como un enfermo sale de la enfermedad: amable pero lúcida. Parece que ha envejecido diez años en diez minutos. Abre la boca, va a hablar y de repente es Malkiel quien se deja llevar por el pánico. Cree saber lo que va a decirle la anciana dama. Va a revelarle la cara odiosa, abyecta del caballero. «Ah, usted lo ve como un ser noble, que se presenta en ayuda de una pobre mujer vencida, es usted muy ingenuo, señor. En la guerra, todos los hombres son bestias. ¡Solo piensan en hacer daño, en humillar, en poseer! Su caballero, muy bien, voy a decirle lo que hizo, él, el salvador de alma pura... ¡esperé a que terminase su amigo para ocupar su lugar! Y usted creía que... Ah, me da risa, señor...» Eso es lo que va a decirle la anciana dama. ¿Para vengarse porque ha perturbado su descanso? ¿Para hacer triunfar la verdad? Pero

entonces, ¿cuál es el sentido de su búsqueda? ¿Dónde está la esperanza? ¿Aún es posible la redención? Una voz secreta, siempre la misma, le susurra: ¡Vete, apártate de este lugar, venga, abre la puerta y no vuelvas jamás! Como las veces anteriores, la hace callar. Sin embargo, su pánico no está justificado. La anciana dama no seguirá su guion. La gloria del caballero seguirá siendo brillante y reconfortante. Pero la ira de la vieja dama no será menos violenta.

—¿Con qué derecho viene a reabrir mis heridas? —pregunta lentamente, separando cada sílaba—. ¿Quién lo autoriza a forzar mi memoria? ¿Por qué quiere que me sienta otra vez mancillada, mortificada, repudiada tanto en mi carne como en mi alma? ¿Qué le he hecho? ¿No he sufrido lo suficiente? He rezado al Señor para que me conceda el olvido y el Señor me ha escuchado; al final he conseguido sepultar mis recuerdos. Y borrar el rastro de esa jornada más negra que la noche; al final he conseguido olvidar las muecas, las manos, los ruidos que me ligaban a ese hombre. ¿Por qué quiere deshacer lo que ha hecho el Señor? ¿Con qué derecho viene a transformar su compasión divina en maldición humana?

Ella no ha levantado la voz; contiene su cólera, pero el furor anima su mirada sombría. Lleno de remordimientos, Malkiel se queda en silencio. Ella tiene razón, se dice. ¿Cómo llevarle la contraria?

—Lo perdono —prosigue la anciana dama—. El carácter de los hombres se revela en sus rasgos y sé que usted no es cruel. ¿Quería expresarme su pesar, su piedad? No sabría qué hacer con ellos. Como ha entrado en mi casa, lo he escuchado. Como me ha mirado, le he hablado. Ahora, por favor, váyase. Tengo que descansar.

Malkiel se inclina para darle las gracias. Le hace una señal a Lidia de que ha llegado el momento de irse. No obstante, sabe que debe plantear una última pregunta.

—¿Piensa alguna vez en el hombre que intentó ayudarla?

—Gracias a él, puedo creer que no todos los hombres son malvados. Estoy convencida de que era honesto y misericordioso. Pero, en mi deseo de olvidarlo todo, también he conseguido olvidarlo a él.

Ella se levanta para acompañar a los visitantes. Al estrechar la mano de Malkiel, le dice:

—A veces vuelvo a ver a ese hombre valiente y humano. Como detrás de una cortina de humo. Una sombra iluminada, si puedo expresarlo así. Pero ese día y los días siguientes vi muchas sombras.

Malkiel retiene su mano entre las suyas.

—Espero que no me odie demasiado, señora Calinescu. Gracias a usted he aprendido algo útil y posiblemente esencial: el olvido también forma parte del misterio. Usted necesita olvidar y la comprendo; yo debo combatir el olvido, intente comprenderme también a mí.

Por primera vez, ella esboza una sonrisa. A Malkiel le conmociona más que sus palabras.

—Podría mentir, pero no quiero. La verdad es que no lo comprendo. ¿No es demasiado joven para intentar conocer el pasado de otro además del suyo? En algún momento me he preguntado si el hombre era usted... Pero es imposible, desde luego, usted aún no habría nacido...

—Era mi padre —confiesa Malkiel con dulzura.

La anciana dama vacila; todo su cuerpo se ve sacudido por escalofríos. Temiendo que se derrumbe, Malkiel la sostiene entre sus brazos y prosigue con la misma dulzura.

—Mi padre era el hombre que quería salvarla, no el otro.

El alivio destensa el rostro de Elena Calinescu. Poco a poco, se tranquiliza. Ella lo mira largamente antes de murmurar:

—¿Permitirá que una anciana le dé las gracias? ¿Y le dé un beso?

Ella lo besa en la frente.

—Le agradezco que haya venido.

Lo besa por segunda vez.

—Y le doy las gracias a su padre.

Malkiel la sostiene entre sus brazos y después, al borde de las lágrimas, sale. Muda, Lidia lo sigue. Bajan las escaleras sin intercambiar ni una palabra. Una vez en la calle, Lidia se vuelve hacia él.

—¿Permitirá que una intérprete bastante más joven que usted también lo bese?

Ella lo besa en la boca. Y Malkiel vuelve a ver a su padre: él, en la ciudad de su infancia, no conoció el amor; ninguna mujer de aquí puso sus labios sobre los suyos.

Ha llegado el momento de regresar.

Tamar, volverá a ver a Tamar. La amará, la amará con todo su corazón; la amará llorando, riendo como un niño. Está seguro de que ella lo regañará. Al menos, lo espera. ¿Está enfadada? Eso es el pasado. ¿La pelea? Historia antigua. ¿El incidente? Ella lo quiso, pero, con su propio pasado y sobre todo el de su padre, ¿podía Malkiel actuar de otra manera? Tamar era injusta. La barbilla alzada, la mirada aguda, lo miraba de arriba abajo con desprecio: «¡Mientes, te mientes y quieres que yo también mienta!», le había reprochado. Afortunadamente, la escena tuvo lugar en su casa y no en el periódico. El redactor de internacional y el Sabio habrían intervenido en persona: toda información veraz se debe publicar.

Se trataba de Israel. De un artículo que podía dañar a Israel, a la imagen y, en consecuencia, a los intereses de Israel. Malkiel decía: Amo a Israel. Tamar respondía: Amo la verdad. Pasaron una noche en blanco discutiendo, intercambiando argumentos conocidos y reproches olvidados. Malkiel intentó conducirla, como se suele decir, «al buen camino»; en vano. Orgullosa, altiva, arrogante, segura de su saber y de su derecho a pronunciarse sobre todas las cosas. Se mostraba obstinada, decidida, inflexible: La libertad de información pasa por encima de todo, decía para subrayar cada una de sus respuesta. Y Malkiel replicaba: ¿Y si tu querida libertad de información causa un daño? ¿Y si ella hace daño a nuestro pueblo? ¿También la ejercerías? Enredados en sus laberintos de orgullo y de lealtad, ya no sabían escuchar. La pareja desunida. Heridos, cada uno veía en el otro un obstáculo.

Tamar había entrevistado a un joven palestino de Belén en gira de conferencias por los Estados Unidos. Profesor de Ciencias Políticas en Bir Zeit, acusaba al gobierno, a la policía y al ejército de Israel de practicar la represión y la tortura contra los árabes de Cisjordania. Antes de presentarlo a la sección de internacional, Tamar mostró su artículo a Malkiel, que enrojeció al leerlo. «Vamos a tomar un café», le dijo. «¿Ahora? Son casi las cinco de la tarde. Corremos el riesgo de perdernos la primera edición.» Él insistió: «Te lo ruego, vamos». «¿Tan urgente es?» «Sí.» Subieron a la cafetería y se sentaron en un rincón. «¿Qué es tan urgente? ¿Tiene relación con tu padre?» «No.» Tamar se impacientó: «Escucha, cada minuto cuenta. Si tienes algo que decir, dilo». «Tu artículo,

Tamar... ¿se lo has enseñado a alguien?» «No. Quería pasárselo al Sabio una vez que lo corrigieses y revisases.» «No debe salir», dijo Malkiel. Tamar se sobresaltó: «¿Qué? Pero ¡si es una bomba! Mañana, todos los comentaristas de todas las televisiones del mundo citarán el artículo...». «Por eso mismo —recalcó Malkiel—, esa es la razón por la que no debe salir...»

Malkiel tenía que volver al trabajo: «Tengo una sugerencia —planteó—. Espera un día. Nadie va a robarte la exclusiva. El hombre tiene demasiado interés en verlo aparecer en nuestras columnas. Lo discutiremos esta noche. Si no consigo convencerte, mañana publicas el artículo». Ella lo observó durante un momento largo, se levantó con un movimiento brusco y se dirigió hacia la salida. «Hasta luego», se despidió de malos modos.

A las siete de la tarde, como de costumbre, Malkiel visitó a su padre. En secreto, había tenido la esperanza de encontrar a Tamar, a la que a veces le gustaba adelantarse, pero sin duda esa tarde no estaba de humor para complacerlo. Loretta estaba sonriente.

«¿Ha pasado bien el día?» «Bastante bien —contestó Loretta—. Se ha negado a dormir la siesta, pero eso es todo.» «Deberías descansar por la tarde —le dijo Malkiel a su padre—. Es bueno para ti.» «No puedo dormir, no quiero hacerlo —replicó Elhanan—. Tengo miedo de no volver a despertar. O de no saber que me he despertado.» Para hacerlo hablar, le planteó diversas preguntas a las que Elhanan respondió distraído. «Tienes la cabeza en otro sitio, padre», dijo Malkiel. Su padre guardó silencio durante un buen rato antes de responder: «Nuestros sabios nos enseñan que dos ángeles se unen al hombre desde su nacimiento para no abandonarlo. Uno lo precede y lo ayuda a escalar las montañas, el otro lo sigue en la sombra y lo empuja hacia su final. Tengo la impresión de que este es el más fuerte. Compadezco al primero». «No subestimes su fuerza —replicó Malkiel—. Está ahí para protegerte; y a él lo protege Dios.» Elhanan reflexionó y su voz se angustió: «¿Y a Dios quién lo protege?».

Malkiel tenía prisa para volver a casa. Tamar ya estaba allí. Acurrucada en el sofá, aspecto obstinado, bebía un *whisky* con soda. «¡Está bien, señor censor, vamos allá!» Aquello se presentaba mal. Cuando Tamar se hacía la mala era imbatible. «¿Permites que me sienta?» «Sí.» «¿En el sofá?» «No. Coge una silla. Ahí, delante de mí. Bien, te escucho. Explicate. Dime con qué derecho pretendes imponerme una censura que va en contra de todos mis principios.» Cuando Tamar pronunciaba la palabra «principio»,

nadie podía llevarle la contraria. Sus principios eran sagrados. Inviolables. Pero, aun así, Malkiel probó suerte.

—Has entrevistado a ese palestino, ¿verdad?

—Naturalmente. Sus informaciones son claras y precisas.

—¿También son verdaderas?

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Has verificado sus acusaciones?

—¿Es que no has leído mi artículo? ¿No he aportado la reacción de los funcionarios israelíes?

—Al publicar las dos versiones, ¿no crees que la de los israelíes es más bien escueta? Dejas planear la duda.

—¿Qué mal hay en minar las certidumbres de los lectores ingenuos?

La discusión degeneró. Los dos apelaron a los tópicos, a los recuerdos, a las pasiones.

—Se trata de la verdad —planteó Tamar—. ¿Quieres escamotearla? ¿Quieres eliminarla de la historia?

—¿Cómo te atreves a oponer la verdad de Israel a la verdad?

—Si lo que dice el palestino es verdad, entonces es Israel quien se opone a su propia verdad, es decir, a su vocación ética, a su misión profética.

—¿Quién eres tú y quién soy yo para erigirnos en jueces de un pueblo antiguo que además es el nuestro?

—¿Quién eres tú y quién soy yo para no ayudar a un pueblo, que además es el nuestro, para que no cometa ciertas faltas graves? ¡Posiblemente se trata de su salvación y seguramente de la nuestra!

—¡Eso es! ¿Te tomas por la salvadora de Israel?

—¡Tu ironía está fuera de lugar! No soy profeta ni moralista; soy periodista. Pretendo ejercer mi oficio con la mayor honestidad posible. Y tú no eres más que un pobre predicador que intenta obstaculizarme por razones sentimentales y pueriles...

—¡Al menos confiesa que te burlas del bienestar de Israel! ¡Atrévete a admitir que te da igual su seguridad! Lo que cuenta para ti es obtener una exclusiva, que te felicite el jefe, y si este artículo te vale el Pulitzer, saltarás de alegría, y si Israel tiene que sufrir, mala suerte, ¿o es que exagero?

—¡Sí, exageras, y cómo! Amo mi oficio. Lo amo apasionadamente, no porque me ofrece recompensas, sino porque me sirve de arma de combate. Me gusta pensar que

gracias a mí los hombres y las mujeres estarán un poco más tranquilos, un poco más serenos...

—¡Te gustaría ayudar a todo el mundo, excepto a tus hermanos y hermanas de Israel!

—¡Eso es mentira!

—Entonces, ¡demuéstralo!

—¿Cómo quieres que lo demuestre? ¿Ocultando lo que ocurre? ¿Aceptando las injusticias que se cometen, dejándolas pasar en silencio?

—¿Y las injusticias que se cometen contra ellos no te conciernen? ¿Y los atentados terroristas? ¿El asesinato de niños? ¿La muerte de civiles inocentes?

—El periódico para el que trabajamos, tú y yo, habla de ello frecuentemente, y muy a menudo en la primera página. ¿No crees que los palestinos también se merecen que se preste atención a su destino?

—¡Ah, por fin confiesas que los que te interesan son los palestinos!

—¡No, lo que me interesa, sobre todo, es la verdad! En cuanto a Israel, ¡lo amo tanto como tú!

—Pero te prestas a perjudicarlo, a ponerlo en peligro, ¿no es así?

—¡No! ¡Estoy dispuesta a evitar que se haga daño!

—¡Magnífico, Tamar! ¡Quieres ayudar a Israel a pesar de él! ¡Bravo!

La discusión siguió así durante toda la noche. Malkiel exigía una actitud «excepcional» respecto al Estado judío en razón de sus pruebas pasadas. Tamar también. Con una diferencia: Malkiel decía que era necesario «comprender» los fracasos de Israel, que era necesario ser más tolerante con un Estado traumatizado por cinco o seis guerras, mientras que Tamar sostenía que, en razón de sus sufrimientos pasados, había que mostrarse más exigente con una comunidad que debería ayudar a sus víctimas en lugar de oprimirlas.

Tras una noche sin dormir, Tamar envió su artículo a la sección de internacional. Apareció al día siguiente en primera página. Provocó una conmoción general. Las organizaciones judías publicaron protesta tras protesta, el Departamento de Estado se negó a confirmar las acusaciones, que Jerusalén, desde luego, se apresuró a desmentir, y, en las Naciones Unidas, cinco delegados árabes citaron el artículo en cuestión para demostrar que Israel violaba los derechos de los palestinos en Cisjordania.

Por la noche, Malkiel encontró a su padre entre sollozos.

—He leído el artículo —le explicó—. Lo he releído tres veces, siete veces... No entiendo nada.

—Yo tampoco, padre. No comprendo nada.

Entre Tamar y Malkiel estuvieron desde entonces las lágrimas de Elhanan.

... Es injusto, piensa Malkiel. Es injusto que Israel nos separe, cuando en realidad debería acercarnos el uno al otro. Ayúdanos, padre, como has ayudado a tantos otros.

Regresaré muy pronto, se dice Malkiel. Volveré a ver a Tamar. Le diré que la amo con un amor que nos hará fecundos. Después me presentaré ante mi padre y le diré que lo amo con un amor desdichado. Le confesaré mi fracaso. No he descubierto nada, padre. Nada que pueda ayudarte o que pueda ayudarnos. Tú que has ayudado a tantos enfermos a inventarse una esperanza, te ves abocado a la desesperación. Tú que has enseñado el orgullo, estás de rodillas. Tú decías: «El ser más desdichado del mundo como mínimo es capaz de hacer feliz a su semejante». No has pensado en lo que te podía ocurrir, en lo que te ocurrirá ahora. Existe un mal que contradice todas las teorías. Lúcido, lo admitirás ante ti mismo: no puedes ayudar a nadie y nadie puede ayudarte. ¿O será porque no puedes ayudar a nadie que nadie puede ayudarte? Qué importa: vuelvo de viaje con las manos vacías.

Pero ¿esto no es también culpa tuya? ¿Por qué has esperado tanto tiempo para hablarme, para compartir conmigo tu pasado? ¿Por qué no me has precisado el verdadero objetivo de mi viaje? ¿Qué querías que hiciera en tu ciudad? ¿Pisar su suelo y maldecirlo, abrir la puerta del cementerio para bendecirlo? ¿O simplemente dormir en tu casa? ¿Rezar en tu sinagoga? Esta ya no existe y en la otra viven extraños.

¿Me has ordenado que venga? Aquí estoy. ¿Ver a la viuda? La he visto. ¿Y ahora, padre? ¿En qué te ha sido útil mi visita aquí? Respiro el aire que has respirado, capto las imágenes que te han embriagado, recibo los fragmentos de memoria que caen de la tuya, ¿eso es suficiente? Te traigo una sonrisa, la de la viuda. ¿Es suficiente?

Tengo miedo, padre. Si de repente empezaras a hablar como antes, a preguntarme como antes, ¿qué te respondería? Si decidieras de golpe recuperar lo que me has dado, ¿qué haría con el vacío que dejarías en mí? Si me reprochases que quisiera enriquecer mi memoria a costa de la tuya, ¿qué diría para justificarme?

Tranquilízate, Malkiel, piensa Malkiel. Padre no dirá nada de eso. Padre ya no dirá nada. Como está enfermo, dejará que sus pensamientos se disipen en la bruma. Los ojos abiertos, los labios entreabiertos. Pero mudos. No acusarán, no se quejarán. Hasta el último momento, un padre como el tuyo intentará cuidarte, protegerte.

Sin embargo, ahora soy yo quien debe protegerte. Si supiera cómo... ¿Tamar lo sabe? En realidad, tendría que dirigirme a un nuevo especialista. Mi padre era especialista en su campo. Iban a consultarlo. Se marchaban tranquilos. Mi padre sabía escuchar. También sabía consolar. ¿Quién podría consolarlo? ¿Dios?

¿Y si me pusiera a rezar?

Malkiel se sorprende pensando en Job. Pobre Job. Dios le habla y, de repente, Job se queda mudo. Dios le plantea preguntas y Job no responde. Dios evoca para él los orígenes de la creación, y Job no dice nada. ¿También había perdido la memoria? ¿Es Dios quien se la ha hecho perder? ¿Había para él un sufrimiento más terrorífico, más injusto?

Enfádate, Job. Grita de rabia, padre. Quizá sea un remedio. Grita. Golpea con los puños, derriba las murallas. El que acepta la desdicha sometiéndose a sus leyes tiene el corazón de un esclavo, el alma y el temperamento de un esclavo. No te sometas, Job. No te resignes, padre. Muestra que tu corazón estalla. Maldice, blasfema, pero rompe tu silencio, transfórmalo en conciencia desgarrada.

Rebélate contra el olvido involuntario, el más inhumano de los males. Expulsa con ira las alas negras de los cuervos.

¿Aún eres capaz de ayudarme a ayudarte, padre?

Abuelo Malkiel, vengo a decirte adiós. Me voy. Vuelvo a mi casa. Tamar me espera: necesito su amor. ¿Me espera mi padre? ¿Aún necesita el mío?

Te abandono y me pregunto: al venir aquí, ¿he encontrado respuestas a mis preguntas?

Mañana vuelo a Bucarest. Desde allí tomaré un avión para Israel. Tengo ganas de visitar la tumba de mi madre. De recitar una plegaria. De recogerme delante del Muro de Jerusalén. De meditar bajo su cielo cargado de sentido.

Te confío a la anciana con la memoria herida. Vela sobre ella. Que su vejez sea más serena que su juventud. Que sus ojos reciban la promesa de la renovación y no los remordimientos de los actos fijados en el tiempo.

Y, desde lejos, desde lo más alto, concédeme también tu protección. La necesito. Venga lo que venga, debo justificar la fe que mi padre tenía en mí. Me ha convertido en su mensajero; debo mostrarme digno de su mensaje.

Mi padre, mi pobre padre. Me resulta difícil referirme así a un ser que, en otro tiempo, encarnaba el poder de la inteligencia y la riqueza del verbo. Desarmado, sin defensa, vive su derrota: pronuncia palabras que se dispersan, palabras muertas; las frases que dice son frases muertas. Él mismo no hace nada más que morir. El instante que pasa se difumina inmediatamente para mi padre. Aún está vivo, sin duda, pero el tiempo en él ya no lo está. Mi padre vive una existencia muerta, como si dijéramos, un tiempo muerto.

Desde donde te encuentras, abuelo Malkiel, ¿puedes observarlo? Tu hijo ha sufrido mucho. Al principio, cuando aún estaba lúcido, se daba cuenta de que se deslizaba por una rampa fatal y que no podía detenerse. Una mano demoníaca arrancaba una detrás de otra las páginas de su libro. Cada mañana sabía menos, cada noche se sentía disminuido. A veces, al mirarlo, lloraba sin lágrimas: no podía tolerar su agonía. Él buscaba un nombre, una palabra, yo veía cómo trabajaba su cerebro, que profundizaba, profundizaba; el sudor perlaba su frente; el miedo invadía sus ojos vacíos de recuerdos; veía sus labios que murmuraban, su lengua que tartamudeaba, veía su corazón que se desgarraba y, como era incapaz de ayudarlo sin humillarlo, me apartaba, salía, dejaba que Tamar se batiera sola.

¿Y ahora?

No se puede hacer nada, dicen los médicos, nada que hacer... Se trata de una enfermedad, de un mal sin remedio... Una vez iniciado el proceso de destrucción, imposible frenarlo.

Tu pobre hijo, abuelo Malkiel, se ha convertido en el más pobre de los hombres. Ya no tiene nada, ya no es una persona.

¿Y ahora?

¿Existe aún un ahora para él?

¿Me reconocerá? Hasta ahora, era al único que identificaba. También a Tamar, pero la confundía con mi madre. ¿Loretta? Cree que la encontró en algún lugar en Ucrania. Todos los demás le resultan extraños. Mi padre se mueve en un universo poblado de extraños. ¿Le sonríen? ¿Le dan miedo? ¿Conoce la diferencia entre amigo y enemigo?

Nada que hacer, declaran los grandes especialistas. Demasiado tarde para los remedios desconocidos. El cerebro está desequilibrado, desmantelado. ¿Y los milagros, doctor

Pasternak? Llega un momento en que incluso Dios se niega a intervenir.

Lo sé: los médicos, hasta los más ilustres, no siempre tienen razón. A veces me pregunto si su diagnóstico es correcto. Me pregunto si mi padre no sufre de amnesia, o de cualquier otra enfermedad. Es posible que sea consciente de todo lo que le ocurre, de todo lo que se dice en su presencia, que comprenda lo que se trama a su alrededor y en él, y que tenga ganas de reaccionar, de responder, pero que sea incapaz de hacerlo. O que no quiera. Es posible que se sienta decepcionado por la humanidad. Y por su lenguaje. Es posible que rechace nuestras palabras, tan usadas, tan devaluadas. Es posible que le falten otras. Y como no encuentra ninguna, es posible que haya tomado la decisión de fingir olvido para permanecer callado.

¿Hipótesis improbable? Mala suerte. Lo que cuenta, abuelo Malkiel, es que tu hijo ya no está en comunicación con el mundo de los vivos. ¿Sabía lo que iba a golpearlo? Eso explicaría que consintiera entregarse, que hubiera emprendido una especie de transfusión de memoria, como si procediese a una transfusión de sangre. ¿Era su voluntad que mi memoria sustituyera a la suya? ¿Que yo me acordase en su lugar? Esta tarea, ¿es realmente posible?

Su voluntad, abuelo Malkiel, la cumpliré yo, Malkiel, tu nieto, te lo prometo. Lo que ha sepultado en sí mismo, lo que ha confiado a su memoria que se desvanece, yo lo revelaré. Prestaré testimonio en su lugar, hablaré por él. Es responsabilidad del hijo no dejar morir a su padre.

Ante la tumba de su abuelo, Malkiel vuelve a ver a Tamar. A la cabecera de Elhanan, sin duda. Ella no castiga al padre por los pecados del hijo. Vamos a casarnos, Tamar. Quiero que mi padre nos vea unidos.

Tamar, no te resistas. No digas que no para vengarte; no te vengues. No juguemos más. Tomemos lo que venga —lo bueno y lo menos bueno—, sencillamente, estando de acuerdo. A pesar de la angustia y las penas, depositemos nuestra confianza en lo que nos eleva —el sufrimiento implacable de mi padre—, así como en lo que nos opone: las ambigüedades de la vida, sobre todo de la vida judía en la diáspora. Encontraremos otra vez los lazos de los que surgirán nuevos destellos. Las palabras pronunciadas se convertirán en signos, las palabras rechazadas servirán de advertencia. El resto, lo inventaremos.

Y la memoria de mi padre cantará y llorará en la mía.

Y la nuestra, Tamar, se desarrollará en la de nuestros hijos.

Tú ganas: tendremos muchos hijos, Tamar.

Y un día, a su vez, ellos contarán la historia de tus hijos, abuelo.

Elhanan, hijo de Malkiel.

Malkiel, hijo de Elhanan.

Palabras de adiós

Lo recuerdo... El pozo... Mi miedo a los pozos; siempre es de noche... Miedo de ceder a su llamada misteriosa... Antes de mi nacimiento, una campesina se tiró a ese agujero... Se decía que estaba enamorada... Embarazada... No había podido resistirse a la risa del Tentador... Sí, lo recuerdo: el Tentador me convocaba a medianoche... Afortunadamente, el rabino me había tomado bajo su protección... El rabino, me acuerdo... Me acuerdo de mi *bar mitzvá*... Mucha gente en la sinagoga... Personas que conocía, que he olvidado... Mi padre, orgulloso... Mi padre, inquieto... El rabino le sonríe... Me gusta el rabino, me gusta mucho, pero su rostro está difuminado... Rasgos imprecisos, tupida barba blanca, me acuerdo de su tupida barba blanca... El rabino habla, habla de... Ya no sé de qué habla. Quizá del peligro que representa el Tentador: arrebató a las personas lo que les resulta más precioso. A unos les roba el corazón. A otros, la vista. A mí me ha robado la lengua. Para reír... ¿Qué puedo hacer para protegerme? El rabino no lo dice. Quizá lo haya dicho, pero lo he olvidado... Habla... Y pronto llega mi turno... Tengo miedo de olvidar mi discurso, aunque lo he aprendido de memoria, lo he repetido muchas veces ante un compañero de la *yeshivá*... Sudo, no me gusta sudar... Si olvido una frase, una cita, todo estará perdido... Una palabra, si olvido una sola palabra... Miro a mi padre, pienso en mi madre... El rabino ha terminado... Subo a la *bimah*, abrazo la cortina de terciopelo que cubre el *hejal*... Empiezo... Bajo, demasiado bajo... Alguien tose, el rabino me anima con la mirada, el Tentador ríe a carcajadas y yo me esfuerzo por vencer su risa... Alzo la voz, al menos lo intento... Las palabras se me resisten... no llegan... El Tentador las tiene prisioneras... Pero el rabino es más fuerte; cierra los ojos, murmura un encantamiento y el Tentador huye, liberando las palabras... Ahora se empujan en mi boca... Ya no sé lo que he dicho... Solo me acuerdo de una cita, solo una... Es del Gaón, sí, del Gaón rabí Eliahu de Vilna: «La finalidad de la redención es la redención de la verdad». ¿Con qué propósito la he utilizado? Ya no lo sé. ¿Por qué ha quedado como perdida en los escombros de mi memoria? Quizá porque mi padre me la repetía desde mi infancia: La verdad, hijo mío,

la verdad... Es necesario que no muera... El resto cuenta menos... Procura ser verdadero, siempre... Verdadero con tus amigos, verdadero con Dios, verdadero contigo mismo... Sobre todo, decía, sobre todo en la hora de la muerte será necesario que puedas confesar que no has contribuido a la muerte de la verdad... La verdad muere cada vez que un hombre se aleja de ella... Ahora pienso en esto, Malkiel, hijo mío... Oh, sé que no estoy a punto de morir, pero mi razón sí lo está... Por la noche, en la oscuridad, me pregunto: ¿Dónde está la verdad, en la luz o en las tinieblas? ¿En la presencia o en la ausencia? Y me pregunto: ¿Me estaba destinada la vida que he vivido? ¿No me he equivocado de camino? ¿He sido buen hijo, buen marido, buen padre, buen judío? Debería haber pensado mucho antes en todo esto... cuando estaba en posesión de todas mis facultades... cuando sabía cómo juntar las piezas... Pero ahora... A veces me digo: Dios es cruel, tan cruel como el Tentador... Puesto que me impide conocer la respuesta, ¿por qué me ha revelado la pregunta? ¿Por qué se empeña en que el anciano se extinga entre los remordimientos y la duda? ¿Qué va a ganar con mi derrota? ¿Cuál es su objetivo? El objetivo de la redención... ¿de qué redención se trata? ¿Por qué debe tener una finalidad? ¿Yo sigo teniendo una finalidad? ¿Es que aún tengo algo que sea tangible, duradero, verdadero?... No tengo nada, no soy nada, no soy más que un náufrago lamentable que no sabe más que repetir: No soy nada... Más que una sombra, menos que un hombre... Pero ¿qué es el hombre privado de su memoria? Ni siquiera un fantasma...

En mí, la luz baja e ignoro si es la noche, o el cansancio, o la lluvia. Mi mirada, de una torpeza exasperante, se pasea a mi alrededor, lejos de mí, y las imágenes que me presenta ya no tienen nombre. ¿Qué se ha interpuesto entre el mundo y yo, entre las cosas y su forma?

Malkiel, hijo mío, estás en mí, pero estás fuera; eres mi vida, pero formas parte del otro lado de mi vida; ya no sé lo que has ido a buscar. Cuando regreses, me pregunto si aún estaré aquí, quiero decir: me pregunto si sabré quién eres.

Lo único que sé en este momento es que Dios me ha castigado. Nuestros sabios tienen razón: el Tentador no es el pecado, sino el castigo... Oh, hijo mío, no me levanto contra la voluntad de Dios. Sin duda, he merecido su castigo. Pero ¿por qué este en lugar de otro? Habría preferido cualquier cosa, incluso la muerte. Habría preferido la muerte a esta agonía en la que se debaten y ahogan mis recuerdos.

¿Qué he hecho para quedar reducido a esto? Dios, si me escuchas, respóndeme. Perdón, me arrepiento: respóndeme para que pueda entenderte.

Aun así, aunque me respondas, mi pregunta sigue presente: ¿Qué he podido hacer, como judío y como hombre, para merecerme no la condenación, sino la oscuridad, no el tránsito, sino la disolución?

Siguiendo tu consejo y el de Tamar —ámala, hijo mío, ámala como yo te amo, como he amado a tu madre, quiero decir: ámala con un amor total y engrandecido—, he empezado a confiar en la palabra, es decir, en la voz. He contado, os he contado tantas cosas, tantas cosas, he olvidado cuáles.

Pero he aquí lo que creo saber: no te he dicho lo esencial. Sí, Malkiel, aún estoy lo suficientemente lúcido para admitirlo: hay una cosa importante, vital, que tengo que comunicarte, quizás una especie de testamento. Cada vez me decía: Esto puede esperar. Me decía: Esta cosa es tan esencial que no la olvidaré, aunque olvide todo lo demás. Pero en realidad también la he olvidado.

Sin embargo, intento acordarme. Debo hacerlo. Está en juego algo más que mi honor; está en juego mi derecho a la supervivencia. Esta cosa no debo llevármela a la tumba. Es necesario que se quede aquí, en este mundo, como una ofrenda o un símbolo, lo único que queda de una vida devorada.

Me esfuerzo, créeme. Vuelvo las páginas, cavo las tumbas, rebusco en todos los rincones de mi ser. ¿De quién, de qué se trata? ¿De una persona? ¿Enemiga o amiga? ¿De un acontecimiento? ¿De un momento glorioso, de un destino infame? No lo sé, hijo mío, ya no lo sé. Hay palabras que ya no sabría pronunciar.

Ni siquiera sé por qué te he enviado a esa pequeña ciudad lejana donde, de niño y adolescente, conocí la felicidad, las veladas de sabbat con tus abuelos, y la angustia que seguía a la medianoche, esperando la risa glacial del Tentador.

¿Qué mensaje tienes que darme?

¿Qué solución a qué enigma?

Sé que voy a olvidarlo todo. ¿También el nombre de Talia? No. El suyo no. Ni el tuyo. Los nombres son importantes para un judío. Un día tendrás un hijo, ¿cómo lo llamarás?

Para un padre no hay nada más importante que merecer el orgullo de su hijo. ¿Habré merecido el tuyo? ¿No me querrás menos porque te he abandonado en el camino? Dime, ¿me perdonas?

¿El deber de un padre no es ayudar a su hijo a recordar, a engrandecer el campo de su pasado, a enriquecer su memoria? No puedo liberarme de la sensación opresiva de haber

fallado en esa obligación. Al abandonarte, te lego un telón negro.

¿Eso es suficiente para que pienses en mí sin amargura?

Habría deseado tanto verte en el papel de padre... ¿Transmitirás a tu hijo mi nostalgia? ¿Le dirás lo que, pobremente, me he esforzado en comunicarte en nombre de mis padres y de mis ancestros? ¿En seguir siendo judío? ¿En no deshacerse jamás de la memoria de sus ancestros? ¿En seguir fiel a la imagen que el judío debe tener siempre de sí mismo? ¿En no renegar jamás del judío en sí mismo, sino al contrario, en incitarlo a seguir siendo solidario con su pueblo —nuestro pueblo— y, a través de él, con la humanidad en su totalidad? ¿Le hablarás del amor de su abuelo por la extraña y maravillosa comunidad de Israel, que, a sus ojos, se extiende de ti hasta Moisés? ¿Y de ti, Tamar, hasta Sara? Gracias a él, yo viviré: gracias a ti, vive Abraham. ¿Qué seré sin vosotros? No le digas, no me digas que es necesario pertenecer al mundo entero, que es necesario superarse abrazando todas las causas y combatiendo por todas las víctimas de todas las injusticias. Si soy judío, soy hombre. Si no lo soy, no soy nada. Un hombre como tú, Malkiel, puede amar a su pueblo sin odiar a los demás. Incluso diría que es porque amo al pueblo judío que encuentro en mí la fuerza y la fe para amar a aquellos que siguen otras tradiciones y recurren a otras creencias. Un judío que reniega avergüenza a todos los que lo han precedido. Di a tu hijo que no me avergüence. Un judío que reniega no hace nada más que abrazar la mentira. Así, si se miente a sí mismo, ¿cómo podría parecer verdadero ante los demás?

Todo esto, Malkiel, hijo mío, todo esto, Tamar, hija mía, forma parte de lo esencial, pero no lo es todo. E incluso este poco, solo puedo expresarlo gracias a los raros destellos que Dios, en su misericordia, aún me concede.

Se dice que, antes de morir, el hombre revive todo su pasado. Yo no. Percibo destellos, fragmentos. Pero es posible que eso sea así porque aún no voy a morir, al menos físicamente. ¿Es esa la razón para que no me acuerde de la cosa esencial que tanto deseo transmitirme, Malkiel?

No importa, hijo mío.

Al hablar, me digo que, por tus propios medios, descubrirás finalmente lo que mis labios no han podido decir.

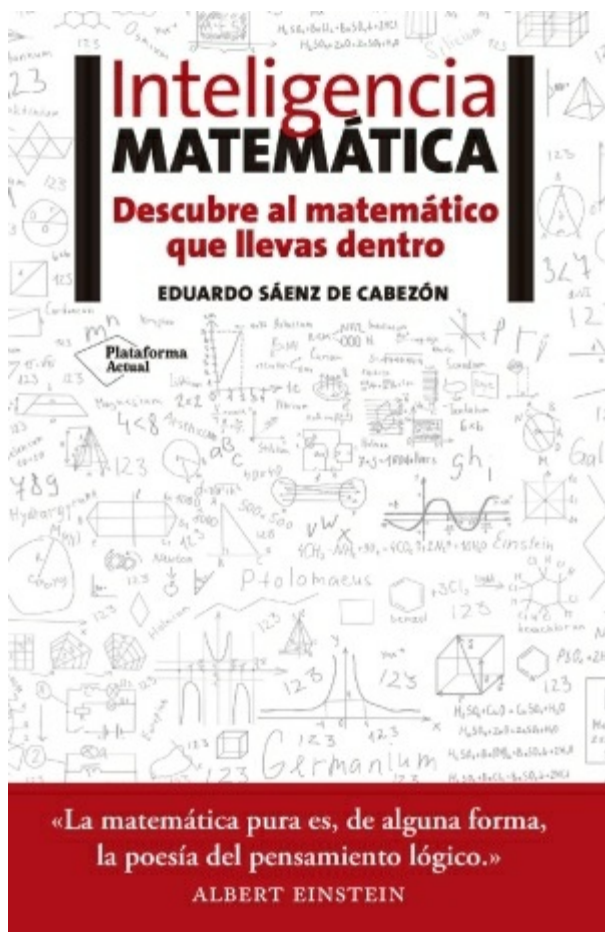
Dios no puede ser cruel hasta el punto de borrarlo todo para siempre. Si lo fuera, no sería nuestro padre, y nada tendría ya sentido.

Y yo que te hablo, no podría seguir hablando, porque

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre
este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com



Inteligencia matemática

Sáenz de Cabezón, Eduardo

9788416620425

234 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

«¿Quién leería un libro sobre matemáticas sin que le obliguen?», se preguntará el lector de este libro. Porque al leer sobre ellas se corren varios riesgos... Tal vez cambiemos nuestra idea sobre las matemáticas, con las que hemos vivido tan cómodamente todo este tiempo, y es posible que terminen por gustarnos.

Este libro te mostrará que las matemáticas no son tan odiosas como aparentan; en ellas interviene la creatividad, la intuición, el cálculo, la imaginación, la técnica. Son una oportunidad de disfrutar de la realidad de una forma distinta. Porque, lo queramos o no, todos llevamos un matemático en nuestro interior, que tal vez se asustó en la escuela y permanece oculto en un rincón.

Inteligencia matemática es la oportunidad perfecta de experimentar por nosotros mismos las formas de razonar de los matemáticos. Tomemos lápiz y papel, garabateemos soluciones, dibujemos y emborronemos, y encontraremos la forma perfecta de leer este libro.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

CONTRA **LA NUEVA** **EDUCACIÓN**

Alberto Royo

Prólogo de Antonio Muñoz Molina

**Por una enseñanza basada
en el conocimiento**

Contra la nueva educación

Royo, Alberto

9788416620081

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una crítica razonada de la pedagogía oficial y una reflexión profunda sobre la educación. Contra la nueva educación pretende ejercer una crítica racional y razonada a una pedagogía oficial que desprecia el conocimiento y la cultura y apuesta, en opinión del autor, por la felicidad ignorante y la empleabilidad de ocasión.

El autor examina de forma mordaz los principales dogmas pedagógicos posmodernos, y elabora una defensa apasionada, pero no pasional, de la instrucción pública como motor de una sociedad avanzada, idealmente meritocrática y con una sólida base ética que ampare el derecho de todos al ascenso social.

Desde su condición de músico, profesor y ciudadano, Alberto Royo se muestra decidido a presentar batalla, consciente de que sus planteamientos no discurren con viento a favor sino que suponen, hoy, casi un acto subversivo, una provocación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

SERGIO FERNÁNDEZ
Con prólogo de Juan Carlos Cubeiro

VIVIR SIN JEFE

El libro que hará que ames
trabajar por tu cuenta



UNDA DE EXTREMADURA
Consejería de
los jóvenes y del Deporte



Vivir sin jefe

Fernández, Sergio

9788415115335

272 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hay muchas personas que desarrollan trabajos como empleados por los que no sienten ninguna pasión, que los mantienen sólo por conseguir la remuneración de final de mes. Por otra parte están los emprendedores, gente que ha puesto en marcha una aventura empresarial y que suele atravesar todo tipo de problemas, excesos o dificultades hasta, si logran salir adelante, llegar a ver cumplido su sueño. En España, más de la mitad de los sueños empresariales fracasan en el primer año y tan sólo un quince por ciento supera los cinco años. Tiene en sus manos un libro que le detalla y aconseja sobre los principales errores que cometen con mayor frecuencia los emprendedores. Si es cierta la sentencia que afirma que los fracasos constituyen el mejor aprendizaje, este libro es el perfecto formador.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Plataforma
Editorial

**THICH
NHAT
HANH**



**DOMAR
AL TIGRE INTERIOR**

Meditaciones sobre la transformación
de las emociones difíciles

«Nos muestra la conexión entre
la paz interior y la paz en la tierra.»
Su Santidad el Dalai Lama

Domar al tigre interior

Nhat Hanh, Thich

9788416096435

120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El admirado maestro espiritual Thich Nhat Hanh nos proporciona en estas páginas una guía para liberarnos de las emociones que son causa de nuestro mayor sufrimiento. Erudito de gran prestigio internacional, activista por la paz y maestro budista venerado por gentes de todas las creencias, Thich Nhat Hanh ha inspirado a millones de personas en todo el mundo con su profundo conocimiento del corazón y la mente humanos. En esta ocasión, aborda con su profunda sabiduría espiritual las emociones humanas básicas con las que todos nos enfrentamos cada día. Destilación de algunas de sus célebres obras, Domar al tigre interior constituye un manual de meditaciones, analogías y reflexiones que ofrecen técnicas con sentido práctico para apagar la ira, transformar el miedo y cultivar el amor en todos los escenarios de la vida. En definitiva, una guía sabia y exquisita para llevar la armonía y la sanación a nuestras vidas y a las relaciones con los demás

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Gánate y ganarás en bolsa

El éxito radica en tu interior

José Antonio Madrigal



Gánate y ganarás en bolsa

Madrigal, José Antonio

9788415577317

126 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro desvela la psicología necesaria para hacer operaciones rentables. Del mismo modo, el lector descubrirá diferentes estrategias de gestión del dinero. Ambos temas de importancia capital y de obligada lectura para rentabilizar de manera continua sus inversiones.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
Epígrafe	5
Índice	6
La oración de Elhanan	7
Palabras de Malkiel	9
Extracto del diario de Elhanan Rosenbaum	113
Palabras de Elhanan Rosenbaum	167
Carta de Talia a su marido	185
Palabras de adiós	247
Colofón	251